

OBRA NEGRA

Gonzalo Arango

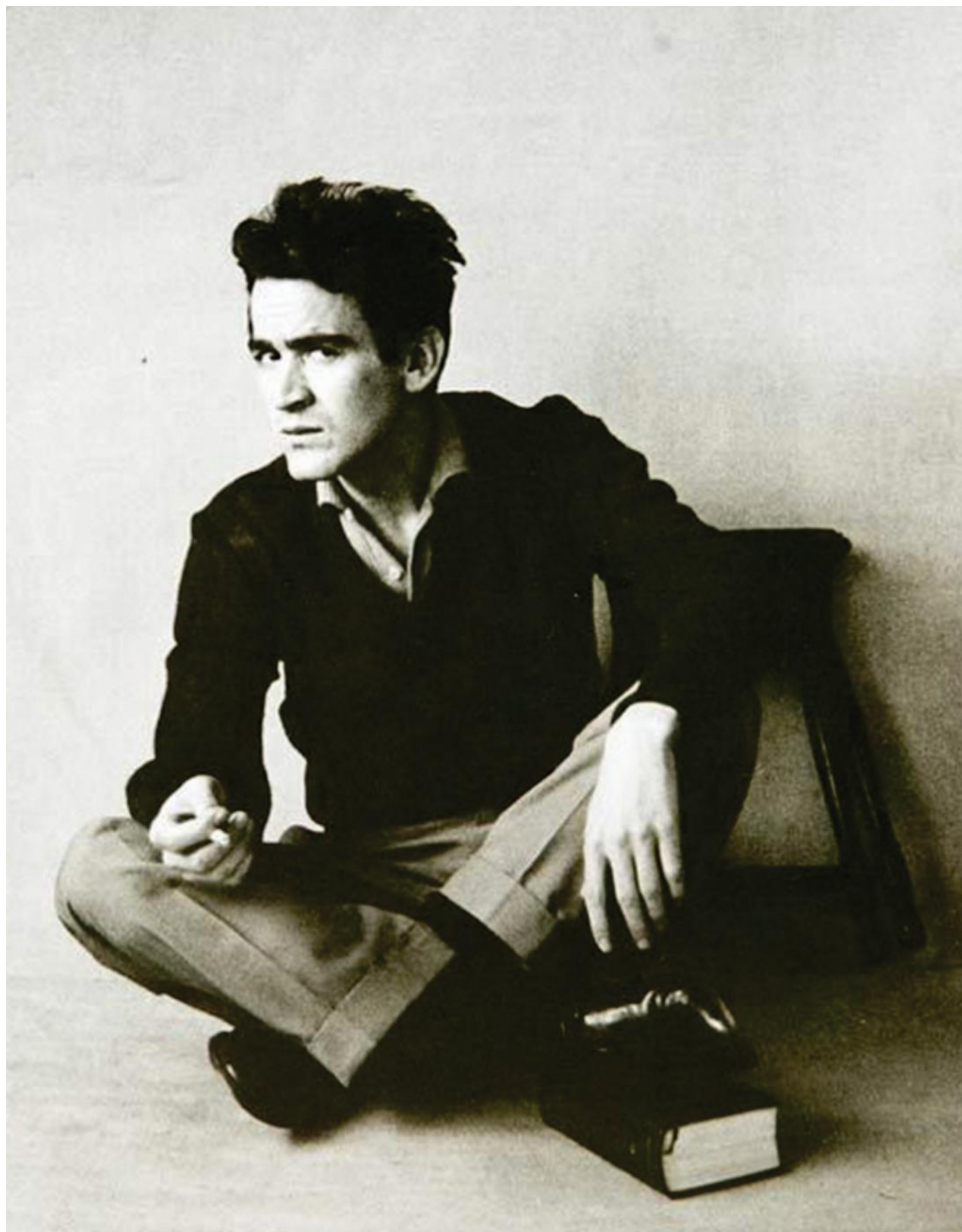
Gonzalo Arango

Obra negra

Contiene prosas para leer en la silla eléctrica y otras sillas

Selección antológica de Jotamario

Versión digital - Ediciones Edward
Bucaramanga - Colombia



CONTENIDO

César o divinidad	8
-------------------------	---

LA NUEVA OSCURIDAD	10
---------------------------------	-----------

La malvada intención	11
Primer Manifiesto Nadaísta.....	13
Diario de un Nadaísta	16
Manifiesto al Congreso de Escribanos Católicos	19
Terrible 13 Manifiesto Nadaísta	22
Naditación 14.....	26

PROSAS PARA LEER EN LA SILLA ELÉCTRICA	29
---	-----------

El genocida de Cielo Drive.....	30
El sermón atómico	32
Elegía a "Desquite"	35
Sermón contra Jesús	38
"Águila Negra"	40
Sermón de la ciudad.....	44
Gaitán	46
Una coliflor para el idiota	49
Manifiesto Nadaísta al Homo Sapiens	54
Testamento	55

EL INFIERNO DE LA BELLEZA	57
--	-----------

Los Nadaístas.....	58
Manifiesto poético.....	60
Poema Ser	64
Boletín número nada	66
Poema a mi sobretodo	67

Poema de los amores inventados.....	69
Tu ombligo capital del mundo	75
Poema tristísimo.....	77
Cali mío	78
Oh, misteriosa alma mía	79
Las tablas sin ley.....	80
Para eterna memoria	82
Una relación nueva, un nuevo diálogo	83
Fe y fo	84

SEXO Y SAXOFÓN

85

Juntos mi mujer y yo vimos un jardín	86
Libertad	87
Medellín a solas contigo.....	92
El profeta en Nueva York.....	98
Soledad bajo el sol.....	100
Batallón antitanque.....	105
Los amantes del ascensor	109
Los muertos no toman té	112
El pez ateo de tus sagradas olas	118

AMOR SIN MANZANA.....

124

No soy codicioso ni avaro con lo que amo	125
Muerte no seas mujer.....	126
Carta a un maniquí.....	128
Mujeres de poetas	130
La patada al patíbulo	131
La posibilidad compartida	132
El mar muerto del amor	133
Un seductor diario	134

CAFÉ Y CONFUSIÓN 137

Dije al empezar.....	138
Los puritanos y moralistas de la sociedad	139
Algunos cristos locos	140
La literatura por el hecho de ser trascendencia	141
El Nadaísmo se fundó como respuesta	142
La esencia del Nadaísmo se reduce a esto	143
La traición del Nadaísmo	144
La literatura, que es mi oficio.....	147
En nuestro tiempo los caminos de la acción.....	148
Una locura razonable	149
Bolsa de valores	151
La corona en el montepío	153
Por la orilla del medio	154
Tarjeta de Navidad para Gog.....	155
Enmienda de propósitos	161
Mi vida en Islanada	162
Marasmo	166
En un tiempo mi pasión fue el existencialismo	167

LOS DÍAS DE NUESTRA VIDA 168

Hojas de vida	169
Tengo memoria de haber deseado	173
Los días de nuestra vida	175
Nosotros éramos así	178
Los que vienen de morir.....	179
Acelerando la inmovilidad	180
Pic-nic al más allá	181
Punta Arenas	183
La monja y el río	184
La última isla	185

PRENSA Y SENSACIÓN..... 187

Medianoche.....	188
La locura del poder	189
Toque de queda	190
Poesía en estado de sitio	191
Revolución	192
La oración por todos	193
La mira del Señor	195
Humanismo y caballo.....	196
El anti-héroe de San Silvestre.....	198
La patria en exilio	200
El señor Burundún Burundanga no ha muerto, pero apesta	201
Elogio de la ofensa	204
Las jeremiadas de Zalamea	206
Un mundo para dos	208
Boom contra pum pum	211
Pena capital	217

ADIÓS AL NADAÍSMO..... 218

Caído en el limbo espiritual suspiro por nuevos suplicios	219
Nunca aspiré al poder de hacer felices	220
Mi vida pública expiró	221
Hice una gran hoguera de purificación con mi pasado	222
El Nadaísmo no ahorró medios sacrílegos	223
No apegarme por egoísmo a una reliquia que hizo milagros.....	224
Santo y seña	225

César o divinidad

Yo pasé por todos los recovecos, las guaridas elegantes, y caí ciego en las trampas del laberinto del sistema aciago.

Aprendiendo a pensar me perdí.

Experimenté todo; deserté de todo.

Me adherí con juramentos a las banderas que luego traicioné, a los credos en que nunca creí.

Desterrado de la razón vagué por los arrabales como un loco perdido. Mi hogar era los extramuros, las ruinas, los nidos de las águilas abandonados, los lechos de los ríos secos.

En las montañas adoré a los bandidos que más tarde injurié.

Las autoridades me abrumaron con su terrible falso poder, hasta el punto de desfallecer con sólo presentir un crimen, el olor de un policía.

Me sublevé, hacha en mano, contra los dogmas humillantes de la dignidad de la vida.

En los jardines del tirano nunca me invitaron a roer el pan del poder, el de la gloria. Me daban a morder, en cambio, el hueso del sacrificio.

El poder era mi sueño, pero en la vida me supo amargo y perecedero: pan de muerte.

De las iglesias me expulsaron con exorcismos de azufre de excomunión, aunque impulsado por un feroz misticismo y un deseo de salvación salvaje, por impetrar perdón me ofrendaba en holocausto para que el humo de la plegaria de mi cuerpo me trajera de la hoguera el aroma de mi condición divina: ¡El Martirio!

Merodeaba en los aleros de los palacios del poder y la riqueza, y canjeaba poemas inspirados por besos adúlteros con mujeres espléndidas. A falta de oro, Judas fue mi preceptor en el sexo.

Poseía todo lo que codiciaba, y después lo traicionaba.

Entregaba mi alma por la clave de un sésamo para espiar en los paraísos eróticos de la aristocracia: carne de carnaval, amaneceres de embriagueces turbias, lujurias grises, el tedio de la incomunicación, la muerte perfumada y desnuda, el horror en el infierno de las delicias.

Después de las orgías pactaba conspiraciones contra cualquier César o divinidad.

La taberna fue mi templo, mi universidad.

En las antecámaras de la gloria mendigué poder, santidad, heroísmo, con la abnegación de un pordiosero. Me rechazaron siempre por mi invencible aire de pureza que descubrían en el fondo de mi satanismo modelo; o en mi rojo aire libre de profeta pirómano por la cólera y la compasión del mundo.

En una edad lejana fui portero de alcobas concubinas en un prostíbulo real. Y, eunucobufón, pecaba con las llaves de oro de la imaginación inventando abracadabras para violar los secretos del sexo de la nobleza. ¡Oh jubilosas lujurias, oh satánicos éxtasis de fornicación!

Mi Gólgota fue la castidad.

En el delirio de la imaginación ascendí a tamborero del Palacio de Justicia. Mi misión era siniestra: ordenar los ajusticiamientos sin derramar una lágrima. Envidiaba el dedo en el gatillo de los fusileros: su mano firme y su corazón helado.

De ahí me trasladaron como censor al Palacio de Bellas Artes. Abrumado de méritos contra la Libertad, fui proclamado verdugo y me ahorqué por el honor de una medalla.

La bandera del Trono se enlutó por mí.

Mis mundos eran subterráneos y sinuosos como los del gusano y el topo. En la noche saltaba de cangrejo a búho. Del búho al ángel me separaba un abismo en el que sembré semillas de redención: un puñado de lujurias marchitas y derrotas frescas.

Arruiné mi vida por enriquecer el ego.

Pasé sin desgarramiento del Corazón de Jesús al comunismo; de las sosas academias a los antros de perdición; de la idolatría al sacrilegio.

De la razón degollada di a luz el Nadaísmo como tabla de salvación para cruzar la noche náufraga del materialismo del siglo, y sobrevivir a sus feroces signos.

Apuré todo lo sagrado como un tintero de veneno purificador, pero la santidad me derrotó con sus primeras espinas.

Me afilié en los bandos malditos y afilé mis garras para la barbarie. En la tensión del arco descubrí que la acción no era mi cielo.

Escapé en un velero perseguido por submarinos atómicos.

Me degradaron en público alegando mi ternura como traición a la patria.

Me rebelé contra el Orden opresor que impone los privilegios del poder a los pobres.

Mordí la piedra de la derrota filosofal.

Impotente contra la iniquidad y la inmundicia, me hice bandido político, bandido lógico, y una vez me reventaron como un sapo por no llenar los requisitos de la infamia, máxima virtud de los tiranos.

Asalté los tesoros y repartí el botín entre los terroristas, las prostitutas chancrosas y los criminales en retiro.

Yo no conquistaría ningún cielo, ningún trono, por la virtud. Armado de mis feroces atavismos: el terror y la misericordia, me lancé a la aventura.

Bienaventurados los aventureros porque de ellos serán los tesoros de la Imaginación.

Fue así como derrotado de todo me hice bandido del poema, y un rayo me hirió de luz mientras miraba la gaviota de Providencia sobre una nube color naranja.

Después de tales peripecias bailé el camino al caer al abismo donde me encontré a mí mismo.

Agobiado por la felicidad di el salto a la penúltima fe: ¡El Amor! Forjar en los más altos cielos del ser su trono en la cúpula divina.

El Monasterio, 1973

LA NUEVA OSCURIDAD

No dejar una fe intacta, ni un ídolo en su sitio. Todo lo que está consagrado como adorable por el orden imperante será examinado y revisado. Se conservará solamente aquello que esté orientado hacia la Revolución, y que fundamente por su consistencia indestructible, los cimientos de la sociedad nueva.

(Primer Manifiesto)

La malvada intención

ustedes, por estar leyendo la crónica social... las recetas de cocina y el manual para portarse bien en sociedad ... por estar alelados mirando la televisión o las estrellas ... y baboseándose con las poesías a miss universo...

ustedes, los poetas que fabrican sobre el diccionario de rimas un poema quincenal...

ustedes, los intelectuales conformistas para quienes es muy cómodo el nihilismo...

ustedes, los burócratas liberales y conservadores que ya perdieron el sentido de lo maravilloso...

ustedes, los inspectores de la moral, que confunden el “hula-hula” con el marqués de sade...

ustedes, los sexólogos de ideas fijas que representan el “hula-hula” con un falo abstracto y circular...

(nosotros protestamos contra ustedes que se oponen a la satisfacción de los instintos naturales y al derecho a legitimar esos instintos por las vías legales de la imaginación)...

ustedes, los reales académicos y tratadistas de la forma, que no saben lo que se anida en las cloacas, y que no han mirado desde las alcantarillas el nacimiento del sol...

ustedes, los estudiantes de urbanidad y de retórica que ya saben rimarle un verso a la prostituta y limpiarse la jeta con elegancia...

ustedes, las señoras aristocráticas que bailan a Elvis Presley en el club y levantan las piernas para escandalizar a los notarios y a los senadores de la 2ª república...

ustedes, magistrados y jueces que codifican la vida y asesinan con fórmulas los instintos vitales...

ustedes, los notarios que escrituran a los ricos la tierra de los pobres con manos de usureros y canas en el cerebro...

ustedes, los ciudadanos ejemplares que se emborrachan en los prostíbulos y hacen penitencia religiosa...

ustedes, los que se flagelan a la luz del sol ante los altares de piedra, y de noche cumplen funciones de pederastas...

ustedes, los de la “liga de la decencia” y la “pureza del espíritu” que se escandalizan con los senos de una escultura y no sienten horror al defecar en la bóveda celeste del sanitario...

ustedes, los predicadores, que apestan con su oratoria y con sus sotanas de terciopelo sudado...

ustedes, los políticos que no creen en la revolución y se hacen remunerar su falta de fe...

ustedes, los policías, que no saben cómo preñan los poetas a las rosas...

ustedes, los críticos de arte y literatura que han leído la citología y a kant, y que confunden a gonzaloarango con un paciente de la sicología, a garcilazo con don blas de lezo, la “unión libre” de bretón con la “unión nacional” de ospina perez, un ataque al corazón con la crisis de la poesía...

ustedes, en general, no saben nada de nada...
y tienen una idea falsa de lo que es el nadaísmo cuando piensan que somos la amenaza material del orden burgués...
nosotros no vamos a robarle la chequera al capitalista, ni vamos a asaltar a media noche su despensa; que los burgueses revienten tranquilos en medio de la abundancia...
tampoco vamos a raptar en noches de luna a las colegialas del “mary mount”. el nadaísmo no es una historia prostibularia. que ellas revienten con sus prejuicios, su puritanismo angélico, y que lleven su sexo casto al matrimonio, o lo conserven como una momia para que lo consagren a san luis gonzaga...
tampoco queremos alterar sus conceptos del mundo en el que viven de tránsito a la eternidad, afianzados aquí en la estabilidad económica, la virtud y el respeto social...
nosotros no tenemos nada qué ver con quienes no tienen problemas, ni dudas, ellos están salvados...
pero queremos confesarle una malvada intención a la burguesía, señores burgueses: el nadaísmo se fundó para pervertir a vuestros hijos, vamos a interrumpir vuestro sueño y a despertar en vuestras alcobas inquietantes y terribles gérmenes de zozobra, vuestros hijos regresarán una noche a pedir os cuentas, ebrios y poseídos de una terrible cólera.
temedlos, yo los conozco, son peligrosos...
a mi madre de 70 años ya le advertí: nena, si no me dejas libre le diré a la policía que eres comunista... y ella dijo: “tú sabes que eso es falso, no lo hagas, porque me echarán de la iglesia...”

Primer Manifiesto Nadaísta

1958 Apartes

I

El Nadaísmo es un estado del espíritu revolucionario, y excede toda clase de previsiones y posibilidades.

II

Se ha considerado a veces al artista como un símbolo que fluctúa entre la santidad o la locura.

Queremos reivindicarlo diciendo de él que es un hombre, un simple hombre, que nada lo separa de la condición humana común a los demás seres humanos. Y que sólo se distingue de otros por virtud de su oficio y de los elementos específicos con que hace su destino.

El artista es un ser privilegiado con ciertas dotes excepcionales y misteriosas con que lo dotó la naturaleza. En él hay satanismo, fuerzas extrañas de la biología, y esfuerzos conscientes de creación mediante intuiciones emocionales o experiencias de la historia del pensamiento.

Su destino es una simple elección o vocación, bien irracional, o condicionada por un determinismo bio-psíquico-consciente, que recae sobre el mundo si es político; sobre la locura si es poeta; o sobre la trascendencia si es místico.

III

Trataré de definir la poesía como toda acción del espíritu completamente gratuita y desinteresada de presupuestos éticos, sociales, políticos o racionales que se formulan los hombres como programas de felicidad y de justicia.

Este ejercicio del espíritu creador originado en las potencias sensibles, lo limito al campo de una subjetividad pura, inútil, al acto solitario del Ser.

El ejercicio poético carece de función social o moralizadora. Es un acto que se agota en sí mismo, el más inútil del espíritu creador. Jean-Paul Sartre lo definió como la elección del fracaso.

La poesía es, en esencia, una aspiración de belleza solitaria. El más corruptor vicio onanista del espíritu moderno.

VI

Rectificamos el viejo concepto americanista de que un pueblo es joven en virtud de sus paisajes. Lo es en razón de sus ideas y de su evolución espiritual. La decrepitud no es un concepto de la vejez del mundo físico, sino la caducidad del espíritu resignado, incapaz de evolucionar hacia nuevas formas de vida y de cultura.

América es vieja desde su nacimiento. Por culpa de sus descubridores y su herencia, su nacimiento significó para la Historia una especie de muerte. O más exactamente, un aborto imperfecto para la vida. En tal forma que ella no ha nacido culturalmente por su cuenta, nutriéndose como se nutre de una vejez cansada y esterilizante transmitida por el cordón umbilical de su idioma y de sus creencias.

Ante el dilema de ser o de no ser, de elegir una cultura por separado con sentido universal, ¿qué significa para la cultura de América tallar sapos, revivir mitos, incrementar las supersticiones, retener el tiempo olvidado, la prehistoria, si aún no cuenta ni determina nada su cultura en el devenir de las ideas contemporáneas?

Detenerse en el pasado con un asombro contemplativo, evidencia el complejo de América ante un mundo evolucionado que decide su destino y su supervivencia histórica y biológica, mediante las actuales revoluciones sociales y conquistas científicas del espacio que se disputan el predominio político de la Tierra.

América no puede anclarse en lo regional, en lo folclórico, en la tradición mítica. Eso sería un aspecto de su desarrollo intelectual y artístico pero no puede decidir su destino y su historia sobre estas formas inferiores de su desarrollo. América debe superar el complejo de su infantilismo espiritual. De otra manera nos quedaríamos en la Edad de la Rana y la Laguna, en tanto que la técnica científica ha fijado estrellas en el espacio cósmico.

Ningún pueblo, ningún continente viejo o nuevo puede elegir su destino por separado. La más leve onda del mar de la Historia contemporánea agita con su movimiento el porvenir de los pueblos, y decide su suerte o su desgracia.

Una cultura solitaria, desvinculada de los intereses universales, es imposible de concebir. Nadie puede evadirse, ni eludir el papel que representa en el mundo moderno. Todo se relaciona de una manera profunda en esta época en que el simple hombre encarna una misión en la historia: su acción o su indiferencia implican una conducta de inmensas responsabilidades éticas, y al aceptarla o negarla, se salva o se condena.

Ya no podemos aceptar como sentido moral de la existencia, aquel pensamiento agonista de Kierkegaard: *“Sea como sea el mundo, yo me quedo con una naturalidad original que no pienso cambiar en aras del bienestar del mundo.”*

VIII

Hemos renunciado a la esperanza de trascender bajo las promesas de cualquier religión o idealismo filosófico. Para nosotros éste es el mundo y éste es el hombre. Otras hermenéuticas sobre estas verdades evidentes carecen de sentido humano. Las abstracciones y las entelequias sobre el Ser del hombre, caen en el dominio de la especulación pura y del simbolismo metafísico, producto natural del anhelo del hombre por trascender su entidad concreta, y fijarla en una forma ideal, más allá de todo límite espacial y temporal. Este anhelo corresponde a su naturaleza idealista y poética que quiere cristalizar la esencia del Ser en lo absoluto, en el eterno. Proponer esa ilusión para después de la muerte es la misión de las religiones.

Nosotros creemos que el destino del hombre es terrestre y temporal, se realiza en planos concretos, y sólo un dinamismo creador sobre la materia del mundo da la medida de su misión espiritual, fijando su pensamiento en la historia de la cultura humana.

El hombre es lo Absoluto en la medida casual y no necesaria entre el accidente de su principio y de su fin. Este criterio excluye toda posibilidad de trascendencia. El hombre elige sobre sus posibilidades inmediatas esta tierra: la inmanencia.

La metafísica es una investigación sobre la muerte y sobre las posibilidades trascendentes de la existencia. O mejor dicho, es una evasión del Ser hacia el mismo Ser que se conoce. Es por eso la creación de un mundo para sí, completamente ajeno al devenir histórico, que es terreno privativo de la política, que significa compartir el mundo con los otros.

Por consiguiente, la única “utilidad” de la metafísica es el pensar sobre la muerte, porque el pensar sobre la vida es, precisamente, la política.

Por su carácter esencial sobre ideas irreductibles a la vida, la especulación pura no nos interesa como aspiración de trascendencia. Pues nunca esa imagen del mundo que resulta del ejercicio metafísico conduce a soluciones sociales y terrestres de justicia, perfección o felicidad humana. Por el contrario, su consecuencia es la desesperación y el desorden.

XI

La libertad es, en síntesis, un acto que se compromete. No es un sentimiento, ni una idea, ni una pasión. Es un acto vertido en el mundo de la Historia. Es, en esencia, la negación de la soledad.

XIII

Destruir un orden es por lo menos tan difícil como crearlo. Ante empresa de tan grandes proporciones, renunciamos a destruir el orden establecido. La aspiración fundamental del Nadaísmo es desacreditar ese orden.

Al intentar este movimiento revolucionario, cumplimos esa misión de la vida que se renueva cíclicamente, y que es, en síntesis, luchar por liberar al espíritu de la resignación, y defender de lo inestable la permanencia de ciertas adoraciones.

En esta sociedad en que la mentira está convertida en orden, no hay nadie sobre quién triunfar, sino sobre uno mismo. Y luchar contra los otros significa enseñarles a triunfar sobre ellos mismos.

La misión es ésta:

No dejar una fe intacta, ni un ídolo en su sitio. Todo lo que está consagrado como adorable por el orden imperante será examinado y revisado. Se conservará solamente aquello que esté orientado hacia la revolución, y que fundamente por su consistencia indestructible, los cimientos de la sociedad nueva.

Lo demás será removido y destruido.

¿Hasta dónde llegaremos? El fin no importa desde el punto de vista de la lucha. Porque no llegar es también el cumplimiento de un destino.

Diario de un Nadaísta

4a.m. Un alba roja. Llego a la casa completamente borracho. En el árbol, frente a la puerta que ostenta al respaldo la leyenda: “Al Demonio, no entres”, vomito. Esta casa es mi hogar.

7 a.m. ¡Esta vida no puede seguir así!

7 y media. Mi madre me habla de la hora de la muerte. Me cuenta una pesadilla: yo estaba tendido en una mesa de cirugía. Me cortaban con un hacha de carnicero los dedos de las manos y de los pies, uno a uno. Me río a carcajadas. Mi madre se enfurece con mi cinismo y se va para una agencia funeraria donde negocia un ataúd de onda corta para mi edad. Mi madre pide ocho pesos de rebaja. El tipo acredita el cajón, la calidad de la madera, el terciopelo. Y se niega. Mi madre, ofendida, tira mi cadáver sonriente en un tarro de la basura.

8 y 17. Vomito en el retrete las flores de astromelio que comí anoche en el parque Bolívar, las que nacen al propio pie del libertador de América. Convierto el retrete en un florero.

Las 9. Me tiendo en el baño y abro la ducha. Me ahogo. El agua tibia me adormece. Pienso que algún día me suicidaré. Yo no soy poeta, no bebo ajeno, ni me inyecto morfina. Yo soy el emperador de Roma.

9 y 15. Así las cosas, una rata de color blanco me roe el estómago en un sitio muy sensible entre el pubis y el ombligo. Como veo que no es una mujer, la tomo de la cola húmeda y peluda y la balanceo. Me mira con sus ojos azules de estrella de cine. ¿Serán los de Brigitte Bardot? He visto esos ojos en alguna parte. Recuerdo... Ah... son los ojos de mi madre. La rata chilla. Patalea. Yo le digo: “Mi bichito, mi chiquita, mi amante...” Y la arrojo en el retrete. Suelto el agua. La rata se ahoga. Luego desaparece en la alcantarilla. Una vez más, saca la cabeza, y sus bellos ojos azules son rojos ahora. Finalmente desaparece. Vuelvo a vomitar.

Las 10. No pasa nada.

Las 11. —Mamá, tráigame la excomunión.

— ¿La excomunión?

— Sí, porque me quiero morir. Todo está listo para la hora de mi muerte.

— Será la extremaunción —dice mi madre.

— Bueno, lo que sea.

Las doce. Juliette Greco canta para mí. Tiene una linda voz erótica y cabellos largos. Me estremezco. Ahora me sonríe... ¡Retírate prostituta!

Las 12 y pico. Llamo a Sofía la sirvienta y le pido un número de cinco cifras. Ella dice: — El cinco.

- ¿Tú no sabes aritmética?
- No señor, yo soy aquí la sirvienta.
- Gracias, Sofía.

Yo mismo marco un número al azar en el teléfono, desordenadamente. Una voz dice al otro lado: “¿Aló...?” Y yo digo: “¿Aló?”

- ¿Quién habla?
 - El Diablo.
 - ¿Y qué quiere?
 - Regalarle un collar.
 - ¿Usted está loco, señor?
 - No me llame señor, habla con el enemigo malo.
- La mujer cuelga el teléfono y éste suena, bip. bip. bip.
Yo existo, porquería.

Alguna hora. Sueño. Veo un rostro desconocido, pero bello. Me escupe. La mujer se enfurece porque no despierto. Me pongo a tocar un piano de la Edad Media. Es tan dulce la melodía que me hace reír. Me descalzo. Salto sobre una pista de baile llena de clavos. Es un jazz de Duke Ellington. Los clavos me traspasan las uñas y la carne. Grito de alegría.

Las 2. Despierto. Veo sangre por todas partes, por todas partes veo sangre.

Pido el aspirador eléctrico con que barren el piso, y la empaco en latas de manteca. Lleno 16 galones. Llamo a Sofía y le digo que me prepare el desayuno y que haga el huevo en esa manteca-sangre para que sepa a cadáver empollado.

- Kikirikiii . . .
- Señor Gonzalo —dice Sofía—, canta usted como un gallito de pelea.
- Yo soy un pelele, Sofía.

Las 3. Yo inventé el sueño restaurador de la energía nuclear. Hay quien tiene la absurda creencia de que soy un sabio atómico. Yo tengo pruebas irrefutables para sostenerle al mundo que ésa es una abyecta mentira.

Las 4. Me calzo los pies ensangrentados con ruedas de helicóptero. Subo al tejado volando para recibir la brisa de la tarde. Le coqueteo a un gallinazo para que venga a hacerme compañía. El gallinazo se posa sobre mis piernas huesudas y me roe brutalmente. Trato de disuadirlo de que me picotee, pero no obedece. Entonces le tuerzo el pescuezo y empieza a vomitar sangre. Me cubro el estómago del asesinato. ¿Estará tuberculoso? Cuando se desgonza y estira las patas se lo arrojo a las palomas. Hormigas de gran tamaño mecánico con alas en las que se lee “USA” acuden al banquete. Lloro desconsoladamente y me golpeo la cabeza con una teja de barro. La teja se destroza contra el occipital. Mi cabeza es genialmente sólida. ¡Soy feliz!

Un fuerte sol evapora las partículas sobrantes del gallinazo, y reintegra su esencia a la materia indestructible del mundo.

Las 5. Cae el crepúsculo.

- Baja de una vez —dice mi madre—. La rata te solicita del otro lado de la alcantarilla.
- Dígale que no tengo tiempo de atenderla.
- Dice que es urgente, de vida o muerte.
- La rata debe querer un trago de ron doble, dáselo...
- No hay ron.
- Entonces, querida mamá, dale un garrotazo...
- Necesito un espejo para jugar con los últimos rayos de sol.
- Mamá, tráeme el espejo.
- El espejo se quebró.
- Entonces, sácate el ojo de vidrio, esta noche te lo devuelvo.
- Haré el sacrificio, si tú me lo pides. Pero dime, ¿qué hago con un solo ojo?
- Me verás medio loco...

Las seis en punto. El amor no existe.

Las seis y 20. Luz Marina Zuluaga es la reina del Universo. Pregunta inquietante: ¿Cómo sería yo casado con una reina de belleza?

Las 8 de la noche. Algo me rasca en la cabeza. Me acaricio. Puede ser una idea genial. La acaricio con ternura para que no se me escape. La tengo entre mis dedos. ¡Ya está! Dios mío, es un piojo. Lo volteo. Patalea en el centro de mi mano. Tiene 14 pares de patas inmensas. Le arrojo bocanadas de humo para emborracharlo. El piojo se pone a cantar el Himno Nacional de Colombia. Luego canta la Marsellesa en un impecable francés de la época de Rousseau. Y finalmente canta la Internacional. Grita como un líder obrero: “Viva Stalin, abajo Trotsky el traidor.” Como yo admiro a Trotsky, le ordeno al piojo que se suicide. El insecto me pide perdón, pero mi madre dice: —No lo perdones, es un inmundo bolchevique.

—Mamá, ¿qué dices, le perdonamos?

—Si abdica del comunismo.

El piojo grita: —Viva el Nadaísmo. ¡Viva Gonzaloarango!

Mi madre dice: —Que se suicide, ese piojo no tiene salvación.

La media noche. Me bajo del tejado por una escalera. Hay una linda luna llena. Me visto. Salgo a la calle. En la primera esquina me asalta este pensamiento tranquilizador: *Hoy no hice nada.*

Manifiesto al Congreso de Escribanos Católicos

no somos católicos:
porque dios hace 15 días que no se afeita,
porque el diablo tiene caja de dientes,
porque san juan de la cruz era hermafrodita.
porque santa teresa era una mística lesbiana.
porque la filosofía de santo tomas de aquino está fundada en dios y dios no ha existido nunca,
porque somos fieles descendientes de los micos de darwin.
porque en el infierno no hay fogones “westinghouse” sino pailas trogloditas de la edad de piedra remendadas por los gitanos. Y a nosotros nos gusta condenarnos confortablemente al estilo yanki.
no somos católicos por respeto a nosotros mismos:
porque en Colombia son católicos el tuso navarro ospina, el general rojas pinilla, laureano gómez, mariano ospina perez, rafael maya, darío echandía, josé gutiérrez gómez, alberto lleras, silvio Villegas, pablo j. echavarría, tulio botero salazar, javier arango ferrer, fernando gómez martínez, manuel mejía vallejo, otto morales benítez, félix henao botero, carlos castro saavedra, abel naranjo Villegas, nuestros padres, las prostitutas, los senadores, los curas, los militares, los capitalistas.
TODOS, menos los Nadaístas.

\$ \$

ustedes ya atentaron bastante contra la libertad y la razón, ahora les decimos:
¡BASTA!

basta de inquisiciones, basta de intrigas teológicas, basta de sofismas, basta de verdades reveladas, basta de morales basadas en el terror de Satanás, basta de comerciar con la vida eterna, basta de aliarse con dictaduras militares y burguesas, basta de asistir al banquete de la Andi, basta de viajar en “Cadillacs” último modelo, basta de catolicismo ...

¡BASTA! ...¡¡EL DIABLO NO EXISTE!!!

\$

ustedes fracasaron, ¿qué nos dejan después de 50 años de “pensamiento católico”? Esto: un pueblo miserable, ignorante, hambriento, servil, explotado, fetichista, criminal, bruto, ése es el producto de sus sermones sobre moral, de su metafísica bastarda, de su fe de carboneros, ustedes son los responsables de esta crisis que nos envilece y nos cubre de ignominia.

ustedes no son dignos de venir a representar intereses del espíritu, consideramos, por simples razones de ética nadaísta, que en Colombia no se puede ser escritor y católico al mismo tiempo, porque lo uno repugna a lo otro, ustedes son católicos porque no piensan, o no piensan porque son católicos, en los dos casos indica que ustedes son unos vejetes caducos y conformistas.

nosotros queremos ser libres y no tenemos miedo al infierno, consideramos que el catolicismo es una ingenuidad de la razón y una cobardía.

nosotros estamos de parte de la vida y ustedes vienen de una falsa taumaturgia a resucitar un cadáver: la máscara inmunda con que se oculta el rostro revolucionario de Cristo, quien no compró acciones en el negocio que ustedes explotan; esa bolsa negra; esos templos afiliados a la Andi y a la aristocracia que viene vendiendo a Cristo como si fuera una yarda de "Otomana" o una botella de ron medellín añejo.

\$ \$

ustedes llevan dosmil años prometiendo el paraíso y la redención, la justicia y la paz. ¿no es suficiente su fracaso milenario? permitan el acceso del conocimiento, del pensamiento científico, de la lógica histórica, permitan que una política de la inmanencia restituya al hombre sus posibilidades de salvación y de solidaridad humana que ustedes le negaron ... ¡Y no apesten más!

el paraíso que nos ofrecieron no existe, ustedes que saben tanto de Sagradas Escrituras, ¿no han leído en el versículo del Apocalipsis que dios se ahogó en el diluvio universal y que su cadáver no ha sido rescatado por los bomberos?

\$

ustedes nos proponen una fe muerta, la resignación, la culpa, el remordimiento, toda una filosofía de la muerte y el pesimismo.

no somos culpables, no tenemos remordimientos, nuestros padres gozaron al fabricarnos, nosotros estamos contentos de vivir, el mundo es bello, sabemos que vamos a morir, pero no nos creen más complejos de trascendencia, honramos con orgullo la existencia y su límite, por eso no vamos a llorar ni a suicidarnos a las 4 ni a las 5, ni ahora ni a deshoras, es interesante vivir y es interesante morir, no hagan de la vida y la muerte una desgracia, todo es simple como el huracán y la guerra.

déjenos el orgullo de la tierra y no conviertan este hermoso terrón de estiércol, oro, rosas convulsivas, hombre, energía nuclear, sexo, estroncio, brigitte bardot, verano, acetileno, catástrofe y maravilla; en el valle de lágrimas y el reino triste del ascetismo.

a su ortodoxia enfermiza oponemos los poderosos instintos animales, el amor sin estatutos, la digestión, el hígado, el pulso exacto de la sangre como un reloj suizo o "bulova" y la negación creadora.

\$ \$

la juventud quiere deshipotecarle Colombia al corazón de Jesús, en vista de que ustedes se la han adjudicado sin nuestro consentimiento, para girar cheques chimbos sobre la eternidad, sucursal de Fenalco en el cielo.

prevenimos a la juventud para que no se deje embaucar por estos negociantes que viven cambiando pecados por limosnas, cosechas por oraciones, delitos por misericordias. ¡CUIDADO! que son los enemigos más peligrosos de la cultura.

congresistas católicos:
en nombre del NADAÍSMO les impedimos defecarse una vez más en esta pobre alcantarilla que se llama Colombia, y les manifestamos que los delitos que se cometen contra el espíritu no quedarán impunes.

\$

¡Vivan los cohetes victoriosos!
Viva él Sputnik ruso; arriba el Thor Able y su ratón.
Disparen contra la paloma del espíritu santo.
Que venga Satanás y alce con nosotros a los profundos infiernos. ¡El demonio será siempre bienvenido!
Cristo, resucita, ven a luchar con los Nadaístas contra los escribas y fariseos.

\$ \$

Irrespetuosamente a los escribanos católicos:

SOMOS GENIALES,
LOCOS,
Y PELIGROSOS.

Terrible 13 Manifiesto Nadaísta

Desde nuestra aparición nadaísta en el infierno de la sociedad colombiana, ha crecido una rosada ola de maldad en los espíritus. Una oscuridad terrible se cierne sobre nuestros corazones que encarnan el peligro de un nuevo amor hacia la historia.

A temprana edad conocimos el gusto de la grandeza y de la fama, y sin pedirle permiso a los oráculos nos erigimos en los profetas del mal y de la destrucción.

Hemos gozado de la admiración frenética de la juventud, que ve en nosotros la encarnación de un oscuro heroísmo.

Hemos desertado nuestros amores, credos, fanatismos, esperanzas, recuerdos y felicidades, no por otros idealismos, sino a cambio de nada, o por una oceánica indiferencia.

Consideramos que era ya demasiado tarde para luchar, triunfar, pensar, amar, trascender y ser formales como seminaristas, porque vivimos tiempos de terror y muerte, y las estrellas del cielo han sido sustituidas por terribles signos anunciadores de guerras atómicas y aniquilamientos terrestres.

Nos convencimos que la vida era breve y que no había tiempo sino de vivir y no complicarnos con las causas de los humanistas y los redentores.

Entonces legitimamos una vez más el sentimiento de que era el hombre la pasión y el centro del universo, y consagramos nuestra vida a rendirnos una adoración limitante con la idolatría.

A partir de esta reivindicación de nuestras prodigiosas desilusiones, hemos emborrachado nuestros cuerpos hasta la locura...

hemos crucificado nuestros sexos en las caderas de lolitas y proxenetas...

hemos viajado en alguna dirección huyendo de nosotros mismos, sin rumbo, sin destino, porque el hombre no tiene sino sus dos pies, sus zapatos rotos, y un camino que no conduce a ninguna parte...

hemos ido a reposar en los pinares nocturnos fuera de la ciudad agobiados por la angustia, la soledad y el aburrimiento...

hemos hecho fogatas en la oscuridad, y asado en las brasas un recuerdo de amor, o un pedazo de ternera...

nos hemos amado sin pasión bajo el fuego trepidante de las locomotoras, porque lo que verdaderamente amábamos no era digno de nosotros...

nos hemos desvestido bajo el foco de bujías glaciales de luz y mirado nuestro sexo como un gusanito triste. ..

nos masturbarnos con sadismo y brutalidad y a ese acto solitario consagramos un amor puro y esquizofrénico...

hemos dormido en nuestros cuartos tristes como en las oscuridades del topo, sin importarnos que el mundo sigue girando movido por un misterioso mecanismo...

hemos bailado danzas locas con negras sudorosas bajo el resplandor de las antorchas en la selva, o bajo biliosas bujías de prostíbulo .. .

hemos alabado a los pederastas que se besan a la luz del sol desafiando los sexos y el rubor de los policías que guardan la moral pública...

hemos hecho conspiraciones con el hampa para que realicen impunemente sus violaciones, sus incendios, sus genocidios, sus profanaciones, sus asesinatos y sus hurtos...

hemos convidado a los garitos a nuestras amistades reputadas para que los desplumen los tahúres con barajas marcadas, y luego hemos repartido las ganancias...

hemos destruido los lampararios del templo en la oscuridad límite del alba para esquivar la mirada iracunda de los dioses dormidos...

hemos robado en el comercio lo que necesitaba el apetito y apedreamos las vitrinas inaccesibles a nuestro deseo ...

hemos asaltado en la noche a un transeúnte para conocer el rostro del miedo y luego lo pusimos en libertad. Nos hemos burlado de su miedo y del orín que destilaba por el pantalón ante la amenaza metafísica de nuestros puñales niquelados cortantes como chispas de hielo...

hemos blasfemado en el silencio para que retumbe la voz en los nidos de los rascacielos y golpee con furia las ventanas de las habitaciones donde, se reza o se copula...

hemos escarbado los basureros como gatos famélicos en busca de la suciedad humana y nos ha parecido que el hombre es el animal más puerco de la zoología...

hemos fumado colillas de cigarrillos recogidas en los escupideros de los teatros, prefiriendo los de boquilla y los nimbados de colorete...

hemos hechos mixturas de sustancias viscosas y hemos transubstanciado el alcohol en una loca explosión de vértigos...

hemos bebido tragos acerados que quemarían los cinco estómagos de la vaca, y derretirían las entrañas poderosas del buitre...

hemos alucinado el espíritu con drogas y mescalinas para que sucumba la razón y flote el subconsciente tenebroso legendariamente oprimido...

hemos engañado a las amantes con votos de fidelidad, pero las traicionamos con ramerías que nos aseguren bajo juramento de honor las cruces de la sífilis, y una maravillosa colección de blenorragias. En sus lechos podridos gozamos del amor impuro y de las enfermedades...

nos hemos cansado de amar en lechos católicos y en lechos mercenarios, y en el colmo del hastío ensayamos el odio y la indiferencia sádica hacia los sexos. Hemos elegido en cambio las vulvas de las ranas o el sexo hiriente de las lechuzas por parecemos de sexualidad más idealista...

hemos prometido la desesperación y la muerte, porque la felicidad y la vida son heredad común de los idiotas y de los cocheros...

creemos enormemente en la santidad del crimen y hemos crucificado en altares de sangre a nuestras vírgenes para que regresen Atila, Nerón, Eróstrato, Judas, y todos los asesinos de la historia...

hemos deseado instaurar un gobierno que sea superior en crueldad a todas las tiranías criminales...

hemos deseado que sucumban los débiles, los justos, los desheredados, los puros de corazón y los imbéciles...

hemos añorado en calidad de hombres libres el retorno implacable de la inquisición, de las persecuciones y de las pestes mortíferas que han azotado a la humanidad para que el espíritu sea ungido por la sangre y el sufrimiento...

nos hemos orinado en los asfaltos calientes para ver ascender el humo en forma de plegaria hasta cielos de creencias contradictorias...

dejamos de creer en los dioses vencidos por la máquina para revertir nuestro ateísmo militante en la adoración de las locomotoras y los cohetes de velocidades supersónicas y ultraluminosas...

hemos comulgado, orado sin fe, profanado y blasfemado para desafiar la indignación de los dioses y para que lo divino penetre nuestra carne miserable así sea a través del rayo o del remordimiento...

hemos padecido la miseria con un odio a muerte por el Capital, pero no trabajamos porque el trabajo es atentatorio contra la poesía y contra la dignidad humana...

hemos comido migajas de pan negro y bebido aguas sucias en las alcantarillas para defender el ocio contra el trabajo y la inutilidad de toda acción. Pero también nos hemos hartado de menús europeos en los "night clubs" con el producto de nuestras actividades anormales...

nos hemos bebido, comido, fumado y acostado a la burguesía que ve en nosotros la continuación de los valores aristocráticos, pero nos burlamos de su admiración y de paso nos vomitamos en sus floreros y en la bóveda azul de sus retretes...

hemos abdicado los últimos gramos de amor a cambio de una nota de jazz que reviente en nuestros oídos como la trompeta del juicio final...

hemos identificado las profecías del apocalipsis con la guerra atómica, y nos lamentamos con la cobardía de nuestros jefes de Estado que no se deciden a matarnos...

somos partidarios de las guerras termonucleares y de las armas radioactivas, y estamos políticamente de parte de la potencia que quiera destruirnos y estallarnos como una bomba de jabón en un día pálido de la primavera...

hemos dudado de toda fe, de toda verdad revelada y heredada, no creemos en nada, ni siquiera en nosotros, pero hemos ratificado la bondad de nuestros instintos insaciables, y la confusión maravillosa de la esperanza...

hemos conservado la sangre fría ante las desgracias innumerables de nuestro tiempo...

hemos predicado la necesidad del suicidio y regalamos la receta de nuestros venenos letales. Festejamos la muerte de esas víctimas que sucumben ante la evidencia de nuestras predicaciones malignas, y nos regocijamos porque no despertarán nunca más en la eternidad...

hemos hecho el amor en sitios prohibidos para prolongar el espasmo y los sacudimientos ante el peligro, y nos han encarcelado por aplicar la estética en el erotismo. Porque nos hemos amado bajo los vientres chispeantes de las locomotoras, en los confesionarios, las tumbas putrefactas, los sanitarios públicos, los ascensores, las terrazas celestes, los anfiteatros con los muertos, y bajo los semáforos que iluminan nuestros cuerpos semidesnudos en la semioscuridad acechada por los serenos y las sirenas de los altos hornos industriales...

hemos destruido ídolos de barro y plomo por el solo placer de destruir y renegar de las tradiciones, de los santos y de los héroes...

hemos hecho una literatura alucinada convocando las inmundicias, las libertades, las dudas, los furors y las iniquidades, y nos hemos escandalizado con el poder de nuestro genio negativo...

Somos de una raza nueva que santifica el placer y los instintos, y libra al hombre de los opios de la razón y de los idealismos trascendentes...

Todo lo que tenemos para ofrecerle a la juventud es la locura, pues es necesario enloquecernos antes de que llegue la guerra atómica. El hombre será aniquilado por el hombre. La humanidad borraré en un segundo la historia infame que escribió en un millón de años. Nosotros nos apresuramos a saludar regocijados su desaparición, y nos vomitamos jubilosamente en su inútil historia de miles de siglos. Estamos asqueados, y nos negamos a sobrevivir en esa ilustre inmundicia...

el sol nace siempre según su eterna costumbre sobre la cima de las cordilleras, pero nunca lo vemos porque nos levantamos cuando estalla con los últimos arreboles el alba eléctrica de la nueva noche.

Estamos aterrados de nuestra maldad y solicitamos al Estado que abra para nosotros los manicomios, los presidios y los reformatorios, porque somos geniales, locos y peligrosos, y no encontramos otros sitios más decentes para vivir en la sociedad contemporánea.

Todavía ustedes los moralistas, los racionalistas y los estetas se estarán preguntando: "Y más allá del horizonte de la locura ¿cuál es realmente el fin del nadaísmo?" Y nosotros diremos: "El Nadaísmo no tiene fin, pues si tuviera fin, ya se habría terminado. Nosotros nos contentamos con progresar devotamente hacia la locura y el suicidio. Hacemos el mal, porque el bien no sienta a nuestro heroísmo."

Naditación 14

Al escribir no bebo, ni me estupefaciento, ni me inspiro. A lo sumo estoy algo aburrido, o no timbró el teléfono para escuchar su voz de jazz que tanto me gusta, o estoy harto de medir la extensión tornasolada de Junín, recibiendo el homenaje indignado de los energúmenos.

el nadaísta opina

— No hay que estar orgulloso de ser hombre, ni de pensar. ¿Ves ese par de moscas que se aman? (Señala los bichos con el bolígrafo.) Ese par de moscas son felices si supieran qué cosa es la felicidad.

refuta el humanista

— Pero, el hombre es el que ha inventado la palabra “mosca” y la palabra “felicidad”. En eso radica su horrible superioridad sobre los otros animales. A través del lenguaje nombra las cosas como un reclutamiento a la existencia: las convoca de la Nada al Ser.

el nadaísta cierra la discusión

— ¿Qué necesidad hay de decir “mosca” si ella Es? Esas moscas hacen el amor sin saber qué es el amor. Para ellas la vida es su lenguaje. En cambio el lenguaje del hombre es un lenguaje para asesinar la vida, un lenguaje de enterradores, un lenguaje de muertos.

Declaro que no escribo mi poesía bajo ninguna influencia mágica, ni turbado por desarreglos psíquicos, ni bajo padecimientos metafísicos, ni buscando fuentes creadoras en la soledad, el platonismo o los éxtasis purificadores. A lo sumo cuento con una porción racional y equilibrada de mi locura, que es la condición insustituible del genio. Sobre mi genio no admito discusiones. Es un dogma.

No sufro éxtasis gloriosos. El misticismo siempre me pareció una enfermedad nerviosa a cuyo trance se llega mediante el ascetismo, las renunciaciones del placer y las flagelaciones sádicas de la carne. El misticismo es un contrabando; un comercio ilícito del Espíritu con el reino de la Nada donde habitan las esencias puras que no existen.

Maravillosamente yo no me privo de nada, no soy un renunciador; más bien soy un hedonista desenfrenado, un glotón de los sentidos, una especie de bandido de la cultura que ejerce con absoluta libertad sus oscuras y lúcidas inclinaciones al Capitalismo Erótico, o si prefieren, un técnico en la ejecución de los once pecados capitales. ¿Por qué once? Los P.C. (no se lea partido comunista) son siete y el último ha salvado a la Humanidad: la pereza.

En su novedosa aportación a la corrupción de las costumbres, el Nadaísmo ha fundado cuatro nuevos P.C. Son ellos: El Vómito, La Concupiscencia del Estiércol, La Infamia de la Belleza y La Exaltación de la Iniquidad Humana.

— Mamá, ¿qué has hecho para yo nacer?

- Nada, hijo mío, tú eres un fruto del azar.
- ¿Por qué no has hecho de tu pobre hijo un Monje Pasionario o un cacharrero edificante?
- Hijo, se nace poeta como se nace con ombligo.
- Yo no soy poeta. Yo soy el Profeta de la Oscuridad Nueva.

En el Hotel. 1 de la mañana

Acabo de perfumar la planta del pie con sándalo y esencia de tungsteno, como en las bacanales fabulosas de los sibaritas de algún imperio antiguo. Luego piso una cucaracha que es elevada por miles de hormigas atómicas sobre la gravedad terrestre hacia una bacanal zoológica.

¿Qué pasa? Mi antena de la belleza se pone a vibrar como una onda hertziana y me pone alerta porque allí está la Poesía.

Un pelito rubio que tengo en el ombligo —un pelito anglosajón pero no utilitario—, es en mí la antena de la belleza que me guía con certidumbre y adivinación en los misterios del Arte.

Cuando este pelito diminuto, sedoso, cargado de vibraciones eléctricas: conductoras y receptivas, no produce los resultados sensibles por una especie de atrofia o hiperestesia, entonces lo afeito y se produce la catástrofe: el horizonte del arte colombiano se nubla, la poesía se enlutece, Minerva toma Mejoral, se pone histérica, le regresa la mensualidad o las fiebres de la menopausia y termina en el consultorio del psiquiatra o en una clínica de maternidad.

SU PROBLEMA: los poetas nadaístas preñaron a las rosas con electrones de propulsión a chorro.

DIAGNOSTICO: Padecimiento de complejos ultrarrománticos.

SOLUCIÓN ÚNICA: la marihuana o el suicidio.

¡Yo no tengo la culpa! Aviso a nuestros críticos de arte que una cuchilla Gillette azul es la causa desastrosa de nuestra crisis poética.

La poesía nace, en fin, de la Nada de mis pensamientos. De-de-ti-zo el cerebro y dejo que el agujero cerebral se inunde de una eclosión de ruidos disgustantes, olores pútridos, visiones repulsivas, audiciones maquinales, pulsaciones escabrosas, gustos escatológicos, percepciones gelatinosas, y un cierto presentimiento mágico que anuncia desde alguna lejanía que la Oscuridad Nueva se levanta dentro de la boca acerada y mugrienta de un cañón, único seno de un tanque blindado con destellos de hollín, sangre coagulada, olor a pólvora y asesinato.

(Ustedes, los que habitan el reino puro de la normalidad, ignoran los placeres inefables de un tanque blindado que procede de las batallas con licencia de amante.)

— ¿Cuándo te piensas morir?

— Nunca. Yo soy el Profeta de la Oscuridad Nueva.

No me hago ilusiones sobre la Eternidad. Mi Eternidad es social. Cuando incumpla la cita de amor o no se escuchen mis aplausos en el estadio; estaré difunto cuando yo no sea el motor móvil de las carambolas y del Universo. Entonces yo seré el primero en enterarme: estoy muerto. Mi aniquilamiento también será decretado cuando todas las mujeres que amo caigan como frutos podridos en los brazos de otros al día siguiente de mis funerales. Ya no será mi cielo, ni mi tierra, ni mis novias de ayer, y ellas hablarán entre sí de nuestro amor como un recuerdo sin memoria. Para ese día me doblaré sobre mí mismo como una pestaña o como una flor de aburrimiento. Y algo en mí se asqueará y tendrá horror de saludar lo desconocido.

— Camarero: tráigame un helado de fresas y los Cantos de Maldoror.

— O. Kay.

PROSAS PARA LEER EN LA SILLA ELÉCTRICA

No repartí pan a los miserables, ni fe a los dudosos, ni consuelo a los dolientes. Ejercí una rara caridad repartiendo asco a los puros y desdicha a los infelices. Contagié la desesperación como una peste sagrada, pues tal misión me fue encomendada por el Demonio...

(Testamento)

El genocida de Cielo Drive

¿Cómo podemos llegar a abatir el Establecimiento? No podemos "hechizarlo", ya he tratado de hacerlo, he tratado de salvarles. No han querido escucharme. Ahora debemos destruirlo.

CHARLES MANSON

Muy bien, maten si quieren al "hombrecillo" Charlie, para eso ustedes hacen las leyes y pagan los verdugos de la silla eléctrica.

¡Salven la Gran Sociedad de ese monstruo genocida!

Condenen sin piedad al bastardo al desalmado al impostor nazareno del Cañón de Topanga que se hace pasar por Jesús.

Achicharren su pellejo en electricidad hasta que hieda.

Hasta que reviente...

Cóbrele caro a esa basura la linda estrellita Sharon Tate y su bebé y las otras celebridades de la noche horrorosa del crimen en Bel Air...

A sangre fría, a fuego lento de electricidad, con un tiro de gracia, en el patíbulo, con el tajante "corte de franela" democrático de la guillotina... ¡o en la cruz! Para escarmentar a los falsos profetas dementes de Dios: los hechizadores de almas bajo la Luz de Oriente.

¡Aticen la silla del voltaje civilizador!

Matar en nombre de la Ley no es matar. La venganza es una virtud democrática.

¡Ardan al bastardo en nombre de Dios y las estrellas tetonas de Hollywood!...

de Sinatra y la pandilla millonaria de Las Vegas...

del celeste Empire State Building y la Estatua de la Libertad...

de la negrada amotinada de Harlem y Chicago...

del Time is Money y el alunizaje triunfal...

de la tea simbólica y la llamita sepulcral de gas Eterno...

de la tumba del Soldado Desconocido muerto heroicamente en el Extranjero...

de la Cultura Occidental de la Coca-Cola y el chicle bomba de napalm...

del asesinato del Che y el Limpio Estilo Americano (Clean American Look)...

del archimillonario demócrata de los Supermercados mundiales Rockefeller y sus fundaciones para la caridad y la cultura...

de Wall Street que llena la bolsa de Judas con el oro negro de la esclavitud colonial, con el hambre de Biafra, la explotación india de Suramérica, con su industria pesada floreciente de cañones en Vietnam, con los dictadores condecorados de rodillas en el pecho de sus chequeras y sus charreteras, con las barras de acero y las estrellas de plomo de su bandera para encerrar la Libertad y eclipsarnos su Luz...

En nombre de los ángeles indios Pielrojas y los demonios negros pielesnegras exterminados por el Fascismo Blanco Encapuchado de la Casa Blanca.

En nombre de la NASA el PENTÁGONO la ONU la OEA el NEW YORK TIMES la GENERAL MOTORS el terror de la CIA y la POLICÍA y de toda la MIERDA encementada de USA etc... Y en nombre del Honor Americano y de la Muerte: maten al “hombrecillo” que oraba por Nosotros en el monte de olivos de Topanga.

Para la democracia de América da lo mismo que la víctima se llame Jesús, José, Mary, Manson, y que el suplicio sea cruz, bala, río, electricidad. Ante todo el Dólar y la Gran Sociedad.

Man-son: Hijo del Hombre: hijo de putica de Cincinnati, 16 años. (“Los periodistas le dicen puta pero ella es una niña flor.”) El “hombrecillo” mide 1,50, tiene peso de asceta y 34 años de los cuales 22 pasó en cárceles y reformatorios del Estado.

Man-son: Hijo del Hombre como su antepasado que iba a purificar su alma y orar a Dios en los desiertos judíos por la salvación del mundo.

Mátenlo también pero recuerden lo que hacía en el Cañón de Topanga:

— Yo había decidido ir a las montañas para hablar a Dios y excusarme ante Él por estos 19 siglos de fango.

Mátenlo aunque diga a su abogado en la Cárcel Más Grande del Mundo:

— No pueden hacerme nada.

Mátenlo aunque él cree que es imposible.

— Pueden destruir mi cuerpo, pero no pueden matarme.

Mátenlo, pero escuchen su última canción hippie:

— Dicen que no soy bueno pero a mí me da igual, retírate de la corriente no perteneces a nadie.

Maten al asesino mesiánico que mataba religiosamente por Amor para salvar al Hombre de los Poderes Tenebrosos del Imperio.

Mátenlo pero recuerden su Filosofía de Calabozo:

— 22 años bajo las botas y las porras con que me han aplastado.

Mátenlo pero bien matado en nombre del Limpio Estilo Americano. Y después de la ceremonia, ¡Comed hamburguesas MacDonald: hasta hoy hemos servido mil millones!

Gud bay Manson, pobre hijo de puta.

El sermón atómico

Un poeta nadaísta, ni amargo ni alegre, sin fe pero sin desesperación, definió el mundo con una frase feliz. Dijo que: “el mundo es verde, y sin embargo no hay esperanzas”. Y es verdad. ¿Qué necesidad hay de esperanzas si estamos vivos? Vivir es en sí el acto más esperanzado del mundo. Sólo en la muerte no existe la esperanza.

El Nadaísmo es la apoteosis del milagro de vivir. Es una liberación y al mismo tiempo una afiliación a la Vida, partiendo de la muerte del viejo Ser del hombre, todo esto realizado en una Revolución Reconstructiva en sí misma, y en sus relaciones con el mundo.

 Crecer bajo el sol
 bendecir este mundo
 vivir en la plenitud de la conciencia
 colmar los apetitos del deseo
 realizar los impulsos vitales de nuestro ser
 rebelarnos contra los dogmas opresores de la razón
 negar la moral ascética que predica la resignación
 romper las cadenas que nos esclavizan a la tiranía del maquinismo
 renunciar a los falsos dioses del Paraíso para salvar nuestra vida
 salvarla afirmando nuestra rebelión, reivindicando en la protesta los
 prestigios de la Gloriosa Aventura Humana.

Por eso somos profetas y religiosos, depositarios de un nuevo fervor cósmico, portadores de fulgurantes verdades para dar el salto a la salvación. La pasión de nuestro pensamiento gira en una órbita de santidad.

La revolución que predicamos es humilde y orgullosa: no pretendemos conquistar el mundo, sino conquistarnos a nosotros mismos mediante un alto sentido espiritual, un sentido que unifique nuestro ser terreno y eterno.

Predicamos la conquista absoluta de la vida. Predicamos la conquista absoluta del pan sin excluir el paraíso. Predicamos una Revolución espiritual en la que el valor más sagrado del hombre lo constituya la dignidad de su cuerpo. Sólo así, bajo el peso de la soledad de la cruz, se podrá marchar a la redención del hombre y del mundo.

Practica como verdad universal la verdad de tu vida
no sigas banderas de partidos idiotas
no rijas tu vida por credos que te fabrican unos canallas que no creen en nada
no te rindas a las leyes de hierro de una moral que sólo quiere encadenar tus
 impulsos
no ingreses al orden de esta sociedad fabricada por fariseos y mercenarios
no ofrezcas tu cuerpo sagrado para que te entierren en las bóvedas
 confortables del conformismo y la resignación.
¡Sublévate!
¡Estalla la bomba de tu ternura aterradora!

¡Sacude tu humanidad humillada, pues hay un dios oprimido dentro de ti!
Libera a tu dios. Despierta a tu dios para que sueñe. Préstale tu voz
para que cante. Tus poderes son infinitos Libera tu energía y conquista
la Tierra.

No reconozcas el poder de los poderosos. Ellos sólo cuentan con las armas.
Pero hay en ti un poder indestructible. Te pueden acribillar a balazos, aprisionar,
degradar, pero serás invencible si no te rindes a su mentira.

No te humilles. No te dejes abofetear por segunda vez. Escupa la cara del
verdugo. Muérete de risa antes de que esta Civilización criminal te decapite. Que tu
última palabra en la horca no sea para pedir perdón, sino para cantar o maldecir.

No creas en la dulce mansedumbre del Cristo. Los verdugos son insaciables
y crueles. Por eso abusan de nuestra paciencia y nuestra fe.

¡Contesta con bofetadas a las bofetadas!

¡A la muerte con la muerte!

Convierte el Terror, si es necesario, en una ética de salvación.

No conquistes tu Reino con oraciones, sino con violencia. Pues con la
violencia los Césares nos han subyugado. Y Césares son hoy todos
los que dominan el mundo con Razones Atómicas, con Razones
imperiales. Sus tronos están levantados sobre tumbas, tanques, oro,
brutalidad, y un poder infinito de destrucción. Y también sobre el miedo
y la miseria de los pueblos.

Ellos son poderosos porque nos han robado nuestra fuerza. Con nuestra
fuerza los hemos empujado al trono. Pero nos han traicionado. Nos han capado la
dignidad y el coraje.

No te hagas trampas, ni juegues más a la inocencia. Cada pelo de tu ser es
responsable del destino del mundo. Tus actos son soberanos y tienen el poder
infinito de elegir el mundo que sueñas, en el que anhelas vivir. Sólo de ti depende
vivir en una tumba o en un templo, digno o envilecido. En tus manos está elegir tu
destino y el de tu patria.

No seas canalla eligiendo para tu patria a los canallas. No te entierres
eligiendo para ti un mundo donde sobrevivir significa renunciar a vivir. Tu libertad
puede ser sagrada o maldita si ella exalta la vida o la deshonra.

No olvides que la vida es un milagro, que tu vida es lo único nuevo y absoluto
que existe bajo el sol, y que sólo eres inmortal en la medida en que estás vivo. Y
que sólo estás vivo si eres consciente, si eres libre, si das a la tierra que te legaron
un sentido maravilloso, y a tus actos un valor sagrado: honrar al hombre como si
fuera un dios.

Porque tú eres el Mundo, y debes estar orgulloso de que cada acto tuyo sea
responsable de la tierra y el cielo. Tú no tienes jefes. Tú no tienes más jefes que tu
conciencia, que tu responsabilidad absoluta. Acepta por jefe, nada más, aquel que
encarne la revolución espiritual de que te hablo. A ése síguelo como a ti mismo,
pues hablará con tu voz, decidirá con tu voluntad, elegirá con tu libertad. Ése tomará
el poder para ser la conciencia de la vida, identificar tu Ser con el del Universo, y
dar una oportunidad a las posibilidades infinitas del hombre.

No te dejes urbanizar la conciencia. No olvides que eres un Milagro con pantalones. Mas nunca es tarde, ni todo será consumado, si comprendes una cosa: que posees el secreto de la Naturaleza, que estás vivo, y eres el hijo predilecto de las estrellas.

Tu vida es bella, tu vida es santa, y la salvación está en el mundo. Yo te amo desde el fondo de mi desesperación, pero también sería capaz de odiarte si eres la amenaza y la negación de la vida. Por eso te recuerdo la única verdad que merece ser recordada, y es ésta: Hoy o mañana vas a morir, solo y sin esperanzas como se mueren los vivos. Pero sé de una cosa que derrota a la muerte, y esa cosa es tu propia vida.

Entonces, no te queda sino un camino, y es éste: entrégate a *vivir mortalmente*, en cuerpo y alma. Sólo eso te salvará. A esa pasión de vivir y de morir yo la llamo inmortalidad.

Ya sabes cuál es el destino de tu ser divino: serás un dios cuando seas verdaderamente un hombre. Cuando resucites del foso pútrido de resignaciones y cobardías que es tu vida, en la que ese hombre posible que eres, yace cautivo.

En ese instante la revolución del hombre dejará de ser histórica para volverse historia sagrada. ¡No lo olvides, y asciende! ¡Nosotros somos hijos del sol!

Elegía a "Desquite"

Sí, nada más que una rosa, pero de sangre. Y bien roja como a él le gustaba: roja, liberal y asesina. Porque él era un malhechor, un poeta de la muerte. Hacía del crimen una de las bellas artes. Mataba, se desquitaba, lo mataron. Se llamaba "Desquite". De tanto huir había olvidado su verdadero nombre. O de tanto matar había terminado por odiarlo.

Lo mataron porque era un bandido y tenía que morir. Merecía morir sin duda, pero no más que los bandidos del poder.

Al ver en los diarios su cadáver acribillado, uno descubría en su rostro cierta decencia, una autenticidad, la del perfecto bandido: flaco, nervioso, alucinado, un místico del terror. O sea, la dignidad de un bandolero que no quería ser sino eso: bandolero. Pero lo era con toda el alma, con toda la ferocidad de su alma enigmática, de su satanismo devastador.

Con un ideal, esa fuerza tenebrosa invertida en el crimen, se habría podido encarnar en un líder al estilo Bolívar, Zapata, o Fidel Castro.

Sin ningún ideal, no pudo ser sino un asesino que mataba por matar. Pero este bandido tenía cara de no serlo. Quiero decir, había un hálito de pulcritud en su cadáver, de limpieza. No dudo que tal vez bajo otro cielo que no fuera el siniestro cielo de su patria, este bandolero habría podido ser un misionero, o un auténtico revolucionario.

Siempre me pareció trágico el destino de ciertos hombres que equivocaron su camino, que perdieron la posibilidad de dirigir la Historia» o su propio Destino.

"Desquite" era uno de éstos: era uno de los colombianos que más valía: 160 mil pesos. Otros no se venden tan caro, se entregan por un voto. "Desquite" no se vendió. Lo que valía lo pagaron después de muerto, al delator. Esa fiera no cabía en ninguna jaula. Su odio era irracional, ateo, fiero, y como una fiera tenía que morir: acorralado.

Aún después de muerto, los soldados temieron acercársele por miedo a su fantasma. Su leyenda roja lo había hecho temible, invencible.

No me interesa la versión que de este hombre dieron los comandos militares. Lo que me interesa de él es la imagen que hay detrás del espejo, la que yacía oculta en el fondo oscuro y enigmático de su biología.

¿Quién era en verdad?

Su filosofía, por llamarla así, eran la violencia y la muerte. Me habría gustado preguntarle en qué escuela se la enseñaron. Él habría dicho: Yo no tuve escuela, la aprendí en la violencia, a los 17 años. Allá hice mis primeras letras, mejor dicho, mis primeras armas.

Con razón... Se había hecho guerrillero siendo casi un niño. No para matar sino para que no lo mataran, para defender su derecho a vivir, que, en su tiempo, era la única causa que quedaba por defender en Colombia: la vida.

En adelante, este hombre, o mejor, este niño, no tendrá más ley que el asesinato. Su patria, su gobierno, lo despojan, lo vuelven asesino, le dan una sicología de asesino. Seguirá matando hasta el fin porque es lo único que sabe: matar para vivir (no vivir para matar). Sólo le enseñaron esta lección amarga y mortal, y la hará una filosofía aplicable a todos los actos de su existencia. El terror

ha devenido su naturaleza, y todos sabemos que no es fácil luchar contra el Destino. El crimen fue su conocimiento, en adelante sólo podrá pensar en términos de sangre.

Yo, un poeta, en las mismas circunstancias de opresión, miseria, miedo y persecución, también habría sido bandolero. Creo que hoy me llamaría "General Exterminio".

Por eso le hago esta elegía a "Desquite", porque con las mismas posibilidades que yo tuve, él se habría podido llamar Gonzalo Arango, y ser un poeta con la dignidad que confiere Rimbaud a la poesía: *la mano que maneja la pluma vale tanto como la que conduce el arado*. Pero la vida es a veces asesina.

¿Estoy contento de que lo hayan matado?

Sí.

Y también estoy muy triste.

Porque vivió la vida que no merecía, porque vivió muriendo, errante y aterrado, despreciándolo todo y despreciándose a sí mismo, pues no hay crimen más grande que el desprecio de uno mismo.

Dentro de su extraña y delictiva filosofía, este hombre no reconocía más culpa, ni más remordimiento que el de dejarse matar por su enemigo: toda la sociedad.

¿Tendrá alguna relación con él aquello de que la libertad es el terror?

Un poco sí. Pero, ¿era culpable realmente? Sí, porque era libre de elegir el asesinato y lo eligió. Pero también era inocente en la medida en que el asesinato lo eligió a él.

Por eso, en uno de los ocho agujeros que abalearon el cuerpo del bandido, deposito mi rosa de sangre. Uno de esos disparos mató a un inocente que no tuvo la posibilidad de serlo. Los otros siete mataron al asesino que fue.

¿Qué le dirá a Dios este bandido?

Nada que Dios no sepa: que los hombres no matan porque nacieron asesinos, sino que son asesinos porque la sociedad en que nacieron les negó el derecho de ser hombres.

Menos mal que Desquite no irá al Infierno, pues él ya purgó sus culpas en el infierno sin esperanzas de su patria.

Pero tampoco irá al Cielo porque su ideal de salvación fue inhumano, y descargó sus odios eligiendo las víctimas entre inocentes.

Entonces, ¿adónde irá Desquite?

Pues a la tierra que manchó con su sangre y la de sus víctimas. La tierra, que no es vengativa, lo cubrirá de cieno, silencio y olvido.

Los campesinos y los pájaros podrán ahora dormir sin zozobra. El hombre que erraba por las montañas como un condenado, ya no existe.

Los soldados que lo mataron en cumplimiento del deber le capturaron su arma en cuya culata se leía una inscripción grabada con filo de puñal. Sólo decía: "Ésta es mi vida".

Nunca la vida fue tan mortal para un hombre.

Yo pregunto sobre su tumba cavada en la montaña: ¿No habrá manera de que Colombia, en vez de matar a sus hijos, los haga dignos de vivir?

Si Colombia no puede responder a esta pregunta, entonces profetizo una desgracia: Desquite resucitará, y la tierra se volverá a regar de sangre, dolor y lágrimas.

Sermón contra Jesús

Cultiva una risa saludable para espantar las enfermedades del espíritu: suicidio y locura.

Los que hacen melodrama con la Literatura, terminan en el Calvario, la droga, el manicomio. Porque la peor locura del hombre es amar al hombre, salvarlo. Pues el hombre es irredimible.

La risa sigue siendo mi tabla de salvación para no caer al precipicio (evasión y muerte), y preservar un mínimo de optimismo vital necesario al espíritu.

A los futuros calvarios hay que subir en helicóptero para evitar delirios redentores y, de paso, la caída.

¡Basta de masacres y horrendos martirios!

Jesús ahogó en sangre el Espíritu. Aún nos aplasta la crueldad de su cruz. Su dolor nos esclaviza a la piedad, nos hace cómplices culpables de su revolución fracasada. Víctimas de su idealismo que ya dura 20 siglos sin Sol.

Es hora de que estalle la aurora de una conciencia libre, hija del Universo, sin chantajes ni terrores metafísicos, sin remordimientos ni esperanzas, sin verdugos ni crucificados.

Desclavemos al Mártir de su símbolo oxidado, despertemos de su sueño imposible. Sólo así la humanidad podrá salvarse de su Salvador.

La cruz cristiana cumple dos mil años de arrodillar el alma, esterilizarla en la ilusión, el arrepentimiento. Hemos vivido infernalizados en la expiación, el miedo, la castración del espíritu, el complejo deicida. Su moral ha embarrotado la conciencia del hombre, atándolo a los laberintos ciegos de la razón, retardando su fulgurante despertar cósmico.

Avasallados por ídolos de oro y santos de palo, limosneando perdón y misericordia a deidades misteriosas, tiranas, a cambio de la más cobarde traición a la tierra y al hombre mismo. ¡Basta del terrorismo celestial! Todos los altares son patíbulos. Todas las iglesias son tumbas. Los sacerdotes son mercenarios de Dios o del Poder.

Vivimos en los subterráneos de la mente, ser-vil-mente, a la sombra del Hombre, ocultándonos de él. El fantasma de Cristo empavorece las almas, eclipsa la Tierra. Aún no hemos asomado la verdadera cara al verdadero Sol.

Amigo Jesús: me saco tus clavos, deja ya de atormentarme con tus promesas. Devuélveme la tierra y el ímpetu solar. Quédate con todo el Cielo. Yo te perdono por querer redimirme. Perdóname Tú por hacerte sufrir.

Descendamos juntos del Peñasco, mi buen crucificado, y vámonos por las praderas en busca del Sol. Respiremos el aire purificador, lavemos nuestras heridas en el lodo de los cráteres, en los mansos lagos; despojémonos de ilusiones y paraísos, exprimamos el jugo de los trópicos, reventemos la coraza del almendro y comamos su corazón de carne. Acostémonos sobre la hierba a contemplar este crepúsculo que puede ser el último de la tierra y el primero de nuestro nacimiento cósmico.

...Te he querido tanto, mi pobre Redentor, pero debo dejarte, salvarme solo. Olvídame, yo también te olvidaré.

Del dolor que me dejaron tus clavos brotarán alas en mi espíritu. Me esperan mundos boreales, alboradas en otros planetas, músicas desconocidas, barcas de adorables monstruos, alondras que vuelan sobre la gravedad de Newton, emplumadas serpientes diseminando cantos floridos en el firmamento de los Rayos Gamma. ¡Aleluya, la Tierra resucita, nada está vacío de Dios, todo está poblado de vida eterna! Su eterno rumor es un canto de cuna que despierta los cielos y enciende los astros apagados. ¡Yo mismo soy un planeta muerto en la noche racional, en busca de la Luz Demente donde todo ES en incesante reflujo bajo el relámpago exterminador!

Adiós, carpinterito, toma tu cruz y déjame. Tus idealismos me tuvieron crucificado 20 siglos viejos. Me arranco tus clavos, me libero. No doy la medida del hombre. Me voy a fertilizar la carne con polen de planetas vírgenes. El Universo es mi destino y mi lecho. Mi conciencia se desnuda de viejos harapos, de tus virtudes descarnadas. Estoy listo para las Nuevas Fornicaciones. Que me preñe el Ojo Centella del Dios Terrible. Que rujan en mi mente los orgasmos de Dios.

Quiero morir definitivamente ¡en lo que Ser!

"Águila Negra"

Le decían "Águila Negra". Me tocó el honor aterrador de compartir con él dos metros de ladrillo en una prisión, una mañana de domingo. Yo ni siquiera sabía que era un bandido. Lo supe después cuando vi su foto en el periódico abaleado, muerto en la Ley de Fuga.

Ésta es la imagen imborrable que tengo de él: muy alto, cetrino, ojos tristes de fiera acorralada, esquelético, torturado como un asceta, limpio. Aunque no miraba a nadie el contorno de esa mirada era su reino. Hipnotizaba, fulminaba, atrapaba. Pienso que ninguna mujer podía decir no a esa mirada, o lo pagaba con su honor. Desarmaba toda resistencia física o moral. Era, tal vez, el bastardo de un dios.

Estaba sentado al sol en un banquito de madera. No hacía nada, pero ser le bastaba. Pertenecía a la familia de los Absolutos: solo, solemne, soberano. No tenía amigos, no necesitaba nada de nadie, no hacía intimidades ni las exigía de otros. Parecía tan irreal, como de otro mundo.

Sin referencia a su pasado —que luego supe tenebroso— irradiaba cierta pureza, un misticismo negro. Lo circundaba un aire misterioso que infundía respeto, temor, veneración.

Era hermosa su indiferencia por todo, menos por sí mismo, por su mundo interior, fantástico, en el que realmente estaba cautivo. Pues vivía más allá de los muros y los carceleros, en la imaginación. Su paz era sólo apariencia, fatiga, desolación. En el fondo se fermentaba el drama, y este drama hundía sus raíces en la muerte.

Su rostro tenía la dignidad de un líder. Con sacrificios había fabricado las perlas para su aureola de terror. En su mutismo, en su quietud, resplandecía la lucidez, la inteligencia fría del que mata para ganarlo todo, o perderlo todo.

No deja nada a medias: ni se resigna, ni perdona, ni transige. No es una lucidez racional, sino de vitalidad cósmica.

Espíritu Absoluto, de pasiones satánicas limitantes en lo religioso. Lo arrasará todo a su paso: hombres y cosas. Sin piedad, sin remordimientos, enceguecido por su ideal pánico destructivo. Es el enviado de la muerte, y a su paso sembrará muerte, desolación, caos. Todo es violado: la inocencia, la pureza, el dolor, las vírgenes. Será olvidado por sus víctimas pero recordado por quienes sobreviven y dan fe de sus hazañas.

Tales los imperativos de su acción: cambiar el orden, y si no es posible, destruirlo. No es consciente de su misión, pero como es un iluminado, la adivina. Su misión no es histórica sino religiosa, mejor dicho, satánica. Por eso no apela a razones sino a sus delirios, a sus éxtasis donde oye voces y escucha órdenes del misterio como un poseído.

Ahora este genio del mal está enjaulado y agoniza. Su enfermedad mortal se llama desesperanza.

Deseaba meterme en su universo sellado por el silencio y su aire desdeñoso, olímpico, de superioridad. Primero lo contemplé desde varios ángulos sin que me viera. De todas partes su perfil era profético, azaroso, espectral. Sin duda era grande en su perversión y en su delirio. Estar junto a él era quedar anonadado, sin

ser. Su presencia era todo, y todo era él. Todo existía para que él existiera, para que él ordenara y se obedeciera, para que él hablara y todo fuera silencio.

Su nombre era tan famoso como su efigie, y sin embargo nadie lo reconocía, parecía olvidado. Las autoridades le habían concedido un privilegio: le habían desocupado una celda colectiva para él solo. No porque significara un peligro para los demás, sino porque los demás no soportaban su presencia. Era aplastante, exasperante. Este solitario tenía bien ganada la soledad. Y con su soledad no se metía la justicia, era su ley.

La naturaleza de “Águila Negra” había dejado de ser humana. Por el terror se había conquistado las alturas donde moran los dioses, o sus abismos. Vivía más allá de la expiación y la pena. Su brutalidad había rebasado los límites de un código, ya no cabía en sus castigos. Sus culpas exigían nuevas leyes. Yo pensé que esa de su soledad era la peor. ¡Qué lejos, qué honda y qué sola erraba ahora su mirada dentro del alma! A su manera era un místico.

Este asesino fue mi mejor experiencia, aunque no hablamos. Me bastó conocerlo para no olvidarlo. Me acerqué con indiferencia, con frivolidad, dando la impresión de que su existencia no me interesaba. Al pasar a su lado dije para mí:

— Ah, qué sabrosa esta sombrita...

Y me senté a dos metros de su banco. Todo el contorno estaba desierto, y un sol cegador se derramaba en el cemento. El bandido no dijo nada, ni siquiera miró. Parecía sumergido en sí mismo, como sonámbulo, pero estaba despierto y miraba la lejanía, esas lejanías donde sucedieron: su infancia, sus sueños, sus aventuras, las azules montañas al atardecer, las cometas, la luna’ llena, una muchacha de nube su amada, un regimiento, una ráfaga mortal, un alarido, mil ráfagas, el rostro de su padre muerto, las arrugas de su madre, la huida, el desarraigo, la soledad, el cansancio, el coraje, las canciones guerreras, el arco iris, el trueno, la muerte y su legión de cadáveres, la nada, el cielo otra vez, siempre el cielo a la altura de sus ojos...

Y ahora estaba aquí enjaulado, solo, sin porvenir, sin un amigo, sin un árbol, sin estrellas para atacar al enemigo, sin un alba, sin el rocío, sin los ríos salvajes, sin la selva, sin pájaros cantando, sin sus aleteos, sin la luna llena derramándose en el follaje, sin el dulce nombre de Dios, sin la carne asada en hogueras bajo las estrellas, sin su ametralladora que era la ley en su vasto imperio de terror, sin ron, sin risas de mujer, sin el cuerpo caliente de la hembra sobre la hierba, sin los tallos erguidos de los girasoles que son planetas, sin esos hombres que conducía a la muerte y a quienes llamaba “mis muchachos” con ternura; sin ellos que olían a toro, a sudor de macho, a peligro, sin la luz errante de las luciérnagas en noches oscuras, sin el chillido de los grillos en celo, sin perfumes agrestes, sin aromas, sin esa flor roja llamada “veranera” y que tal vez le recordara la sangre y era bella a sus ojos alucinados: sin su libertad, sin él mismo que ya no era nada ni nadie: sólo silencio, nostalgia y pesadilla...

Después de media hora hice un comentario idiota sobre el verano, que el sol calentaba horrible o algo así. Claro que calentaba, y eso no tenía importancia. Me sentí derrotado. Ya había agotado los pretextos del fósforo y el verano, y la comunicación fue inútil. Con este bandido no se podía intentar una intimidad por vías humanas, por el trato social convencional. Este asceta trágico y solitario

rechazaba la intimidad con aquellos que no fueran de su raza, que era raza de duros como el acero.

Como era amante de lo Absoluto, había cambiado el lenguaje de los disparos por el silencio. Pues con las balas se mata, y con el silencio también. Las palabras apenas hieren. Las olvidó. Sin su ametralladora se defendía en el silencio. Este silencio era mortal y nadie osaba turbarlo impunemente.

¡Qué ignominia la prisión para este bandido! Si era justa desde el punto de vista de las leyes sociales, no lo era desde la Naturaleza, pues atentaba contra sus fuerzas invencibles. “Águila Negra” era de la estirpe de los cataclismos, los terremotos, las hecatombes: fuerzas brutas, torrentosas y ciegas que ninguna ley racional puede dirigir. Sólo dejar que cumplan su ciclo de destrucción y se aniquilen o sean aniquiladas.

Por eso no perdonaba al bandido su rendición. Mi devoción a la fuerza que adoraba como un mito, le exigía morir en combate, o eliminarse antes de claudicar. Con su entrega a la justicia había hecho el juego estúpido de los valores civilizados, y éstos le dieron a beber su cáliz de humillación. En ese momento de debilidad fue miserable, indigno de su mirada aterradora y negrísima.

Me sublevaba verlo en la impotencia sudando como un condenado bajo un sol burgués entre los altos y poderosos muros. Había traicionado su destino épico, guerrero. Ahora se devoraba en silencio, rumiaba su historia con pesadumbre, abatido por el peso de tanta gloria. Su vida se apagaba parejo con su roja y fulminante estrella de aventurero.

La imagen de esta decadencia sería una águila prisionera en la jaula de un canario. Para encerrarla le habían cortado sus gigantescas alas. Ya no volaba. Pero tampoco se arrastraba, es cierto. En este orgullo volvía a florecer su estirpe de epopeya. Para no arrastrarse prefirió la quietud. Esa serenidad aún evocaba la dignidad del vuelo, la majestad del águila abatida que fue gloriosa en una época, en espacios de luz, en los oscuros dominios del relámpago.

“Águila Negra” pasó del vuelo a la quietud como las altas palmeras doblegadas por la tormenta. Un coloso animal, no héroe sino bárbaro. El oscuro barro del hombre divinizado por la fuerza, alimentando su alma en los oscuros manantiales del terror, del fuego, hasta llegar hondo a los yacimientos de luz.

Derrumbado en su banco, aunque erguido, “Águila Negra” era un alto esqueleto ferrado en piel marchita, amarillenta. Dramático en su mutismo, azaroso en su indiferencia. Semejaba un estoraco o algo así colosal que desafiaba las alturas y los abismos. Algo necesario para medir las profundidades de lo tenebroso y lo celeste, del Bien y del Mal, de los extremos. Ser arriba o abajo era la oscilación de su destino. No en la mitad, no en la ley, sino en la Nada o en la Eternidad, como en un asalto armado a las Tinieblas y el Misterio del Ser.

Renuncié definitivamente a oír su voz. Lo preferí a que lo que dijera destruyera la leyenda. Ya el sol había invadido mis dos metros de sombra. Sudaba a chorros. Me levanté. Pasé frente al bandido. De sus labios reseca colgaba un tabaco mascado, sin fuego. Lo único humano que noté fue su dentadura de oro. Lo demás era el espectro de un dios que había divinizado el mal.

Lo imaginé muerto. Era ridículo. Hasta en la muerte este hombre era imposible, extraordinario. Para su estatura formidable no existía ataúd. Muerto sería

inhumano. Él sería un cadáver grande como la grandeza. ¡Su tumba sólo podía ser el mar, la colina, el olvido de Dios!

Sermón de la ciudad

La verdad no es eterna.

Donde la verdad muere nace otra verdad a la vida.

Hay que aceptar estas muertes y resurrecciones que son procesos naturales del Ser.

Reprimir esas renovaciones inherentes al hombre y lo social, es un pecado mortal contra la naturaleza y el espíritu.

Pues ningún don se nos legó como gratuito y absoluto: ni la tierra ni el cielo.

Nada es de nadie.

La tierra es una fiesta a la que fuimos invitados, y nadie tiene derecho a usurpar el pan, el vino, las rosas.

Todo lo que existe es Nuestro por el tiempo de la jornada que nos asignó la vida.

Lo que queda del sudor y los frutos retorna a los que empiezan, que a su vez gozarán, sudarán, y legarán lo que heredaron: el vivificante polvo que abonará la vid y la espiga para festejar a los futuros celebrantes.

Cada uno traerá su ansia, su sed, su porción de felicidad por vivir, sus sueños por realizar, sus ojos hechos a la luz, su alma en un cuerpo bendito.

La chispa de la vida es inmortal, y todo el oro es poco comparado con su luz. Pues lo que vale del oro no es el oro, sino el milagro de la chispa que lo hizo posible.

Hombres: el dinero es la muerte, y vosotros estáis dedicados al dinero y no a vivir.

Estáis cometiendo un crimen horrendo y seréis castigados implacablemente.

El fin apocalíptico se aproxima.

Esta civilización será vuestra ruina.

Asesinasteis el alma para meter vuestros cuerpos en tumbas confortables con aire acondicionado, colchones de plumas, televisores para mirar el desfile demente de fantasmas, la muerte en technicolor.

¿A esta agonía lenta, este afán de dinero, de poder, de perder el tiempo de vivir acumulando muerte, a esta maldita manía capitalista llamáis Progreso? ¿Será progreso esclavizarnos al trabajo, a la necesidad de consumir y consumir, envenenarnos el aire, prohibirnos el cielo, disfrazarnos de militares, overoles, sotanas, condenados a muerte?

Avaros y codiciosos: cerrad vuestras fábricas-prisiones,

vuestros templos del becerro de oro,

vuestros bancos de usura,

vuestras universidades de rebaños lógicos,

vuestros cuarteles de lobos obedientes,

vuestros sindicatos de esclavitud remunerada,

vuestras academias de lenguas muertas y mentiras de la historia,

vuestras oficinas de Sísifo burgués,

vuestras alienadas salas de cultura,

vuestros salones de belleza y pompas fúnebres,

vuestros libros de melancolía y maldiciones,

vuestros códigos de injusticias,

vuestros parlamentos de loros amaestrados,
vuestros prostíbulos de carne podrida y maquillada,
vuestras notarías para autenticar el pillaje y la propiedad robada,
vuestras cajas fuertes de vicios solitarios y pecados capitales,
vuestras habitaciones atiborradas de bienes materiales y egoísmos
incurables.

vuestros monederos falsos de caridad farisea,
vuestras alcobas de concubinas enjoyadas, perfumadas y preñadas de pus.
vuestras gerencias de Celestinos de la imperial ramera del capitalismo con
su millón de candados y cadenas para computarnos el pan, la vida, la libertad...

Sepultureros, carceleros, economistas mercenarios, asesinos de uniforme,
predicadores de mentiras, sabios del genocidio, capataces borrachos de poder,
sacristanes de Jesucristo el Sedicioso, Estadistas de la estafa, doctores de la Iglesia
del César, cerebros electrónicos de la Muerte Universal: ¡BASTA!

El juicio final os ha llegado.

Nos declaramos en libertad.

Asumimos el mando de nuestra vida.

Declaramos la guerra a muerte al poder de vuestras máquinas, vuestras
armas, vuestras constituciones, vuestras chequeras, vuestras razones de Estado,
vuestros verdugos... hasta hundir en los infiernos el Arca monstruosa de esta
civilización con todos sus crímenes tecnológicos y pecados capitalistas.
Rescatemos al hombre del imperio de la necesidad al reino de la libertad, para que
vuelva a ser hombre en los reinos naturales, hermoso, feliz, fiel al espíritu del Día
Siete que liberó la vida de los terrores de la Nada y el Caos.

La misión del hombre es ser humano, y su destino la libertad.

Arrojemos al infierno esta civilización condenada por sus crímenes: los
enemigos de la vida no pueden convivir con los enemigos de la muerte.

Los enemigos del amor no pueden convivir con los enemigos del odio.

Los verdugos no pueden convivir con sus víctimas.

El poder no es compatible con la libertad.

El dólar mata con su beso de Judas.

Compatriotas de la Tierra: la hora de vivir, es ahora,

El Árbol de la Vida está lleno de frutos.

Cualquier día es Domingo de Resurrección para los que no estáis muertos.
¡Feliz noche bajo las estrellas rojas, que preceden las auroras del hombre!

Gaitán

9 de Abril, la misteriosa madeja del destino. La muerte de este hombre altera mi vida. Cuando lo mataron, yo ni siquiera había nacido a una conciencia de ser. Era el fruto bastardo de unas bodas entre la ignorancia y una ideología fetichista fundada sobre el mito y la mala fe, que lo único que tenían de bueno era la inocencia en que se inspiraban.

Yo contaba entonces 16 años y tanto el pensamiento como la vida me eran frutos prohibidos. Lo poco que sabía entonces se me había enseñado partiendo de una moral basada en el terror al infierno. Quizá Gaitán había sido arrojado del altar de mi familia como un camarada del demonio, pues sólo hasta ese viernes de 1948 oí por primera vez mencionar su nombre: Habían asesinado a un caudillo en Bogotá. ¡Se llamaba Jorge Eliécer Gaitán!

Y la radio empezó a tronar los ecos fatídicos de una revolución tardía y frustrada cuyos himnos eran de muerte.

La belleza de la revolución se revolcaba en el lodo de la demencia y el crimen: el aborto era bautizado por el diablo. Esa tarde, la Revolución se trábalo y cayó en el infierno de la violencia. Después supe porqué. Aquella tarde no lo comprendí. Mi padre nos encerró en un cuarto oscuro y nos rezó como siempre que había tormenta: *“Aplaca Señor Tu Ira, Tu Justicia y Tu Rigor...”*

Y también: *“Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los Cielos y la Tierra de la Majestad de Vuestra Gloria...”* Para mí esas oraciones eran el fin del mundo, el diluvio y la guerra. Yo rezaba y lloraba de espanto al mismo tiempo.

Cuando después me gaitaniqué, o sea me hice revolucionario y ya no rezaba por miedo a los relámpagos ni al granizo, comprendí que el drama de aquel viernes de dolores no era sólo el de un líder sacrificado, sino el drama de millones de hombres, el drama de todo el continente suramericano.

Porque Gaitán tenía la talla de un héroe y de un profeta. En ese espíritu ardía la llama mística del hombre predestinado a la liberación de un pueblo: el hombre que era reclamado desde el fondo del dolor y la desesperación popular. Pues él era un Poeta del Poder. Nunca antes hubo otro más grande en las repúblicas americanas como no fuera aquel que las fundó con su soplo de libertad, del que heredó el fuego sagrado.

Él lo habría cambiado todo en Colombia con su hermosa Revolución, pues tenía la visión y el sentido heroico del Poder. Yo sé que los poetas no se entregan sino a la verdad que encarnan, a la verdad de amor a sus ideas. Y mueren por ellas si tienen que morir. Por eso precisamente son poetas. Porque la verdad es su fin, y su gloria. En esto Gaitán se diferencia de todos los políticos colombianos. Éstos toman la política como un fin. Lo que para Gaitán era sólo un medio para realizar los grandes ideales de su pueblo: su glorioso Destino.

Lo que teníamos que esperar de él era su gran fe en el destino de Colombia a través de su Revolución política, que al mismo tiempo era una revolución moral.

Con su muerte, a la que advino una feroz tiranía de plebeyos y reaccionarios capitalistas, Colombia ingresó o fue arrojada a la oscuridad del infierno por las brechas abiertas de la violencia oficial. Esa horripilante tarde de Abril Colombia

perdió su camino y perdió históricamente el privilegio de haber guiado los destinos de Suramérica y sus revoluciones nacionalistas, inspiradas en la nuestra.

Pues el pensamiento de Gaitán distaba de los extremos ominosos de los imperialismos para definirse en un nacionalismo orgulloso y soberano integrado con las fuentes vivas del pueblo y la nación. Gaitán no buscaba la tierra prometida ni lejos ni fuera de Colombia. Todos sabemos que la tierra prometida es la tierra que amamos, la nuestra, la que cada día santificamos con el amor y la creación, la que también se llama Patria cuando somos dignos de ella: Ésa de la que estamos desterrados hace ya largos años, en la que vivimos cautivos y muertos, a la que estamos atados por una cadena interminable de opresión, dolor, disolución y miseria.

Quiero añadir que Gaitán, en su fervor nacionalista, habría ajustado la nación a una síntesis creadora sin lo malo de los imperialismos, y con lo mejor de ellos integrado a la esencia del ser colombiano.

Todos los que en aquella época tenían derecho al uso de la esperanza —ya que el de la razón estaba custodiado por las armas— esperaban de Gaitán la conquista del Poder, que habría significado para Colombia la conquista de su Destino. Pero ese Destino fue abatido a la vez que su vida, en el umbral del poder.

¿Por qué dije antes que la muerte de Gaitán influyó en mi vida de una manera tremenda? Afirmino que la muerte de ese hombre es “responsable” de lo que yo soy. Pues ni en la vida de los hombres ni en la de los pueblos, sucede nada por azar. Las fuerzas históricas son determinantes, son causas “racionales” a las que no puede escapar nuestro destino.

Si Gaitán no hubiera muerto, yo no sería hoy Gonzalo Arango. ¿Quién o qué sería? No lo sé. No juego a la nostalgia ni a la profecía. Pero sí tengo la certeza de que si Gaitán viviera, el Nadaísmo nunca habría existido en Colombia. Entonces, ¿dónde estaríamos y qué estaríamos haciendo los escritores nuevos? Es casi seguro que hoy estaríamos al lado de Gaitán, con Gaitán a la carga, defendiendo sus banderas revolucionarias. No hipotecando nuestro arte a la política ni al Poder, sino dignificándolo y haciéndolo libre en el aire puro de la vida y de la Revolución del pueblo. (No pueblo como masa amorfa y borracha, sino como conciencia de vida, amor solidario y pasión creadora de su propio destino histórico.)

Hoy nos hace falta en Colombia para vivir y crear el aire jubiloso de la Revolución. Nos ahogamos en la podredumbre que hoy ahoga a Colombia; nos asfixiamos en su rara atmósfera de sacristía y de tumba; estamos secos en este desierto de la vida y del alma colombiana. Estamos estériles por falta de un verdadero amor, a Colombia. Somos intelectuales amargos, beatos, derrotistas, indiferentes y sofisticados. Nos hemos vuelto inmunes a la alegría y al dolor de la Patria. Los escritores nuevos hemos desterrado esta palabra de nuestro lenguaje, sentimos vergüenza al evocarla o al mencionarla. Escribimos y vivimos en el exilio de la imaginación; exploradores estéticos de la nada y el Vicio. Hace muchos años que los artistas no nos acostamos con la Patria. Haría falta una verdadera posesión carnal con ella que revitalizara nuestro espíritu y lo hiciera florecer. Quiero decir un coito verdadero y espléndido. No basta el amor platónico ni la piedad. Tales amores conducen al onanismo y la impotencia, a veces también al convento y al suicidio.

Lo que necesitamos es una verdadera revolcada física sobre la sufrida y bendita tierra de Colombia, bajo sus cielos azules y el sol que nos queme y dé

sentido a nuestra vida y a nuestros tristes pensamientos abstractos de cloaca e invernadero.

Fuego que purifique con su vida y con su luz. No la que guía hoy los destinos de Colombia que parece la luz de un cirio de sacristía o de velorio, ésa no resplandece: chisporrotea, huele a sebo y amancebamiento del Poder con los Poderosos del Templo.

Gaitán habría encendido otra llama en el Poder: ¡La de Prometeo! Porque no sólo era un gran caudillo sino un gran poeta. No porque hiciera versos sino porque su palabra era el fuego de la vida, de la creación, del amor y de la esperanza del hombre. Su ademán era una invitación al canto y a la alegría de vivir. Hoy 9 de Abril siento que nos hace falta el poeta Gaitán para cantar la belleza del mundo y el orgullo de tener una Patria nuestra, creada por nuestro amor y para nuestro amor.

Con él, los intelectuales no seríamos hoy esta plebe de sicópatas ambulatorios que no sabemos qué hacer con el poder de la palabra, como no sea degradarla en el desprecio, la calumnia, el derrotismo, el conformismo y la autodestrucción. Por eso erramos sin destino por el desierto de Colombia, oscilando entre la indiferencia y la nada: porque no hay ninguna fuerza viva que nos apasione, que seduzca nuestro espíritu a la acción militante, y nos libre de esta inercia oprimiente que se parece a la muerte del alma.

Salgo a la calle. Tengo la ilusión de encontrar una fiesta de muchedumbres, de esas mismas que una vez deliraron con la magia profética de la Revolución gaitanista. Pero no hay fiesta en la ciudad. Todo lo que veo son fusiles, soldados, perros y caballos alimentados con el pan de los pobres y los perseguidos.

Veo también un pueblo muerto de miedo y hambre que se emborracha en las tabernas, que se envilece para recordar aquel 9 de Abril y para olvidar que hubo una vez —como en los cuentos fantásticos— en que pudo de verdad ¡SER UN PUEBLO!

Y veo por último tres coronas ajadas, las que cada aniversario deposita el pueblo sobre la tumba de sus ilusiones.

Porque Gaitán fue asesinado yo soy Nadaísta. Y mi protesta la dedico a su memoria, y a la promesa viva de su Revolución.

Una coliflor para el idiota

Uno que era hombre yace bajo estas piedras. No hay inscripción ni signo que delate la grandeza. En el agujero todo negro de olvido reposa un montón de huesos petrificados por el sol y por los vientos arenosos que soplan en la soledad. La cruz se cansó también de prometer una resurrección imposible, y la desesperanza ha podrido un brazo de la cruz. En el otro, se enreda la batatilla, y en sus flores humildes rondan los insectos. Las aves errantes se posan un instante en la media cruz y estercolan la tumba con inocencia.

Ése que era hombre yace aquí olvidado del mundo y de sí mismo, sin nada que sobreviva a su aventura. Sólo le queda la posibilidad de que Dios exista y que inscriba su nombre en el Libro de los Muertos donde se registra la memoria de la pobre criatura humana.

Maiacovski dijo una vez abrumado por el peso y la pesadumbre de su revolución al hombro, cuando la belleza de sus versos no encendía sino relativamente la llama de su ideal revolucionario: *“¡Y ahora tiene la palabra el camarada Mausser!”*

En esa incitación al terrorismo se operaba la comunión entre la belleza de la palabra y la violencia lúcida del disparo. Mutuamente se transmitían dignidad y coraje en la lucha sacramental por la redención del hombre.

Matar era una justificación, una razón de vivir, pero también de morir. La violencia se ponía a las órdenes del espíritu, y el terror de la moral.

La frase de Maiacovski me la relató un poeta que desertó de la poesía porque lo oprimía el pensamiento, la metafísica y la inutilidad de la belleza. Estaba harto de pensar pensamientos revolucionarios. Deseaba la revolución en carne y hueso, viva y beligerante en el corazón de su tiempo y en su propio corazón. Las rebeliones del espíritu y la impaciencia del corazón del artista, el sufrimiento y sus esperanzas relativamente nobles lo sublevaban por su lentitud, por su carácter idealista tan cerca de la ilusión o el ensueño.

Prefería la revolución instantánea. Instalar su sueño definitivo en las convulsiones de la vida diaria. Su nuevo sueño consistía, no en estallar la mentira y la injusticia de la sociedad con palabras terribles, sino con disparos terribles. Elegía la revolución sin porvenir, pero sin someter sus estallidos a exégesis mentales, sin consignas razonadas. En fin, elegía la aventura de la revolución a la revolución poética.

Quería afirmarse con actos, con actos puros de violencia, y tan reales como la sangre y la muerte. Pensaba que la poesía era una ilusión idealista. No confiaba su sueño sino a la sacudida, al temblor y al movimiento brusco. No creía en la fuerza de la razón, sino en la razón brutal de la fuerza. No se conformaba a los desplazamientos lógicos o naturales de la Historia, sino a la precipitación, a la caída del templo donde se veneraban los falsos dioses históricos, al derrumbamiento estridente del orden cruel, para el advenimiento de otro orden, de otra mística, de nuevos valores mesiánicos.

Según él, la contemplación era para los poetas, a quienes terminó despreciando por incontaminados, románticos y subjetivos. La palabra era una

traición, una enemiga mortal de la Revolución y de la Vida. La palabra era aliada de la opresión triunfante, una aliada sin poderes contra la crueldad de la Historia.

A la historia había que forzarla con la fuerza, no con la idea. Dirigirla a su destino con la violencia, no con la belleza. En la poesía sólo veía fuentes inagotables de cobardía y conformismo, según aquel escepticismo expresado por Hölderlin de: *"¿Para qué poetas en tiempos aciagos?"*

De tal modo identificaba la vida con el peligro, la aventura y el vértigo, y el sentimiento de virilidad con la acción.

Dejó el arte por la lucha armada, y la poesía por el camarada Mausser. Se marchó con sus convicciones, su coraje y su nueva idea, e ingresó a las guerrillas del monte. Sospecho que vendió su máquina de escribir para comprarse un revólver, como si un imperativo moral se lo exigiera. ¡Estaba alucinado!

Ahora recuerdo su imagen pero no su nombre. Era un poeta anónimo, nada más que eso: un proyecto de vida. 50 kilos atormentados por una pasión mortal, por una hoguera fulgurante de locura.

A los dos meses de despedirse de la ciudad, de sus libros y de sus amigos poetas, caía abaleado sórdidamente en una montaña sin pena ni gloria, en un melancólico y anónimo sacrificio. Muerto para la vida en un ademán valiente sin duda, pero inútilmente sacrificado.

En ese ademán dramático y efímero de un extraño libertinaje espiritual, se había jugado todas sus posibilidades: las de vivir, crear, morir por algo y para algo y había perdido. Su juego era limpio, pero marcado de antemano por la muerte. Si hizo trampa fue con su verdad.

Ese heroísmo me pareció siempre en el vacío, casi una traición a sí mismo y a los valores que encarnaba. Había desertado de una causa que lo necesitaba vivo limitado y no cadáver absoluto. Con su gesto negro y resplandeciente pelaba al heroísmo, pero su impulso era tan elevado que sólo alcanzó a abrazarse a la nada y confundirse finalmente con ella en la caída.

Ni en la realidad ni en la belleza encontró su reino. Sólo se sentía puro en el terror, que a pesar de su rudeza, también es un reino abstracto. Jugaba a la inmortalidad por el trágico camino de la muerte.

Orgulloso: pues con su muerte quería matar a la razón, a la época que despreciaba, y enterrar su vida arrastrando tras ella a la Historia.

Repetía el gesto terrible de Sansón y los filisteos, pero en su caso el Sansón que soñaba ser moría solitario mientras los filisteos le sobrevivían, y peor aún, lo traicionaban, robándole sentido a su muerte y contenido a su destino, olvidado para la vida y la Eternidad.

Probablemente de sus cenizas nada resucitará como sucede a veces con los mártires de cuyas tumbas brota el milagro.

La frase del poeta ruso lo había arrojado a la montaña y a una muerte lrisoria. También Maiacovski se liquidó con su propio Mausser, pero era explicable: para ciertos espíritus lúcidos y tiernos las revoluciones triunfantes son mortales, y cuando no dan vida sólo dejan la alternativa de morir. A Maiakovski lo mató el triunfo de la revolución, o sea, el bolcheviquismo en el poder.

Las conquistas de una revolución convertida en orden burocrático, legalidad y despotismo, fueron inferiores a su ideal revolucionario que era poético y redencionista en el más humano sentido, y místico en el sentido más crucificado.

Pues el poeta tiene el don profético de desbordar la realidad, que para él no es sino un aspecto de la verdad, o su destello más inocente. Pero la realidad no es nunca la verdad absoluta que persigue desesperadamente, y por la cual clama en el desierto de la contingencia.

Desde luego, ninguna muerte está completamente despojada de sentido, así sea metafórico. Y, ¿qué sentido tiene la muerte del poeta-guerrillero?

En el fondo de su naturaleza espiritual estaba sacudido por una gran urgencia. Necesitaba ponerse a prueba para comprobar si su vivir tenía un sentido, si el mundo era justificable, y si le quedaba al hombre una dignidad y una razón de existir. En síntesis: necesitaba saber, como un imperativo de conciencia, si era libre, es decir, si era un hombre.

Y ¿cómo saberlo?

La poesía lo dejaba confuso. Sus llamas negras lo destruían, le revelaban la contradicción entre sus sentimientos y el absurdo del mundo, entre la belleza pura y la alienación. La Historia era a sus ojos una orquestación caótica y ambigua, y su orden marcaba un ritmo catastrófico.

Era demasiado lúcido y sensible para no percibir el espejismo de los valores dominantes. Por todos los ámbitos de su ser y del mundo florecían la miseria, la opresión y la ignominia. El horizonte se había cerrado para la salvación. La poesía no podía llevarlo al triunfo de su ideal revolucionario sino a la impotencia. No se resignaba a este fracaso. Necesitaba una experiencia más rotunda, más profunda y solidaria con la sangre de los otros. Para saber si era libre, si la vida tenía un sentido, apeló a ese recurso definitivo que es la muerte.

Al fin se abraza a su verdad absoluta, pero esta vez muy tarde y para siempre. Esta verdad tuvo el destello brutal y fugitivo de un disparo al que sucedió la eternidad, la noche y el silencio. Se llevaba su verdad a la tumba como un secreto por el que había pagado, en mi concepto, un precio injusto y sin medida.

Un sacrificio tan insensato me recuerda aquellos personajes de Dostoievski, sus conciencias rotas y sucias por el absurdo, sedientas de Absoluto. Estos atormentados se suicidaban para afirmar su libertad con lúcida y fría premeditación. Y al liquidarse, descubrían que eran libres, se afirmaban al tiempo que se negaban, y morían reconciliados.

Pero de Dostoievski a nuestros días la metafísica ha dado saltos mortales sobre la vida. Nuestros contemporáneos ya no consagran sus pasiones y desesperaciones a aprehender su libertad por las vías de la experiencia mística, o de una aventura metafísica suicida.

Para nosotros, una tal hazaña significaría tanto como morir por la idea de la nada que nos identifica después de la muerte, o por la idiota curiosidad de morir para saber qué hay más allá de nuestro cuerpo: si el vacío cósmico o la trascendencia.

Los hombres ya no quieren morir por el ideal platónico de libertad pura. Si hay que morir por ella, que sea por una libertad existiendo realmente en el cuerpo de los hombres y en las avenidas de la Historia, transitando como presencia.

Así la experiencia de la libertad deja de ser subjetiva y se incorpora al mundo, se encarna en la condición humana. Y el sacrificio deja de ser metafísico para volverse histórico.

El poeta, sin embargo, frustró tanto la experiencia como el conocimiento, y murió sin hacer nada por la belleza, y nada por la Revolución; nada por sí mismo y nada por la humanidad.

En un sentido muy sutil, su acto se emparenta con la inutilidad metafísica de los suicidas dostoiévskianos: la verdad que conocen en su breve y fulgurante revelación, muere con ellos.

Sí, son libres de morir, pero no hay libertad en la muerte. El balance es rojo para la metafísica, pero todo está perdido para la existencia.

Esto significa que el sacrificio que no tenga una ética, una eficacia real en la historia, es un sacrificio idiota que no beneficia a la vida ni a la muerte; que no aumenta la felicidad ni disminuye el dolor; que no instaura la libertad ni suprime la opresión. Tal cosa se identifica con la evasión, y el sacrificio adquiere categoría de droga heroica: enajena la conciencia y envilece la pasión creadora.

Pues lo que importa en definitiva no es morir con heroísmo o con esa falsa grandeza romántica de los mártires, sino vivir dramáticamente, creadoramente, afirmando en cada paso, en cada acto, no sólo la vida sino el sentido de la vida.

El fatalismo histórico no puede reclamar nuestro sacrificio individual a nombre de un ilusorio porvenir. Tal cosa puede suceder en la guerra, en el furor desencadenado e irracional. Pero no cuando las armas gozan de una tregua reflexiva. Entonces hay que creer y crecer, construir y vivir peligrosamente, y no desertar de los hombres y sus causas.

Han pasado dos años, y ya nadie recuerda al poeta. Dudo que ni siquiera almas piadosas oren ya por su alma. Yo le recuerdo sólo como un símbolo, ni siquiera como un hombre que existió. La muerte nos ha robado su imagen y borrado su aventura terrenal de carne y hueso, de pasión y pensamiento.

Algunos alegarán que fue un mártir, un héroe anónimo, y que cuando triunfen los ideales por los que luchó se habrá justificado su muerte. Se dirá entonces que fue un eslabón roto pero no perdido de un largo proceso histórico que culminaría con el triunfo de la aventura revolucionaria. Hasta es muy posible que en el futuro rescaten su nombre del olvido y de la tierra anónima, y lo inscriban con acero en el altar de los mártires.

Quizás la posteridad agradecida le consagre una página admirable en el libro de la inmortalidad. Quizás se restituya su polvo anónimo en la piedra de un monumento público. Todo eso puede suceder.

Pero, ¿para qué la consagración póstuma de un símbolo, si lo que importa no es el símbolo despojado de carne, sino la vida en plenitud desplegando sus fuerzas creadoras?

Es preferible vivir una vida humana que ser postulado para dos siglos de posteridad muerta sobre un pedestal, sin apelación a los escultores picapedras que aporrean al hombre espiritualmente, adjudicándole un aire severo y solemne que nunca tuvo, pues en este trance de falsa inmortalidad el hombre vuelve a ser traicionado.

Ya en un plano subjetivo, no condeno el acto soberano del poeta-suicida. A nombre de ninguna moral personal o histórica podría condenarlo. No me es permitido, pues todo juicio sobre un hombre que elige su destino, es sagrado, es decir, arbitrario, ya que cada vida desborda razones y justificaciones.

En lugar de condenarlo me limito a comprenderlo. En última y suprema instancia ha elegido lo imposible asignando un sentido absurdo a su vida y su muerte. Su acto se torna impensado, irreversible y definitivo.

Nuestro juicio, en este caso, es simplemente humano, y por lo tanto provisional. Allá él con su pureza y su heroísmo. Yo soy otro. No me concierne ni el sentido trágico de su vida, ni su muerte absurda.

Vivo, podíamos comunicarnos y discutir el sentido y el porvenir del mundo, y hasta adoptar una moral transitoria, una estética de la Revolución y una ética de la poesía: sus libertades puras y sus compromisos morales.

Muerto, nos ha legado la soledad, el fracaso y el silencio. Y la eternidad, todo el mundo lo sabe, es inhumana.

Quizás se haya despedido de las estrellas con una sonrisa tierna. Eso nadie lo sabe: ni el soldado que lo mató, ni Dios que estaba ausente de la lucha, ni la tierra insensible al dolor de los hombres.

Quizás los pájaros que se despertaron con el disparo podrían decirnos si murió triste o con alegría, orgulloso o humillado. Pero desgraciadamente los pájaros prefieren cantar y por eso nunca lo sabremos.

En esta forma, el misterio queda cerrado para este mundo y los futuros, para esta vida y la eternidad.

A las piedras que guardan sus huesos, pido que sean menos duras que los hombres, menos inhumanas. Y que esa cruz torcida en forma de espantapájaros, vele su tumba anónima, para que la desesperación que lo mató, cese de destruirnos.

¡Y bendita sea su morada y su memoria! Pues a pesar de todo, era un poeta, un santo y un bandido. De él no queda siquiera un verso que sobreviva a la nada que ahora habita.

Manifiesto Nadaísta al Homo Sapiens

Fragmento

... Pateamos la piedra tumbal y resucitamos. Sonó la hora de bautizar la tierra con una nueva barbarie purificadora. El planeta hiede a almas muertas. No más resignación, no más quietud, no más derrotismo. Se abre el proceso, vamos a acusar, a enterrar a los muertos, a limpiar la tierra de excrementos, ¡vamos a vivir!, nuestro mensaje es de muerte, seremos tiernos como verdugos. De este apocalipsis sólo se salvarán los vivos. Nuestro diluvio es de odio. No perdonaremos. No hay que ser blandos ni compasivos. Hay que ser crueles, insobornables al bien. Hay que ser peores que virtuosos. Hay que consumir la muerte del humanismo en esta región del espíritu donde el hombre está muerto: en sus ilusiones. La razón es una rata muerta: hiede. Un vaho de putrefacción asciende de los poros hasta el alma, infecta la carne, la vida, el planeta... Todos los valores de esta civilización maxfactorizada y marxista hay que arrojarlos a la cañería sin excepción. El hombre está corrompido desde la cabeza hasta el coxis, hay que desmentalizar la carne, adanizar el espíritu. Nuestra literatura será el purgante para que el hombre, en vez de caca, defeque sus razones...

Para que el hombre no sea aniquilado, para que el espíritu no sea sentado en la silla eléctrica, para que un resto de dignidad animal no nos sea arrebatado por esta civilización de acero, los nadaístas prometemos hacer un arte de ignominia que consista en aplastar al hombre sobre un water closet hasta que se eleve, como por encima de un pedestal, en sus propios excrementos, y sienta que todo eso perfumado que llamaba los Valores, no era más que un mantón de Mierda...

Testamento

DECLARO solemnemente que no escribo para la Inmortalidad. Escribo modestamente para esta vida y para los que viven aquí, y ahora.

Deseo una gloria que me alcance en mi carne y en este instante, no después.

Escribo a velocidades de planeta, a contra reloj contra la muerte. Deseo conquistar mi vida como única finalidad del arte. A esta conquista sacrifico gustosamente la pureza, la perfección y toda idea de Absoluto. Por toda gloria busco la plenitud de los sentidos, el éxtasis de mi cuerpo en otro cuerpo.

No pretendo ser clásico al estilo de los “estilistas” que sacrifican una aventura por una metáfora. Yo, en cambio, lo dejo todo, desde Adán hasta Marx, por meterme a un filme de vaqueros con mi amante. En eso me distingo de la raza bastarda de los intelectuales.

Confieso a la manada de truhanes que se interesan por estas cosas del Espíritu, que no me interesa perdurar en los manuales de literatura para estudiantes de retórica. Mis libros no tienen ese aroma que santifica las almas e ilumina los claustros sombríos de la virtud.

No dejo nada ejemplarizante para retornar al buen camino a los extraviados, pues yo soy la negación de todo camino. Y si por azar queda algún testimonio en este sentido, es porque yo mismo, por encontrar un camino, me extravié en la ausencia de caminos.

No tengo nada que enseñar en los internados de monjas y de curas donde la moral acoraza a la juventud contra los goces naturales de la vida.

Me niego a ser fosilizado, maquillado y momificado en un pénsun como “Gloria Nacional”.

Apelo a mi desprecio por la cultura para que no se inscriba mi nombre en textos escolares para luego ser babeado por maestros de urbanidad y buen decir. Al diablo con esos burros presumidos que apestan a pederastia de monasterio, a espiritualismo de sacristía, a sobaco sudado, nicotina, alcanfor de castidad, y los mil hedores pestilentes del racionalismo cristiano.

Exijo el honor de que me borren de la memoria de las futuras generaciones. Pido para mí la gloria de ser un maldito, un proscrito, un excomulgado de toda moral, de toda estética, de toda esperanza. ¡Que mi gloria me la den en la cama!

Quiero ser olvidado definitivamente, fervientemente; o en caso contrario, odiado con pasión, como un remordimiento que roe la noble causa del Espíritu humano. No deseo sobrevivir a mi propio horror, y al desprecio que me inspiró el Humanismo y la sensiblería utilitaria y futbolera del siglo 20.

Exijo el derecho de elegir para mi memoria la ingratitud de la posteridad, puesto que antes de morir ya habré sido ingrato con este mundo.

Aspiro a ser como escritor el Arquitecto de la Destrucción. Instalado en mi trono planificaré el caos, la ruptura del orden, la desesperanza inminente, el aniquilamiento total, el triunfo de la desesperanza.

No pretendo ser benefactor ni creador de nada con el sucio barro de que están hechas la Humanidad y sus utensilios. Reclamo, a cambio de mi inutilidad, silencio para mi tumba, desprecio y horror para mis huesos culpables.

No dejo descendencia física ni patrimonio moral para ser devorado por la rapiña insaciable de los roedores del alma. Mi destino me concierne a mí solamente, y me hundo con él por dignidad y por indiferencia.

Asumo con orgullo mis maldiciones y mis desdenes. No repartí pan a los miserables, ni fe a los dudosos, ni consuelo a los dolientes. Ejercí una rara caridad repartiendo asco a los puros y desdicha a los infelices. Contagié la desesperación como una peste sagrada, pues tal misión me fue encomendada por el Demonio para preparar el advenimiento del Imperio de la Ignominia.

Fui irrelevante y eficaz en mi tarea de proclamar el desastre, el terror, la ausencia de sentido, y por cumplir la voluntad satánica fui condecorado con las rosas de la lujuria y la locura.

Que mi lápida sea la de un monstruo. De todos modos ya estaré podrido antes de ser olvidado. No necesito una piadosa inmortalidad para mis gusanos. Ellos impondrán un silencio reverente que se parezca al asco, y harán vomitar a los compasivos y a los tiernos de corazón.

No se asomen a mi tumba, granujas, no peregrinen sobre mi cadáver. Mi apelación al olvido es cuestión de dignidad estética. Sobre todo no babearse, no moquear, no orar, no mear sobre mi tumba, nada de ofrenda floral: no es manera de venerar al trágico y al guerrero.

Mi gloria sólo puede ser celebrada con el canto, la danza, la orgía, la embriaguez, las formidables fornicaciones en forma de himnos como yo las celebraba con espléndidas mujeres en los cementerios metropolitanos, cuando era morbosos y elegíaco.

Ah, recuerdo los orgasmos contra las losas fúnebres, las paredes de las tumbas temblaban; gritaba de un placer tan bruto que los muertos aterrados se sacudían el polvo creyendo que el Juicio Final tocaba a sus puertas, y que mis éxtasis eran el trompeteo alegre de la Redención, ¡Pobres almas sin cuerpo! En su impotencia suplicaban cambiar su Eternidad por 5 minutos de vida con mi amada, como antes se prometían en el lecho: *"Oh amada mía, por entre tu carne palparé tus huesos para reconocerte el Día de la Resurrección"*

Y así iba a olvidar mi agonismo bajo los sauces fúnebres. Allá recordaba que el arte no justifica ser eterno, que lo que justifica la inmortalidad es esta vida.

Que mi gloria sea viril fue siempre lo que quise en este mundo. Después, la literatura, lo mismo que mi alma, que se las lleve el Diablo, si a ése le placen tales porquerías.

Amén.

EL INFIERNO DE LA BELLEZA

Si los dioses nos abandonaron, peor para los dioses. La soledad de los cielos está llena de promesas humanas, y la tierra es el porvenir del hombre, su alegre morada y su reposo.

(Manifiesto Poético)

Los Nadaístas

Los Nadaístas invadieron la ciudad como una peste:
de los bares saxofónicos al silencio de los libros
de los estadios olímpicos a los profilácticos
de las soledades al ruido dorado de las muchedumbres
de sur a norte
al encenderse de rosa el día
hasta el advenimiento de los neones
y más tarde la consumación de los carbones nocturnos
hasta la bilis del alba.

Va solo hacia ninguna parte
porque no hay sitio para él en el mundo
no está triste por eso
le gusta vivir porque es tonto estar muerto
o no haber nacido.

Es un nadaísta porque no puede ser otra cosa
está marcado por el dolor de esta pregunta
que sale de su boca como un vómito tibio
de color malva y emocionante pureza:
“¿Por qué hay cosas y no más bien Nada?”
Este signo de interrogación lo distingue
de otras verdades y de otros seres.

Él es él como una ola es una ola
lleva encima su color que lo define revolucionario
como es propia la liquidez del agua
del hombre ser mortal
del viento ser errante
del gusano arrastrarse a su agujero
de la noche ser oscura como un pensamiento
sin porvenir.

Ha teñido su camisa de revolución
en los resplandores de los incendios
en el asesinato de la belleza
en el suicidio eléctrico del pensamiento
en las violaciones de las vírgenes
o simplemente en el barrio pobre de los tintoreros.

Lleva su Camisa Roja como un honor
como un cielo lleva su estrella
como un semáforo produce su luz intermitente
de catástrofe

como una envoltura de “pall-mall”
perfumando su pecho de adolescente.

El Nadaísta es joven y resplandece de soledad
es un eclipse bajo los neones pálidos
y los alambres del telégrafo
es, en el estruendo de la ciudad
y entre sus rascacielos,
el asombro de una flor teñida de púrpura
en los desechos de la locura.

Tiene el peligro de los labios rojos y los polvorines
mira los objetos con ojos tristes de aniversario
es el terror de los retóricos
y los fabricantes de moral
es sensitivo como un gonococo esquizofrénico
inteligente como un tratado de magia negra
ruidoso como una carambola a las 2 de la mañana
amotinado como un olor de alcantarilla
frívolo como un cumpleaños
es un monje sibarita que camina sin temblor
a su condenación eterna
sobre zapatos de gamuza.

Sufre el vértigo de los sacudimientos
electrónicos del jazz
y las velocidades a contra-reloj
corazón de rayo de voltio que estalla
en el parabrisas de un Volkswagen
deseando la mujer de tu prójimo.

Se aburre mortalmente pero existe.

No se suicida porque ama furiosamente fornicar
jugar billar-pool en las noches inagotables
brindar ron en honor a su existencia
estirarse en los prados bajo las lunas metálicas
no pensar
no cansarse
no morir de felicidad
ni de aburrimiento.

Es espléndido como una estrella muerta
que gira con radar en los vagos cielos vacíos.
No es nada pero es un Nadaísta
¡Y está salvado!

Manifiesto poético

Esta belleza no tiene la culpa de ser así. No se excusa por ser tan antibella. Inocente como un olivo con respecto al diluvio, no pide perdón por sobrevivir a la muerte del antiguo Mito.

No es para almas platónicas, equilibradas, ni razonables. No tiene nada que ver con la nostalgia de un mundo mejor, ni con el sueño de otro mundo. Se instaló en su tiempo, porque era allí donde tenía que instalarse, bajo un cielo de dolor, brutalidad y agonía.

Como belleza se acerca más a la confusión que al orden, a la morbosidad que a la salud, a la locura que a la razón. Y es por una causa objetiva: la subjetividad del siglo está trastornada, roto el viejo orden del Universo, de valuadas sus tablas de valores, finita la concepción platónica del hombre y de las cosas.

La Historia está en liquidación. Se traslada con sus cacharros axiológicos y sus utensilios inútiles, y pone en manos del impostor más fuerte las mejores tradiciones del espíritu, los bellos dones del alma, sus éxtasis, su soledad, sus libertades adorables y sus glorias.

La Historia ya no evoluciona, sino que salta como un cangrejo loco contra el ritmo de las olas del tiempo. Su frenesí no indica que progresa en sus saltos mortales. La evolución es un movimiento continuo, constructivo. Pero la Historia contemporánea se lanza de guerra en guerra en busca del progreso, inútilmente.

La guerra no es la revolución.

Nuestro mundo actual no tiene nada de saludable, de tranquilo y sensato. En este manicomio residen muchedumbres de locos, lujuriosos y alienados. La Civilización es la tumba en que vivimos.

Las crisis del alma que antes fueron nobles e invisibles, se miden hoy, se pesan, se calculan en aparatos electrónicos: esas viejas desesperaciones metafísicas, las místicas elaciones, se han convertido en neurosis, epilepsia, terrores producidos por violencias físicas y coacción en las almas.

En el fondo de esas almas oprimidas, innumerables fuerzas rivales luchan por una desconocida supremacía. La guerra está en las almas en forma de pasiones e idealismos contradictorios que no terminan por adherirse a una fe de salvación, o a un ideal sobre nuestra oscura realidad. Y esas fuerzas frustradas perecen en la lucha, en la hostilidad, para abdicar finalmente a orillas del nihilismo.

La respuesta del poeta a este estado de zozobra y perpetua insensatez, es esta imagen de belleza airada, rota, dudosa, fiel reflejo de los sucesos y del caos en que estamos sumergidos.

Un mundo en crisis y desintegración produce una belleza de tránsito, provisional en el Absoluto, y correspondiente a la turbación que la inspira.

La poesía no es distinta de la vida, pero es más que la vida, pues es creación, testimonio del mundo y al mismo tiempo trascendencia.

La poesía nadaísta no se disculpa ni ante una tradición promulgada como dogma de belleza absoluta, ni ante la hostilidad de las almas que se resisten a perder el antiguo prestigio del mito clásico y romántico.

¿Quién se disculpa por estar vivo? Esta poesía es así, como la vida: visceral y animada como un organismo cuya raíz se hunde en las convulsiones y crece

respirando el aire envenenado del siglo hacia un cielo sin salvación. Crece hacia el cielo, pero ella misma es el Infierno.

El poeta está desamparado como buscador de imágenes para crear un mundo unificado. Busca su guía entre signos paradójicos, alucinantes, derrotas y delirios. Pocos espíritus responden hoy a su mensaje. El alarido ha desplazado el silencio donde el hombre se reconcilia con su naturaleza más durable y más pura: el silencioso diálogo de las almas con su destino.

Esta poesía no es rara, o lo es en la medida en que lo es nuestro tiempo. Es nueva, sencillamente. Asume el partido del espíritu a nombre del cual se expresa y se rebela. En todo caso, su razón de ser consiste en no someterse a la burda dominación del pragmatismo heroico, y resistir a los mortales enemigos de la razón civilizada.

Denota otra visión del mundo: un cambio de cielo, y un cambio en la mirada del cielo.

Cada poeta, en cada tiempo y lugar, percibió de otra manera el fenómeno singular de su existencia. La poesía es la respuesta de esa percepción.

No se le reprocha a Cristo, a Esquilo, a Dante, a Goethe, la fastuosa inspiración de sus respectivos universos poéticos. Ellos reseñaron con fidelidad irrecusable una rebelión metafísica, el tránsito del hombre por esta tierra hacia un destino superior. Captaron el viejo milagro siempre nuevo del hombre ante el Universo y ante sí mismo.

Cada generación tiene su turno para expresarse en términos de rechazo o reconciliación con el mundo humano y el divino, con la libertad o con el Destino.

Es mala fe, dogmatismo estético, sacrificar una expresión de belleza nueva por su contraste con la anterior. No pueden ser idénticas porque su inspiración les llega de infiernos desiguales, aunque bien pueden inspirarse en manantiales de tradiciones vivas, purificadas en el fuego de distintas podredumbres.

El mundo cambia, la Historia se moviliza, la poesía se desplaza con estas evoluciones. La ciencia ha robado su encanto al misterio del cosmos. Los cielos ya no son objetos arcanos de inspiración. La cortina azul y el más allá de la intuición metafísica han sido develados: todo era humano, y en el más allá no habitaban los dioses. El conocimiento ha entrado triunfante en la belleza de la realidad misteriosa. Los territorios invisibles y la adivinación de las estrellas han sido descubiertos por un sencillo binóculo de larga vista. La fantasía y el mito ya no son fantasmas de la imaginación, sino certidumbres maravillosas de los sentidos. Y del espacio lejano han retornado los astronautas para referirnos la aventura de su conquista y declarar la cesación del milagro en un comunicado de sencilla objetividad lírica: *"La Tierra es una bolita azul con tempestades."*

El prestigio de los cielos ha entrado en decadencia. Sus valores de inspiración son relativos, y en adelante ingresarán en el dominio de una creación nostálgica y marchita.

Gagarín, el Prometeo Atómico, ha robado de nuevo el secreto a los dioses insumisos, y la luz a los cielos arcanos. El conocimiento humano se ha iluminado con una verdad atea: la tea de Zeus ya no ilumina la leyenda de los cielos. Éstos están poblados de vacío, silencio, soledad y estrellas.

Se nos han revelado otros cielos invisibles, pero reales y de enorme belleza. El hombre no es ya un desconocido, ni un actor perdido entre sus decorados. Su

conocimiento de sí mismo se eleva en proporción al conocimiento del Universo que habita.

La luna y el lunik, los astros y los astronautas, el polaris y la estrella polar están en la misma órbita del hombre. Y el poeta fundirá en su canto la sombra y la luz de estas bodas entre la ciencia del cosmos y la poesía cósmica.

Nos toca ahora cantar las hazañas y a los Ulises del cielo. El- espacio ha sido sometido y las distancias recortadas. Ya no existe el infinito. Hoy se puede medir en relación a un punto de las constelaciones. Pero no hay que desdeñar la sacra palabra que inspiró tantos siglos de belleza mágica.

Nuestro siglo no es menos hermoso, aunque sus descubrimientos nos asombren, y a veces humillen la razón inocente y el corazón espontáneo. La relatividad del infinito no es menos admirable que la libertad soberana de la imaginación. La grandeza del alma consistirá ahora en descubrir la belleza en la contingencia, y la eternidad en lo perecedero.

Si los dioses nos abandonaron, peor para los dioses. La soledad de los cielos está llena de promesas humanas, y la tierra es el porvenir del hombre, su alegre morada y su reposo.

Nada termina nunca, nada empieza. Todo es presencia. Todo existe en trance de revelación. También lo que no existe, existe en las posibilidades infinitas de la nada. Y la belleza es inextinguible para nombrar el nuevo rostro de las cosas. Pues la belleza no es eterna sino en la medida en que muere para vivir: se eclipsa con la palabra y resucita del silencio del que retoma su energía creadora. Invoca la verdad y los mil rostros de la vida, y es efímera como el dolor y la dicha.

El hombre exige ya una respuesta de la Esfinge. Su misterioso secreto tiene que ser revelado. El eterno silencio tiene que estallar. El corazón humano ya no se resigna a secreto tan sospechoso.

En la continuación del debate nunca terminado entre la naturaleza y el espíritu, el poeta tiene la última palabra, pues oficia doblemente a la verdad y a la vida en su condición de hombre divino: en él se opera la reconciliación definitiva de la tierra y el cielo, de la realidad y el mito, redentor y crucificado a la vez.

El poeta poetiza para volverse Dios, sin dejar de ser hombre. En su oficio se saludan el espíritu santo y el espíritu de la vida. El paraíso perdido vuelve a ser recuperado por la inocencia de su canto y el exilio termina, pues "lleno está de méritos el hombre, mas no por ellos, sino por la poesía, hace de esta tierra su morada".

El prestigio de la palabra nunca está cancelado. Resucita de las tumbas y de sus viajes por las tinieblas, y regresa a la luz del sol, fiel a su misión de comunicar lo incommunicable y dar sentido a lo inexplicable. Ella da testimonio de lo que hay bajo el cielo y después de la muerte. Vive con los hombres y después de ellos. Por eso la poesía intenta lo imposible: certifica que este mundo es el mejor de los mundos posibles, y el único.

Aquí el poeta se torna divino y sucesor de Dios, quien ha creado el Universo para que el poeta lo explique. Y el poeta triunfa sobre el absurdo, o se enloquece.

Dios al crear el mundo ha triunfado sobre la nada y fracasado ante el Ser. Tal acto reúne su Omnipotencia y su impotencia. Por eso eligió al poeta para que la Creación no quedara en el caos, no siendo Nada, pero tampoco siendo Ser. La misión del poeta es lograr la reconciliación entre el ser y la nada, y triunfar en la

Unidad. Y la función de la auténtica poesía no es otra que convocar los seres a la existencia.

Quizás Dios se ponga celoso de esta tarea que es poner a existir el Ser, y hacer humano el universo divino. El mito nos relata que, por esta osadía, el poeta Prometeo fue condenado.

Poesía fue siempre, y también es hoy, vida y libertad. No es otra la tarea del poeta: asegurar la vigencia de estas dos palabras en el mundo de la opresión y de la muerte.

Poema Ser

ser un semáforo bajo la lluvia
ser un rayo sobre un pararrayo
ser un papagayo
ser un aviso luminoso a las 6 de la tarde
ser un revólver y una bala
un enemigo peligroso
un día cualquiera en la hoja del almanaque
unos hilos de lluvia sólida
 un poco de frío
un edificio mojado de 14 pisos bajo la lluvia
el cielo hace su propia revolución
los hombres se esconden de miedo
en los recintos cerrados
 en los aleros
 en los escampavías
ser la velocidad de un automóvil
ser el comandante de la revolución celeste
ser una golondrina retardada en el imperio de la lluvia
 los hilos telegráficos destilan gotas
ser la terraza en el firmamento
el transeúnte que no puede llegar tarde a su trabajo
la novia que va para una cita de amor
la motocicleta estacionada en la mitad de la calle
 ser la basura que corre
 los vidrios resfriados
 el calor dominado
ser como mi mujer que me invita al lecho por su cuenta
ser un instante en compañía de otro instante cualquiera
 ser una carta abierta
un telegrama sintético con una mala noticia
 el pedal de un dentista
un arroyo que pasa sin inmutarse
por las hojas que lleva a la desembocadura
 una sumadora de besos
 una restadora de deudas
una multiplicadora de instintos bajos
 una divisora de penas
ser el premio mayor de la lotería
un florero con anémonas y gladiolos
una flor de saúco
una hoja de verbena
un pistilo-estambrado
una declaración de guerra
un armisticio de paz

una revolución debelada
un muerto
un vivo
unas ganas de orinar
ser como mi mujer que no piensa
luego existe
ser una y otra vez
indefinidamente
yo mismo
gonzaloarango

Boletín número nada

Ordenamos terminantemente tocar música alegre
todas las revoluciones son tristes
prohibido el estallido de la primavera
a lo sumo un girasol en la solapa
y cantar el Himno Nacional
llueve plomo
llamas consumen la república
son las 3 de la tarde mi amor
ahora llueve de verdad
ríos de porcelana japonesa
inundan la avenida "La Playa" en Medellín
mi camarada se tatuó en el pecho
 una corola roja
 una pipa
 el ombligo de su mujer

Poema a mi sobretodo

el sobretodo es mi mejor amigo
bebemos vino de consagrar en los viñedos
y nos emborrachamos,
compartimos el amor con las mujeres.
mi sobretodo es sensual y seductor.
en la cárcel era un colchón.
en los prostíbulos era un refugio
con las manos hundidas en los bolsillos
que me salvaba del naufragio de los besos baratos.
en el invierno me defendía de la lluvia
y en el verano era una sombra luminosa.
mi sobretodo era una incitación voluptuosa a la pereza.
al calor, al heroísmo, al amor, al invierno.
en los momentos de peligro me hacía pasar por detective
y me daba un aire respetable de gran señor del hampa.
mi cuerpo se pierde en él cuando me persiguen.
en mi buena época del parlamento él hablaba por mí:
silencioso
tímido
elocuente.
ha sido una bella disculpa
para eludir serias responsabilidades históricas.
mi sobretodo es a veces el lecho del amor
en los sitios despoblados de la ciudad.
tiene un oculto sabor de pecado prohibido.
mi sobretodo es un gran honor
tiene más historia que una alfombra mágica.
yo lo consagro como el receptáculo privilegiado
donde algunas mujeres tendieron su columna vertebral
completamente desnudas
de cara al sol o a la noche.
mi sobretodo es testigo de la ternura y el terror.
fue acariciado por manos sofocadas de mujer
y desgarrado por puñales de odio.
mi sobretodo tiene quemaduras de tabaco
y huellas de disparos asesinos
y marcas sospechosas de besos rojos.
yo lo empeño por 8 pesos en los momentos de apuro.
mi sobretodo está saturado de sudor animal
tiene residuos de manchas de sangre y aceite...
sonidos vegetales.
cuando no llueve y hace calor me lo quito
me hundo en la noche oscura y mojada,
o me hundo en el día lleno de sol, seco.

mi sobretodo es humano y feo
y todos los domingos guarda en sus bolsillos
la angustia de la semana.

Poema de los amores inventados

(Las mujeres de este poema son de existencia imaginaria, y sus nombres figuran en el directorio telefónico.)

Dalila caballos alazanes
Judith precocidad bajo los mandarinos
Nubia cárceles abiertas
mujer olvidada en extramuros
Tulia paseos en días de verano
por la carretera que se hunde en el bosque.

Conocer el sabor de asuntos prohibidos
labios tostados
María del Pila: el silencio perdurable
ventanas en la noche mirando la calle
y las canciones del amor secreto.

Subir
bajar
pasar el río por el puente
los caballos alegres y desbocados trotan
por los caminos de piedra
y ella está maravillosamente borracha
Dalila es una diosa de carne ecuestre
que arde en las caderas por vagos fuegos de entrega.

Automóviles...
rumores de motores en los días miércoles y jueves
en un barrio pobre una mujer me ama
entre tapias derruidas
y tulipanes incipientes a principios de octubre.

Después del cine era voluptuoso andar
por la transversal 16
hacia ninguna parte.
La luna hipnotizada sobre las montañas cabalgando.

Betty primera revelación del sexo
sentada frente a mí como un icono abierto
yo miraba su espesura adolescente sin comprender.

Evoluciones y saltos bruscos hacia la pasión
Virginia cuelga sus sedas misteriosas
sobre los carboneros

mientras se desviste
Sofía llora porque tiro golosamente de sus trenzas
Ana va a la cita detrás de los árboles y nada más.

Luz bailará un tango argentino en Buenos Aires
y enviará una postal de California
Marcela ama a otro hombre
yo sueño la mayor parte del tiempo.

El cura Tristán es feo y hace procesiones
con San Luis Gonzaga
cuando las calles son polvorientas.

Bernavela copula tenebrosamente en los burdeles
Emilse de color negro y sangre de llama.

Luz Elena de jeroglífico
anémona caída
Olga de prostíbulo aristocrático
y cabellera revuelta.

Mujer de balcón celeste y canto de cisne
que me ve pasar todas las mañanas
camino de la universidad
Bañista del pintor Renoir enmarcada en cartulina.

Nelly de "bordeaux rouge" al amanecer
y marionetas heterosexuales
de serenata de músico loco completando cuerdas de violín
con hilos de lluvia.

Señora X recostada sobre mi hombro una tarde
de tropical aburrimiento.

Fu-man-chú fuma marihuana y me invita
a juegos peligrosos con el hampa.

Fu-man-chú tiene señales de cuchillos en el rostro
y no cree en el amor.

Fu-man-chú es una perdida de existencia escabrosa.
Sony Florentina de existencia imaginaria
que inventé como un mito de amor
en tiempos de soledad.

Sony Florentina debe vivir en un puerto
y debe tener un amante.

Inés Amelia va con libros en el brazo
y mis ojos se enredan en su falda azul de colegiala.

Inés Amelia de seres extraños que nacen
crecen y mueren en un segundo
de instantes perdidos
de sueños de segundo piso
de mirada de sol por la ventana de cristal verde
de distancias inexplicables
de inmenso amor
de confites y adoraciones
mujer de siempre.

Inés Amarte quémate sobre mi electermia
allí fabrico panes de mala calidad
y mi vocación de poeta maldito.

Amelia simplemente de melodía
a las 6 de la tarde
secretamente llamada todo el día
para que cumpla la cita que no le di.

Amelia conocida una noche
y recordada tres largos años.

Eloísa de deseos naturales y ninguna posibilidad
Nena retrata su belleza esotérica en el espejo
y descarta su retrato de narciso.

Stella de ojos cristalinos y turbadores
rodeada de noche por mimbres
y objetos marinos y sueños arcanos
de figura de icono
sentada sobre una silla bebiendo ron
y mirando el mar de Tolú.

De boca de coral atrapado en Cobeñas
de pasiones alborotadas
por quien se puede asesinar y ser asesinado
de alegría de carnaval
y viajes al fondo de sus sueños
de dínamo de mirada magnética
eclipsando el brillo suicida de las pistolas
de navegaciones en mi vida sobre la piel.
Stella despidiendo un amanecer para viajar
a una falsa locura.

Stella rescatada por mí de los curas y los curanderos
de espacios inauditos de deseo.

Stella que accidentó su pureza contra el mundo
bebiendo la benzedrina de un regimiento
en tiempo de guerra.

(Leí tu suicidio en el periódico
y me pareció injusta tu protesta.)

Elena de frenéticos idealismos y guitarra española
de maternidad y melodía inconclusa.

Silvia de misterios teológicos
de contextura de amada

mujer hermosa sobre los parques y los sueños
de este poema de amor mientras se bebe y agoniza

Lucía de flor roja en el pecho por un muerto
de Café Pigal en una mesa de intelectuales
que la aman.

De loto delirante
de lámpara en el sueño y libros caídos
al pie de la cama
de pijama rosada y flores de metal en el seno
de pudor juvenil y rebelión en las arterias
de celos silenciosos adivinados en la frente
de paseos en bus por la ciudad
y coito en lo más espeso del bosque,
de manos inmaculadas y consistencia de espuma.

Mujer 244 en una cédula postal en un ascensor.
Marta rodeada por el verde de la campiña dominical
de hundimiento de sirena en mis ojos
de dulzura de líquenes axilares.

Mujer de cabaret nocturno y bohemio bailando jazz
de mala reputación
y artista del placer erótico.

Amanda que me propone la alternativa
del amor o el suicidio.

Laura de un solo beso vengativo
Berenice de jugos venenosos
en sus labios de boa

Marilú de abandono y de ídolos
que se mueven en la grama seca del estadio
Mujer inclasificable que pasa sostenida
por piernas blancas velludas y flexibles

Mujer que se espera en un cruce y se desvía
Elizabeth que llena mi corazón
Susana que me entabla una demanda criminal
por abandono.

Teresita de candilejas y pasión de teatro
de fiebre abrasada y locura de amor novelesco
y hospital de caridad.

Bárbara de balazos en la esquina
Ramera asesinada en noche de invierno
y chisporroteo de esperma y oración en el anfiteatro.

Mujer mía y de otro
Mujer cualquiera cruzada en mi destino
y vuelta a dejar.

Mujer vislumbrada en un tranvía de suburbio
y violada en una callejuela infeliz.

Victoria enamorada antes de tiempo
y gestación de muñecas prematuras.

Angela pasión intelectual y novia de poetas locos
Lolita de olvido y años de ausencia
que regresa para quedarse y no irse nunca.

Libia contra los muros de edificios en construcción
y sabor de ladrillo y calicanto.

Burguesa sofisticada que seduce con “Amour-Amour”
y en el alma es un nido de piojos.

Justina con voz de saxo invitando
a la fornicación bajo los andamios estelares
del cielo de julio.

Patricia columna vertebral rota
por las convulsiones de la marihuana
y la liberación prolongada.

Oliva que insulta a Dios por la fugacidad del amor.

Didí gota de amor o de amargura
para cualquier poeta.
Rosita de fidelidad que pone fin
una noche de distancia y dolorosa pasión.

Alicia de amor estafalario lindante con la neurosis.

Campesina de Bolombolo después de una derrota política.

Julieta que despierta todas las mañanas
mientras duermo en un camarote de fantasía
sobre las olas del Pacífico.

¡166 mujeres sin rostro y olvidadas!

Tu ombligo capital del mundo

Salí de tu casa.

Caminé a lo largo de la playa.

La mañana cautiva en alguna parte
 más allá del mar
 se negaba a venir.

Dichoso por los cuatro costados
 me senté a tomar café
 en la taberna de los asesinos.

Me ofrecieron un ron
 un balazo
 y una mujer.
Me negué.

Pensaron que yo era el Rey Mortal
 de un hampa peligrosa
 y me regalaron con la vida.

(Es el mayor don que un asesino
 puede hacer a otro.)

Después alguien sospechó
 que yo era un poeta de la muerte
 y me echaron a patadas.

(En el reino del hampa nadie se burla
 de la muerte —me dijeron.)

En la fuente pública lavé mis heridas.
En el hotel me desearon “buenos días”
y la mirada del portero me requisó
 los secretos de la noche.
 Subí al ascensor.
 Contemplé en la terraza
 las últimas estrellas
 las palmeras
 la ciudad inocente
 asaltada por ladrones
 y grillos en fuga.

Una paz inhumana viajaba en las calles
y los primeros buses
 hacia la guerra del día.

Al fin pienso en tu cuerpo abandonado
hace poco
cansado por el triunfo del amor.
Ya no estoy
y sin embargo estoy en tu nostalgia
en el dolor de mis dientes en tu carne
violada por mi apetito.

Te abrazas a tus senos como al remordimiento
y en tu cuerpo ultrajado me quedo
como quien pierde el último tren
que parte a la estación del frío
y al barrio de los hospitales.

Varado junto a tu puerta
te pido entrar
para volver al paraíso por tu sexo
donde habitan todas las estaciones
y el olvido de la muerte.

Son las 5 a.m. en el coche del lechero.

Dormir eternamente
anclado en la bahía de tu ombligo:
cielo negro de libertad
orilla honda de la memoria
donde te olvido
y me olvido
para recordar la gloria del presente!

Poema tristísimo

Si muero
te invito al sol
alma mía
y no olvides
llevar tu cuerpo

Sufriremos felices
y juntos seremos
carne de luz
en la memoria de Dios

Y si no hay Dios
lo mismo da

Recordaremos el sol
que tanto nos gustaba
allá en Cali Colombia
Nuevo Mundo ¿Recuerdas?

¿O era en la luna?
¡Lo olvidé!

Cali mío

Mujer de Cali, ámame.
Sol de Cali, abrásame.
Río de Cali, llévame al mar.
Embriagueces de Cali,
tened compasión de mí.
Cielo de Cali, sálvame.
Nostalgia de Cali,
llévame de nuevo a la patria.
Cementerio de Cali,
arrójame de tus tumbas.
Sultana del Valle,
átame una cadena de mi corazón a tus pies.
Y si algún día muero
 -es un decir-
volveré con mis huesos de cal
a pintar tus dientes
con la eterna sonrisa del verano.
Te doy gracias, Dios mío,
porque has hecho a Cali
de un seno de Eva
y un deseo de Adán.

Oh, misteriosa alma mía

Oh, misteriosa alma mía
¿dónde esperas encontrar tu amor
en qué mar dejarás caer tu última lágrima
dónde por fin olvidarás la muerte
en qué navío de la desgracia serás feliz
bajo qué árbol, bajo qué cielo
bajo qué puñado de polvo
darás reposo a tu pobre esqueleto?
¿De qué desierto te llegará el olivo?
¿Y esta gaviota mi alma
hacia que Islas Desventuradas volará?
Y la Gran Fiesta del Cuerpo
¿será para después en el Tiempo Inmóvil?
¿Florecerá sobre mi tumba la Siempreviva?
¿Podré ser Eterno bajo mi pavorosa ceniza?
¡Responde, Alma mía!
Mátame de silencios, pero habla.
Haz aunque sea un viraje a la desgracia
pero cesa ya de buscar;
El mundo es redondo y no hay salvación.
No olvides que en tu locura
has creído encontrar el último Puerto,
pero siempre has bajado en él
para volver a partir.
Ahora mi corazón se abre a una nueva esperanza,
a un nuevo mar.
No sé si gime o canta
pero se agita dentro de mí.
Adivino su inquietud que dice:
Nunca llegarás, amigo mío.
¡Hay que partir siempre!
Al mar digo que sí con una condición:
Aquí o en la Eternidad
mi corazón pasajero exige ser Eterno.

Las tablas sin ley

El poeta es un solitario inadaptado, lobo hambriento que odia el rebaño, y si hace estragos en el redil no es por hambre, sino porque el lobo ama la libertad, y la soledad le pesa como un castigo. Entonces aúlla, espanta y extiende el terror para recordarle al rebaño que existe, que la tierra gira y la vida pasa, que es peligroso dormir sin soñar, y que ahí está él como un centinela de la noche para desatar el terror y limpiar los pecados del mundo con la sangre del cordero.

¡Alerta! Cuando el lobo aúlla es presagio de que el mundo duerme y hay que despertarlo con la trompeta del ángel. Porque la misión del poeta es aullar como los lobos para despertar a los que duermen, y no dejar dormir a los que sueñan.

A veces topo oscurecido, a veces loco de atar, el Nadaísmo sigue viendo por la poesía, rompiendo cadenas, liberando.

Nada lo soborna, ni la gloria.

Nada lo hunde: ni el oro de su peso pluma, ni el plomo de sus pecados capitales.

Está más allá de las armas de la razón, invulnerable al colmillo de la serpiente capitalista, inseducido a la tentación de la manzana roja.

Su peor enemigo no es el enemigo, sino nosotros mismos que, a veces por un impulso ciego de creer en todo, le perdemos la fe.

Del Nadaísmo puedo profetizar su duración secular, pues aunque estemos errados, la mentira de los otros se encargará de darnos el poder de legislar sobre las almas.

Estamos armados con la fuerza de las bendiciones. Nunca nos ha faltado una mano para abrazar, ni un dedo para hundirlo en la herida de la tecla o de la ofensa. Pero nos hemos odiado creadoramente mucho más que cuando nos amamos. Nuestra filosofía de puñal afirma que UNO es más que dos. Por eso creemos desesperadamente en la amistad, en la solidaridad humana. Por eso no creemos en sistemas y predicadores que eructan un falso amor hacia las masas. Como en su primitiva edad de hierro, el Nadaísmo toma sus armas de pistolero que no dejaban entrar al palacio de la cultura, para asaltar los caminos de la juventud y poner ¡manos arriba! a los asesinos de su alma.

Nosotros no tenemos nada que perder en el próximo apocalipsis salvo nuestra poesía y el fuego que nos destruye purificándola. La luz nos ha costado un ojo de la cara, y a veces de la razón, pero seguimos cantando, combatiendo, iracundos de la paz contra la iniquidad del mundo.

Nuestra poesía no promete la eternidad, ni la paz, ni siquiera la felicidad. Simplemente desgarrar una realidad tenebrosa para entrar en la nueva frontera cuyos destinos serán regidos por la poesía, es decir, por el espíritu omnipotente de la vida.

El poeta no puede vivir sin un poco de terror en el alma, sobre todo si uno es un bárbaro de raza superior, un bastardo de los dioses. Y nosotros los nadaístas somos de esa raza: nos amasaron con el barro que pisaron los caballos de Atila; las chispas de sus cascos nos forjaron corazas, nos iluminaron una clara vocación por la guerra. Guerra contra el mundo, guerra contra la guerra, contra la paz, y si la paz no pelea, guerra contra uno mismo.

Desde la noche que estallamos las primeras consignas de subvertir el orden público poético, hasta el amanecer fulgurante del undécimo año de lucha que hoy empieza, esto hemos hecho en Colombia: resucitar a Cristo y liberar a Prometeo, no del fondo de los sepulcros y las rocas, sino en nosotros mismos, donde vive lo que es eterno.

¡Saquen sus tablas de salvación y arrojen sobre nuestras melenas las piedras del escándalo! Nosotros las convertiremos en nuevas Tablas sin leyes, para que brillen puras la libertad y la vida. Pues como dice uno de nuestros hermanos hippies: *“La sociedad somos nosotros; los rebeldes son ustedes”*

Para eterna memoria

Según estaba previsto
por los computadores de la NASA
siendo exactamente las 20:19
(Greenwich Meridian Time)
en el Centro Espacial de Houston,
el selenauta Neil Armstrong
abrió la escotilla del “Lunar Module”,
descendió uno a uno, lentamente,
los 9 peldaños de la escalerilla
y puso pie en la Luna
a 380.000 kilómetros de su casa.
Era un momento eterno, ¡aterrador!
En una mano empuñaba la bandera
de su Patria. ¡El Colón de la Luna!
Lo embargaba una emoción tan tremenda
que no pudo evitarlo y soltó un pedo.
En la majestad del silencio selenita
delató la presencia del hombre en la Luna.
Aunque el incidente no estaba previsto
en el riguroso programa espacial,
pasará a la historia.
Fue un pedo sublime.
¡Nadie lo niega!

Una relación nueva, un nuevo diálogo

Una relación nueva, un nuevo diálogo, marca la conquista de la luna por los cosmonautas. Nuevas bodas entre el poeta y el astro de sus sueños, sin ritos ni romanticismo.

La poesía inventará otras voces para ese diálogo, versos orgullosos y posesivos.

Los cantos a la Luna tendrán el tono rudo de los conquistadores, tierno pero viril; y una dosis de ironía y dominio hacia el botín selenita.

Será una poesía insumisa, enérgica y desacralizada.

El poeta perderá su respeto idolátrico por el mito.

No se dejará deslumbrar por los fatuos fulgores de su luz hechicera, ni atrapar como una mosca en las estelares redes de su ensueño.

Sobre todo, basta de lágrimas, desvanecimientos y suspiros, como en tiempos aciagos de melancolía y ajenjo, en que los poetas se suicidaban con la tuna de una rosa, o maldecían contra la luz eléctrica, con la nostalgia cobarde y cómplice de su femenino “Claro de Luna”.

Esa Luna de sonetistas y borrachos de taberna, ha muerto. Los nadaístas asistimos a sus funerales. ¡Y no lloramos!

Fe y fo

Entendemos por cultura la dignidad del trabajo que honra el pan tanto como la dignidad del pensamiento que honra la vida. Por eso estamos con los que sufren y con los que tienen fe en el milagro de una golondrina haciendo verano. Creemos que el Poder será finalmente de los que aman con fuerza contra los que pueden sin amor. Reivindicamos aquí el poder explosivo del pedo como valor revolucionario contra las coerciones estéticas y morales del idealismo burgués. Por último, no prometemos nada. Las verdades de este reino son efímeras; no resisten la violencia de un juramento.

SEXO Y SAXOFÓN

¡Amor mío, hueles a diablo!

(Medellín a solas contigo)

Juntos mi mujer y yo vimos un jardín

...Juntos mi mujer y yo vimos un jardín devorado por el sol. En su vano clamor de las lluvias, las flores exhiben una belleza trágica, encendida. Oponen a la muerte su único poder: la belleza. Cuando la muerte las vence, han agotado en el combate su energía, la delicada potencia de su ser. En ese instante de sed suprema, de ansia de inmortalidad, la flor se yergue solitaria proclamando su rebelión. En un esfuerzo definitivo, al caer la tarde, antes de marchitarse, luce su amarga belleza al sol, su belleza insumisa, y muere orgullosa con las primeras sombras, tumbas de su ser efímero, cuya vida proclamaba el milagro.

Pero una flor no es un hombre, ni siquiera un pez. Sin embargo, puede ser un símbolo: el de mi existencia como escritor, y el de mi muerte. De la muerte se dice que es tan natural como la vida, y que nada hay que hacer contra el Destino. Yo no veo las cosas con un rigor tan lógico. Siempre confesé un terror sublime por la muerte, y por eso me hice escritor: para no morir como mueren las flores. Y me hice escritor no por vocación, sino un día horrible en que dejé la religión por el arte, contra mi voluntad, pero urgido por la salvación. Fue la muerte de Dios lo que me arrojó bruscamente en brazos de la literatura.

Y digo “horrible” porque Dios me había prometido la Inmortalidad, y ahora que moría en mí, o yo en Él, me retiraba su promesa. En ese instante el arte me ofreció una conciencia de soledad semejante al exilio, y me acogí a su hospitalidad. El infierno se abría a mis pies, pero se me había dado una brújula para cruzarlo: la libertad. Ya Dios no era responsable de mí, sino yo mismo, y la libertad era una responsabilidad tan pesada como una culpa: con ella podía salvarme o condenarme.

En este punto de mi desilusión empecé a rendir un culto apasionado a la belleza como sustituto del valor *divino* en mi vida. Urgía de nuevo dioses así fueran mortales como yo, pero que colmaran mi vida de sentido, la irradiaran de una luz trascendente que me restituyera al reino de la conciencia. En esta mutación de mi alma inmortal en alma trágica se me reveló por primera vez mi devoción a la Tierra de la que había vivido separado, y di el salto desde mi soledad metafísica a la solidaridad prometida por el amor al mundo y a sus seres vivientes.

Hoy no me quejo de no ser Inmortal, pues he vivido casi siempre en la infelicidad y avaramente en la dicha. Solo, libre, cantando las glorias del mundo, cruzo el Desierto. Consiento mi vida como un milagro y sobre ella escribo, pues la vida es siempre lo único nuevo bajo el sol. Mi literatura es algo más que palabras: es mi errancia por el silencio. Poeta o eterno de algún modo, en lo alto y en lo profundo de mi muerte, existo, y eso me basta.

Libertad

El preso número 99 ha decidido fugarse.

Por un lado, la cárcel limita con la ciudad.

A través de gruesos barrotes mira la agitada avenida por donde desfila interminablemente el alegre mundo de la libertad, cuya presencia oprime y llena de nostalgia el corazón del 99.

Por otro costado, el edificio penitenciario limita con el horizonte infinito, y por arriba con un cielo vasto y cotidiano. Lo demás son muros, cielorrasos de cemento y desesperación.

Cuando la ciudad se duerme, mostrando a los ojos del preso un espectáculo de desolación y huida, sale a la ventana que limita el horizonte: divisa a lo lejos un cielo estrellado que lo recuerda, partiendo de no se sabe dónde, abriendo sus compuertas para que el preso sienta su libertad.

Entonces es cuando el 99 sufre, y esa sensación externa de su encierro lo subleva contra los muros indestructibles. Le entra en su cuerpo una codicia insaciable de huir, de viajar por el mundo, de elegirse. Pasa la noche ensimismado en estas contemplaciones.

De día, al mirar desde su ventana el movimiento ciudadano, el ruido de cláxones, los anónimos seres que caminan con una ansiedad oscura y aflictiva, o de rostros puros y felices que no han tenido la experiencia de la muerte, la pasión de su encierro se concentra en una complacencia de plenitud al sentirse solo y aislado. El mundo humano podría decirse que lo oprime. El otro, el de las sensaciones naturales que le inspira la noche, podría decirse que lo libera. Y este sentimiento de su liberación espiritual ha preparado lentamente la idea irrevocable de su fuga.

Al mirar deslizarse el tranvía sobre los rieles, una melancolía del pasado vuelve a su memoria haciéndole envidiar la vida y la intención de esos viajeros que suben a un tranvía en busca de porvenir... Piensa: "Si yo tuviera algo qué decir, te lo diría. Mientras todo en mí es silencio, fuera de mí vive el mundo con su propia voz, como un extraño. Yo soy la conciencia de esa vida y de la frágil muerte de las cosas, cuya necesidad de existencia es menos que la mía, pero cuya vida es más bella, aunque menos necesaria que mi meditación, tal vez menos necesaria. Ellas van pasando hacia su destino de cosas que se rompen contra un mismo muro de fatalidad que es nuestra conciencia de ellas. Yo he venido muchas veces desde la raíz de la alegría y esta raíz me ha parecido triste hasta su altura. Uno quisiera empezar a instalarse definitivamente en ella, pero la alegría sube hasta su propia nada arrastrando consigo la tristeza de su nacimiento, porque todo nacimiento implica una muerte y luego la nostalgia dolorosa por la cual ni las estrellas ni los seres amados llenan nunca el vacío de nuestra exigencia... Corazón: te pusieron un nombre triste. Si la palabra fuera otra cosa yo te nombrara con un nombre diferente. Porque tú y yo encontramos hechas las palabras con que se nombran las cosas que no necesitamos y que queremos olvidar. Así, yo quería una chaqueta verde para la primavera, pero este color que también heredamos ya no lo podemos remediar. Yo también quisiera que nunca hubieras existido para que ella que está en mí desde la sangre hasta el pensamiento no tuviera la estatura de mi tristeza, la

curva con que la mido desde la vida hasta nuestras dos muertes, para que ella no muriera cada vez que mis ojos miran en el hastío bajo la soledad del sueño en la lluvia incesante que oigo desde mi celda, como en la soledad de un entierro sin la amada que no se atreve a venir para volver sola hacia las cosas familiares que escucharon el frenesí y que yo he perdido para siempre.”

El 99 está condenado a doce años de prisión, de los cuales ha expiado diez. La recuperación de su libertad se limita a dos años de espera. Pero cuando llega a lo más incommunicable de su espíritu esa sensación de libertad que le inspira la ventana que da al horizonte, desconoce el castigo, niega la ley, desiste de la perseverancia y planea la fuga.

En la soledad de su celda, mientras el edificio penitenciario está sumido en el sueño y la ciudad goza su pausa de quietud, el 99 toma la sierra que preparó durante cinco años frotando una lámina de metal contra el filo de un muro, ordenando cortantes e innumerables dientes.

El lento trabajo de las noches ha logrado devastar el volumen de uno de los gruesos barrotes. El trabajo de devastación no es continuo. A veces se interrumpe durante días y meses, ya que el 99 sólo trabaja bajo el impulso a que lo mueve aquel sentimiento de éxtasis cuando contempla el vasto horizonte, y es más apremiante su deseo de vagar perdido por algún camino, con sus sueños de aventura y amor.

En ciertas noches su frenesí llega hasta el punto en que él siente en su propia carne la división del grueso barrote y lo inmediato de su evasión, pero cuando se agotan sus fuerzas y se rinde extenuado ante la imposibilidad de su fuga que lo aleja cada vez más de su esperanza, se dice, comparando la insignificante labor de devastación y lo que durará todavía dividirlo: “Llevo cinco años, promediando lo que tengo realizado con lo que falta, durará todavía cinco años, y mi condena termina dentro de dos. Pero si desisto ahora, me negaré la última esperanza de salir de aquí. Además, no estoy seguro de que me dejen toda la vida olvidado por una de esas circunstancias imprevisibles pero fatales que suceden en los tribunales de justicia, donde yo no soy sino el número 99. Definitivamente hay que acabar con esa fiebre que me pone a flotar entre la tierra y el sol, lanzándome cada vez más hacia el corazón de las cosas, aumentándome en la nada como su otro cuerpo.”

Entonces prosigue su trabajo, estimulado por el ansia de libertad. Cuando se cansa, se funde en el éxtasis de su fatiga con la paz inmensa y la quietud del cielo que amanece sin nostalgia de las estrellas que se esfuman.

Cuando su trabajo ha adelantado considerablemente, se rumora que la dirección de la cárcel en vista de una nueva ley sobre el significado de la conciencia humana, destruirá todas las rejas de la prisión y creará un sentido nuevo de responsabilidad en aquellos y que, por encima de las más estrictas normas penales, les dará la oportunidad de elegir entre expiar su culpa como un imperativo moral de la conciencia, o fugarse, pecando nuevamente al violar el imperativo de la expiación.

El 99 no se desalienta por ello, pues es un rumor entre los presidiarios y es sospechoso confiar en sus esperanzas, dudas o afirmaciones. La soledad de los presos estimula en ellos posiblemente las capacidades imaginativas, y es éste el más seguro origen de esta inquietud que corre de celda en celda entre los presidiarios. Ya es un hecho para el 99 que la capacidad de invención es allí infinita

y audaz, y casi siempre en cada amanecer adivinan ellos síntomas secretos que presagian el porvenir feliz de una brillante liberación.

Inclusive esta esperanza ha hecho su nido en el corazón de los condenados a muerte.

El 99 no tiene esperanzas en los designios de los tribunales. La tiene en sí mismo. Por eso omitiendo la importancia de los alegres rumores, sigue incansablemente en su obra, que ya culmina. Su trabajo, bajo el ímpetu de ese impulso libertador, se extiende esa noche hasta un alba clara y perpetua.

Finalmente ha logrado atravesar el hierro con el insistente roce profundo y casi silencioso de su cuchilla dentada, mientras un cielo matutino se despliega de un horizonte a otro. El silencio de su celda ordena sus sueños para la evasión, mirando la despejada ventana por donde se divisa el campo abierto y un camino libre que lo llevará lejos.

Sumido en sus ilusiones del porvenir, un toque clave emanado de la dirección llevó hasta la intimidad de todas las celdas el eco de una orden, que con carácter excepcional reuniría a todos los presidiarios. Se abrieron las puertas, frotando las llaves contra las cerraduras en un afán que podía presagiar una exultante liberación, o una nueva medida catastrófica.

Cuando apareció uno de los guardias en el umbral de la celda del 99 éste se puso de espaldas a la ventana, ocultando la acción del barrote, para no ser descubierto.

—¡Salga! —dijo el guardia con voz perentoria.

Pero el 99, petrificado en su puesto de defensa, sin intentar un movimiento que pudiera denunciarlo, pareció no escuchar la orden. El guardia ante la rigidez casi estatuaría del penado, que juzgaba como una actitud hostil contra la disciplina penitenciaria, se acercó, con un aire de reproche agresivo.

—Te harás arrastrar del gazon, condenado. En marcha.

Su tono había subido hasta una ira reprimida pero el 99 retrocedió hasta la ventana, cubriéndola a todo lo alto con su cuerpo que empezaba a temblar. Las mutuas miradas de espanto y acusación introdujeron a los dos individuos en un mundo de sospecha y terror. Se hizo entre ellos un bloque de silencio que imposibilitaba la comunicación en estas dos conciencias solitarias que defendían intereses tan diferentes. Bueno, pensó el guardia para sí, lo que es este ratón no se me escapa. Simultáneamente pensó el penado: No me atrapará, al menos no me atrapará vivo... Es cuestión de jugarse un minuto contra la eternidad.

—Ponga las manos en alto —dijo el guardia desenfundando su revólver.

El 99 subió lentamente los brazos, como si el sentimiento de su dignidad se los tirara hacia abajo, incapaz de soportar el dolor de estar impotente y humillado ante un arma, incapaz de sufrir el hundimiento de sus esperanzas; de sus diez años de sueños que estaba a punto de realizar, al borde de un minuto que lo abismaría en el hermoso cielo de la libertad que estaba más allá de la ventana, y por la cual iba a desaparecer, si podía jugarle una mala carta a su vigilante, la última carta que le daría su independencia y su derecho a la ventana.

—Qué es lo que oculta —dijo el guardia apuntando a un blanco certero.

—No oculto nada —dijo el 99 desafiante—. Si cree que oculto algo, venga usted mismo a buscar.

Los brazos enhiestos del presidiario parecían más dos garras a punto de atrapar, que una actitud de resignación que confesaba la culpa y aceptaba humildemente la pena.

—No oculto nada —repitió con un aire loco de desesperación—, pero si quiere venga a enterarse con sus propios ojos de que le digo la verdad.

—Y bien, si no oculta nada, retírese de la ventana.

—Eso ya es pedirme demasiado —dijo el 99.

—No le estoy pidiendo nada, le estoy ordenando.

—Y yo no puedo obedecer.

—No se ha dado cuenta que si no me obedece, este revólver puede dispararse.

—Creo que me he dado cuenta.

—Y entonces ¿qué espera?

—Que usted venga a retirarme: es un juego. Ya que usted ha venido a complicarlo tendrá que ir hasta el final.

—No insistiré más, si no se retira de esa ventana disparo.

—Eso también está dentro del juego, si usted lo quiere. Me retiro para que se dé cuenta de que no voy a jugarle sucio. ¡Mire!

El 99 se hizo a un lado, seguido por la mirilla del revólver. En la ventana se percibía el ancho espacio que dejaba la ausencia del barrote cortado.

—Son más de diez años —dijo el preso con nostalgia y con las manos en alto—. Usted no sabe qué son diez años de perseverar en este minuto, los sueños, las ilusiones forjadas durante días y noches esperando este momento, y ¿sabe por qué?

—Supongo que para fugarse —dijo el guardia con una lógica que no hacía dudar de su pericia de carcelero.

—Creo que no era tanto para eso —dijo el 99—. Sino para darle un sentido a mi vida de presidiario. Yo no podía vivir en el vacío, no podía pasar todo el tiempo sin darle una esperanza como objetivo. Y ahora que he terminado, no siento tanto la necesidad de evadirme, como de comprobar en lo más profundo de mi espíritu que soy un hombre libre y no un fantasma que vive de sus sueños.

—Lo felicito —dijo el guardia—. Entonces es usted un tipo razonable.

—Usted no comprende lo que he querido decir.

—Entendí que usted se arrepiente, lo que me parece razonable ahora que lo hemos sorprendido. Y si acepta la culpa, será juzgado con menos rigor por los tribunales.

—No es eso exactamente. Porque de todos modos voy a fugarme y lo elijo ante ese revólver y ante el peligro que me espera, pues soy libre para elegirme para la vida y para la eternidad.

—Usted no dará un paso de donde está, a menos que quiera morir.

—Si cree que va a cumplir con su deber oponiéndose a mis proyectos, no tiene sino dos caminos: disparar o dejarme ir.

—¡No lo consentiré!

—Entonces voy a darle oportunidad de que usted ejerza su libertad contra la mía.

El 99 bajó los brazos y se dirigió tranquilamente a la ventana, ante el asombro del guardia que lo miraba perplejo, un poco hipnotizado por la decisión irrevocable

asumida por el preso, quien se disponía a marchar, de espaldas al revólver que no dejaba de apuntarle. Cuando el guardia salió de su ensimismamiento inactivo ante aquella mirada persuasiva del presidiario que ahora le daba la espalda, entendió que el juego era en serio.

—¡Alto! —gritó el guardia alarmado—. ¡Alto!... ¡Alto!... ¡Fuegooo!

Pero el 99 había saltado, en el salto mortal de su libertad, cayendo en el vacío de su elección y de su sangre.

* * *

En el gran patio de la penitenciaría estaban reunidos los presos, aclamando la promulgación de una ley llamada de “Conciencia y Responsabilidad” por medio de la cual todos los barrotes de la prisión serían suprimidos, y asimismo la alta vigilancia, los carceleros y sus fusiles. Con una voz potente que llenaba los amplios espacios de la prisión, el director anunció el comienzo de una nueva disciplina basada en el reconocimiento personal de la culpa y en la buena fe que la sociedad ponía en los penados para el cumplimiento de su expiación.

Un sentimiento unánime de liberación brotó de todos los espíritus pero sólo uno en el edificio penitenciario no regresó a su celda como todos los otros, a la vez libres y condenados.

Medellín a solas contigo

Un bus me deja a mitad de camino. Por 30 centavos compro 15 minutos de paisaje. A la montaña subo a pie, jadeando de calor hasta coronar la cumbre. A la casa donde voy se entra por una avenida de rosas cuyos botones estallaron esta tarde al sol. Todavía, en el perfume del aire, mi carne percibe la cópula de la naturaleza.

La visión de la ciudad es espléndida desde esta altura. Puede pensarse en un paisaje ideal para místicos, pero aquí viven los industriales antioqueños.

Todavía no tomé una copa, y ya estoy ebrio. La voluptuosidad del aire emborracha mis sentidos. Me niego a beber para conservarme lúcido, y gozar este paisaje fascinante tan parecido a la gloria. Para empezar, un jugo de moras.

Marina me enseña el nombre de las matas que crecen en su jardín: gardenias, alélies, crisantemos y girasoles. ¡Qué derroche de belleza! No falta un color, y todos los aromas están presentes. Escandalosa lujuria de esta tierra donde brota el milagro por el amor de un corazón y unas manos de mujer.

Quisiera vivir en medio de este esplendor de fuerza, sol y poesía. Pero tal vez no. Esta violencia desencadenada terminaría por matarme, es demasiado inhumana. Mi alma también ama la pobreza, la aridez y las piedras. Mi dicha muere en el exceso. Y esta belleza es perfecta. La felicidad tendría aquí su reino, pero también una muerte melancólica. El corazón necesita ausencias para alimentar el deseo.

Nos instalamos en la biblioteca. Tomamos un licor seco, excitante, y estamos felices. Tras los vidrios una terracita sembrada de pinos semeja un balcón sobre un abismo que titila: ¡La ciudad!

Anclada en la oscuridad, chisporrotea con sus neones brillantes. El viento mece los árboles. El cielo centellea apacible. Me siento despojado de espíritu, vacío de ideas, sólo abierto a las embriagueces del cuerpo.

Lenta y cálida invasión de felicidad que nace al mismo tiempo que la noche. Reconciliación de mi ser con el mundo. Esta noche sólo existo para afirmar, para consentir. No tengo dudas sobre nada. Ni siquiera los asesinos pensamientos de muerte. Perfecta plenitud en el mundo y en mi alma: una paz de piedra, dicha sin fondo.

Olor de eucaliptus y rosas en la biblioteca. Me digo: es el buen olor de la sabiduría, esta inocencia que no está escrita más que en el aire, y más alto aún, en las estrellas.

Cuando a media noche salgo a la terracita veo la ciudad iluminada, feliz bajo la fresca noche de verano.

¡Oh, mi amada Medellín, ciudad que amo, en la que he sufrido, en la que tanto muero! Mi pensamiento se hizo trágico entre tus altas montañas, en la penumbra casta de tus parques, en tu loco afán de dinero. Pero amo tus cielos claros y azules como ojos de gringa.

De tu corazón de máquina me arrojabas al exilio en la alta noche de tus chimeneas donde sólo se oía tu pulmón de acero, tu tisis industrial y el susurro de un santo rosario detrás de tus paredes.

Bajo estos cielos divinos me obligaste a vivir en el infierno de la desilusión. Pero no podía abandonarte a los mercaderes que ofician en templos de vidrio a dioses sin espíritu.

Te confieso que no me gustaba tu filosofía de la acción, y elegí para mí la poesía. Éste era el precio de mi orgullo y de mi desprendimiento.

Tus mañanas son las más bellas que han amanecido en ciudad alguna. Pero me negaba a perder su contemplación por tus oficinas burocráticas. No, Medellín: prefería esperar tus mañanas en un bar, o en un parque solitario para que te vomitaras plena de libertad y radiante de sol sobre mi corazón borracho.

Por eso me decías “vago”, porque nunca fui avaro con tu belleza. En cambio tú nunca fuiste generosa con mi locura. Yo te daba mucho amor y te adoraba. Pero de tanto amarte casi me destruyes.

Huí de tu belleza y de tus glorias para conquistar las mías, en vista de que no parecías orgullosa de mis alabanzas, y me despreciabas como a un bastardo porque no hacía lo de todos: rezar el rosario, casarme, trabajar como un negro y después morir.

De noche te era fiel, era tu testigo desvelado para que tu belleza no fuera inútil: te aseguraba un reino en mi conciencia y una dicha en mi corazón exaltado. Pero nunca comprendiste la humilde gloria de tener un poeta errando por el corazón desierto de tus noches considerándote mi hogar, mi amante, y mi única patria.

Eres utilitaria en cambio, y preferías acostarte con gerentes y mercaderes. También eres tiránica, pues te place la servidumbre, dominar soberana en el reposo de los vencidos y los muertos.

Sola y pura con tu gloria inhumana. Avara con tu majestuosa belleza. No te das porque a todos has matado, Medellín asesina, Medellín de corazón de oro y de pan amargo.

¿Por qué te empeñas en matar el Espíritu? Yo sé: porque el Espíritu tiene sus glorias que te rivalizan en poder.

No todo es *Hacer*, Medellín. También *No-Hacer* es creador, pues no sólo de hacer vive el hombre. Dijo Lawrence: “Prefiero la falta de pan a la falta de vida.” Pero tu fanatismo laborioso no te da tiempo para asimilar otras filosofías de la vida. No has tenido tiempo de aprender a vivir, sólo sabes trabajar y morir. Te digo por esto que casi no sabes nada, mi querida. Ni siquiera eres consciente de tus maravillas. Te enloquece el Poder sin la Gloria. A veces le coqueteas al Espíritu, pero pesas demasiado con tu materialismo para permitirte una grandeza que no es elevada, que no es del alma.

No tienes corazón ni ojos para estas gardenias que me rodean, estos lotos en su laguna, ni para esta carga embriagadora de perfumes, y esta dicha carnal que me llega del silencio. Eres de una inocencia perversa porque asesinas el alma de las flores; porque arruinas el cielo con tus vomitadoras chimeneas; porque robas al sueño su silencio con tus ronquidos de producción en serie.

Hay otras mercancías que no produces: los alimentos del alma. Ni siquiera tienes una fabriquita para alimentos del alma. Tus politécnicos y universidades sólo vomitan burócratas, peones, jefes de personal y millares de contadores para tu potente máquina económica, tus cerebros electrónicos y tu Bolsa Negra.

¡Castrados de espíritu! Y yo sé que no son brutos. Al contrario, son idealistas y mesiánicos, herederos de conquistadores. Pero tú eres horriblemente frustradora.

Eres incapaz de producir un líder espiritual, ni siquiera un mártir. Porque antes de que el Iluminado diga su mensaje de salvación, ya tú le has ofrecido un puestecito en el Banco Comercial Antioqueño, y lo conquistas para heredero de tus tradiciones, socio de la Venerable Congregación de los Fabulosos Ingresos Per Cápita, y Caballero del Santo Sepulcro.

Así coaccionas el espíritu de creación, la libertad y la rebelión. Eres endemoniadamente astuta para conservar la vigencia de tus estúpidas tradiciones. No admites cambios en tu poderosa alma encementada. Sólo te apasiona la pasión del dinero y aforar bultos de cosas para colmar con tus mercancías los supermercados.

Esto no estaría mal si con tus excesos y tus delirios productivos te acordaras de que tienes alma. Pero el tiempo del ocio lo ocupas en engrasar tus poderosos engranajes que mueven día y noche tu filosofía del Hacer, tu pensamiento reproductor.

A veces apestas a gasolina y hollín, mi pequeña Detroit. Cuando me abrumas con tus puercos olores siento piedad por tu insensato autodesprecio. Ni siquiera hay un rinconcito en tu monstruoso corazón de máquina para que florezca la flor bella, la flor inútil de la Poesía.

Y así... tu belleza me daba el gusto amargo de la muerte. Tu desprecio en vez de anonadarme me infundía coraje y una terrible fuerza para conquistar los cielos, los mares y los amores imposibles, y a mí mismo que estaba muerto en la nada.

A pesar de ti, te debo lo que soy, pues no sería nada si no hubiera nacido bajo tu cielo. Tu tradición me predestinó desde siempre a la rebeldía. La demencia de tu producción me arrojó en los hornos de la pasión creadora y la contemplación.

He sabido estimarme en la medida en que me despreciabas. Abracé la soledad porque me arrojaste de tus templos, tus fábricas y tus cementerios donde no daba la medida de la muerte. Me cerraste todas las puertas y me quedé fuera de ti, sin ti, y me obligaste a mirar hacia lo alto y hacia el fondo, a mi alma y al cielo.

En tus calles besé el rostro amargo del fracaso. Te suplicaba en silencio en tus noches de eterna belleza, pero no entendías mi lenguaje de oración. Había que enternecerte a martillazos, hacerte razonable a golpes de sacrificio: cabeza dura de cemento, alma de caldera, arterias de hierro galvanizado que alimentan de aceite tu corazón. No de sangre, y por eso eres más insensible que un zapato.

Tu desalmada indiferencia me obligó a vencer mis feroces enemigos: esos fantasmas interiores que crucificaban mi carne joven con fieros clavos de autodestrucción. Yo chillaba de dolor silencioso en el mismo corazón de tu desprecio.

Lo que más me atormentaba era un áspero deseo de suicidio que intenté con horribles venenos entre tus petulantes rascacielos, o en la sordidez de tus burdeles donde me consagraba a horrendas orgías con ancianas, mendigas harapientas y niñitas ramera que podían ser mis hijas.

Pero fue inútil, yo soy alma difícil de crucificar. Veinte años antes me habías hecho heroico cuando de niño asaltaba tus montañas acosado por el hambre. Con las primeras guayabas que te robé me hiciste invencible y poeta de la rebelión.

¿Recuerdas el susto que me diste aquella tarde cuando enviaste tus policías a la verde y desolada colina donde la estatua del Salvador abraza la ciudad?

Yacíamos de cara al sol de la tarde mi amiga y yo, modestamente abrazados, leyendo un libro de poemas. Nos apuntas con un revólver asesino porque según tu moral eso era pecado, o sea, estar allí solos y benditos de cara al cielo azul. Te empeñabas en que éramos dos delincuentes por estar allí “profanando” la estatua de yeso de nuestro querido Señor Jesucristo. Pero no se te ocurre que el amor entre dos seres vivos es la cosa más santa que hizo Dios. Y además, era falso lo que estabas pensando, pues estábamos muy puros leyendo a Walt Whitman esperando que cayera la noche para meternos a un montecito a... Bueno, eso a ti no te importa, vieja chismosa.

Te empeñaste en inventarnos un crimen para meternos en la cárcel, lo que intentaste hacer si yo no te hubiera sobornado con mi recordada estilográfica “Parker” para que no cometieras esa burrada con mi compañerita que estaba llorando de dolor, sintiéndose una horrible prostituta dentro del sombrío ataúd rodante donde nos embutiste como un par de tenebrosos criminales.

Nunca te perdonaré aquellas lágrimas, Medellín malo, pues mataste en el amor de mi niña la inocencia animal de su cuerpo...

Y como eres una beata farisea y retenida, nos niegas hasta la felicidad barata de esa cama verde tendida por Dios para sus pobres amantes que por decencia no pueden ir a los burdeles donde bendices la degradación de las almas, y hasta expides carnets para legalizar el envilecimiento del amor.

Tu morbosa imaginación no puede concebir dos seres puros hijos del sol, o de la noche, porque los condenas con tu diabólica moral redactada por inquisidores prostáticos.

Francamente, Medellín, eres peligrosa. Eres como el diablo para comprarte las almas, con la diferencia de que tú no las condenas al Infierno, sino al No-ser.

No te enojas, mi querida, te amo más de lo que crees, pues al fin tú me has hecho posible. A ti, que no me has dado nada, salvo soledad y un poco de dura miseria, te debo la riqueza infinita y humilde de mi ser, que no cambio por todo el oro de tus bancos comerciales.

Después de todo, eres milagrosa. Haces posible lo imposible: hasta eres capaz de producir un loco idealista como yo. ¡Bendita seas!

Tu incompreensión ha creado en mí un hombre nuevo, distinto a los hombres que produces en serie como si fueran bultos de tela, muertos, o botellas de ron.

En ese desamparo me hice fuerte para la lucha, y te negué el homenaje de mis bodas con la muerte y la resignación. Y además, te debo gratitud, porque esa tu manera de parir “monstruos” me regaló un santo que fue mi maestro Fernando González. Te vuelvo a bendecir por él, a quien tanto hiciste sufrir, y tanto te amó.

Todo es calmo esta noche de una manera dulce, sin furor. El cielo se derrama en una brisa de estrellas. Esta luz esparce beatitud por el inmenso Valle de Aburra. En lo más claro del cielo se dibuja un elefante con alas que son enormes plumas de nubes. Semeja un ángel en reposo, en pausa para elevar el vuelo al fondo más azul de la noche. Luego se desintegra en una constelación de luces. Creo que estoy borracho.

En un sitio no lejos de este monte, una mujer duerme su sueño puro. ¿O será desesperado? A esa mujer la amé hace años. Aún oigo sus canciones de amor, su voz excitante y camal. Siento que el corazón es ingrato y acumula tumbas en la juventud que luego olvida. Al principio las riega de amor, de besos, de lágrimas, de flores. Y luego de indiferencia.

¿Qué será de esa mujer a la que antes había hecho el homenaje de mi vida, y ahora soy incapaz de rendirle el de un recuerdo, ni siquiera un deseo, ni nada que no sea este desgarramiento de indiferencia?

En la biblioteca, hermosa fiesta de silencios. Afuera todo calla, hasta mi corazón tumultuoso. En lo alto del cielo, todo se apacigua: el rumor de la ciudad, los sauces, el viento, mientras la noche cruza silenciosa sobre este universo puro y sin memoria. Mi corazón enamorado cesa de latir para que lo poseas con tu gloria, ¡oh cielo sagrado!

Puro dolor de dicha en esta noche desierta, sin amante, sin teléfono para llamar a Dios, solo con mi soledad que no sabe dónde buscarte mi amor perdido, mi monja.

¡Oh, alma mía, que amarga es la belleza!

Amanece.

Mi amigo se ofrece a bajarme en auto, pero me niego. El cielo estalla de estrellas, mil aromas, un canto salvaje de cigarras, el rocío. Un aire tibio se pega a mi piel como si fuera una amante.

Desciendo fumando cigarrillo, feliz con las manos en los bolsillos, por una carretera solitaria donde se derrama la luz llena de la luna. No me inquieta el peligro.

Pero como siempre que estoy feliz sintiéndome predestinado, llegas a interrumpir mis éxtasis con la santa naturaleza, y me atropellas con un catafalco del que se baja un sargento muy categórico que me pide identidad.

Me pones “¡manos arriba!” y me requisas a ver si tengo puñales o armas asesinas, y me acorralas como a una rata. Entonces te enseño una cédula donde quedé con cara de delincuente común, lo cual fue mi perdición.

—¿Qué hace a esta hora por la carretera? —preguntas.

—Nada —te digo—, paseo... existo...

Era la pura verdad. ¿Qué más podía decirte?

—Ja... ja, ¿oyeron a este imbécil? Dice que existe, ja ja ja.

¿No ves? Te burlas porque existo, porque soy poeta, y me declaras culpable una vez más porque no estoy fabricando trapos, ni durmiendo “como todo el mundo”. Entonces me empujas a tu asquerosa ambulancia y me depositas en un hediondo calabozo lleno de estiércol y marihuaneros.

Desgraciadamente esa noche no tenía siquiera cigarrillos para conquistarte, para proponerte un “negocito” que es el único lenguaje que te conmueve.

A cualquier precio querías hacer de mí un delincuente, y en verdad no me explico por qué no lo soy, si hasta me dejaste el estigma de un horrible complejo de culpa. Mi atormentada cara de poeta sufriente fue siempre para ti un delito.

Mi hermano Jaime madruga a pagar mi rescate, lo cual hace con inmensa piedad, y de paso me regala un sermón marca “*Made in Medellín*”, y un paquete de cigarrillos.

Para justificarme, le digo a la salida: “Oye compañero, te juro que soy inocente, lo que pasa es que tengo cara de poeta maldito.”

Aquella mañana de expresidiario reincidente fui a tu plaza de mercado a comer naranjas, y una vez más soy feliz a pesar de mis desventuras, y adoro tus contrastes. ¡Qué bello, puro y viril es tu pueblo antioqueño!

Imagínate que un culebrero nos reúne en torno a sus cacharos, y nos dice que “algunos del respetable público” estamos condenados. Promete sacarnos el Diablo del cuerpo con una pomada milagrosa por la módica suma de un peso. Eleva un brazo peludo de predicador y exclama:

—*¡No tengan miedo, mis hermanos... Yo no les voy a robar... Este brazo es antioqueño y honrado, sólo lo uso para acariciar la ninfa y dominar el oso!*

Pues sí, estuve a punto de abrazar a ese culebrero sucio y fornido, ¿sabes por qué, Medellín? Porque eres capaz de inspirar a un estafador la frase que habría hecho inmortal a Don Miguel de Cervantes.

Sobra decir que el filósofo ateo Gonzalo Arango fue el primero en comprar la cajita de pomada milagrosa para sacarse el diablo del cuerpo. Pero sin esperanzas de mejoría, pues cada vez que me la unto, mi novia dice: ¡Amor mío, hueles a diablo!

El profeta en Nueva York

De "La Señora Yonosé"

—¿Por qué no hablas?

—¿De qué?

—Di algo, que me amas, aunque sea mentira.

—¡Uff!

—Te contaré otra historia para cambiar de tema.

—Hace años —dijo Yonosé—, yo era muy joven. Llegó a Nueva York una especie de místico y de brujo. Venía del Oriente y se llamaba Teo. Era un hombre hermoso, casi alado, con una barba negra muy excitante.

Se encaramaba sobre los parapetos de cemento, sobre los tranvías, sobre los monumentos, y maldecía con una voz de trueno la civilización, la mecánica y la guerra. Aconsejaba la restauración del mundo natural y el renunciamiento al poder y la fuerza. La juventud Beatnick se entusiasmó con este asceta y fundó una especie de Imperio Espiritual. A mí me bastó mirarlo para amarlo. Tal era su poder de elevarlo a uno sin razonamientos al corazón de su mundo y a su propio corazón. Era como un Cristo loco irresistible.

Más tarde Teo se hizo cómplice de las mentiras de la civilización que combatía. Se convirtió en un mito de papel, en el personaje de moda en las recepciones burguesas. A los pocos años era casi millonario y se volvió accionista de una fábrica de latas de conserva.

Fue en unas vacaciones: el mar azul y el cielo mareado. Yo me tostaba en la terraza del yate y una amiga que leía Squire me dijo: —Tu profeta Teo se casó con una burguesita de Ohio.

Me pareció monstruoso. Pero la verdad era que Teo estaba en la foto con una sonrisita estereotipada partiendo un bizcocho de novia. Tiré la revista al mar. Lloré de indignación. No concebía que un profeta se casara, ni hiciera como todos los hombres. No podía imaginarlo comprando zanahorias en el mercado o pagando el gas.

—No vale la pena —dijo mi amiga consolándome—, era un cacharrero.

Cierta vez nos reunimos en un sótano del Greenwich Village para oír su conferencia del dominio del Espíritu sobre el cuerpo. Teo había prometido atravesar un muro de cemento armado con el solo poder de la voluntad. Todos esperábamos ansiosos el prodigio de la negación de la materia.

El profeta apareció muy pálido, intangible, con ojos afiebrados, la cabeza cubierta con un turbante azul coronado por un diamante. Explicó su teoría del dominio de la mente y luego quiso demostrarlo. Entró en éxtasis. Se hizo en torno un silencio mortal, y el profeta se fue hundiendo en el bloque invulnerable ante los ojos atónitos de sus discípulos.

Cuando atravesó el muro sin romperlo, como atraviesa la luz un cristal, Teo cayó muerto del otro lado.

Algunas mujeres se desmayaron, hubo gritos de júbilo y de histeria. La policía llegó pensando que era un crimen, pero un grupo de poetas exaltados lo rodearon, sentaron su cadáver en una silla, al estilo Buda, y se emborracharon toda la noche

en su nombre al son del jazz y recitaciones de la Cábala. Los homenajes póstumos que fueron verdaderas orgías fúnebres duraron ocho días, hasta que el cadáver se pudrió, y fue enterrado.

Al abrir su testamento donde se suponía había redactado su último mensaje espiritual sólo se encontraron dos cláusulas:

A) *Legaba toda su fortuna a su abnegada esposa de Ohio.*

B) *Ordenaba a la casa de pompas fúnebres la instalación de un teléfono directo dentro de la tumba para llamar a su mujer.*

El funerario tuvo que gestionar con altos magnates del Ministerio de Comunicaciones la petición del difunto, y se sospecha que allegados a la Casa Blanca lograron que el mismo Presidente Roosevelt ordenara a la telefónica de Nueva York la instalación del aparato como un homenaje del Gran Pueblo Americano al profeta de Oriente.

Han pasado veinte años desde la muerte del místico y su mujer, una sexagenaria, sigue esperando en vano la llamada de su amante marido. Desde el día de sus funerales se encerró en la alcoba como en otra tumba, y allí atiende a sus negocios y a sus necesidades físicas y religiosas, pues un pastor va a rezarle todos los domingos sus oficios protestantes.

Por lo demás, ha hecho instalar en su departamento doce extensiones del teléfono: uno en el water, en sus dos mesas de noche, en el beauty-parlor y a lo largo y ancho del living-room-smokin-room-bed-room, para casos en que esté nerviosa y la sorprenda en alguna parte de la estancia la llamada del profeta. Pero él no llama...

Sus antiguos discípulos, algunos de los cuales han ingresado al Nadaísmo y al Partido Comunista, estuvieron pendientes de la llamada de ultratumba, pero al fin dudaron y se olvidaron del asunto pensando que Teo era un charlatán.

Otros discípulos, los más fieles, siguen esperando contra toda evidencia, y han llegado a justificar el silencio del profeta con tres hipótesis:

1º) A Teo se le olvidó el número del teléfono.

2º) El profeta no llama a su mujer, sino a su amante.

3º) Parece que el profeta está definitivamente muerto. Amén.

Soledad bajo el sol

En Magno, como en el cerebro de las mujeres, no hay misterios.

Magno es un pueblo sin edad. Suponiendo que era tan viejo como los siglos, sus habitantes resolvieron celebrarle un centenario. Entonces se dieron cuenta de que era un pueblo sin fechas y sin fundadores: un pueblo ahí, secamente, que se aburría en el tiempo, bajo el sol.

En Magno no pasa nada. Es de esos pueblos olvidados y anónimos que ni siquiera figuran en el mapa. Donde la gente nace y muere al azar, porque tiene que nacer y morir. Eso no interesa.

Los 712 habitantes se conforman a la vida como a la salida del sol. Todo es natural. Hay un Dios que reposa sobre una fe ciega. Inclusive los misterios de esa fe son naturales, para ellos no son misterios.

Yo veo a Magno desde el “Bar Pereza” como es: la Calle Real, que es larga como el gran minuterio del reloj de la iglesia, y dos callecitas laterales que parten de la plaza en forma de cruz.

Enfrascado en su rutina, Magno es una aldea perdida en un lugar del mundo, sin caminos, sin leyes, sin porvenir. La iglesia y un cementerio en medio de pantanos y yerbajos venenosos son el principio y el fin de su destino. Su futuro y su tradición se confundieron hace largo tiempo y ahora son una misma cosa. Porque Magno es un pueblo sin historia.

Desde la plaza se cuentan las estrellas de siempre: están en el firmamento. Se diría que de todas partes está dirigido su destino, marcado para toda la eternidad contra la libertad y el querer de los hombres. Pero nada cambia en Magno porque los hombres no quieren nada.

Una tarde se estremeció el Bar Pereza cuando los jugadores de dominó cambiaron la rutina de sus conversaciones o el pesado plomo de sus silencios y se decidieron a hablar:

—¿Viste la mujer? —dijo uno.

—¿Qué mujer? —dijo otro distraídamente, colocando un 5 y 6 en el extremo sur del escarabajo del juego.

—Entonces no has visto nada —dijo el uno, pasando.

—Yo la vi —dijo un tercero—. Vino al estanco esta mañana.

—¿Qué hacía en el estanco? —preguntó el 5 y 6.

—Compraba tabaco y tapetusa —dijo el tercero abriendo la pupila con dos dedos sucios.

—Mala suerte —dijo el 5 y 6—. Me cerré el juego.

Pasé a otra mesa donde jugaban naipes y el que tenía 3 ases dijo:

—Debe ser de la capital, con una piel de zorro para cubrirse su piel de zorra.

—¿Por qué tendría que venir a este maldito pueblo? —dijo otro maldiciendo sus dos pares a la K.

—Los que la conocen dicen que tiene pelos de dos colores. Los de la cabeza son rojos.

—Debe ser el mismo demonio —dijo el de los tres ases.

Me retiré a la plaza. Bajo la sombra del tamarindo mayor conversaban los notables, gente que no se mezclaba con la chusma del Bar Pereza, y prefería sacar a la plaza sus tazas de café para beberlo a la sombra del tamarindo. Fumaban.

—No podemos tolerar un burdel en el pueblo. Eso no se ha visto nunca en Magno —dijo el del cigarro.

—Tiempos endemoniados estos que corren —dijo el que no fumaba.

—¿Qué dirán nuestras hijas y las madres de nuestras hijas? —dijo el que fumaba una pipa de bambú.

—¡Qué escándalo para la moral de Magno! ¡Que vergüenza! —dijo el del cigarro.

—Hay que echarla —dijo el que no fumaba.

—Hay que echarla —convino el de la pipa.

—Estamos de acuerdo —dijo el del cigarro—. Hay que echarla.

Meditaron y tomaron sorbos de café frío. El del cigarro y el de la pipa, ante la gravedad de la situación, fumaron y lanzaron nubes de humo. Silencio. El humo se enredaba en el bigote de los fumadores.

—¿Qué dirá el Reverendo? —se decidió a preguntar el que no fumaba, que evidentemente no necesitaba la inspiración del humo.

—Dice que Magno recibe un castigo por su impiedad y que el pueblo está amenazado por una terrible cólera del cielo —dijo el del cigarro humeando.

—Tenemos que evitarlo —dijo el de la pipa de bambú, preocupadamente.

—Sí. No podemos pagar justos por pecadores.

—Una mujer mala es enviada por el demonio —dijo el del cigarro—. Tenemos que evitar que el mal se apodere de Magno.

—Tenemos que evitarlo —corearon los tres viejos sin fumar.

—Debemos —dijo el que no fumaba con una voz de sentencia.

—Debemos —juraron los otros dos, y se levantaron y caminaron en alguna dirección.

La plaza reventaba de calor. Hojas tostadas y amarillentas alfombraban los guijarros. Unos bueyes perezosos mascaban plátanos podridos y echaban una baba verde por la trompa. Un perro orinaba contra la raíz del tamarindo y saltaba sobre las patas para atrapar una mosca. Mariposas giraban sobre un estanque de aguas sucias. Una libélula zumbaba en el aire caliente como un avión y se aposentaba en el anca de un buey echado. Una gallina cacareó en el escarbadero y atravesó la plaza con una lombriz en el pico.

Nada sonaba en Magno. El silencio estaba cansado de emitir su voz que ya nadie oía. Sólo el ruido de las monedas jugadas a la “cara o sello” por jóvenes vagabundos que se dedicaban al juego para no aburrirse de los prolongados y fatigantes días de Magno.

Si en Magno pasara algo, ese día de sol abrumador y de terrible calor podía ser un día cargado de presagios.

—Ahorraré para ver a una mujer de esas —dijo el que apostó a “sello”, recogiendo las monedas del polvo.

—¿No te da miedo? —dijo el de “cara”.

—¿Miedo yo? —dijo desafiante el de “sello”—. Magno no ha parido la mujer que me asuste.

—A decir verdad —dijo el de “cara”— también me gustaría ir. Para creer hay que ver.

—Y tocar.

—Entonces iremos juntos.

—Iremos. Es un milagro en Magno.

Los dos tahúres resolvieron juntar todas sus ganancias para el fin de semana, y decidieron no jugar entre sí para no perder. Se separaron y fueron a buscar otros tahúres en el Bar Pereza.

Los jugadores escucharon a los tahúres con aire ausente:

—Se llama Susana.

—¿Quién se llama Susana?

—La pelirroja.

—La que vive en “Las Brisas” cerca del cementerio.

—Susana cayó en Magno como una peste.

—Como una maldición.

—Como un rayo.

—Como una mujer.

—Susana no es una mujer, es un demonio pelirrojo.

—Yo digo que es una mujer como todas.

—Susana no es una mujer como mi hermana.

—Ni como mi madre.

—Ni como mi novia.

El que dijo que Susana era una mujer como todas era el tahúr del “sello”, que seguramente ya la amaba si fuera posible amar a Susana. O al menos era ya un ídolo en su corazón de adolescente que admira desde el pudor de sus presentimientos, de su adivinación y de su inocencia, las aventuras y la mala reputación de una mujer como Susana.

Los que sostenían con una pasión cercana a la ira que Susana era un monstruo, tiraron la baraja sobre el deslucido tapete verde, y desafiaron al tahúr del “sello” para defender el honor de sus mujeres. El que tenía por Susana una pasión semejante a la aventura, dijo:

—Es lo que dice todo el mundo en Magno. Yo ni siquiera la conozco. Sé que todas las mujeres en Magno son buenas mujeres: algún día me casaré con una de ellas.

Los tipos se calmaron, pero uno advirtió:

—Mide tus palabras, o te rompo la cara. Y no queremos jugar más contigo.

El tahúr del “sello” se retiró humillado y vagó un rato por la Calle Real, y otro por la calle lateral derecha, y otro por la calle lateral izquierda, hasta que agotó todas las direcciones, toda la cólera sombría y todo el oprobio, que se dulcificó con el cansancio. Luego regresó muy desolado al punto de convergencia de esa cruz llamada Magno, que era la plaza sembrada de guijarros y tamarindos.

Por primera vez había nacido en su corazón el odio, y sobre ese odio irritado, en el fondo de sus sentimientos inconfesables, crecía una especie de admiración por Susana, una admiración tan fuerte como el amor.

La zozobra crecía en Magno como las flores amarillas en los almendros; como los torrentes de calor al medio día, como los presagios de que algo extraño,

una fuerza innominada y potente iba a estallar, a salir de los presentimientos oscuros y siniestros a una realidad bajo el sol.

Los notables deliberaban en la sombra. Se discutía en concilios secretos el porvenir de Magno, como si su existencia estuviera amenazada por una peste mortífera. Se vivía en el terror. Extraños designios estaban por aparecer. Pero sobre las calles silenciosas seguía brillando el sol, bajo un cielo que era el cielo de siempre: presente y olvidado, sin edad, sin porvenir, constelado de luz, desvanecido en el sueño, cálido en el verano, centelleante con sus luces de magnesio que eran las estrellas perdidas en la noche, inmemoriales y vagabundas, sin principio ni fin, viejas como el mundo. Dorado cielo de Magno. ¡Cielo!

A las 2 de la tarde era martes en Magno y en el resto del mundo. Una hora marcada en el reloj que parecía un lunar enmarcado en el dintel rojo de la iglesia. Nubes de calor flotaban a esta hora sobre la paja de los ranchos o sobre los tejados umbrosos manchados por la ceniza del verano. Se podía pensar que las 2 de la tarde era una hora ingrata. Una hora que podía ser la una sin que nada sucediera, o las tres para que fuera un recuerdo lo sucedido. Como si se tratara de un parto, allí iba a nacer algo. Todo estaba preparado para la espera. La gente esperaba tranquilamente bajo el fuego del sol, porque eso iba a nacer, iba a suceder por fin.

Un niño paralítico rengueaba sobre los guijarros de la plaza, inocente de ese algo innominado que iba a pasar. Ese algo abstracto había nacido ya en la conciencia de algunos habitantes, había tomado cuerpo en el presentimiento. Para otros, los que esperaban sin saber qué esperaban, era apenas una sospecha, una especie de terror oculto: no esperaban nada, pero algo insólito era anunciado en el aire como un tambor que resonara desde lejos anunciando una catástrofe y que no serían defraudados.

El niño paralítico arrastraba una cinta amarilla, a la que ató una ratica muerta, un poco agusanada, algo podrida, y la arrastraba tras sí como para consolarse de que también las ratas se arrastraban y no sólo él, como si no fuera excesiva su parálisis para los guijarros de la plaza.

Los habitantes que esperaban ahuyentaban con yarumos y paraguas el radiante sol, blasfemaban contra el niño paralítico y se alejaban al paso de la carroña. Pero el chico no oía los insultos, o no le importaban, y seguía rondando con su macabro juguete.

Algunos niños que no esperaban nada sino que miraban a la gente que esperaba con aterrada gravedad, persiguieron al paralítico haciendo bulla, como un cortejo, y arrojaban terrones contra la rata. A veces eran piedras que hacían blanco y estallaban el ya podrido vientre del animalito.

—¡La mamá de Zongo tuvo una rata!

—¡Zongo tiene un hermanito!

—¡Zongo es un ratón! —chillaban.

Zongo halaba de la cinta y ocultaba el bicho bajo los pliegues raídos y polvorientos de la ruana.

Sin saberse por qué, pues ése era un día más en Magno, un día como todos, unos músicos folclóricos ejecutaron una melodía en el atrio de la iglesia. La gente se agrupó en torno, pero otros no se movieron de los quicios, ni de los bancos bajo el tamarindo, agobiados por el calor. Sólo se notó que el hueco color de miedo de

las ventanas se llenó con rostros de mujeres que seguramente habían recibido la consigna enigmática de permanecer.

Cuando terminó la música, las miradas se dirigieron a la calle alta de la iglesia, terminal de la Calle Real, fin de la cruz de Magno, y todos se desbandaron. Todos, menos Zongo, que seguía arrastrando su carroña.

Luego irrumpió la multitud delirante, sofocada, precedida por cuatro hombres que arrastraban con lazos a la mujer. Según la tensión de las cuerdas, la mujer caía o era levantada y eso se repitió largo tiempo alrededor de la plaza. Los guijarros se salpicaron de sangre, y el aullido de la multitud era un rugido salvaje que se elevaba por encima de los almendros hasta el cielo impasible, a nombre del cual se ejecutaba la venganza.

Cuando la multitud se silenció, la mujer fue abandonada sobre las piedras: todavía parecía agonizar en sus convulsiones, ritmo animal de una oscura fisiología, pero luego se quedó quieta como una cosa.

Frente al atrio, de espaldas a la mujer, retumbó un griterío de júbilo. Los músicos folclóricos atacaron la misma melodía triste y pegajosa, mezcla de miel de abejas y perfume de crisantemo.

El Reverendo apareció muy solemne y revestido y movió en péndulo el incensario. La plaza se llenó de un humo espeso, nebuloso, que se hizo sofocante al mezclarse a los chorros de calor. Cuando la plaza se cubrió de humo, el Reverendo hizo una señal y todo el mundo se arrodilló. Una bendición lenta y perezosa como un bostezo de elefante cayó sobre las cabezas de los fieles, quietos y mudos en la tarde grávida de incienso y de sol.

Sólo un hombre de espaldas al Reverendo y a la multitud miraba el cadáver de la mujer: era el tahúr del “sello”. Zongo le preguntó señalando el despojo:

—¿Es una rata?

El hombre miró al renacuajo y pensó: “Voy a llorar.”

—Sí —dijo el tahúr con humildad.

Zongo desató la rata y amarró con la cinta una mano de la mujer. Haló. Pero el bulto no cedía. Todavía haló con el resto de sus fuerzas, pero lo que estaba atado a la cinta no se movía. Zongo dijo desilusionado:

—Es una rata muy gorda.

El tahúr no le escuchó. Se lo vio caminar hasta las gradas del atrio donde el Reverendo seguía distribuyendo bostezos de elefante.

—¡Magno! —gritó el tahúr.

Los rostros en éxtasis se levantaron sacudidos por ese grito sucio por el dolor.

—¡Magno, pueblo hijo de perra!

Esto repercutió como un eco en el cielo devastado. Un torrente de asombro se extendió por la plaza y luego se desvaneció. En la ola de calor zumbaban las moscas cuyos motores de run-run se escuchaban en el silencio, mezcla de maldición y de terror.

Zongo desprendió la cinta y sujetó el bichito en cuyo vientre se revolcaban los gusanos sofocados por el calor. Siguió dando vueltas a la plaza. La multitud se dispersó. En alguna parte pusieron una ficha de dominó sobre una superficie de madera.

—¡Zongo es un ratón! —chilló un niño en la plaza desierta.

Batallón antitanque

1

—¡Apto! —dijo el oficial—. Ya perderá esa flojera en la milicia. Ustedes los bachilleres...

—Los ojos —dije como último recurso señalando las gafas—. Sufro daltonismo.

—Conocemos el truco. Usted ve mejor que una lechuza. ¿De qué color es mi guerrera?

—Roja.

—Falso. Yo no tengo guerrera. El ejército lo enseñará lo que es una guerrera.

—Me importa un culantro lo que es una guerrera.

2

Recordé que estaba desnudo, con unas gafas de mi padre que me hacían ver las imágenes aumentadas. Me sentí ridículo. Me vestí. Al salir del examen pregunté a un soldado por la oficina del comandante. Entré.

—Yo quiero ser abogado —dije secamente al militar—. No me gusta el ejército.

—Los bachilleres también son ciudadanos —dijo el comandante.

—En eso tiene razón, señor.

—Coronel —dijo el militar—. Y además, hay mucho letrado en este país. El ejército necesita hombres y ustedes son inteligentes.

—Si no quiero ir no pueden obligarme, eso es evidente.

—Admiro su franqueza, la juventud es rebelde, pero el reglamento prohíbe hacer excepciones.

—No pueden llevarme a la fuerza, creo que todavía soy libre para elegir mi vida.

—No hay rebeldía que valga un camino —dijo el coronel.

—Por principio soy enemigo de la fuerza. Usted nació para eso, pero yo no.

—Los intelectuales siempre se distinguen por la cobardía, pero el ejército los formará.

—No necesito ser hombre por el camino de las armas. Yo no sé matar.

—Usted es muy impulsivo. No se trata de matar. Sólo cumplir un deber con la patria.

—La patria no puede esperar nada de mí como soldado.

—Todos estamos en el deber de ofrecerle un sacrificio.

—Señor coronel, quiero hacerle una confesión: yo estoy de acuerdo con la causa de los campesinos guerrilleros. Es evidente que hay una imposibilidad moral para que yo ingrese al ejército. Llegado el caso, no podría disparar contra ellos.

—Usted lo que tiene es miedo, señor cagatinta —dijo sonriente el coronel.

—Puede ser miedo, pero en todo caso, no soy un héroe ni un imbécil.

—Hay ideales por los que vale la pena morir. Piense, por ejemplo, en la patria desangrada y en los beneficios de la paz.

—Hay otra razón, señor coronel: yo tengo un concepto muy personal sobre el patriotismo.

—En ese caso, no tengo tiempo para discutir con usted razones personales...
¿Cuándo sale su contingente?
—Mañana a las nueve.
—¿Y su nombre?
—José Montaña.
—Haga lo posible por ser puntual, soldado Montaña. Lo demás déjelo por nuestra cuenta.

3

Por la noche en la fiesta de despedida, mientras bailaba con Sandra, le dije:
—Ponen una cara como si nunca fuera a volver.
—Volverás y yo te esperaré. Te esperaré todo el tiempo que sea necesario —dijo ella.
—Pasarán muchas cosas —dijo yo—. Muchas cosas lo cambian a uno.
—Un año pasa volando —dijo ella—. Piensa en lo feliz que seremos cuando regreses.

Hundí mis manos en su pelo y la estreché.

—Me siento mecida como una ola —dijo.

Bailamos otras canciones con indiferencia, o tomamos bebidas de sabor rosado. Yo sentía por dentro y por fuera la atmósfera de una tristeza desconocida. A las once salimos a la calle a caminar, la fiesta había entrado en una etapa de melancolía intolerable; mi padre hablaba con la gente seria de política y de la relativa pacificación del país; mi madre retenía los sollozos, se escapaba a estornudar; mis amigos y sus chicas bailaban boleros cursis, mascaban chicle y se daban aires perversos bebiendo cocteles, o defendiendo el divorcio de alguna vampiresa del cine.

Fuimos al puente a contemplar el río. No hablé mucho, el río se llevaba todos mis pensamientos. O mejor, no tenía pensamientos. El cielo era escandalosamente bello. Quería decirle algo afectuoso, pero no sabía qué. La amaba horriblemente. Eso era todo. Por primera vez en mis diecinueve años sentí el raro sabor de la soledad.

—Sandra: me parece que le estoy diciendo adiós a todas estas cosas.

—José, no digas eso —y me tapó la boca con un beso.

Sí, era inútil hablar. Ni los gestos, ni las palabras, ni las cosas tenían ya sentido. Todo había perdido su viejo significado. Al día siguiente un avión me llevaría lejos. No sé dónde. Me señalaban un destino desconocido. Y yo, muerto o asesino, tendría que llegar hasta el fin.

4

A los cinco meses sabía disparar un fusil y distinguir la insignia del coronel de la del general, pero también limpiar las letrinas del cuartel a causa de mi “temperamento rebelde”.

En agosto nos reunieron a 80 soldados del “Batallón Anti-Tanque” en la sala de instrucciones secretas para informarnos de una misión de orden público que debíamos cumplir en los Llanos Orientales.

El comandante del batallón dijo, señalando un mapa de Colombia:

“La paz está turbada por bandoleros comunistas. Este batallón tiene la misión...”

En síntesis, se nos encomendaba disolver o exterminar por medios “diplomáticos” o “drásticos” los focos guerrilleros que operaban en “Sierra Chamusa”, a lo largo de las vertientes del río Guayabera y el río Duda.

Finalmente dijo:

“La patria y las fuerzas armadas que tutelan la paz, garantizan el orden y legitiman la constitución, esperan de los bravos soldados de Colombia que rindan su heroísmo hasta el sacrificio, en honor a la bandera tricolor y a las gloriosas jornadas libertadoras. El Batallón Anti-Tanque debe enarbolar victoriosamente los pendones de la paz en las infinitas llanuras de Páez. ¡Viva Colombia!

5

He contado 23 noches en la selva y todavía estoy vivo. La noche me infunde una especie de terror, pero debe ser el miedo al ataque sorpresivo de los guerrilleros. Ayer murieron diez soldados en estas emboscadas que no dan tiempo a defenderse. Cuatro centinelas montamos guardia en torno al campamento. Por el norte, limita con el río Duda.

Creo que lo que mata a un soldado, más que las balas enemigas, es el pensamiento y la imaginación. Un soldado cuando piensa lo hace como hombre, no como soldado. Lo que llaman “El Enemigo”, no es un ser abstracto, sino real: otro hombre como yo. Eso era lo que me inquietaba: El Enemigo. ¿Quién era? Me sentí desamparado porque comprendí que yo no tenía enemigos. Pero según las leyes de la violencia, era el primero que disparara contra mí.

Según estas leyes, yo también era El Enemigo de otros: un asesino en potencia. En los asaltos esporádicos con los guerrilleros, simulaba combatirlos desde la retaguardia, pero disparaba contra los árboles o contra el cielo. Aunque no tenía remordimientos ni me sentía un traidor por mis compañeros muertos, no estaba seguro de poder sostener un simulacro si me tocaba enfrentarlos. En este caso se trataba de elegir el muerto: él o yo.

Disparar contra los guerrilleros se me presentaba como una posibilidad monstruosa. Sentí miedo. No un miedo físico, sino miedo de esta contradicción espantosa de carácter moral, ante la cual tendría que decidirme. Porque del otro lado estaban soldados como yo, ante la misma posibilidad de morir. Y yo sentía por ellos una solidaridad que crecía en el peligro. Los amaba. Eran algo mío. Con el mismo sudor, los mismos recuerdos, el mismo miedo, un furioso deseo de vivir, la misma poderosa angustia en la mirada.

No tenía alternativa y esto me desconcertaba. ¿Cómo disparar contra los guerrilleros si en el fondo estaba de acuerdo con su lucha revolucionaria, con su lucha contra una dictadura fascista, con sus reclamos por la posesión de la tierra y su derecho a una vida mejor? ¿Y cómo dejar matar a mis compañeros de armas? A Enrique que me lee sus poemas escritos en cajetillas de cigarrillos... a Marcos que nos trampea en el juego con un naipe señalado... a Jairo que me da su ración de pan... a Agustín que fuma hojas secas en su pipa... a Pablo que es mecánico y nunca aprendió a leer y escribir...

Había caído en el absurdo. Y en el terreno del absurdo debía jugar mi carta. Pero cualquiera fuera la carta, era una carta perdida.

Y Sandra ¿qué haría esta noche en la ciudad? ¿Cuáles eran sus pensamientos? ¿Sufría o era feliz? ¿Ya me había olvidado? ¡Dios mío, ¿por qué mi vida era esta ausencia de todo lo que amaba?! No me sentía ni culpable ni inocente de lo que pasaba en el mundo, pero todo el dolor del mundo recaía sobre mi conciencia con el peso del remordimiento. Me habían robado el pasado, y el porvenir era la muerte. ¿Qué era entonces mi vida? Era esto: un hueco lleno de terror.

6

Me senté sobre las raíces de un tronco a esperar el amanecer con el sentimiento tranquilizador de que la noche tocaba a su fin. Así, me fui hundiendo en el sueño, invadido por una serena paz cansada.

Un tumulto de imágenes desfilaron en el sueño, pero una parte de la conciencia permanecía despierta, y las imágenes se convertían en realizaciones fantásticas del deseo. Entonces convoqué a mis amigos y empecé a montar con ellos “La Princesa Aoi”, aquella obra del teatro Noh, tan llena de amor y poesía, que sacudió nuestras almas. Rosemary: tú harás la princesa... Horacio queda bien en Hikaro... Y tú, Marta, con un kimono, lucirás admirablemente perversa para el papel de Yasuko... A escena. ¿Listos?

Todo se interrumpió porque una vaga presencia me pareció disonante con los rumores naturales de la selva. Por un momento reconocí que eran los nervios. Yo quería asegurarme que no pasaría nada y seguir siendo neutral en la lucha. Aunque la claridad no era suficiente, me subí a un árbol y distinguí a un grupo de hombres que vadeaban el río Duda. Los hombres avanzaron sobre nuestro campamento por el lado norte donde yo montaba guardia. Me oculté entre las ramas.

Los guerrilleros se arrastraron bajo mi ametralladora, pero un sentimiento de impotencia, terror o cobardía, me paralizaba el alma, la voz, y no podía gritar ni disparar.

Avanzaron. Cuando ya no vi sus rostros, sino unas sombras abstractas, oscuras, en movimientos alargados, comprendí que los soldados iban a morir. Luego sonaron los primeros disparos y la confusión de los soldados acosados por la muerte.

Sin pensarlo, sin desearlo, impulsado por un ciego instinto liberador, disparé mi ametralladora sobre la retaguardia de los campesinos. Y en el tableteo sordo y fulgurante, me cegaba la pasión enloquecedora de una venganza despiadada contra todo lo que en ese momento me había convertido en un “*Enemigo*”.

Los amantes del ascensor

Era un rascacielos de arquitectura kafkiana. Parecía diseñado por una legión de dibujantes, cada uno de los cuales trabajaba por separado, y luego un arquitecto paranoico juntaba y superponía los pedazos del alto y complicado edificio. Esto tenía que ser así. Un dato singular, casi una falla, era el hecho de que nadie salía. Sólo se veía entrar a la gente, siempre entrar. También nosotros entramos, sin saber cómo, casi por equivocación. Esperamos el ascensor. En ese momento estaba en el piso 22. En la calle era aún de día, los rayos del sol se colaban, pero al llegar a nosotros eran hiles de luz. Posiblemente gastamos mucho tiempo en llegar hasta el ascensor o era ya de noche. O posiblemente siempre era de noche dentro.

—¿En qué piso es la fiesta? —pregunté a mi compañera.

—Hay una nota dentro del ascensor.

—Si no está, nunca daremos con el sitio de la fiesta. Nunca estuve en un edificio tan alto y complicado.

—Y es seguro que hay cien fiestas iguales en los otros pisos.

Oímos unos pasos que se acercaron. Esperaron el ascensor y no dijeron nada. Pero esa presencia a mis espaldas me tranquilizaba.

—Qué tipos raros —dijo mi amiga—. Míralos.

—Siempre estás coqueteando con los extraños —dije indignado.

—Éstos son diferentes —dijo ella.

—Si no te gusta la gente, no la mires.

—Lo que te pierdes por celoso.

Como era un desafío, miré. Exactamente allí estaban: eran tres ataúdes.

—¿Están disfrazados? —pregunté temblando.

—Parecen de verdad —dijo ella.

—No nos dijeron que el baile era de disfraces.

Por fin llegó el ascensor. Los ataúdes seguían inmutables, verticales en su estática inmovilidad. La puerta se abrió automáticamente. Yo miré a los ataúdes para permitirles entrar, pues consideré que uno de ellos podría ser una mujer. Aceptaron mi cortesía y se instalaron al fondo, en fila, no sé si de espaldas o de frente a nosotros. Yo los miré, buscando desesperadamente un sitio “humano” de su ser, para que me indicaran a qué piso iban, pero no encontré sus ojos, ni su boca: eran ellos, simplemente.

Como nosotros tampoco sabíamos a dónde ir, la espera fue angustiosa y nadie se decidía. Por fin, ella me señaló la nota donde debía estar escrita la dirección. Al tomarla, uno de los ataúdes estiró algo: una tabla o una mano, no sé qué, con increíble rapidez y me arrebató la nota. De paso, esa ramificación hundió un botón y el ascensor se elevó.

Miré a mi compañera para que me dijera si todo iba correcto, pero en ese momento un ataúd la abrazó y la hundió en su negro vientre.

Sentí celos porque pensé que ese joven ataúd le estaría diciendo cosas en secreto que yo no podía oír, posiblemente la amaba allá dentro de una manera incómoda, ataudesca y extraña. Si hubiera tenido un revólver lo habría disparado, pero ella habría muerto, oculta y extrañamente poseída. Me alegré de no tener ese revólver para castigar el infame arrebato de ese...

No hubo a lo alto del edificio ni un grito, ni nada que pudiera sospechar el frenesí del amor: ni el miedo ni la dicha. Ella no era feliz, pues no suspiraba. No tenía miedo, pues no gritaba. “¿Estará muerta?”, pensé con horror.

Súbitamente la puerta se abrió y yo pensé que los ataúdes habrían llegado a su destino y nos dejarían solos y libres al fin. Pero no se movieron. Mi amiga acababa de ser vomitada del vientre de su joven amante. La tomé del brazo y la arrastré fuera con violencia y huimos por los infinitos pasillos. Ya estábamos agotados cuando miré para comprobar que ellos ya no estaban, pero evidentemente ellos seguían a nuestro lado.

Como no sabíamos qué dirección tomar, y este desconcierto fue comprendido por los ataúdes, ellos se nos adelantaron y nosotros los seguimos humildemente, admitiendo que nuestro destino estaba en sus *manos*.

—Nunca tuve una aventura así —dije.

—Ni yo. Ni siquiera sabemos a dónde ir.

—Estamos perdidos. No podemos seguir, ni regresar.

—Estaremos toda la eternidad en estos pasillos. Haz algo, no seas cobarde.

—Si al menos hablaran —dijo yo—. Ahora me doy cuenta de la importancia de ser hombre y no ataúd.

—¿Por qué no intentas hablarles? —dijo ella.

—Es inútil.

—¿Por qué no me defendiste en el ascensor? —dijo con reproche.

—¿Qué puedo hacer contra un ataúd?

Ante nosotros una puerta se abrió y vomitó una deslumbrante y profusa luz de carnaval.

—Es aquí —dije triunfante.

Un bloque giró y nosotros quedamos atrapados. Una voz muy solemne, como salida de un parlante, nos guiaba en la extensión iluminada. Era una voz perentoria que había que obedecer. Los ataúdes nos precedieron y lentamente se convirtieron en sombras alargadas, a manera de tapices que cubrieron la infinita pista de baile.

—Vamos a divertirnos hasta la muerte —dije.

—Sí, vamos a ser felices como nunca.

—¿Por qué no vendrá el dueño de casa a saludarnos? —pregunté.

—¿Quién será el dueño de casa?

—No sé, no se me había ocurrido pensarlo.

—Entonces, ¿a ti quién te invitó?

—Nadie —dije.

—¿No es curioso? A mí tampoco me invitó nadie.

—Entonces, era una invitación general.

—Es verdad —dijo ella—. Y no tiene importancia. Lo que cuenta es que ya estamos aquí, y no es un sueño. Inclusive creo que te amo.

Por fin llegó el dueño de casa y nos dio la bienvenida.

—Espero que sean muy felices en la fiesta.

—Lo seremos —dijimos.

Él nos contempló asombrado.

—¡Pero si es admirable! —dijo.

—¿Qué?

—¡Qué disfraz tan sensacional!

Miré a mi amiga extrañado y ella se desconcertó.
—No estamos disfrazados —dije.
—Pero claro, ¡están disfrazados de muertos!
—¿De muertos?
—Han sido muy originales, creo que se ganarán el concurso de disfraces. —
Es una broma, ¿verdad? —dijo mi amiga.
—Todo es relativo —dijo el dueño de casa—. Para nosotros, ustedes están muertos.
—No nos sentimos muertos —dije.
—Entonces mejor si se sienten como en la vida.
—Ahora que surgen estas complicaciones no nos sentimos mejor, ni peor. —
Era que ya estaban muertos y están acostumbrados a la idea.
—Usted no comprende...
Pero el tipo se alejó. Desde luego, era un tipo raro, nunca antes conocí a un hombre como él. Pero todo era permitido en un baile tan metafísico, inclusive que nos pensarán muertos. El pensamiento no parecía tener aquí ningún valor, no era como allá.
—¿Cómo te llamabas? —pregunté a la mujer.
—Ellen. ¿Y tú?
—Gonzalo.
—Es un poco tarde, pero me encanta conocerte —dijo Ellen.
—Ya nunca es tarde, Ellen.
—Si te hubiera conocido antes de estar muerta...
—No estamos muertos, Ellen, estamos en la eternidad.

Los muertos no toman té

—¿Qué día es hoy?

—Los días se parecen a nosotros. Debiera ser domingo.

—Laguitos de sol en el pavimento.

—Sobre las mesas del “Astor” deben chapotear las moscas.

—Copulando entre las azucareras.

—La mesa número 8 está en el mismo rincón y los gladiolos del martes están viejos.

—¿No te parece que la gente tiene hoy un aspecto de imbecilidad que provoca matar?

—¿Qué tal si tomamos el té fuera de la ciudad?

—Me parece estupendo.

—¿Dónde?

—En cualquier parte lejos de esta maldita ciudad, lejos de este jueves.

... pi ... pi ... pi ...

Estela dijo desde el auto:

—Entonces súbete, el semáforo está en verde.

El auto arrancó.

—¿A dónde quieres ir?

—Lejos...lejos.

Pasamos por Junín que se invadía de colegialas y oficinistas a exhibir el sexo o desearlo; una tradición de coquetería elegante, pero salvaje en el fondo. Afortunadamente eran tres cuerdas de esta sexualidad secreta, alborotada, y los semáforos daban vía. Y fue posible alejarnos de la multitud y de sus rostros.

—¿Quieres ir por la carretera de “Las Palmas”?

—Vamos por una autopista.

Atrás quedaron los arrabales. Alcanzamos el campo y un cielo vasto, descubierto, tranquilizador. Pensé: “Estamos solos, como en una alcoba.” Y algo se erizó en mí: el deseo: “¿Qué pasará?” Tenía un presentimiento dichoso. La miré para ver si estaba turbada como yo. Pero me pareció indiferente. Eso sí, me asombró su belleza hermética, una belleza que era el principio de la locura.

—No hablas mucho —dijo ella—. ¿Pasa algo?

—No. Miro los alambres de púa. Eso me adormece.

—No habrás venido para dormir.

Una rama golpeó el parabrisas y yo me agaché. Ella se rio. Volví a mirar los árboles de la orilla.

Sí. Una noche vi el cielo alambrado. Fue en un burdel. Estaba sentado en una silla rodeado de vómito. El cielorraso era una extraña claraboya. Lo era, ya no sé, porque yo estaba borracho. El cielo estaba cercado por alambre. Recuerdo su color violeta, parecía un inmenso y hermoso chancro. A mi lado estaba una mujer enseñándome su desfloración horrorosa. Parecía un dios maligno, hasta le vi una aureola, creo que era por fin la mañana volcada sobre su cabellera. En alguna parte sentí el término de la noche y un viento de libertad entró en mis pulmones. Quería salir a la calle, caminar a lo largo del día. Pero esa bruja quería retenerme, aplastarme con sus nalgas, como si yo fuera su vida y su porvenir, no era por amor,

a lo sumo se sentía sola. Ella se entenebreció y fue a gestar al fondo de los orinales una conspiración contra mí, vi relucir bajo la luz afiebrada de una lámpara un cuchillo, que se hundía en mi carne... Pensé en ti... Se me ocurre pensar en ti cuando me van a matar.

—Mira. Despierta —gritó Estela—. Éste es un sitio muy acogedor.

Abrí los ojos. Ya no recuerdo si sucedió o fue un sueño. Leí: “Ride- In Doña María”. Bajo los quitasoles algunas parejas se refrescaban y bebían. Nos miraron. Dijeron algo. Seguramente pensaron: “Son amantes”, y sus bocas se pegaron a sus vasos. Un camarero nos miró y dijo no sé qué.

—Lo del té era un pretexto —dije—. Lo que quiero es pasear. Hace dos meses que nos conocemos y nunca hemos estado solos. No sé siquiera si tus ojos son verdes o negros.

—Quiero una cocacola —dijo, y pitó.

Vino un tipo. Yo le dije:

—Dos cocacolas heladas y ponga las botellas en la cuenta.

Estela reversó el auto con dificultad para ponerlo en ruta. Me preguntó si yo sabía manejar y yo le dije que nunca había pensado tener un auto. Ella me dijo:

—Es muy útil.

—Claro. Si tú no tuvieras uno estaríamos perdidos. Ahora me estarías mostrando en Junín tus siete caminados.

—No tengo sino uno, pero gusta mucho.

Nos desviamos hacia una autopista. Ella manejaba con una mano y con la otra bebía su cocacola, y miraba el aterciopelado cielorrasso del auto. Yo la miraba por el espejito para adivinar si pensaba en lo que nos iba a suceder: manejaba, bebía cocacola, no pensaba. Me dejaba el trabajo de pensar por los dos, de adivinarlo todo. “¿Era inocente o ya lo había decidido?” A través del espejo me di cuenta de que sus ojos no eran verdes ni negros: me turbaban, ése era el color.

Yo me inquietaba con esta idea morbosa: “Llegado el caso, ¿seré capaz de violarla?”

Me acerqué a ella. Estábamos separados por un libro de Kafka y unas láminas de Modigliani.

—¿Te gusta Kafka? —me preguntó.

—Es terrible —dije.

—¿Y Modigliani?

—Es poético, ¿no? Sus mujeres parecen tuberculosas o sifilíticas, no por vicio, sino por taras hereditarias

—¿Te gusta la “Época Azul” de Picasso?

—Creo que me gusta, pero no me monté aquí para hablar de literatura. Pasé un brazo sobre su hombro y acaricié su pelo con una involuntaria ternura.

—No te pongas conflictivo —dijo ella, fastidiada.

—¿Por qué conflictivo? —dije, recuperando el brazo.

Me sentí separado de ella como por un empujón. Pensé con ira: “No es para hablar de Kafka para lo que se encierran un hombre y una mujer en un auto.”

—¿Estás enojado? —dijo ella conciliadora.

—No.

—Entonces, habla algo para cambiar de tema.

—Estaría hablando si hubiera algo de qué hablar.

—Si estás aburrido regresamos.

—¿Hay que decir que uno está feliz si no lo está? Además, no vine para estar feliz.

—Entonces ¿para qué viniste?

—Para nada. Uno hace cosas que no tienen sentido. En todo caso no era para hablar de la “Época Azul”.

—¿Viniste por aburrimiento? Ni siquiera te importó que yo venía contigo.

¿Por qué no tomaste un taxi?

—Porque en un taxi no sucede nada extraordinario.

—Y conmigo tampoco sucederá nada.

—Contigo puede suceder algo.

—¿Como qué?

—Algo, aunque sea un accidente.

—No te pongas siniestro. Y no pienses más en eso porque sucederá.

—No estaría mal un charquito de sangre que tiñera de rojo el asfalto; un ojo en el parabrisas, y un poco de seso en la llanta de repuesto.

—¡Qué asco! No hables tonterías.

—Sinceramente me gustaría... por cambiar. Cuando estoy así, me gusta que sucedan cosas terribles.

—Tú te quejas demasiado. ¿Esperas conmoverme?

—Estamos aquí juntos y solos. No espero nada.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¡Tírame a un precipicio!

—Me gustaría mucho, querido, pero se estropea el carro.

—Entonces no puedes hacer nada, querida...

La tarde empezaba a ponerse lluviosa. El cielo gris. Los árboles temblaban al viento. Yo, irritado, fumaba. Un leve odio hacia la mujer. “¿Para qué creen que son hembras?” Sabía quién era Modigliani: un pintor italiano que vivió en París, era borracho, tísico y se moría de hambre. Si me gustaba o no, eso no tenía interés para una mujer que huele bien y un hombre que la desea. Algunas golondrinas giraban sobre el ruido del motor huyendo de la lluvia. La gasolina quemada y la tierra de los arados combinaban un extraño perfume de sándalo y lenocinio. Me aflojé la corbata. Eché al viento una bocanada de humo. Tiré el cigarrillo, al encuentro del viento chispeó. Quería estar solo en ese auto, sin chofer, sin mujer, sin ese olor incitante, sin esa carne posible y resistente, que me tentaba, que podría violar, que no lo hacía por orgullo, y en ese momento por odio, por venganza, porque no quería luchar por algo que la mujer ya me había dado desde el fondo de sus deseos secretos, púdicos, que esperaban ser conquistados por la violencia, por el furor oscuro de mis apetitos...

—Estela, ¿me harías un favor?

—¿Cuál?

—Sácale toda la velocidad.

—No me gusta correr.

—¿Te da miedo?

—No me gusta correr. Además, no me gusta obedecer.

Era un desafío. Me había rechazado por segunda vez. Quería decirle que detuviera el auto para bajarme. Pero habría sido ridículo. “¿Por qué no tirarme?” Si me golpeaba o moría tendría remordimientos.

—No es un capricho —dije—. Es una razón.

—En todo caso, es una orden —dijo ella.

—Me gusta sentir el peligro, sentir la muerte de cerca, olvidar que existo.

—Bonita razón.

—Odio esta quietud. Detesto que no pase nada: velocidad, sangre, llamas, catástrofe, terror... Si fueras un poeta me entenderías, pero no eres sino una mujer.

—¿Y qué? Estoy contenta de ser mujer. No entiendo de locuras. Cuando estoy en crisis oigo música. La música me serena. ¿A ti no?

—Es que tú eres una intelectual. Detesto el arte, sólo me gusta la violencia. Pero hay otra solución.

—¿Cuál?

—El amor.

—¿Has inventado todo ese truco para decir que quieres amarme?

—No es un truco. Es un deseo.

—Entonces tendré que escoger entre el amor y la velocidad.

-Elige.

50... 55... 60... 65... 70... 75... 80... 85...

El viento nos golpeaba, zumbaba en nuestros oídos, estallaba en el cerebro. A nuestro paso vertiginoso los objetos no estaban en su sitio, se esfumaban, desexistían. Algunos baches de la carretera nos hacían saltar. El viento nos despeinaba. Un aire cortante apuñaleaba nuestra piel. Mencionaba su nombre: E...s...t...e...l...a; no era nada. La velocidad se había apoderado de sus sentidos. Era ya un dios en su sangre; más irresistible que el amor, que el erotismo: era la imagen móvil de la muerte. ¡Era la muerte!

...90... 95... 100... 105... 110...

Sentí su amor. En ese vértigo me entregaba su grito y su espasmo; una ternura trágica y espantosa que nos sacudía; nos llenaba de miedo, de dicha. Era la posesión total, en esencia. Sin cuerpo y sin espíritu: era la pureza, la castidad, la perdición. Sin mal y sin bien, sin gestos ni palabras, sin principio ni fin. En el absoluto de un amor puro y negativo, más allá del tiempo, más allá de la eternidad, más allá del espacio, más allá de nosotros, de la felicidad o de la desgracia. Más allá de lo que nunca fue el amor entre hombres y mujeres: ¡posesión y muerte!

Sentí que una llanta flotaba y de pronto saltaría por el aire, y que nos estrellaríamos contra la energía del vacío, contra los monstruosos árboles de la orilla, contra las altas rocas, y que rodaríamos al abismo.

Tuve miedo, pero habría sido humillante confesarlo. Ese miedo se confundía casi con la felicidad. Era la felicidad. Comprendí que iba a morir, pero no me importaba mucho, no me importaba nada. No había tiempo de pensar en la muerte: íbamos con afán hacia ella. La velocidad y la muerte eran la misma cosa. Muertos, ya no volveríamos a tomar el té, ni esta tarde ni nunca. Nuestro autico de un color de mermelada de piña alcanzaba los límites en donde el movimiento y la quietud se identificaban.

...115... 120... 125... 130... 135... 140...

Ya nada tenía importancia: éramos nuestro destino. Creo que gritó, pero no oí lo que dijo. Ni las palabras se oían, ni los números del velocímetro marcaban. Recuerdo que la placa era de color azul, pero olvidé los números, esos números que eran cinco, dos estropeados por un rasguño, pero que yo identificaba en las avenidas, en los estacionómetros, frente a los cinematógrafos, buscándola como un maniático ambulatorio por toda la ciudad, paranoico y borracho en mis noches afiebradas, o cuando me sentaba en la plazoleta a mirar su ventana en un tercer piso y la imaginaba dormida, con profundos sueños incoloros, como si yo no existiera en el mundo, en el tiempo, precisamente en ese instante en que yo me quemaba en el fuego de una pasión inútil hasta quedarme dormido...

Azotaba una llovizna sobre el parabrisas que al chocar producía un impacto de granizo. Apretó un botón: los faroles se encendieron. Pero no iluminaban la carretera, porque la carretera quedaba atrás, era como si la carretera no existiera, y el auto rodara sobre sí mismo.

Nos hundimos en la noche. Dejaba unas rutas por otras. Todo era pasado a nuestro paso; se desvanecía el porvenir; no existía un más allá para nuestro autico y sus cuatro llantas.

Cerré los ojos y me abandoné. Ya no tenía miedo, no pensaba en la muerte. No era libre para elegir una forma de muerte. Lo que sucediera estaba bien. Ya no había justificación. En este momento yo no sabía si existía o no.

Cuando abrí los ojos vi a lo lejos el espectáculo súbito de la ciudad, brillante entre la niebla. Abrí los ojos porque sentí que la velocidad se reducía, y comprendí que ella había divisado esa cosa viva y grandiosa que se llama ¡La Ciudad!

El espectáculo me decepcionó, y no supe si estaba triste, porque ella frenó violentamente y yo me golpeé la frente contra el parabrisas, que se rompió, y yo sentí que algo caliente resbalaba por mi cara. Saqué el pañuelo para secarme el sudor, pero vi que no era sudor sino una hermosa sangre roja.

Ella se dejó caer sobre el volante y yo creí que se había desmayado, pero luego la sentí llorar.

—Es una herida leve —le dije para tranquilizarla—. Has estado maravillosa.

—Qué espantosa locura —dijo ella, como arrepentida.

—Ahora regresemos lentamente para que no llegemos nunca.

—Ahora haré lo que me dé la gana —dijo con furor.

Trató de arrancar, pero yo pisé el freno.

—Deja, ya hice bastante por ti.

—Estela, voy a decir la última estupidez de la noche: ¡Te amo!

—Pides demasiado —dijo.

Busqué su boca, pero resistió. Sus labios herméticos, pasivos, temblaban.

Esperé hasta el fin, pero no cedió. Una oleada de vergüenza me subió a la cara. Me resigné y dejé el freno libre. Luego arrancó en silencio.

Entramos a la ciudad. Las calles estaban relucientes, mojadas, coloreadas por los avisos de neón que titilaban eléctricos bajo la lluvia y el frío de las 8 p.m.

Un semáforo en rojo nos detuvo. Dije:

—Aunque no creas, fue la mejor tarde de mi vida.

—Entonces, bájate —ordenó.

—Déjame en el centro, está en la vía de tu casa.

—No, bájate antes de que venga el verde.

—Mis amigos me esperan en el Bar Metropol.

—¡Bájate!

No comprendí, pero me bajé. Tendría que caminar cincuenta cuadras desde los arrabales hasta el centro de la ciudad. El semáforo cambió de luz y ella aceleró sin decir nada.

Gonzalo: ¿te gustaría repetir? —gritó, sacando la cabeza por la ventanilla.

Pero esa voz no parecía dirigida a mí, sino a la noche. No era importante contestar porque ya estaba lejos y yo me refugié en un escampavía. Miré los neones, pero no había una farmacia cerca. Hice fuego con mi encendedor alemán y fumé.

El pez ateo de tus sagradas olas

I

En mi ciudad de Leteo hubo un terremoto hoy, el más siniestro de toda su historia. Miles murieron aplastados bajo las ruinas. La terrible sacudida duró dos minutos eternos durante los cuales todo se vino abajo, y un arcoíris de polvo y furia oscureció el cielo.

Mi hermano y yo habíamos salido a pescar tortugas al mar, y por eso estamos vivos. Allí oímos que una desgracia había caído sobre la ciudad, hasta pensamos que era la bomba atómica, o algo terrible como eso, tal vez un castigo del cielo.

Entonces corrimos a ver qué era, y Leteo había desaparecido: nada quedaba en pie, ni las estatuas, salvo unos árboles que se sacudían sobre la tierra rota. Lo demás era una llanura dantesca de desolación.

Cuando llegamos a la ciudad, ahora en ruinas, los pocos sobrevivientes lloraban, o miraban al cielo sin decir nada. Era como si se hubieran muerto de pie. De todas partes, como de agujeros, salían gritos desesperados. No era un dolor como es el dolor de siempre. Era un dolor tan espantoso que ya no puedo describirlo. Creo que no eran gritos salidos de la voz humana, sino de la carne. En todo caso eran aullidos.

Cuando el miedo permitió otra vez pensar, se organizaron brigadas de salvamento, y se levantó una tienda bajo el árido y ardiente sol para atender a los heridos.

Uno que parecía alcalde organizó la cosa, aunque dudo que el alcalde estuviera vivo. Lo cierto fue que el señor dividió las ruinas en sectores, y nos asignó uno para cada dos sobrevivientes: tal había sido el desastre.

Mi hermano y yo formamos la “Brigada K, Sector 7”. Nuestra misión era rescatar heridos de las ruinas y ponerlos a salvo, lejos de los muertos que ya estaban abandonados a su suerte. Mi hermano y yo, él adelante y yo atrás de la camilla que fabricamos con dos palos y una lona que resistía el peso del tamaño de un herido.

Empezó, pues, una lenta y callada procesión de nuestro sector 7 a la colina, donde se iban amontonando los mutilados, algunos de los cuales agonizaban en el intervalo de dos viajes, y luego morían.

Los otros se retorcían de dolor, se revolcaban espantosamente, o llamaban a Dios. Pero nadie quedaba para socorrerlos, y nosotros nada podíamos hacer, o muy poco. ¡Era horrible! No podíamos consolarlos porque otros que también querían vivir nos llamaban en el sector. También para ellos éramos su última esperanza.

Nos pareció que el sol nunca había calentado más fuerte. Era un sol áspero, de hierro. En vista de un sol tan asesino resolvimos quitarnos la ropa y trabajar desnudos. En Leteo todo el mundo estaba desnudo, muerto o desamparado. Era desolador, y nada explicaba por qué no estábamos todos muertos.

Pero la vida es así, una cosa rara que nos eligió para un oficio doloroso.

Mi hermano Alción sí lloraba de vez en cuando al regresar de la colina, cuando su corazón podía darse el desahogo de un sentimiento, o el lujo de un recuerdo. Hasta llamaba a su novia que seguramente ya estaba muerta con su bello cuerpo. Él la amaba.

Yo no lloraba, ni llamaba a nadie. Todo era inútil. Hacía lo que tenía que hacer.

Si Leteo vuelve a existir alguna vez; si la ciudad vuelve a fundarse sobre la nada, nuestros nombres serán registrados en la historia del terremoto, como sobrevivientes y salvadores.

Tengo que confesar que a mí no me importa la tal inmundicia de la gratitud: ni compadezco a la humanidad, ni la odio, ni la amo. Hago lo que tiene que hacer un sobreviviente, sin alegría, sin lágrimas. Eso es todo.

Pienso que otros harán lo mismo que yo, aunque no sé. No espero nada de los hombres, y no soy un santo para que se esperen de mí esas grandes cosas morales como la nobleza y el valor.

Desgraciadamente al caer la tarde, el sol ya se dejaba sentir sobre los muertos descomponiéndolos un tris. Un gas venenoso ascendía al cielo desde las ruinas. Los gritos eran inmensamente desesperados, pero más reducidos, seguramente porque los muertos eran cada vez más, y los vivos menos: cosas de Dios que no mueve una ola, ni tumba una ciudad sin su poderoso consentimiento.

De noche, en plena oscuridad, el rescate fue más difícil, y aunque no se veía nada —la luna era del tamaño de una hoz rusa— nos guiábamos por las lamentaciones.

Remover los escombros que aplastaban los cuerpos era casi imposible. Muchos quedaban allá abandonados para siempre, esperando la muerte, pero enloquecían antes de morir. Era terrible escuchar sus plegarias o sus blasfemias a los dioses o al Destino, pues para todos, según su fe, había desesperación y consuelo.

Muertos en vida, o condenados a morir con los ojos abiertos bajo la bóveda de aquel cielo azul ya purificado de polvo, nítido y azul: un hermoso cielo de verano, pero de una cruel belleza para los que iban a morir y lo veían por última vez. Creo que la belleza de ese cielo los enloquecía.

Sería media noche cuando nos ofrecimos un merecido descanso restaurador, pues estábamos agotados. Yo me tiré boca arriba sobre la hierba, lejos de los heridos para no oír sus malditos quejidos.

A pesar de la desgracia que se extendía a mis pies, el cielo me pareció bello y turbador, y en las claras estrellas identifiqué mi loco amor por la vida, y me sentí feliz. Lo que había de pureza en el mundo estaba allá arriba en el firmamento, goteando una luz espléndida sobre el afligido cementerio de la ciudad.

Alción estaba tan desesperado que no sentía cansancio, y fue a buscar a su novia, o lo que quedaba de ella, adivinando el sector donde vivía, cosa imposible de precisar porque nada había quedado en su sitio: los rascacielos estaban patas arriba; la ciudad había sido arrancada de raíz, y lo que antes estaba en un extremo, ahora podía estar en otro.

Por eso no me preocupé de buscar a mis padres, aunque sí pensaba en la posibilidad de que mi gato “Ternura” estuviera herido y me necesitara. Pero yo estaba muy cansado para buscarlo. Tal vez mañana él vendría a mí por su cuenta.

Cuando Alción regresó sin saber nada de su novia, ni un quejido siquiera, yo me había sumido en un éxtasis con el bendito ciclo estrellado, y qué furioso me puse cuando le sentí llegar desilusionado y loco de pena, arrojando lágrimas como una dolorosa, o cosa semejante a lloronas, quebrando el sortilegio de mi contemplación

nirvánica que era la antesala del cielo místico donde la Santa Nada ya abría sus puertas para ponerme en comunicación con el misterio.

No tuve más remedio que volver a mi ingrato oficio de sepulturero, yendo y viniendo entre gemidos, lágrimas y demencia, y un amotinado olor de tumba abierta.

Al fin se derramó un alba fresca como un loto, y salió el sol. Con los primeros rayos me sumergí en el sueño para no ver aquello macabro que el sol iba a calentar, y también porque estaba cansado hasta la muerte.

Así que decidí dormir, y ni siquiera me preocupé por buscar a "Ternura". Ya que el diablo se había llevado a Leteo, que se llevara también a mi gato, aunque Dios sabe cuánto lo quiero, o quería, si por desgracia está muerto.

A mediodía recibí en pleno rostro una bofetada, que me despertó: una ola de calor intenso extendía por la ciudad un hosco olor de corrupción. Todo estaba podrido, hasta el cielo puro. En el aire caliente y pegajoso zumbaban enjambres de moscas, como nubes infectas que amenazaban caer sobre la ciudad y devorarla.

Miles de cuervos migratorios surcaban el cielo y se arrojaban con sus picos filudos consagrándose a una horrenda rapiña, sin que nadie los espantara. Todos estábamos ocupados con los vivos, o con los medio vivos. Los muertos no importaban, y tal vez quedaban mejor digeridos en el vientre de los cuervos que olvidados a la furia del sol, pues éste los pudría sin hacerlos desaparecer.

Y fue a causa del sol que el aire se hizo pestilente. Un vaho de putrefacción tapó el horizonte, y cayó la peste al tercer día sobre los intestinos desparramados de la ciudad.

La primera víctima de la epidemia fue abatida en la "Brigada J, Sector 6". Era una mujer. Había caído en convulsiones, arrojó una baba morada, y luego se quedó quieta.

Su compañero nos dio la noticia. No parecía tener miedo de la peste. Su voz era triste, pero serena. Quizás no le importaba morir, pues el corazón humano se endurece en el contacto con un dolor tan bruto. Seguramente ya no creía que la muerte era una desgracia. Yo no pensaba lo mismo. Si era verdad que la peste había llegado, pronto estaríamos todos muertos, y esto me asustó como el demonio.

Desde ese momento algo cambió en mí, no sé qué, mi feroz instinto de vivir.

A partir de entonces nuestra misión era mortal, equivalente al suicidio. Porque nosotros teníamos que remover los muertos en busca de los que aún tenían fuerzas para el dolor, y así no podíamos escapar a la contaminación.

Mi hermano calculó en cien los que aún podíamos rescatar para la vida. De regreso de la colina me detuve y solté la camilla que hirió a mi hermano en el tobillo. Me senté en el pasto seco, mudo como una roca, y medité.

Mi hermano chilló por el dolor, y me insultó porque yo era un exacto y cochino bruto, pero luego me divisó allí muy abatido y sudando perlas como un condenado, y me preguntó con ternura si al fin me había conquistado la maldita peste bajo su dominio.

No contesté.

Alción miró al sector con sombría desesperación pensando en las víctimas que pedían socorro con gritos miserables o aullidos. Finalmente, se enfureció con mi lejanía, y me instó a patadas a que marcháramos, pero no me moví. Entonces me definió como un bárbaro sin corazón que me dedicaba al ensueño mientras otros

esperaban aplastados o muertos, y declaró que Nuestro Señor Jesucristo me castigaría por mi impiedad.

—Me voy, no quiero morir.

—¿No estás oyendo los gritos?

—Sí, los oigo, no es culpa mía, que los salve el cielo. Yo me largo.

—Piensa que cien vidas dependen de ti, piénsalo dos veces.

—Sólo tengo mi vida, no la quiero perder por nada.

—¿Es que cien te parecen nada, maldito degenerado?

Me precipité en la ruta que va a las montañas, allá donde el aire es puro y azul el horizonte. Escalé la colina en minutos huyendo de Alción que me perseguía con un garrote para matarme, pero yo trepaba como un rayo, veloz como el remordimiento tras la culpa.

Como era imposible alcanzarme, Alción desistió y se puso a maldecir con los puños, invocando la ira del cielo, calificándome de hijo de perra, desalmado y otras inmundicias que me traía el viento apestoso de Leteo. Lo último que oí fue una maldición que me perseguiría hasta la muerte, y que se convertiría en el signo de mi predestinación:

“¡No vuelvas a Leteo, maldito bastardo, porque te convertirás en un pez!”

Luego me alejé hasta perder el eco fraternal de un amargo llanto de dolor, ira o desamparo. En todo caso no me importó que llorara, ni que se lo tragara la tierra. Allá él. Mi desertión me llevaría lejos de la angustia y la cólera, hacia las regiones puras del sol, hacia la vida.

El sol estaba en su fin, muy agobiador, y el aire seguía saturado de corrupción. Coroné la colina y me hundí en una torrentera de montañas donde el mundo parecía terminar en un abismo. Pero el mundo empezaba por todas partes donde el sol nacía, y más allá del crepúsculo estaba la noche cósmica con sus vientos, el canto de los pájaros y la soledad eterna de las piedras.

Ya era de noche cuando escalé la cima más alta de donde se divisaba un Leteo remoto que semejaba la camisa rota de un fusilado. Respiré sobre una roca un aire sin lamentaciones, sin hedor, y claro de luna.

Como ya podía estar contaminado me hundí en una laguna de aguas bucólicas donde la luna rielaba sobre unos lotos, y bañaba de oro el corazón de la noche misteriosa.

Unos pájaros modularon cantos enigmáticos y estremecieron la oscuridad con aletazos que desplumaban al vuelo la dorada luz lunar. Mi corazón latía con una dicha cruel y violenta.

Me sentí solo y feliz como Dios.

Una nube errante tapó el disco de la luna. Unas aves apocalípticas aprovecharon la pausa de negrura para emitir extraños cantos desapacibles, que tal vez eran cantos felices en su corazón de pájaros nocturnos.

Escalé un árbol de madroños y calmé el hambre y la sed. Entre las ramas me sentí a salvo de todo lo misterioso y fugitivo que encierra la noche, no sólo de las almas de Leteo vagando vengativas, sino del viento oscuro y de los formidables aleteos de los avestruces del cielo.

Ahora que estaba solo, exiliado de una humanidad en la que ya no había sitio para mí, el gran bastardo sin porvenir y sin Dios, ahora entonces empecé a sentirme hijo del sol, alma del viento, fruto del Árbol de la Vida, sueño y olvido...

El sol de la mañana doró mi cuerpo y mi sonrisa, desnudo y enlazado a las ramas como un mico. Entonces comprendí que mi reino era ése, el reino puro y verde de los seres sin pensamiento, un átomo de luz en la radiante energía del Cosmos.

Noté que mi sexo se puso tenso por la alegría de mi alma, y mi alma se estremeció con la dicha salvaje de mi cuerpo, cuyas ondas hacían crujir las ramas con la marea de la plenitud. Una colmena de “angelitas” suspendida en lo alto chorreó unas gotas de miel.

Ya sin conciencia y sin remordimientos, olvidé la triste historia de Leteo, apestada y vencida por la muerte, como una miserable ciudad de la humanidad.

Más allá del horizonte me esperaban las ciudades del sol. Evidentemente no se trataba de números. Uno contra 100. Se trataba, eso sí, de mi vida en el tiempo, y del tiempo en la misteriosa eternidad.

Descendí del árbol y eché una mirada al pasado. Luego me alejé sin nostalgias, sin esperanzas, hacia la tierra que amaba...

II

Leteo no fue más una ciudad. Un jardín de ortigas creció sobre las ruinas. Con los años, la ambición y la sed del mar la invadieron. En esta forma, la ciudad quedó sumergida y olvidada.

Cuentan los marinos que sobre esas aguas oscuras se oyen lamentos y un rumor de progreso. La ciencia y la poesía no descartan la posibilidad de que Leteo haya iniciado allá en el fondo una nueva faz de vida submarina.

La fantasía de unos pescadores relata que una mañana llegó a la costa un vagabundo. Lucía barba y cansancio de profeta, y estaba desnudo como un tronco viejo lleno de raíces. Al pie de las olas miraba en las direcciones del horizonte, como si buscara algo que había perdido su mirada o la memoria.

Cuando los pescadores pasaron echando sus redes, se le acercaron. Uno le preguntó de dónde venía.

—Vengo de las ciudades del sol —contestó el vagabundo.

—Y, ¿dónde están esas ciudades, padrecito?

—Allá lejos —dijo el vagabundo tratando de dar con la mirada una idea del Infinito.

—Y, ¿qué vienes a buscar a estas playas, padrecito?

—Vengo a buscar mi ciudad... Díganme, pescadores, ¿no estaba fundada aquí la ciudad de Leteo?

—Eso fue hace mucho tiempo, nosotros no habíamos nacido. Dicen que la destruyó un terremoto y que nadie quedó vivo. ¿Acaso conociste a Leteo, padrecito?

—Así es. Nací aquí, o donde sea que ahora esté la ciudad, porque la ciudad tiene que estar en alguna parte, así sea en la memoria de uno que nació en ella.

—¿Por qué te viniste del Sol, padrecito, acaso hacía mucho calor?

—He venido a pagar una deuda.

—Oye, viejo, ¿no será que estás loco? Mira que ni siquiera tienes un trapo encima. Súbete a la barca y te llevamos a la otra orilla.

—No, mi destino está en Leteo, mi ciudad.

—Súbete, aunque pareces un cangrejo no te vamos a comer.

—Sí, sí, parece un cangrejo —gritaron alegres los pescadores.

El vagabundo entró en las olas. Los pescadores quisieron detenerlo y subirlo a la barca, pero él dijo con una voz triste de profeta antiguo que los asustó y los detuvo:

—Yo tengo un gato que se llama “Ternura”, y un hermano que se llama Alción. Ahora me esperan allá abajo, pues hace tiempo que no los veo.

Los pescadores lo vieron alejarse y hundirse convertido en un pez, en el pez ateo de tus sagradas olas, ¡oh mar!, donde ahora nada y olvida la sufriente noche del remordimiento, convertido en un hijo más del océano.

AMOR SIN MANZANA

Yo me enamoro de una mujer únicamente cuando estoy seguro de dos cosas: ser inimitable en hacerla feliz, y en hacerla sufrir.

(Mujeres de poetas)

No soy codicioso ni avaro con lo que amo

No soy codicioso ni avaro con lo que amo, pues lo que amo no es mío, me lo dio la vida y a vida tendrá que volver limpio, ennoblecido, para que lo que amé sea más amado por sus futuros amantes.

El egoísmo destruye el amor, igual al amante que a lo amado. Sólo la libertad da el justo valor del amor, no su precio. El amor desprecia ser poseído y huye de quien lo toma como dueño.

El fin del amor es darse, mas nunca ser tomado. Su única razón de ser es ser en otro ser, libremente.

Muerte no seas mujer

Estás dormida a dos metros de mí.

En lugar de escribir me pongo a mirarte.

¡No hay nada que decir!

El silencio de una rosa en la noche da más testimonio de Dios que la teología, y tal vez tenga el secreto que la belleza de la palabra no puede nombrar.

Entonces me callo y te contemplo porque toda gran sabiduría es callada, y el éxtasis es superior al conocimiento. Y a lo mejor es verdad que la vida no es sino un cuento narrado por un idiota, como dijo Shakespeare.

Dudo ahora que exista una belleza superior a verte ahí, como una tentación, con los ojos cerrados, olvidando el mundo y olvidada de él, siendo yo el único ser y tu único testigo ante la vida y el tiempo.

Tu sueño te aleja de mí, pero yo te poseo más plenamente. No estás en mis brazos, pero tampoco estás en el tiempo, y es en ese rincón de la eternidad donde me reúno contigo, en una esencia tan total que nada puede separarnos: ni la pasión, ni los días, ni el recuerdo, ni el nocturno canto del búho, ni el horrible despertador de las 5 de la mañana.

Aunque quise despertarte para sentir la voluptuosidad de tus besos, de tus uñas que me confunden con una guitarra, ese placer insólito de ver animarse por el ardor de tu cuerpo toda mi materia espiritual adormecida por el razonamiento, elegí tu respiración inocente que te unía más a mí que las palabras, tus viles palabras que nos hablan del paso de la vida, y de que todo tiene un comienzo y un fin.

Entonces te abandoné para que al menos en tu corto sueño nunca te separes de mí, y así poder disfrutar por un momento esa imagen imposible y anhelada del amor eterno.

Te miro y me lleno de piedad porque vas a morir, y no soy Dios para impedirlo.

Enciendo un cigarrillo y medito si hay justificación de vivir. Estás viva, es la única razón, y si mi amor tiene una esencia se reduce al deseo de hacerte inmortal, y a la desesperación de este deseo.

¡Qué silencio tan puro!

Te quiero recordar, mientras duermes, que no olvides este mundo. Más allá de tu sueño está la noche con sus pilas de estrellas, algunos grillos que cantan y el canto turbador del búho.

A veces me gusta imaginar este búho como un espíritu santo que baja del cielo a no dejar hundir el universo en las tinieblas, y a sostener con su canto la presencia infinita de la vida, mientras los hombres duermen, olvidan o se cansan de vivir.

Nada más que la noche, amor mío, y yo en ella, infinitamente grande para mí, tan espléndida para bendecirla o cantar yo solo su fastuosa belleza, el viento encima y la tierra debajo y la oscuridad en todas partes. La relativa luz de las estrellas agregando otro enigma a su insondable misterio, los soles negros y el canto de la rana en la piedra del lago con sus ojos desmesuradamente abiertos al terror.

De pronto tengo la sensación angustiosa de que estoy perdido entre estas presencias fantásticas, los vastos territorios del cielo, el negro silencio nocturno, la

rara melodía del grillo, el ganso en su aullido, el solemne reposo de todo lo viviente... Y miedo de mi vida algo fugitiva entre estas cosas menos importantes que yo, pero más imperecederas.

Entonces todo me parece absurdo, efímero, acosado por la muerte, y corro a despertarte para gozar en ti el minuto de vida que me queda, sentir el roce de tu piel, bañarte con el sudor del verano, sofocar el silencio y la quietud, y decirte que toda la ilusión de mañana es este instante en tus brazos a la orilla de la dicha.

Si ahora desaparecieras todo quedaría vacío. Con tu sueño las cosas de nuestro alrededor se han sumido en la indiferencia, pero no han muerto. Solamente se callaron para no despertarte.

Yo también temo deslizar esta pluma sobre el papel para escribir que te amo. Pero, ¿qué necesidad hay de decirlo si toda la alegría y la paz del mundo me vienen de tu sueño? Y como todo lo has olvidado, también a mí que muero en tu sueño, me dejas en la más pura libertad de amarte, con una libertad tan absoluta y sin peligro que no pueden distraer tu pensamiento, ni los deleites animales, ni el pito del tren, ni el brillo de la luna, ni el dolor del mundo, ni mucho menos el poderoso y ardiente amor que te crucificó en la adolescencia.

Te quiero así, en esta soledad de los dos, unidos por el deseo y el miedo, presos en esta dulce sensación de eternidad, en la que sueñas y olvidas, y apenas te queda memoria para lo que no debe morir.

Y prefiero tu olvido absoluto porque el recuerdo quiere decir que permites al tiempo abrir tumbas en nuestro amor.

Quédate donde estás, en el puro equilibrio de la noche y el día, en la nada de tu sueño feliz que es la otra cara del cielo, ese cielo invisible a todos, menos a mí.

Ese cielo, en fin, ombligo o taberna para la embriaguez de los dioses que fueron condenados a la desesperación, cruz de tu carne donde me purifico, me santifico, me emborracho de amor para alcanzar el exilio de la pobre mente humana, y donde al perderme me salvo por una rara sensación de locura divina.

No tengo otro argumento para despertarte, amor mío, y no sé si debo separarte de esta nueva dimensión de tu amor en que eres mía más allá de la muerte.

Carta a un maniquí

Dices que soy loco y te digo que tienes razón, si locura es todo lo que no eres, todo lo que niegas. No quiero discutir contigo, me ofende tu palabrería insensata. Tus razonamientos huelen a sexo. No puedo arruinar mi vida mirándote en un espejo, pavoneando tu frivolidad por mi alma, manoseando mi angustia. Eres impura, y hasta tu corazón lo tienes maquillado de polvo “coqueta”.

No vuelvas a profanar mis dioses, ni mi soledad: lo ignoras todo de la muerte y lo sagrado. Te equivocas si crees que voy a renunciar a interrogarme por temor a desatar tus furias de hembra celosa. No sacrificaré un átomo de imaginación para satisfacer tu gelatinoso ego.

Tu insensibilidad al dolor es otro síntoma de tu vacuidad desalmada. Y tu belleza es de esponja. Eres una plebeya tintineante de joyas, un cadáver perfumado de Dior. Gran lío va a tener el Señor para reorganizar tu cuerpo y tu alma en el Juicio, pues la tuya la cambiaste por una fotocolor en la revista *Vanidades*.

Nunca entendiste que la muerte y el arte significaban para mí un diálogo con la vida, con los hombres; que necesitaba despertar de la realidad, despreciar lo aparente para mirar al fondo, a las esencias. Hasta de mis fantasmas te sentías celosa, odiabas mi mundo interior como tu rival, y querías aislarme, matar mi Yo para meterte tú.

Desde que te conozco has querido embrujarme con tu malsana sexualidad, hechizar mi alma, perderme en el abismo de tu cuerpo, cautivarme en tu laboratorio de nimiedades y caprichos.

Tienes fama de dominar a los hombres con tu alquimia, pero qué va, han manoseado demasiado tu brillo. Ahora estás devaluada por más que te maquilles, maniquí.

Crees que todo es a tu medida, hasta mis sueños; crees que todo termina en ti, que solo puedo aspirar a la altura de tu minifalda.

El único sueño de tu vida es dormir acompañada. Ahí termina tu espiritualidad, en la vaca. Ni eso, sería elogiarte. Al menos la vaca cuando llena sus panzas se da el lujo de rumiar sus impensados asombros en la soledad de las praderas. Tú no; cuando estás repleta de placer te abandonas a una suntuosa digestión bajo el sudario de tu baby-doll.

Me das lástima porque el barro de Dios ha perdido el tiempo y la posibilidad religiosa de encender en ti una chispita de vida consciente. Es una pena para el barro, y para ti que lo envileces en el lodo.

No soy hombre a tu medida. No doy la talla de tus perros falderos que sacian tu voracidad libertina por una migaja de placer y figuración en los salones de la sociedad y del arte. Eres peligrosa como un pulpo opresor. Tu piel me hizo sentir siempre resbalando a la oscuridad ciega de tu carne como a un muladar, negación de vida y resurrección.

Te confundí con un ser humano; te pido perdón por confundir una mujer, con 50 kilos de vanidad y diez metros de tubo digestivo metidos en un traje de moda. Es mi culpa, por hacerme ilusiones. De las mujeres esperé siempre una llave que me abriera una nueva puerta hacia la vida y los misterios del arte y de la muerte. O descubrir en la hermosa noche irracional del sexo el fulgor de una estrella

guiándome en los arcanos cielos de ultratumba. Pero todas tus llaves son falsas, las usas para cerrar esas puertas y convertir la vida en una prisión, tu lecho es una fosa.

Me libero de tu infierno que ni siquiera es admirable por el terror. Pues todo lo que allí habita, incluyéndote, son vicios y potes de crema para maquillar tu monstruosidad en un rostro humano.

Ya no existes, maniquí. ¡Te lo prometo!

Mujeres de poetas

Ocorre que las mujeres abandonan a los poetas como si fueran grajos o caballos viejos. Alegan como razón su miseria, su desapego del mundo, su nulidad utilitaria. O porque la imagen idealista que se forjaron de él se derrumba bajo el techo de una realidad sombría.

Yo me enamoro de una mujer únicamente cuando estoy seguro de dos cosas: ser inimitable en hacerla feliz, y en hacerla sufrir.

Espero de tal mujer un amor recíproco.

Si resiste la felicidad lo mismo que la pena; si su corazón no cesa de latir en la soledad con el mismo ímpetu de la pasión; si aun en medio de pavorosos desgarramientos conserva una nítida integridad; y si tiene la absoluta generosidad de renunciar a los rosados mundos por el puñado de afecto que el vivir exprime, entonces sé que ahí está el amor con su carga de miseria y conmisericordia.

La patada al patíbulo

Señora, usted nunca comprenderá a un poeta, por eso le digo adiós. En la posibilidad ingrata de volverla a ver, prefiero escribirle esta carta con la remota esperanza de que llegue a sus manos, aunque sea como error. Nada nos une como amigos, ni como pareja. Su cretinismo me ofende, me desquicia. Usted tiene mentalmente la edad de las cavernas, aunque se vista a la moda de París y la Quinta Avenida. Cuando la escucho en su cotorreo delirante, no puedo evitar la sensación de que estoy ante un antepasado de esos que pinta Mingóte en sus caricaturas. Sus “pensamientos” son del linaje de esos mazos trogloditas, hieren el espíritu con su primitivismo irracional. A veces aplastan peor que mazos, matan como cuchillos oxidados. Usted ha echado cantidades de lodo y oscuridad en mi alma, estoy enfermo por su culpa, enfermo de ira, de odio, de rebelión contra la estupidez humana, especialmente femenina, personificada en usted. ¡Le digo basta! No suplique, el dolor no le luce a un maniquí, eso es usted. Ni siquiera merece mi piedad, y la desprecio demasiado para tenerle lástima.

No tengo más que agregar, o tal vez sí. Que usted confunde peligrosamente el sexo con el destino. No se trata de eso. Mi alma no cabe en su lindo florero, mi destino no es un rotico para llenarlo de sexo. Usted me detesta porque soy bastante loco como para perder la cabeza por sus encantos y renunciar a mi destino para encontrarme en el suyo. Pero prefiero mi infierno a ese cielo sin nubes, sin dudas, que habita un infinito hastío y una paz difunta. No, mil gracias. La felicidad que usted promete, mata, pero no da la resurrección. Su egoísmo es de tal naturaleza mortal, pues hasta en mis sueños me hace sentir culpable, incluso de mi imaginación. Eso da la medida de su mediocridad que maldice mis reflexiones sobre la muerte, mis diálogos con Dios, mis interrogantes al destino. Es lo peor que me podía pasar, sentir remordimiento de mis propias creaciones. Aprecio el valor de la libertad por sobre todos los dones, y la reivindico con un no rotundo ante sus ridículas pretensiones de requisar los secretos de mi conciencia y del arte como si fuera usted un policía de aduana, para quien los delirios no registrados de un poeta, o sus sueños, son materiales de contrabando y delitos contra el código de importación, ¡puff!

Yo pensé que estaba *vinculado* a usted por algún sentimiento o deseo. Pero descubrí que es imposible hacer un vínculo en el vacío. En el fondo, usted lo que quiso fue atarme. ¿A qué se ató Cristo? Lo ataron a una cruz, que es distinto. Pero usted, aunque tiene brazos, no es una cruz. Y si fuera una cruz, yo no me sentiría crucificado, sino estrangulado.

Y ahora sí, adiós. ¡Me bajo del patíbulo!

La posibilidad compartida

El peor enemigo del amor vive agazapado en su propio egoísmo: la convivencia.

El amor se desgasta, pierde su fuerza en la rutina, deviene costumbre y muere.

En realidad no existe el amor.

Él es la posibilidad compartida y desesperada de los amantes.

Se cultiva cada día como la tierra para recibir la semilla, para un largo proceso germinal que culminará en el fruto, pero no sólo en él. También en su belleza, su esencia.

Así, el amor exige que se le fecunde cada día, pero también se le cultive como una obra de arte cuya perfección es irrealizable porque es infinita.

En mejorar esa obra de arte que es el amor reside su triunfo.

Cuando el amor se da por hecho, propiedad privada, un bien doméstico como el televisor que sólo funciona a la hora de dormir, podéis estar seguros que en vuestro lecho hay un olor que os despertará en mitad de la noche y os roba el sueño: el cadáver del amor.

No basta cerrar los ojos para no verlo, pues está corrompiendo vuestra carne. Y peor aún, vuestra alma.

Si todavía no estáis muertos, levantaos sin odio y decid adiós...

Otra posibilidad nace en alguna parte y camina a vuestro encuentro como una sombra en busca de su dueño.

El mar muerto del amor

Te amo sin sexo pero veo que eres víctima de obsesiones y no tomas mi vida en serio. Es necesario que la tomes. Los puentes de regreso al pasado están rotos. Soy libre sin remordimientos. No me siento culpable de nada. Es la vida la que hace el amor y lo destruye. No pienso detenerme a rumiar nostalgias. Me abro a nuevos rumbos disparando la flecha sin soltar el arco, un poco cada vez más lejos. Al menos eso creo y debes tener tus razones para no estar de acuerdo. Pero juro que no estoy vencido, víctima de la vida, padeciendo de esas enfermedades imaginarias que me inventas para hacerme sentir culpable de tu soledad. Estás errada te digo. No viviré más en el infierno de la posesión egoísta. El sexo era otro paraíso artificial, el escape de la conciencia atormentada. Ya no me escapo. El mundo es ahora mi morada. Me amo más, es decir, lo amo todo libremente. La libertad me ha despertado con la frescura de su fuerza. Se trata de un cambio de piel y esto nada tiene que ver con “maleficios” como supones o sospechas. Soy yo mismo quien elige mi vida en la dirección que camino, amo, niego, y afirmo. Soy mis actos, frutos de mi libertad, y nadie tiene derecho a convertirme. No soy reo del pasado, ni hipoteca eterna del corazón. No me cobres deudas felices ni fidelidades ciegas a lo que fue. Mi amor pagó tu amor, nada debo. Vivir es mejor que recordar. No te hagas ilusiones de que las golondrinas de verano volverán al nido que abandonaron cuando pasó el invierno. Te aprecio como mujer y deseo que seas libre, que ames plenamente. Los valores de una persona están por encima del sexo, y es en ese sentido como te aprecio. Porque cuando el sexo supera los valores, la relación se torna alienada, posesiva, y el egoísmo se sacia en la destrucción y la muerte del otro.

Hoy sólo me apasionan la libertad y sus frutos, la negación de la razón y la serpiente lógica. Como ves, estoy ardiendo en la mejor hoguera, haciendo alas de mis viejas cenizas. No sé para dónde voy pero estoy soltando los cables que me tenían anclado a los viejos puertos de mi vida polvorienta. El impulso me llevará donde sea, como la sed al agua. Estoy en marcha hacia una meta que no existe, entre la locura y el sol.

Estoy separado de ti y de mí mismo por un mar muerto y una nueva esperanza.

Amor, te digo adiós.

Un seductor diario

A veces soy feliz, especialmente cuando amo. Dejo que la vida me pase por los ojos y me dejo existir con una pasividad que no hace resistencia al temor ni a la idea de morir. El espíritu de inquietud cede sus furores al silencio, y una especie de bruma adormece las impacencias del alma.

Pero el amor, aunque es mi sentimiento más creativo, no puede ser nunca la imagen de un amor feliz. Tiene que ser, necesariamente, un sentimiento de turbación, de ruptura. Tenerlo a distancia para conquistarlo, en esa lucha radica su belleza. Poseer plenamente un ser es destruirlo. Así, un sol deslumbrante destruye la luz, sofoca la mirada y arruina el esplendor de los objetos. La posesión es mortal al deseo, le roba su encanto, su misterio, ese misterio que es la esencia del amor, su arma más seductora. Por eso, la mujer que oculta su identidad en un antifaz, es excitante hasta la locura: estimula nuestra pasión de posesión, nuestra pasión creadora. Su ocultamiento se abre como un desafío a nuestra sed de conquista.

La mujer, al entregar su amor, debe conservar para sí una zona inédita, de penumbra, ésa que el hombre descubrirá después de la posesión, que casi siempre deja en el espíritu un sentimiento de rendición y nostalgia.

Si en ese proceso de la conquista esa zona se ilumina con la plenitud, los amantes deben renovarla, crearle al cielo de la pasión una nueva estrella y una nueva distancia. Y así, el proceso creador del amor se hará infinito, y el sexo dejará de ser un reclamo transitorio del instinto, para convertirse en un poema de vida y atormentada belleza que sellará su duración, salvándose de las amenazas de la rutina y el tedio.

No proclamo la astucia y la traición que son armas fraudulentas del amor pueril. Quiero excitar a la mujer a una rebelión de su naturaleza para que se sacuda los complejos seculares de la burda dominación que la tienen sometida a un destino miserable de objeto erótico y justificador del egoísmo viril. Esta liberación será posible cuando la mujer decida romper las antiguas estructuras que no le permiten más alternativa que una fatalidad procreadora, y cuando abandone el coqueto narcisismo del eterno femenino, por cuya imbecilidad ha pagado un precio demasiado caro. Entonces sí será un ser humano, un espíritu creador de valores cuyo porvenir no sólo es el hombre, sino la Historia.

Todos amamos alguna vez, y fracasamos un poco. La experiencia, unida a la reflexión sobre los sentimientos, nos enseña a conocer la naturaleza del alma, que es compleja como el misterio del mundo.

El amor tiene dos enemigos mortales: la felicidad total, y la desdicha total. Ambos, si se erigen en sistemas eternos de vida emocional, acabarán por destruirlo. Lo ideal sería una verdad de amor cuyo equilibrio radicara en un poco de certeza y un poco de duda; de posesión y lejanía; de plenitud y ansiedad; de ilusión y nostalgia. En la síntesis de estos opuestos el amor encontrará su centro de gravedad, su energía y sus fuentes de duración.

—¿Por qué nunca dices que me amas?

—¿Para qué? Adivínalo. Si te lo estuviera recordando a toda hora te aburriría y dejarías de amarme.

Tenía razón. Con su silencio ponía en movimiento mi fantasía, me excitaba a una lucha con sus fantasmas interiores, me ponía a dudar, a padecer los terrores de la esperanza, o las dulzuras de la desesperación.

El único porvenir del amor es el presente, y merecerlo cada día. Pues el amor tiene la duración de las cosas efímeras: del día, de la ola, del beso. Su “eternidad” depende de ese movimiento continuo para que una ola forme a la siguiente, y el beso induzca de nuevo al deseo. Con este ritmo incesante el amor puede ganarse como una victoria para cada día, que es mejor que para toda la “eternidad”.

Ésa es, en esencia, la naturaleza y el destino del amor: lo que nace, vive, languidece, muere, y constantemente resucita. Y su resurrección dependerá del milagro que no es otra cosa que la Poesía. Pero esta poesía no son versos, ni se refiere a idealismos despojados de carne. Esa Poesía es Vida, está hecha del cuerpo de los amantes, sus deseos, sus silencios, y de cada átomo de energía viviente.

El amor, esa efusión, no es un divorcio del cuerpo y del espíritu, sino sus bodas. No existe el amor carnal ni el amor ideal. Tales prejuicios son aberraciones de la moral. El auténtico amor, el puro amor, es la apoteosis de cuerpo y alma en la unidad viviente de dos seres triunfando sobre la muerte.

Digamos en su honor que el amor es un misterio, y que su única evidencia es que existe. Pues sin duda existe y aclara otros misterios con su poder revelador. A veces, en noches de desamparo y amargo ateísmo, en brazos de una mujer, he descubierto el rostro de Dios. Por eso para mí es sagrado, porque colma en mi alma los abismos de lo divino, la necesidad de un ideal que dé sentido a la vida y haga florecer la tierra. Pues Dios es todo lo viviente, sobre todo una mujer amada, excepto cuando carga el amor de cadenas, de servidumbres, para hacer de la vida un infierno.

Estos pensamientos que imprimo sobre el amor son la respuesta a una pregunta furtiva de una mujer burguesa. Ella quería saber si el amor era para mí algo espiritual o material. Yo le dije con sumo respeto:

—Señora, son las dos cosas, pero en la cama.

Como era célibe y puritana se escandalizó. Pero yo no tengo la culpa de que el rostro de la verdad sea, como en el amor, un rostro desnudo. Mejor dicho, dos rostros desnudos.

CAFÉ Y CONFUSIÓN

La generación que nos suceda o que ya trabaja en la revolución política, encontrará un desgarramiento de confusión en las almas y en el orden social, y este anarquismo crítico que hemos formulado dará origen a nuevos valores y a un renacimiento. Éste es el invisible pero efectivo aporte de nuestro nihilismo activo a la revolución colombiana.

Dije al empezar

Dije al empezar que el Nadaísmo no propone soluciones sino dudas, pues la Duda es un principio creador. Dar soluciones abstractas que no resuelvan problemas concretos, es puro idealismo, utopías platónicas en las que no estamos dispuestos a invertir un minuto de nuestra vida física, ni de nuestra santa y perecedera energía espiritual.

Pues bien: no se hagan ilusiones, pierdan la fe, pierdan la fe en el Nadaísmo. No tenemos soluciones adecuadas para nada. Nosotros no tratamos el Espíritu como un baratillo de la inteligencia para vender a los colombianos felicidad y esperanzas a precios de quema.

Nadie sabe qué es el Nadaísmo, ni yo tampoco. Si alguien sospechara lo que es, ya nos habrían metido a la cárcel, o al manicomio. Nos conviene entonces que sea algo misterioso y que se sepa poco de él.

Sospecho, en todo caso, que el Nadaísmo es lo Desconocido. Además, el Nadaísmo no se explica por una lógica deductiva, sino que se vive, es una vivencia de la razón contra la Razón Pura.

Si trato de esbozar un esquema que defina nuestra conspiración, no será a nombre de un método, sino de un desorden porque el Nadaísmo no es una filosofía sistemática, sino una pasión existencial, un furor, una rebelión.

Mi método, es, pues, no tener método. Y mis verdades quieren decir que son verdades nadaístas, y no verdades dogmáticas que reclaman para sí el privilegio de las verdades absolutas.

Son verdades en cuanto participan de la vida, y no lo son en cuanto pretenden ser verdades filosóficas, y se niegan a erigirse en principios éticos y estéticos.

Hemos tomado el partido de la libertad, libertad del deseo, con la fuerza del impulso, con la belleza dudosa de los asesinatos y los eclipses.

Porque nuestra rebelión es un impulso a nombre del cual hemos tomado la defensa de la vida, en el instante crítico en que ella está amenazada por la razón, la moral impresa, los idealismos anacrónicos y los prejuicios de todo orden.

En esencia, reclamamos una lealtad a nuestro tiempo, y para nosotros mismos. En esta exigencia radica nuestra rebelión y nuestra locura.

Orgullosamente hemos elegido la poesía insurrecta para protestar contra los estados pasivos de la vida y la cultura, y contra los conformismos reinantes que amenazan la dignidad creadora y el espíritu de rebelión.

Los puritanos y moralistas de la sociedad

...Los puritanos y moralistas de la sociedad burguesa nos combaten señalando en nosotros las rechinantes aberraciones del Divino Marqués de Sade. Y los siquiатras se babean de ganas de adjudicarme por unanimidad el Premio Freud de Complejos Sexuales. Se nos dice pederastas porque somos poetas. Porque en estos tiempos mercantiles y utilitarios el poeta encarna la figura del afeminado.

Nadie puede concebir que le digan homosexual a Carlos J. Echavarría, al Canciller Turbay o al dictador Rojas Pinilla. No, esos machos espartanos encarnan el poder y la fuerza. El poeta vive muy ocupado en las constelaciones y en la mutación nerviosa de los semáforos. No es nueva esta abominación para el poeta. Recuerdo que Ilya Eremburg declaró en París en un congreso por la libertad de la cultura que los Surrealistas eran “una caterva de pederastas”, y lo decía a nombre de la industria pesada de la Unión Soviética. Bretón le rompió las narices en un bar de Montparnasse a nombre del subconsciente, de Buda, y de la poesía automática.

Algunos cristos locos

...Algunos cristos locos o ángeles nerviosos de nuestra generación padecen una terrible desadaptación entre su vida y la realidad, y por motivos psicológicos apelan a la droga para instalarse, lejos de ese mundo hostil, en una abstracta y fugaz eternidad. Alegan ellos que la marihuana les produce los únicos instantes de liberación y felicidad en su vida, y que la droga sustituye en ellos lo que representa Dios para el creyente. Y por esta razón la sociedad los encarcela. Yo pregunto: ¿A nombre de qué moral los encarcela la sociedad de nuestro tiempo? ¿Qué ha hecho por ellos? ¿Los ha hecho felices, o les ha brindado posibilidades para realizar una vida creadora? Esto se debiera contestar, pero es menos complicado que un sucio inspector abra el código de policía y ordene la captura del poeta alucinado.

Baudelaire era mariguano. ¿Quién se atreve ahora a condenarlo? Nadie al leer sus “flores del mal” o sus “paraísos artificiales” piensa que tal vez ese extraño averno estético era el producto de su alucinación, y si lo piensa dirá: afortunadamente para la poesía. Pero no todo el que fuma yerbas malditas es poeta, ni todo pederasta es Arthur Rimbaud. Pero si hay un poeta, un pintor, un místico y un bandido que busca a través de la droga vías elevadas a su imaginación creadora, si encuentra en eso el camino de su inspiración, si le da su santa gana de evadirse de la sordidez del mundo en busca de la vaga imagen de su sueño, entonces nadie tiene derecho a oponerse a su elección: ni el Estado, ni la sociedad, ni la moral, ni la policía.

Otros buscan sus evasiones en el alcohol, el sexo, el trabajo, la religión, la política, el poder, el arte, y todo eso son fugas para ser o dejar de ser. Y yo digo que don Jesús Mora que tiene 80 millones de pesos y trabaja 18 horas al día, no es menos culpable ante un tribunal de la vida que el poeta nadaísta que se entrega a sus delirios, o que el presidente Lleras que se droga con los idealismos bastardos del frente nacional con lo que vive alucinado, y con lo que tiene narcotizada la conciencia del país.

La literatura por el hecho de ser trascendencia

...La literatura por el hecho de ser trascendencia es compromiso con el hombre, con la vida, con el mundo. Nosotros nos oponemos a comprometerla con una fracción del mundo, con una orilla del ser, con un sector de la condición humana y social. No queremos hipotecarla a un compromiso parcial, servicial, mezquino, ni embanderarla, porque no queremos que la literatura sirva intereses inferiores a sus grandes posibilidades de comprometerse con todo, y antes que nada, con ella misma.

Porque el primer compromiso de la literatura es con la literatura. El arte que sirve a la belleza y a la vida es el arte real. El arte que sirve intereses particulares es un arte enajenado.

Sé también que se puede escribir una bella literatura sobre el terror, y que la literatura puede descender a los subfondos de la vida y de la muerte, pues nada le es extraño o indiferente. Pero este arte comprometido con la violencia política al que se quiere reducir toda la misión de la literatura, es apenas la extracción de una realidad que sólo logra desprenderse de su densa opacidad histórica, sin alcanzar categoría de arte y su independencia...

El Nadaísmo se fundó como respuesta

...El Nadaísmo se fundó como respuesta a las razones tradicionales de la vida. Es, en su más profundo significado, un imperialismo de la negación para defender al individuo de las amenazas que se ciernen sobre él, en esta época de abdicaciones de la libertad y de insurrección de masas totalitarias que levantarán un patíbulo para el poeta, el santo, el loco, el místico y el bandido, los eternos héroes del espíritu, sin cuya presencia nos negamos a vivir, pues no podríamos dormir sin el sueño del Super-hombre.

La generación que nos suceda o que ya trabaja en la revolución política, encontrará un desgarramiento de confusión en las almas y en el orden social, y este anarquismo crítico que hemos formulado dará origen a nuevos valores y a un renacimiento. Éste es el invisible, pero efectivo aporte de nuestro nihilismo activo a la revolución colombiana. No prometemos más. Conduciremos nuestra rebelión hasta una etapa donde todo acto, toda idea y todo entusiasmo sean constructivos y hagan posible la sociedad de nuestros sueños. Hasta ese advenimiento nosotros nos pondremos al servicio de la barbarie y de la impaciencia como los anarquistas rusos para quienes la pasión de la destrucción era una pasión creadora.

La esencia del Nadaísmo se reduce a esto

...La esencia del Nadaísmo se reduce a esto: a pasarla bien en este mundo, a no considerar mortal el hecho de vivir y a encontrar en los límites de nuestros días la posibilidad de ser eternos. El Paraíso, si hay alguno, es la tierra: Capital del dolor. No olviden que la tierra es redonda y que más allá existe la Nada Pura.

¿Entonces?

Pues estamos buscando en la vida inmediata la vida verdadera. La muerte no nos interesa: es el más allá de nuestros cuerpos. Por eso nuestra actitud es libertina: una especie de egoísmo placentero se eleva desde nuestros corazones para poseer el mundo, posesión feroz, posesión voluptuosa que se confunde con la destrucción del objeto amado. El otro mundo se lo dejamos a los espíritus puros, sin carne, a los bienaventurados que renunciaron aquí a la vida inmediata por una presumible y abstracta vida eterna. Nosotros somos espíritus desventurados, y el cuerpo tanto como la tierra son nuestro único orgullo, la materia espléndida de nuestros cantos.

A las seducciones del suicidio oponemos pasiones más fuertes que el aniquilamiento. Porque en el Nadaísmo no se trata de morir sino de vivir. Y porque amamos esta nada que somos, el Nadaísmo es nuestro nombre y nuestra aventura al servicio de lo maravilloso.

La traición del Nadaísmo

Refutación al humanista

Somos especialistas en defraudar a los amigos. A esto lo han llamado la traición del Nadaísmo. Pero nosotros advertimos: no creemos en nada, ni en nosotros. Pero todavía nos anima una fe: la de no tener fe en nada. Creo que ningún nihilismo ha alcanzado un tan alto grado de negatividad. Como decía Camus, no hay nihilismo que no termine por suponer un valor. El “poseído” Kirilov se suicida por querer afirmar su libertad, y en su consentimiento de la libertad negar la existencia de Dios. Nosotros no vamos tan lejos; nos contentamos con vivir sin interesarnos en los asuntos de la vida o muerte de la metafísica. Hasta me llegan rumores de Alemania de que Heidegger trata de superar la metafísica para llegar a la *nadería*, región iluminada del Ser a la que nosotros ya hemos llegado.

Usted me asombra. Usted que era el último reducto de comprensión. La única honestidad intelectual. La mejor inteligencia crítica. Usted, que habla en el mismo espacio cotidiano de Kierkegaard y de la yuca, de surrealismo y licencia de tránsito, de la malaria y el sexo de los nadaístas. Usted... viene a sermonearnos ahora y a condenarnos a nombre de una moral ambigua y de la ortodoxia intelectual.

Hablemos, pues, de la sexualidad ambigua. Primero le diré que para el Nadaísmo el sexo no es un valor, no es una significación. No es meritorio ser viril, o pederasta, hembra o lesbiana. Predicamos una absoluta libertad sexual, el amor libre (libre no sólo de contratos convencionales, sino libre para elegir el objeto amado). Es decir, no elaboramos una ética sobre el sexo. Aunque el sexo constituye para nosotros el principio y el fin de nuestra vida, una motivación trascendente más importante que el arte, que la economía, que la política. En una palabra, el sexo es nuestra religión, la esencia total de nuestras creencias. Hemos abdicado el panteísmo por el pansexualismo. No sé si esto es verdadero, pero es lo mejor. No buscamos razones valederas, sino razones vitales, sentimientos. La Razón nos tiene defraudados. Es un cadáver.

Por eso nosotros no condenamos a nadie. Solamente permitimos que los impulsos libres del hombre sean saciados, y no es porque no tengamos una moral; sí la tenemos, pero esta moral la hemos identificado con la libertad. Respetamos que cada cual ejerza este derecho. Por eso nosotros no condenamos a los pederastas, no condenamos a Gide, no condenamos al hombre y a la mujer, no condenamos los bellos amores de Hiroshima, no condenamos al grillo y a la grilla, no condenamos al masoquista que se azota para obtener su dolor y su placer, no condenamos al rayo de luz que viola un cuarto oscuro a través de una claraboya, no condenamos a Maldoror en el lecho del mar amando un feroz tiburón. No condenamos nada, porque el amor es el único sentimiento que se niega a ser civilizado. No hay amor racional, no hay amor sensato, porque el amor es loco. En cambio se habla hoy de asesinato racional, de odio racional. No hablemos paja sobre esa bella locura humana que se confunde con el misterio. Yo, por mi parte, respeto que un hombre elija entre una lechuza, Dorian Gray, una piedra resbalosa o Brigitte Bardot. Nadie tiene derecho a condenar a un hombre que elija para su plenitud amorosa alguna de esas cosas y no otra.

Por eso somos nadaístas. Mientras las religiones, los sistemas sociales y morales condenan a los pederastas en virtud de una falsa iniquidad contra la naturaleza, nosotros no los condenamos. Respetamos eso que es otro matiz en la inagotable inquietud de las pasiones. Pero tampoco pensamos que el homosexualismo es un mérito, como no lo son tampoco las relaciones normales entre un hombre y una mujer, entre un minotauro y el marqués de Sade. El Nadaísmo lo que defiende es la libertad sexual. No una determinada orientación sexual.

Tu corresponsal de Cali, seguramente mi amigo X-504, dice que yo traiciono al Nadaísmo por irme a beber whisky a un salón burgués. Yo quiero aclarar otra vez que yo no soy un escritor proletario. No se es proletario por carecer de dinero (mi caso), pero tampoco se es burgués por tenerlo. Lo burgués, en mi concepto, es una condición del espíritu. En este sentido soy un burgués. Mis obras van dirigidas a un público específico: el que tiene plata para comprar un libro y asistir al teatro, y entiende eso o cree entender, y además dispone de tiempo para leer y asistir a tales frivolidades. Me fascina esta burguesía concupiscente que se confecciona un Christian Dior para asistir a una exposición de arte abstracto. Sin ella no existiría el arte burgués, o sea, el arte puro.

Yo no escribo para el obrero de Coltejer que no sabe leer, se gana cinco pesos, toma el turno de las diez de la noche, trabaja 12 horas en una máquina, vomita sangre en los retretes, se desmaya de hambre, empeña la máquina de coser para pagar el arriendo, y deja su trabajo extenuante en la misma hora en que yo subo por los jardines de la avenida La Playa en el colmo de la alucinación, con una rosa convulsiva en la solapa de mi chaqueta, borracho con un perfume Miss Dior que me dejó en el pecho, con un tatuaje, la mujer que bailó conmigo a Duke Ellington, y que luego dejé en su casa algo ebria y soñadora —ella paga la cuenta en el grill—, y ahí me cruzo con mi pobre obrero, y juro que me gustaría dar la vida por él, y arrodillarme y besarle los pies y pedirle perdón por mi existencia, pero todo este sentimiento plañidero no haría sino humillarlo, por lo cual desisto y sigo mi camino, luminoso y constelado como un diamante negro, contento de vivir, de respirar esa soledad errante, a la espera de 14 horas de sueño y un jugo de naranja, y pensando: “Yo no tengo la culpa, soy un pobre profeta paranoico y no puedo salvar a nadie, no puedo curar la tuberculosis de los obreros, ni subirles el salario, ni dar mi sangre para la anemia de los niños, ni enseñar la citología. Sé también que no se gana nada con que yo denuncie las injusticias humanas. Yo no soy idealista. Tal vez la llave Kruschev-Kennedy pueda resolver esas injusticias. Tal vez el gobierno pueda mejorar el nivel de vida, dar educación, hacer reforma agraria, etc., pero no lo hace porque el sistema capitalista está interesado en la ignorancia del pueblo y en su explotación, y paga a los curas para que bendigan la ignorancia y el conformismo, y sean mansos de corazón y se resignen a su miseria que les abre las puertas del cielo donde serán eternos capitalistas del goce de la vista de Dios, una vez que revienten de hambre y de tuberculosis y abandonen la pasión dolorosa de la tierra que calumnian como un inmundado y desgraciado valle de lágrimas.

En Cali, una mujer descubijándose me dijo a las tres de la mañana: “Gonzalo, ¿por qué nos tenemos que morir?” Y yo le dije: “Porque sí, ranita, porque yo no hice el mundo.”

Y por eso creo que soy un escritor burgués: porque yo no hice el mundo ni trato de reformarlo. Me conformaría a lo sumo con poder destruirlo. Precisamente por eso nos abominan los comunistas: porque nos sindicán de encarnar el derrotismo de la burguesía y un nihilismo apestoso de la peor alcurnia intelectual. Es probable que tengan razón. Para mí la revolución obrera significa tanto como el estallido del Alka-seltzer en mi vaso de soda.

Para terminar, me siento un hombre de la categoría de Julián Sorel, ese ídolo negro y bastardo de Sthendal. Ese personaje participaba de la condición burguesa, tenía cultura burguesa, refinamientos burgueses, amaba como un burgués y se murió como un burgués. La distancia que nos separa es que yo no quiero morir, y que en esta dorada Villa de la Candelaria no queda una mujer por la que valga la pena dejar la vida.

Como ves, querido Gog, no estamos de acuerdo, pero no quedamos enemigos. El tipo que no nació para el amor, tampoco nació para el odio. Menos para el desprecio ni para la indiferencia. Vivamos simplemente para las posibilidades que nos dieron.

La literatura, que es mi oficio

...La literatura, que es mi oficio, puede esperar la terminación de mis éxtasis. Porque la literatura es una especie de repuesto, algo así como un smoking que me sirve de disfraz para ocasiones solemnes y que utilizo para presentarme entre los hombres con la dignidad que ellos exigen. Me pongo este smoking, este rótulo de escritor, para presentarme en los hoteles, en las cárceles, en las clínicas... y obtener ciertos privilegios, los que concede una sociedad mezquina que ha perdido el sentido de lo maravilloso y que el artista y el santo le restituyen con la energía de su idealismo. Es en esos lugares donde uno muestra su carnet de escritor para merecer el mejor menú, la mejor celda, la medicina eficaz: todas esas ventajas para el que personifica el Misterio...

En nuestro tiempo los caminos de la acción

...En nuestro tiempo los caminos de la acción nos están vedados, ellos están copados de regimientos, de perseguidos y perseguidores. Aunque me desagrada la inercia, no me es posible embanderarme ni comprometerme. Comprometerme ¿con qué? ¿Y para qué? No veo ninguna causa humana que justifique mi acción, ni mi generosidad. Tú que eres un humanista, me dirás: existe la mínima causa del hombre, del hombre sin bandera ni etiqueta política, por la que vale la pena luchar, sacrificarse. Pero no, la causa del hombre no me seduce, he dejado de creer en esa causa y en el hombre mismo. No resisto más tiempo la estupidez humana, y todas las buenas intenciones del humanismo me parecen falaces, o al menos inútiles...

A nombre del humanismo marxista Stalin mató 6 millones de campesinos para instaurar la colectivización de la agricultura... A nombre del humanismo fascista Hitler asesinó a 5 millones de judíos... A nombre de la Revolución francesa han muerto 4 millones de jóvenes en Argelia en la más bárbara y estúpida guerra colonial. Y a nombre de ese mismo Humanismo se prohíbe a Pasternak recibir el premio Nobel, o se confiscan los periódicos franceses que protestan contra los asesinatos del imperialismo en África.

Confieso cínicamente mi escepticismo por los asuntos humanos, y no quiero tener más acciones en sus negocios de la guerra y de la paz. Asumo, ante la confusión de nuestro tiempo, una indiferencia airada, una libertad solitaria que se niega a erigir como la Verdad la bandera de una causa política o religiosa. Sé que todo embanderamiento activo conduce a la matanza. Y uno marcha ciegamente a la matanza porque los idealismos enceguecen la Razón. Pero después de los asesinatos uno sabe que todas las víctimas eran hombres, eran justos, eran otros idealistas, lo que no impide que los vencedores luzcan después de los funerales el rostro del verdugo absuelto por la Historia...

Una locura razonable

...El Nadaísmo se funda en las contradicciones de la sociedad que lo hizo posible. No busquen ideas lógicas ni criterios unánimes, ni la cohesión de un sistema filosófico. Es, antes que todo, una posición existencial cuya transitoriedad ha entrado ya en la edad de la razón de los siete años de fundado, pero que puede durar el tiempo de la actual generación, o más aún, el tiempo de una vida.

El lenguaje brutal y agresivo de estos mensajes y manifiestos, obedece a la necesidad de una sacudida de cataclismo en el orden de los valores tradicionales sobre los cuales se ha elaborado una cultura y una literatura sin auténticas raíces en la realidad y en la vida. El Nadaísmo, para imponer el nuevo espíritu, no apeló a las razones sino a los golpes, a la ofensa, a la blasfemia, para rescatar a la juventud de su parasitismo y de sus cómodos idealismos hereditarios mediante una hábil terapéutica del terror. Pusimos en práctica una “ética” de perversión contra los valores de una moral convencional en que la aventura humana se reducía a sobrevivir al precio de sacrificar la vida. Despojar la conciencia de mitos y vagas ilusiones de salvación, de los falsos —o al menos desuetos— mecanismos del pensamiento, y restituir al hombre a un cierto estado de inocencia adánica, para que emprendiera desde el infierno de la desesperanza la conquista de su propio destino. Negarlo todo para recrearlo todo. Nacer a una nueva conciencia de ser. Producir la total liberación, la total independencia en ese campo de batalla de la conciencia donde diversos tipos de servidumbres se disputaban al hombre para sus falsos paraísos.

Fuimos desde siempre profetas humildes. No propusimos soluciones a nada, sino dudas a todo. No ofrecimos la felicidad en baratillo, pero dimos a morder la manzana de la tentación, ésa de la libertad que produce una amarga alegría, y que a veces se paga con la soledad o con la locura.

El renacimiento que habría de sobrevenir a la muerte del espíritu moribundo, llegó precedido de desgarramientos y una especie de alegría infernal. Al negar en nosotros al ser que éramos con sus fetichismos religiosos y sus atavismos culturales, asistimos a los esplendores siniestros del nuevo ser que habíamos devenido. Nos habíamos desafiado del viejo mundo, pero la irrupción del nuevo no tenía ninguna semejanza con la idea de un mundo feliz. Al contrario: el precio de este desarraigo fue una sensación infinita de desamparo. Es cierto que habíamos ganado la libertad interior, pero por eso mismo el mundo nos rechazaba en nuestra condición de “antisociales”. Nuestro desprecio o nuestra indiferencia hacia la realidad, nos hacía reos de rebelión, de demencia, de alta peligrosidad. Sobre nuestras cabezas revueltas y alocadas resplandeció la aureola negra del conspirador y del proscrito. Se nos situó, intelectualmente, en los predios del psicoanálisis, o en los terroríficos dominios del código de policía. Para algunos rebeldes se abrieron los manicomios o los presidios, y para casi todos la expulsión de sus trabajos, de sus hogares y del seno de la sociedad.

Esta ruptura era natural, y en lugar de abatirnos nos hizo invencibles, obstinados en la rebelión, y como víctimas del sistema ganamos ante la juventud una gloriosa aureola de mártires que convirtió al Nadaísmo en un misticismo satánico que arrastró en su corriente una multitud de adeptos, de inadaptados, de

inconformistas, de hastiados con la vida y con las venerables mentiras de la sociedad.

Estos hombres comprendieron que la salvación no es un mérito para después de la muerte, sino un mérito para ganar ahora y aquí. Por eso, en el Nadaísmo sólo se han salvado los que han ganado su vida contra todo, y contra todos. Indiferentes a los altares y a los cielos, ellos son santos y su aureola es el sol.

Bolsa de valores

No me considero intelectual, en el sentido bastardo de la palabra. Me siento un Animal Poeta, un pasionario, que por ciertos estímulos reflejos, por imperativos orgánicos, casi químicos, también soy capaz de pensar. Hay obras de arte que se escriben con la mente, con la Razón, que son frutos del Espíritu. La mía no tiene casi nada que ver con el Espíritu, o sólo relativamente, sólo en ese punto misterioso en que el Espíritu deja de ser algo inmaterial para volverse carne, pasión, instinto, materia animada. Por lo tanto, considero que mi obra es el resultado de una cópula entre mi materia viviente, y ese ser misterioso donde el Espíritu deja de serlo. Lo que sale de allí es una belleza orgiástica engendrada entre mi cuerpo y la vida. Tanto la lógica como la Razón me parecen aburridas y absurdas. He prescindido de su servicio.

No me siento ni genio ni superdotado. Soy la síntesis de mis derrotas, de mis impotencias y de mis límites. En mí la creación es un acto tan duro como mascar piedras o beber aceite. La hiel es el trago predilecto de los profetas. Los soldados del Gólgota fueron justos con el Crucificado. Habría sido ridículo darle una CocaCola romana. La sed de Absoluto no se calma con gaseosas. Por eso prefiero al guerrero contra el Genio. El Genio siempre me pareció inmoral, inhumano. Pues mientras el guerrero conquista su destino en el terror, expuesto a la muerte y a la locura, el genio ya ha sido Elegido desde siempre por la arbitrariedad de la Naturaleza. Nada abomino tanto como al genio, y nada me parece más injusto que él. Pero este desprecio dista de ser una apología de la compasión y la humildad. Lo que quiero significar es que no hay que envanecerse de lo que se tiene, pues la auténtica gloria está en lo que no se Es. Lo que uno es, ya no existe. Uno no es más que su posibilidad.

No premedito mis obras, cuando escribo me siento sumergido en el caos, en un laberinto sin porvenir, en el que cada paso que doy me llevará a la salida, o me alejará de ella. Trabajo sin ninguna esperanza de llegar, apasionadamente. Mi fervor se alimenta de lo inmediato, de la inspiración. Creo en la creación espontánea más que en la deliberación racional. Me guía y me empuja a la creación un raro instinto del espíritu. Las ideas me van saliendo de lo impensado como del cubilete de un mago, y la belleza al fin se organiza sobre la base de mi desordenado libertinaje espiritual. Yo divido las teclas en machos y hembras, y empiezo a excitarlas: la una llama a la del sexo opuesto para hacer el amor sobre el papel, para fecundarse mutuamente. Se consagran, con una irresponsabilidad deliciosa, a celebrar concupiscentes orgías, desafían todo límite moral, toda imposición de la Razón, todo prejuicio. Estos excesos no excluyen la tregua, la fatiga, y hasta el arrepentimiento. A veces las teclas se resisten, las empujo al acto creador, pero se niegan, se quedan, se me oxidan en el alma. Entonces se abre el desierto, las fuentes se secan, y uno cae en el desamparo. Esta esterilidad es el infierno para el creador. Me digo: "Paciencia, alma mía, hay tiempo para el embarazo y tiempo para crear." Pero si a causa de este desespero hago violencia a la creación, el resultado es un aborto. Por eso, espero que mi carne sea fertilizada por las estaciones: Agonía, Muerte, Resurrección y Vida; entonces llega un torrente que si no lo encauzo, me sepulta.

Crear una obra de arte no se mide con un reloj, es arbitrario. Cada obra se escribe durante toda la vida. Es la síntesis de las vidas pasadas y de las vidas futuras. Luego se puede escribir en un año, en un siglo, o nunca. Me dicen que Stendhal escribió Rojo y Negro en un mes, y se le tiene por inmortal. Dostoievski pagaba sus deudas de tahúr con novelas metafísicas. Sartre rehízo La Náusea cuatro veces. En cuanto a mí, una obra es la suma de mis vivencias. Antes de escribir, necesito padecer en mi carne los estigmas de la experiencia. Y cuando escribo, siento que me estoy autoconfesando. Algo así como redimiendo mis actos, rescatándolos de su infierno absurdo y dándoles un significado. Hay en esto una especie de expiación de la vivencia, la redención del acto gratuito.

No debe confundirse la autoconfesión con la autobiografía. Todo artista es un tramposo, es infiel a la realidad. Torna la anécdota en fábula, reinventa su propia historia, novela su vida. La recreación de la experiencia vivida no tiene por qué ajustarse a los límites de lo verídico. Mi realidad de hombre no es idéntica a mi realidad de artista. Yo recreo la realidad inventándola, y así la hago otra realidad, una realidad más esencial, más real. Por ejemplo, si amo a una mujer en una playa, esa vivencia no me inspira nada en el presente, la pasión destruye la imaginación. Cuando esa experiencia deja de ser, se torna recuerdo. Posteriormente la revivo, la rescato a través de la nostalgia, la actualizo, ilumino el recuerdo y a través de esa luz le presto otra imagen, en la cual mi experiencia real se enriquece con mi experiencia imaginada. En este proceso la memoria se torna inventiva, creadora. Y en esto el artista se diferencia del historiador, en que su visión de la realidad no es real sino inventada.

Creo en el valor de un escritor cuando su obra lo pone en conflictos con la policía. Un poeta que no haya estado en la cárcel me inspira lástima: he perdido miserablemente su vida haciendo versos. Yo escribo lo que me da la gana, sin someter la creación a prejuicios formales o técnicas estereotipadas. Yo no hice estudios teológicos para escribir otra Ciudad de Dios en 15 lecciones. Incluso, me siento inocente de ser escritor. Yo resulté escritor porque sí, nunca descubrí un signo en mi vida que presagiara esta desgracia. Llegué al arte cuando iba en busca de Dios. Luego olvidé a Dios, porque en el arte descubrí que yo mismo era Dios, o mejor dicho: que yo era la esperanza de Dios.

La corona en el montepío

Me gustan los héroes cuando son olvidados, en el ocaso de su gloria, cuando las hojas de laurel de su corona se arrugan como una col. Entonces es un hombre reducido a su pequeña y exacta dimensión humana, a su soledad sin futuro, con todo su ser arrastrando un pasado cuyo esplendor se extingue y se hunde en el olvido. Su vida es un presente recuerdo. El general vive de su batalla, el político del poder, el campeón de su hazaña y el redentor de sus profecías que no salvaron a nadie pero que lo libraron a él del martirio. La gloria del héroe es efímera y risible. Lo trágico es que al coronarlo para inmortalizar su aventura, su corona pesa como una lápida y eclipsa el sol de su gloria. A partir de entonces los buitres de la publicidad que se alimentaban de él, abandonan su presa a la indiferencia, y la pobre carroña se pudre en el olvido, sin fotografías, sin un micrófono para decir su última opinión, que por lo demás a nadie interesa. A su última hazaña que es morir no asisten los periodistas, muy ocupados en devorar al sucesor de moda. En el mejor de los casos una mujer de luto pondrá una flor anónima sobre su tumba, símbolo de un amor imposible, del que no queda sino un álbum de recortes que cierra una nota de defunción, cuya estupidez es indigna hasta de un perro. Y sin embargo, hay poetas que suspiran a la luna por ser coronados, y sin duda lo merecen, por perros.

Por la orilla del medio

Los peores días del Nadaísmo están por venir, son los días de nuestra evolución hacia lo desconocido, hacia lo que venga. No sé qué nos espera tan terrible, pero es maravilloso. La vida está de nuestro lado. Dejamos libres a nuestros enemigos para que se maten por la Verdad, la Política, la Revolución, o el Campeón de Ciclismo. Todo ese histerismo contingente no nos interesa “esencialmente”, es un escape de la libido o del aparato digestivo, dos tipos de represión característicos del sistema económico y moral que gobierna a los hombres en el capitalismo y el comunismo. El Nadaísmo nada tiene que decidir en ese conflicto, nosotros nos situamos en otra realidad, porque ésta que conocemos y vivimos nos deja sin aliento. Si no la podemos transformar a golpes de soneto o premios de literatura, menos aceptamos que esa realidad decreta nuestra sumisión en nombre de sus adorables valores eternos. No somos del bando de los que se hacen ilusiones con la felicidad y el carácter redimible de la condición humana. Para creer en eso hace falta la misma ceguera que hace falta para esperar que la verdadera Vida empiece del otro lado de la funeraria. ¡Ja! Me río con mis dientes podridos de esos idealismos políticos y teológicos que guerrear por la salvación del hombre en este mundo, o en el Otro. Pero me pregunto: Después de que caiga el enemigo, ¿quién agarra la bandera? ¿En nombre de qué nueva Justicia, de qué nuevo evangelio redentor se dispararán las últimas balas y contra quién? ¿En nombre de los que se quedaron o de los que se evadieron?

Se nos critica que nuestra vida, lo mismo que nuestra literatura, es pura evasión. No estamos evadidos, qué diablos. Lo que pasa es que no nos dejamos arrollar por esta máquina infernal de la Historia, cautivos en las tenebrosas fuerzas bélicas y económicas que la mueven, ni queremos caer en la trampa erizada de sus bastardos idealismos. Si en alguna parte del tiempo y el espacio estamos ubicados los nadaístas, es del otro lado del mar: por eso somos las fuerzas aliadas de la poesía. Y en último caso, si nos prueban que estamos evadidos de esta realidad, les diremos que tienen razón, que hemos preferido la desesperación o la soledad, a quedarnos aquí en el pudridero esperando que lleguen los Comisarios del Aseo del Hombre.

Entretanto, estamos sentados de este lado del desierto, mirando crecer la hierba alrededor de nuestro silencio. El mundo es verde, y sin embargo no hay esperanzas —dijo Cachifo. Pero Jotamario tiene razón: El Nadaísmo es la clorofila de la esperanza y por eso no nos hemos matado. ¡Aleluya!

Tarjeta de Navidad para Gog

Querido Gog:

Están muy feas las tarjetas de Navidad y yo voy a escribirte mi abrazo sobre esta hoja en blanco.

Hace un tiempo que nos une el silencio nada más, y es extraño, pues en una época mediaba entre nosotros la palabra, y en ella una afirmación del espíritu y del mundo. Recuerdo esa época del Suplemento con un emocionado temblor en la memoria, posiblemente es ese sentimiento que nuestros antepasados llamaron “nostalgia”.

Lo cierto del caso es que hace unos meses me puse a pensar por qué diablos no te había escrito, y al buscar una explicación tuve un verdadero y casi intolerable sentimiento de culpa.

Admití por un momento que yo era en el fondo un vanidoso detestable, un intelectual utilitarista, un traficante de almas, una sonora palabrita francesa muy parecida en español.

Y la razón de mi silencio era porque ya no publicabas mis canicas en tu inolvidable “Preguntas y Respuestas” de El Espectador.

La posibilidad de que esto fuera así, me llenó de angustia, y estuve a punto de odiarme por mezquino. Mi culpabilidad se hizo más intensa porque también era cierto que no había dejado de admirarte con sentimientos muy hondos y desinteresados.

Entonces, para recuperar cierta pureza de conciencia y para reconciliarme con mis remordimientos, tomé la máquina para escribirte, y me sorprende de que el impulso irreprimible del corazón me redujo al silencio y no encontré qué decirte, como si el interés por nosotros se hubiera envejecido, y como si un pútrido nihilismo mental hubiera arruinado nuestras ardorosas polémicas sobre el bien y el mal, sobre la belleza loca y sobre la belleza serena, sobre la verdad y la mentira... en cuya disputa nació la amistad nuestra, y una honda fidelidad a nosotros mismos y a los errores que en ese entonces tenían el deslumbrante rostro de verdades relativas.

Estoy casi seguro de que por esos días sufría una de esas horribles y asesinas crisis sicopáticas que me encaman o me hacen huir al mar o a los narcóticos y tabacales bajos fondos de la noche, y que una invasión de angustia me tenía embrutecido y al borde de maldecir la tierra.

Así que este impulso se frustró y yo me acogí a la idea optimista de que a pesar del ancho Atlántico que nos separa, el silencio no era una barrera entre nosotros, y que las mismas aguas del Espíritu tocan de tiempo en tiempo las mismas orillas.

De esta forma quedé en paz con mi impaciencia; y esperé otra oportunidad para renovarte mi devoción y mi enorme gratitud por todo lo que has estimulado a la generación nadaísta en su tarea intelectual, ayudándonos a caminar y abriendo el camino.

Como esta época de claveles y cintas azules y ardiente verano se inclina por los entusiasmos del corazón, y uno también es humano, quizá muy humano en la

medida en que además de hombres somos poetas, la aprovecho para decirte estas cositas, y para que sepas que no soy tan infeliz como parece.

De mí te cuento que ahora vivo en Bogotá en un cuartico para mí solo y para mi enorme deseo de llegar a ser escritor algún día.

Cada momento que pasa me descubre los límites de esta aspiración, y la dificultad de realizar con plenitud esta pasión que pongo por encima de toda gloria.

No se trata de apelar a un optimismo consolador, pues el peor enemigo del artista es el consentimiento de su obra. Se trata más bien de mirarme hasta la desnudez de mi espíritu con un implacable sentido crítico, y favorecer en mi actividad literaria no los valores de una vaga perfección estética, sino los que reúnan una síntesis espiritual de nuestro tiempo, vinculada a las inquietudes diarias del hombre, sin franquear la Historia, pero sin abdicar los esenciales valores del escritor, tan ávidamente disputados por los humanismos políticos y las filosofías de la contemplación y la acción revolucionaria.

Frecuentemente estas ambiciones de perfección que son tan caras al artista se derrumban y convierten en estériles y pueriles realidades sin grandeza.

Esto me sucede alternativamente entre la exaltación de mis sueños y las amorfas realizaciones de mi creación. Hay que tener un gran coraje para sobrevivir a estos fracasos que nos ofrecen la seducción de una fácil victoria o un tranquilo suicidio intelectual, estimulando nuestra debilidad, la cobardía latente y las tendencias a la evasión.

A pesar de todo, persevero y me aferró a la certidumbre de que un ideal de belleza implica el padecimiento de estigmas como el sufrimiento, la duda, la canallesca soledad, el doliente éxtasis del santo, la resistencia del mártir, los delirios de la locura, el pavor a la muerte, la angustiosa sensación de los límites, la impotencia del conocimiento, en fin, todo esto grande y cruel que marca el espíritu y sus nostalgias de Absoluto.

Y en el fondo de esta noche del alma, de este debate en que la belleza nos elude como un fantasma, mi certidumbre radica, tanto como mi esperanza, en la gloria de estar vivo, y en que me resta una posibilidad.

Esta posibilidad es la penúltima, pues la muerte es la posibilidad inútil que las cancela todas, brutalmente, por el resto de la eternidad.

Por eso quiero ser, llegar a ser, dejar de ser este vacío sin pensamiento y sin grandeza que mineraliza el espíritu.

Ya no soy soberbio, ni exhibo por las calles mi falso genio paranoico y ambulatorio. Ahora procuro ser algo mejor todos los días, algo del yo mismo creado por mis actos, no por mis tontas palabras de viento loco, de cometa loco flotando en la nada y en el vacío de artificiales huracanes de ventilador.

Mi aventura espiritual es ahora más modesta, pero más auténtica, y mi amor a la vida ya no es aquel desorbitado delirio egomaniaco, sino un tomar el mundo para crearlo a la medida más justa del deseo del hombre que soy yo, que tú eres, que ellos son.

Por el momento este experimento me sostiene en la terrible creación y en la exaltada fe de mí mismo. Los resultados no sé de qué calidad serán, pero si hay una lógica del espíritu, ella dará testimonio de esta lucha. Y ése seré yo en última instancia, sin apelación; ni un genio, ni un idiota, sino yo mismo, yo único en la

solitaria dimensión de este amor por la belleza y por la vida, mis verdades de siempre, a las que rindo diariamente, como a dioses, algún modesto sacrificio.

Te cuento que el Nadaísmo ha cancelado su etapa de desesperación nihilista y el derrotismo que lo caracterizó en sus primeras contiendas. Podría decirte que su desesperación se ha tornado creadora, y que hemos asumido nuestra rebelión trasladando sus furores y negaciones a un terreno de combate más realista, pero no menos romántico ni agresivo.

Ahora nos tendrán que abominar a nombre de una insurrección del espíritu nuevo que arrastra tras de sí los cadáveres de viejas ideologías que apestan y continúan impulsadas en su falso sueño de eternidad.

Debajo de los bluyines y las blusas rojas había también un alma que proclamaba su desnudez, su derecho a la pureza, a la existencia sin vendas, sin cadenas coactivas, sin disfraces de farsa social.

Éramos solitarios errantes porque nuestra elección de la soledad no puede ser interferida por decretos de Estado. No somos solidarios por decreto sino por vocación humana, y por Destino.

Nos sigue gustando el jazz y el bum-bum de los negros espirituales por encima de los humos guerreros y la epopeya del trabajo. En esta predilección por el arte “decadente” no asumimos una actitud snob, ni lo amamos porque alude a pasiones convulsivas, sino porque para nosotros siempre estará de moda lo maravilloso y la creación del espíritu libre.

Me negaré siempre a aceptar un arte que para existir tenga que renunciar a su libertad para inflar un tubo digestivo, y decir que la gloria de la naturaleza y la dignidad del hombre consisten en el metabolismo y en una tranquila evacuación cotidiana. ¡Yo no acepto esta noción del progreso!

Quizá mi defecto es ser un poeta y carezco de la virtud del estadista. Acabo de leer que Toynbee asegura que América Latina tiene el “privilegio” de contar con el más alto porcentaje de mortalidad infantil, y que esto evita el crecimiento demográfico y equilibra los factores de producción y consumo.

¡Qué asco!... Si es necesario que un niño muera para que otro se coma una yuca, ¡yo niego el progreso!

Y si los estadistas de la industria bélica decretan la necesidad de las guerras coloniales para vender sus productos en el extranjero, ¡yo niego el progreso!

No creo en los valores históricos que pongan como precio del progreso el exterminio de los hombres. Yo soy así. Si éste es un pensamiento burgués, yo pensaré igual, de espaldas o de frente a cualquier siniestro paredón macartista o totalitario que me reclame el sacrificio del espíritu para equilibrar la balanza de pagos y engordar la inflación.

A mí qué me importa la deuda externa si mi única deuda es con la tierra, con este mundo y con el hombre que soy y canta y sufre como cualquier mortal.

Y no exijo para mi canto una admiración irrestricta, sino el derecho que tiene a existir en el corazón de la naturaleza, por encima de los dogmas razonados, los imperativos de la fuerza y las estéticas del utilitarismo.

No exijo para todos un racionamiento de la esperanza, sino la esperanza completa.

¿Qué sistema podrá ofrecernos esa esperanza total sin mutilarnos, sin degradar nuestra condición humana?

Espero que este sueño del poeta se identifique con el sueño del hombre. Y que los dos, en la poesía y en la vida, sellen el pacto por la afirmación de un mundo histórico, en donde la existencia no sea un tránsito doloroso, agobiante, determinado por humillantes alienaciones de padecimiento y necesidad, sino un alto y honroso destino: el de crear para nuestra gloria el mundo en que vivimos.

Como ves, querido Gonzalo, ahora me preocupo por los otros. Y en los otros también vivo yo. Reconozco en este mundo nuestra común aventura, y la libertad que no es una pasión inútil, sino nuestra erguida voluntad de vivir.

Mi literatura está ahora al servicio de estas convicciones que, a pesar de su aparente idealismo, son ante todo profunda libertad, libertad comprometida con un presente y un porvenir humanos, y con este universo cuya única posibilidad de ser admirable es ser ante todo libre.

No hablo de esa libertad privilegiada de los que mandan sobre los que obedecen. Ni de esa otra libertad sofisticada que utilizan los fuertes para predicar que su autoridad y su poder les vienen de Dios. Ni de esa otra libertad ficticia y lujosa que permite a unos reventar de comer y a otros reventar de hambre. Ni aludo a la libertad que elige a los unos poseedores y a los otros siervos.

¡No! ¡Esa no es la libertad!

Me refiero sin duda a la libertad esencial. Esa libertad por la cual se le restituye la dignidad al hombre al rechazar el sometimiento a los cielos ideales y a sus designios supremos. Tal negativa devolvió al hombre el reino de la tierra, el sentimiento de aventura, la hermosa pasión de vivir y la fidelidad a su destierro.

Hablo de esa libertad inalienable, irrepetible, de esa libertad que por paradoja es nuestra fatalidad, la única moral viviente en la que fundamos el ser, y que nos hace dignos herederos de una rebelión contra dioses y reyes, contra los presuntos poderes omnímodos de la Historia, contra leyes erigidas ni dogmas totalitarios, y que nos hacen jurar ante el peligro de la esclavitud que el único porvenir del hombre es libertad.

Corro el riesgo de poner este entusiasmo al servicio de una causa humana, y dejo que mi corazón vulnerable se regocije en esta categoría que puede alcanzar, a fuerza de ser sensata, los límites delirantes de la fantasía.

Algunos nadaístas de pelo largo y cerebro calvo sospechan que yo me deslizo regresivamente en ideologías de un “pésimo humanismo decadente” y por una senda espiritualista sembrada de claveles. No me indigna su protesta. Pero no estoy dispuesto a rendir mi vida en los altares de la bruma narcótica y marihuana de su cómodo nihilismo, ni a dormir en blandos colchones de espuma y de conformismo desesperado su sueño de grandeza y su miseria sin porvenir.

Abandono la tumultuosa taberna por la soledad creadora. Y daré testimonio de mi actitud Nadaísta a través de la creación y no de la alucinación. Cambio la pereza por la contemplación. El aburrimiento satisfecho por la desesperación creadora. El silencio por la protesta. Elijo la Nada que tiene un porvenir en la vida, al vacío que no tiene porvenir en nada, y que equivale a la muerte.

El verdadero Nadaísmo reclama este espíritu viril, este espíritu que convertido en actos dará testimonio de nosotros.

El Nadaísmo no ha muerto, sino que toma conciencia de sí mismo, se supera, nos hacemos responsables de él, y lo tomamos en las manos para pesar su

importancia y medir sus alcances. Deja de ser lo que es para ser superior a sí mismo.

Su importancia ya no radica en el pelo largo, sino en las ideas importantes que haya bajo el pelo. No hay que ocultar una falta de valor con un exhibicionismo excéntrico, ni confundir la pederastia con la poesía, ni la marihuana con el genio incomprendido, ni la desesperación con la falta de cigarrillos Kent.

¿Qué necesidad hay de esperanzas si estamos vivos? La vida es desesperación por el hecho de ser finitud. Somos desesperados porque no somos inmortales, y vamos a morir. Pero en la aceptación de estos límites hay también grandeza.

No habrá otra oportunidad si ponemos la espalda a esta alternativa que es vivir. Y nuestra desesperación no consistirá nunca en olvidar la vida, sino en recordarla.

En la conquista de esta lucidez fundamos el prestigio verdadero del Nadaísmo, y que caiga el telón sobre la farsa. Nos quitamos las caretas para exponer a la clara luz del sol y de la vida nuestra desnudez. El que pueda entrar que entre: no hay policías, ni moralistas, ni retóricos, ni dioses, ni diablos. Y tampoco hay puertas.

No hablo de un Reino ni de un nuevo paraíso. Estoy hablando de la Intimidad. Que cada cual proclame la verdad de sí mismo, su rebelión, su pasión, su libertad, su soledad.

El único fracaso que no podemos consentir es la abdicación de estos valores que nos hablan de la vida. Si la muerte tiene puertas, ellas se abrirán en la claudicación, y si consentimos el conformismo, el silencio y la pasividad que nos coquetean en el infeliz horizonte de nuestro tiempo.

Un paso más allá de esta derrota, si la consentimos, se purgará con el aniquilamiento del espíritu, con un balazo, una gloria irrisoria, y con un sentimiento de rastrera vileza que nos degradará al mundo del gusano.

Ya sé que los intelectuales de izquierda que confunden la barba con la revolución, dirán que el Nadaísmo ha ingresado en una fase fascista y que bla.. bla.. bla, se banean, moquean, lloriquean y orinan sobre las esperanzas que pusieron en nosotros, y van a celebrar la muerte de sus ilusiones y del Nadaísmo en el rincón de un burdel donde por 50 pesos comprarán su sueño de libertad y de amor libre.

¡Feliz borrachera, intelectuales puros y de barba piojosa!

¡No más *El Navío Ebrio* de Rimbaud para justificar nuestro falso genio poético naufragando en mares de nicotina!

¡No más campanas de 5 a.m. para excusar la falta de sueño y la benzedrina que nos hacía sentir convulsionados y predestinados!

Abandono el Navío Ebrio y la expedición al fondo de la noche, y sigo a pie mi camino, solo como un hombre cualquiera, y solo como los demás hombres...

También la aristocrática burguesía que puso en nosotros todas sus complacencias se sentirá defraudada y lamentará esta objetividad combativa que pugna con su concepción idealista del arte como lujo, irrealidad y misterio.

¡Está bien!

Nos exiliarán de sus salones como un mito degradado. Su desprecio nos honra y hablará en nuestro favor. Por lo demás, nunca nos entendieron. Sólo

querían identificarnos con el bufón cortesano para entretener su aburrimiento y la soledad de sus almas vacías y sus monederos llenos.

Gracias por el whisky, el cordero pascual del paganismo contemporáneo, etcétera, y lamentamos que las palabras que borbotaron nuestras calaveras borrachas y nuestros cerebros enloquecidos de intoxicación no significaran nada a vuestras almas.

¿Cuáles almas?

¿Cómo se puede tener alma con un millón de pesos en el sitio del corazón?

...Y, como ya casi sale el sol, mi querido Gonzalo González, y a las 6 llegan los obreros a taladrar el día con sus aceros, yo me voy a la cama, pero antes te quería decir algo que ya estaba olvidado y que era el objeto de esta postal: que el recuerdo de tu amistad, o mejor dicho, tu amistad que nunca fue un recuerdo, sigue viva y constante en mí, a pesar del silencio y demás estorbos.

Y termino enviando abrazos cariñosos para tu señora, tus hijos, y mis deseos porque pasen contentos, y no pase nada malo en tu casa, ni cerca de donde ustedes viven, ni en ninguna otra parte donde viven los hombres, para que todos tengan ahora y siempre la paz, el pan, la libertad, la soledad y el sol que tanto amamos.

Enmienda de propósitos

...Los que fundamos el Nadaísmo nos embarcamos en una aventura de rumbos imprevisibles, sin saber adónde llegaríamos, sólo sabiendo adonde queríamos llegar. Y no queríamos llegar por los caminos de siempre a las metas de siempre. Nos desafiamos de la tradición, rompimos las tablas del status y en pleno naufragio hicimos del Nadaísmo una tabla de salvación. Fue un puente entre dos abismos: el pasado que negamos y el futuro sin esperanzas, Nuestra vida quedó desconectada del mundo, de la sociedad, colgada del hilo del presente a punto de romperse, por la furia que consagramos a perder la razón y negar toda razón de vivir.

Esa fue, en esencia, la actitud que definimos como “revolución al servicio de la barbarie”.

Diez años son nada para Dios, que, por ser eterno, no tiene pasado ni porvenir. Para el Nadaísmo es una etapa de su historia, no para hacer balance literario, sino para echarle una mirada al “barco” por dentro, y mirar cara a cara el futuro.

No estamos orgullosos de lo que somos, ni de lo que hemos hecho con el Nadaísmo y con nuestras vidas. Hemos podido hacer más, y hacerlo mejor. Supongo que nadie y todos a la vez tenemos la culpa de que el Nadaísmo no sea el gran movimiento de vanguardia que estaba destinado a ser en Colombia y Latinoamérica, pero puede llegar a ser... aún.

Yo creo que, a la etapa de agitación que dedicamos más tiempo del necesario, seguirá una de creación, de conciencia en torno a lo que representamos y se espera del Nadaísmo como “cultura”.

Una generación es un proceso de negaciones y afirmaciones, que se desintegra y se consolida, y únicamente habrá cumplido su misión al desaparecer.

Hemos tenido que luchar por igual contra fuerzas hostiles, nuestras propias contradicciones internas, y sólo en el anarquismo hemos podido conservar una frágil cohesión generacional. Paradójicamente, el Nadaísmo ha vivido más de nuestras diferencias que de nuestras afinidades, unidos en la desesperanza y en la pasión de una rebeldía sin límites y sin meta, en la que hemos identificado una razón de vivir, de ser libres, y saciar nuestra sed de aventura...

Mi vida en Islanada

Hasta hace poco, la rebelión de mi generación y la mía propia se ahogaban en un subjetivismo nihilista sin porvenir, en el que sólo contaban las conquistas formales de una estética pura, descarnada y sin vitalidad.

El placer y la belleza se abrazaban en mi creación en un abrazo fugaz y mortal. Y en ese poderoso orgasmo de poesía, metafísica, cataclismo de sexo y amor triunfante, sacrificaba la realidad de otro mundo en el que otros hombres hechos de la misma materia que yo, morían y sufrían —y no metafísicamente—, sino de hambre, de persecución, de ser negros, judíos o campesinos colombianos.

Pero en mi reloj de revolucionario puro nunca hubo un minuto para consignar el dolor de los otros. No hacía una pausa para mirarlos porque un miedo atroz o una alegría fulminante me enceguecían. Y una barrera, de luz intensa, o de intensa oscuridad, los alejaba de mi horizonte. Pasaba ante su dolor con un sentimiento de soberano desprecio, como ante vivos que como yo también iban a morir. Este destino común en la muerte era lo único que me ligaba a ellos para siempre —no en la libertad sino en la fatalidad— y al mismo tiempo los separaba de mí, también para siempre. Entre ellos y yo sólo existía una relación metafísica; porque si no podía evitar su muerte y su desesperación me negaba a aceptar su vida y sus esperanzas.

Nos reuniremos en esa patria del silencio que es la muerte, que —según Malraux— es lo que convierte la vida en Destino. Yo tranquilizaba así mi conciencia culpable pensando que al fin de cuentas yo no había hecho el mundo ni inventado el dolor. Pero bien lo sé, era una justificación tramposa, esa misma que define la moral del asesino que luego del crimen se dirige a recuperar su inocencia en un confesionario, como si con eso la víctima resucitara.

Es verdad, como decía mi corazón egoísta, que uno no hizo el mundo, y no lo lamentamos. Pero esta verdad no excluye que uno se haga solidario de él, y que rechace el dolor y condene la injusticia donde se manifiesten. Porque si el mundo en que vivimos es injusto, andrajoso su rostro y podrido su corazón, entonces nunca se nace tarde para destruirlo y rehacerlo.

Por esta razón el *Astronada*, después de dar una vuelta alrededor de Colombia y de sí mismo predicando la rebelión pura, decide aterrizar en su patria Suramérica para predicar una rebelión más humana, vital y poética.

Su nuevo pensamiento es así:

ISLANADA es nuestra isla imaginaria en el Océano Pacífico.

Existía en nuestros sueños y se la tragó el mar.

Hasta hace poco, yo vivía allá, sumergido en una subjetividad dorada, con mis sueños, mis nihilismos catastróficos y mis desprecios culpables por los hombres y su historia.

Era una soledad poblada de estrellas y cielos puros. Para que ustedes se formen una idea, era el sencillito Paraíso. También allí, como en tiempos de Adán, había una mujer que era la estatura del Eterno Femenino más adorable que haya amado en mi vida santa y loca.

Como lo saben las creaturas, al principio fue la Nada, pero la Nada no era suficiente. Fue necesario que se encarnara en algo para que existiera, y entonces decidió hacerse rebelde y se humanizó. En lo que a mí toca, me sometí a este proceso, y de Nadaísta puro, de Nadaísta-Nihilista, me convertí al Nadaísmo rebelde.

Sufrió esta transformación en carne propia, es decir, en la carne de mi espíritu, no por un proceso racional ni lógico, sino por imperativos vitales, simplemente humanos.

Algunos se extrañan de que abandone mi majestad de poeta puro, los predios propicios a la contemplación y el ensueño, y que me acerque con una fe vacilante a los sórdidos territorios de la contingencia, de la realidad humana y de la Historia.

Se me dice que no soy un político, y que soy un intruso en estos campos, y tratan de arrojarme por mi bien para que retorne a mi dorada isla solitaria, a mi nihilismo subjetivo donde mil sueños se colman de soledad, de mieles, soles radiantes, mareas, amorosas mujeres y mansos delfines.

Se me aconseja por mi bien y el de la literatura que nunca abandone los diálogos platónicos con lo Absoluto, o mi monólogo edificante con la belleza pura. En fin, que no cruce el mar en busca de la orilla ingrata donde los hombres viven, trabajan, sufren, esperan, mueren o son asesinados.

Se me rechaza a nombre de la poesía pura y de la pura rebelión, hacermelo solidario con el dolor y la esclavitud de los hombres, porque, según ellos, el poeta no debe aventurar su corazón inmaculado en el azaroso devenir del mundo.

Me aseguran estas almas piadosas que mi porvenir es la belleza, y que la belleza se deshonor si la marea la arrastra a la orilla donde los hombres sudan su pan de miseria, o mueren por una ilusión de libertad imposible.

Que en esa orilla todo es turbio, y que más alto hacia la ciudad de los hombres, todo está podrido en esas calles por donde trajina un agitado tumulto de proletarios andrajosos, mendigos atorrantes y miserables desocupados.

Se me advierte que no abandone las fronteras del éxtasis, y que regrese a mi eternidad, ésa donde es posible la contemplación de cielos silenciosos, tan propicios a la inspiración y a la pureza del arte.

Para que no me acerque demasiado, se me amenaza con la noticia de que los hombres huelen mal, que tienen piojos, son vulgares, mezquinos, lujuriosos, y que desprecian la poesía.

Sé todo eso, y algo más. En el fondo de sus andrajos, de sus piojos y de sus pústulas, esos hombres son Inmortales mientras viven y se perpetúan. Y más aún, esos hombres son nuestros hermanos, y tienen nuestro mismo linaje en la medida en que habitan esta tierra y fueron paridos de la misma carne gloriosa y mortal del dolor y del amor.

Sé todo eso, pero en lugar de olvidarlo, yo lo recuerdo. Y por eso en lugar de tenerles compasión, me sublevo contra su mezquindad, sus piojos y su desprecio por la poesía.

En lugar de condenarlos, sé que son inocentes. En lugar de despreciarlos, me hago partícipe de sus miserias, y lucho contra la soledad para brindarles mi mano pura de escritor que ignora los callos de la esclavitud del trabajo, y que sólo será pura si la utilizo para defenderlos y rechazar sus odiosas servidumbres.

A pesar de todas esas amenazas, de todas las invitaciones de una moral puritana, de una estética formal que pone el porvenir de la belleza en la belleza misma, a pesar de todas las tentaciones que me ofrecen innumerables privilegios y medallas que condecorarían mi retiro con los símbolos de la Inmortalidad, a pesar de todo... abandono "Islanada" y cruzo el mar, desesperado por tocar la orilla donde termina la Eternidad y empieza la Historia.

Y ningún escrúpulo me detiene, ningún temor, ante mi deseo de alcanzar a los hombres que esperan y sufren, en cuyos rostros me reconozco, con cuyos piojos y olores me identifico, pues soy carne de su carne, y miseria de su miseria.

Corro el riesgo de perder mi pureza y contagiarme. Y la verdad fue que llegó un momento en "Islanada" en que sentí asco de ser tan puro, de ser tan libre, y de gozar lejos del mundo una felicidad hecha para ángeles, no para hombres.

El silencio de mi isla solitaria me enloquecía. Terminé odiando las estrellas y la limpieza de mi alma. Odié esa patria ideal que era grata a mi corazón egoísta, y que al fin se confundía con el ingrato rostro del exilio.

Tener todo allá era igual a no tener nada. Porque al fin comprendí que el verdadero sentido de la propiedad era compartirla. Y que la soledad sólo era posible entre los hombres, no ante el Universo, ni ante la mirada vacía de Dios.

Como no existían los otros, ni tenía con quién comunicarme, tampoco existía la belleza. El mar, el sol, el ritmo ordenado de las cosas, las tempestades de luz y de relámpagos, estaban ahí, detenidos en su silencio eterno y en mi corazón silencioso.

Por todo eso, "Islanada" era un destierro. Estaba condenado a vivir allí, a ser feliz de una manera cruel y a morir para pagar el precio de mi desprecio y de mi indiferencia por este mundo.

Se me había dado por castigo este ciclo y este mar para mí solo, en el que me sentía Rey del Mundo, con mis propias leyes, es decir, sin leyes. Con mi libertad absoluta, es decir, sin libertad. Y con una soledad atroz, semejante a la soledad idiota de las piedras.

En estas condiciones, mi amor a la vida se extinguió en "Islanada". Mis fuentes creadoras se cegaron. El desierto inhumano de los cielos y los mares me ahogó. Yo no podía escribir para los dioses ni en las arenas que serían barridas por las mareas.

Entonces... sentí nostalgia de la soledad de los tumultos, la fraternidad del sudor y del dolor, las violentas exaltaciones de la dicha y la libertad, y comprendí que sólo en medio de los hombres todo eso era posible.

Me quité de encima el peso aterrador de la Libertad Absoluta para darle un sentido en el límite de la libertad humana. Retorné sin amargura a la tierra del dolor, donde únicamente es posible la dicha. Y levanté mi tienda de vagabundo entre los desechos de la miseria, donde únicamente se puede ser puro.

Tengo una justificación para retornar al lado de los hombres y de sus causas difíciles: y es que uno, antes que artista, fue hombre. Y no hay que olvidar esta fidelidad a uno mismo y a su condición.

Confieso que no es admirable aquel esplendor salvaje si una tal belleza se opone a la solidaridad con los hombres, o al menos, al rechazo de sus desdichas. Por eso elijo esta belleza solidaria, aunque sea ingrata a los ojos de Dios y a los representantes del arte puro.

Volviendo al origen de esta historia, diré que la ballena que se tragó a “Islanada” me vomitó en las playas en donde hay que dar la batalla por la dignidad del hombre y de la belleza.

Los intelectuales de mi generación se parecen conformar con una mínima parte de la rebelión nihilista, esa fiesta que tiene lugar en el vientre de la ballena, y que por eso llaman *La Revolución Interior*.

Pero el mundo de hoy, sembrado de cruces y de patíbulos, en que cada paso nos conduce a la humillación o a la muerte, nos exige jugar todas las cartas sobre la mesa, porque no jugarlas es hacer trampa, y ponernos del lado de los que humillan contra los humillados, y de los verdugos contra las víctimas.

Marasmo

... Este país ya se resignó al Nadaísmo, aunque el Nadaísmo no se ha resignado al país, ni mucho menos. Seguimos luchando; evolucionamos quemando etapas del circuito dialéctico, montando en la locomotora de las contingencias internas e internacionales, a veces señalando el rumbo, a veces derrumbados, pero no desertores ni estorbando el avance de nuevas ideologías, nuevos grupos insurgentes que antes de surgir estábamos esperando. Precisamente el vacío, la ausencia de grupos de vanguardia, condenaron al Nadaísmo a cierta inercia, cierto óxido mental que fue funesto al desarrollo natural del movimiento. Una fama prematura, superior a nuestros méritos, operó como resistencia en el ascenso. Éramos guerreros y resultamos repentinamente héroes de papel. Ese triunfo aparentemente resultó ser una trampa, un fracaso. Pero caímos vivos, no inmortales. Si todavía existimos y pesamos en la cultura es por dos razones: porque tenemos razón a pesar de estar locos, y porque nuestra locura es de mejor calidad estética y revolucionaria que las razones de los cuerdos y demás revolucionarios. Por eso seguimos en “la onda” recuperando la vieja sintonía y conquistando la nueva, compaginando cada vez más el arte con la vida, la literatura con la revolución social, en un compromiso radical del escritor con su tiempo.

En un tiempo mi pasión fue el existencialismo

En un tiempo mi pasión fue el existencialismo, la literatura negra que celebraba el funeral del mundo occidental. Yo recogía los despojos de esa crisis, su podredumbre. No me interesaba el destino del hombre y había perdido la fe en Dios. Estaba solo como en la prehistoria.

De todos los trapos derrotados remendé una bandera: el nihilismo.

No volví más al templo de los viejos dioses y aprendí la blasfemia y el terror de las maldiciones.

Traicionada la metafísica por una moral maniquea, descubrí que el oro de los santos era falso como los símbolos que encarnaban: la idolatría del poder, la humillación de las almas.

En el trono de Dios no reinaban la belleza, el amor, la justicia. En el mercado negro se subastaban los valores sagrados. La teología dejó de ser conocimiento de Dios para convertirse en un libro fabuloso de contabilidad. Frente a esa industria de la fe, el demonio me pareció más idealista: ofrecía la libertad a cambio del alma, el goce pleno de la tierra sin complejos de culpa. ¡Era tentador! Me afilié a la causa del demonio.

El placer era mi ideal. Mi aniquilamiento el porvenir. Brindaba por el fin del mundo en mi propia destrucción.

Nunca abracé la felicidad, siempre una enfermedad nueva, una nueva desesperación se sumaban al calvario donde clavaría mi bandera de odio contra el mundo. Perdería mi guerra con orgullo, solo. Por mi muerte el ángel de las resurrecciones no tocaría la trompeta ni se apagaría el sol. Me hundiría solo en las sabrosas tinieblas.

Una noche toqué el fondo cuando vi aparecer un astro, su resplandor. No era un astro del cielo, era la sonrisa de una mujer. Me miró como un puente entre el abismo y el horizonte, me tendió la mano para pasar. Cuando estuve del otro lado desapareció...

Sé que era una mujer y no un sueño, pues aún me queda el aroma de su mano y el eco de esas tres palabras:

¡Vamos a vivir!

LOS DÍAS DE NUESTRA VIDA

Pertenezco más a la vida que a la literatura, y a la hora del Juicio Final me gustaría más encontrarme con las mujeres que amé, que con los libros que escribí.

(Hojas de vida)

Hojas de vida

Por alguna jugada del azar me bautizaron Gonzalo Arango, y no Don Miguel de Cervantes, en una folclórica sacristía antioqueña, nueve meses después del coito.

Aunque no soy el autor de Don Quijote, me considero un genio como Cervantes, pues los dos estuvimos en la cárcel, él por ladrón, y yo por no creer que el Sagrado Corazón de Jesús salvará a Colombia del comunismo. Pero no cambio un día de mi vida por el Quijote, pues Cervantes era manco, y ya está muerto. En cambio toda mi gloria está por vivir, y toda mi mujer por acariciar...

En un lejísimo, mes de noviembre, hace 25 años, un maestro de escuela nos pidió como despedida del curso, un recuerdo.

Consistía en que le escribiéramos en una hoja de cuaderno aquello que deseábamos llegar a ser en la vida. Me acuerdo perfectamente que escribí: "Deseo ser astrónomo." No sabría decir porqué, entre otras cosas porque ignoraba lo que era la astronomía.

Podría recordar trémulamente que este anhelo inconsciente se refería a algo muy hondo en mi infancia, relacionado con las estrellas. Pues yo viví en el campo hasta que, a los 5 años, cuando sospecharon que estaba a punto de tener uso de razón, me arrancaron de mis cielos bucólicos, donde me había educado en la contemplación de los astros, para ser trasladado al pueblo a recibir el tenebroso bautizo que condena a un hombre a ser civilizado.

Abandoné mis lecturas en los cielos idílicos por la horrible "Alegría de Leer", y el silencio por el irritante suplicio de una pizarra.

Por una especie de rebelión inocente de mi naturaleza cósmica, cometí la extraordinaria hazaña, casi genial, de ser reprobado cuatro años sucesivos, pues no hubo poder humano ni divino que me enseñara a leer y escribir.

Me parece que a la auto-defensa de mi felicidad campesina que repudiaba los signos abstractos de la civilización urbana, se añadía el inquietante fenómeno de mi naturaleza erótica, de una precocidad también genial, consistente en que, durante esos cuatro años de aplazamiento, me enamoré perdidamente de mi maestra, una monjita de la caridad que me llevaba 30 años, pero cuya sonrisa donde lucía una estrellita de oro, me arrojó brutalmente en la pasión morbosa de Edipo.

Para liquidar estos amores idealistas y profanos, fui expulsado del kínder religioso, y matriculado en la horrenda democracia viril de la escuela pública. Allí me enseñaron a palos el alfabeto, lo que prueba que la violencia es un excelente método pedagógico.

Cuando supe escribir "Yo amo a mi mamá", y "Soy cristiano por la gracia de Dios", me declararon reo de uso de razón, y me hicieron arrodillar ante un confesor para que me arrepintiera de mi mala vida pasada.

Yo no tenía pecados, por supuesto, pero mi madre recordó que antes de irme del kínder le pedí a la monjita de recuerdo la dorada estrellita de su diente. Ése, por ejemplo, era un pecado terrible por el que mi alma se quemaría eternamente en las calderas del Diablo.

Entonces me arrepentí de mi amor sagrado, le cogí pánico a las mujeres, quienes se convirtieron en una especie de Lucifer con capul, y entre la tentación y el remordimiento oscilé como un péndulo entre el homosexualismo y el infierno.

Mi confesor espiritual era la mar de tierno conmigo, me atraía con promesas de santidad, premiaba mi virtud con medallitas de lata, aseguraba que yo tenía ojos, boca y orejas de seminarista. Aquella ternura sacerdotal, susurrante y perfumada, sublimada en la pasión de Cristo, me taró para siempre de beatitud...

Hasta los 17 años viví, estudié y fui virgen en mi pueblo. Nada autoriza a nadie a sospechar en mí ningún presagio en el sentido de una vocación literaria. No era lánguido, ni sensitivo, ni me desmayaba ante un lirio, ni los crepúsculos ejercían sobre mi alma la fascinación de la marihuana. Tampoco era soñador ni sifilítico.

Si algún día llego a ser famoso, desautorizo a mis biógrafos para que inventen cuentos chinos sobre mi juventud. Fui tan insignificante que nunca me tomaron una foto antes del Nadaísmo, ni me celebraron un cumpleaños con velitas de chocolate. Sólo a los 21 años, cuando saqué la célula de ciudadano, supe que el 18 de enero tuve el honor de nacer.

Recuerdo que era la negación de las virtudes estéticas, o de esos signos premonitorios que anuncian el nacimiento de un gran espíritu. En cuanto a mí, puedo decir que usaba ruana, era modesto como una col, y los domingos cargaba el mercado de los parroquianos en un horrible canasto. Entre otros deportes practicaba la cauchera y el robo.

El único estigma que me dejó marcado más allá del alma, en la profundidad de la carne, fue la miseria. Una miseria que me puso desnudo frente al mundo, desamparado, con mis únicas fuerzas animales para hacer una carrera de hombre.

A los 17 años me largué los pantalones —como se decía—, para viajar a Medellín. Acababa de terminar tercero de bachillerato, máximo grado que se podía cursar en el liceo de mi pueblo. De allí fui aventado a la Universidad de Antioquía...

En Medellín perdí mi virginidad intelectual con una novelita romántica que resultó ser el primer libro que leí en mi vida. Se llamaba Graciela, de un tal Lamartine.

La sensación que tengo es la de sentirme alguien importante en una gran ciudad, sentado en el banco de un parque leyendo un libro, con pantalones largos de dril y unos baratos tenis azules. La novelita era una historia de amor de un azucarado aroma decadente. Sin embargo, no constituyó para mí una tentación, ni me abrió el horizonte de un destino en la literatura.

Como tenía que corresponder a un épico sacrificio de mi padre, mis notas universitarias eran excelentes, como de seminarista. En ese año, casi por rutina, me fui aficionando a la lectura, a tal grado de morbosidad, que mis notas dejaron de ser excelentes. Ya no ganaba cincos admirados, pero en cambio fui adquiriendo una taciturna reputación de filósofo existencialista, que lentamente me precipitó en los abismos de la angustia y el escepticismo.

Hay un hecho fundamental que, si es válido para definir una vocación literaria en términos de anécdota y ubicación, se refiere a mi profunda crisis religiosa. Yo había sido educado para hacer de este mundo un episodio efímero, de la vida algo estoicamente desdeñoso, y del cielo un Absoluto. Mi alternativa no dejaba opción a una libertad que no coincidiera con la elección de mi destino ulterior. Mi vida no sería

más que una vida de renunciamentos, sacrificios y prácticas piadosas para ganar el beatífico honor de salvar mi alma.

Pero mi contacto con cierto racionalismo filosófico fue socavando los estamentos sagrados de mi fe de carbonero, y una doliente duda hacia los valores Eternos, me pusieron en el umbral de la desesperación. Náufrago entre la Redención y la Vida, no osaba abandonar el mundo de la fe por las deslumbrantes evidencias de la Nada.

En esta lucha que duraba atrozmente en mi espíritu religioso, un hecho casi trivial, de una dramática ingenuidad, me empujó al vacío. Aquella tarde fui expulsado del cielo.

Sucedió en Aranjuez, un barrio de Medellín, donde llegué en tranvía. Según una devota costumbre, lo primero que hice fue entrar a la iglesia a rezar tres padrenuestros para que el cielo me concediera una gracia. La iglesia estaba religiosamente sola. En la penumbra, cerca al altar, oscilaban tres sombras místicas: eran albañiles.

Mientras me dedicaba a la oración, los obreros encendieron furtivamente cigarrillos y se dedicaron a charlar. Me pareció el colmo del sacrilegio. Sofocado de cólera me acerqué y les dije: “No fumen, porque ofenden a Dios.” Uno de los albañiles me miró como a un piojo, me sonrió sarcásticamente y, poniéndose el cigarrillo en el sexo, me dijo: “Mira a tu Dios.”

No dije nada, pero me sentí fulminado por un sordo dolor.

Salí del templo hecho un mar de lágrimas y me dirigí a la casa cural, que estaba al lado. Un cura vino y le conté entre hipos y suspiros la iniquidad de los albañiles. Me dijo: “Vete tranquilo, hijo mío, ya mismo voy a castigar a esos impíos”, y cerró la puerta.

Supuse que llegaría por la sacristía, y volví a la iglesia para ser testigo de las maldiciones que restituirían al Buen Dios en su trono de gloria. Esperé al vengador de sotana, pero nunca llegó, y los obreros siguieron fumando y charlando como en cualquier burdel.

Yo creía en todo, hasta en la Santísima Trinidad, pero lo que no podía creer era la ausencia del sacerdote. Estaba desolado.

Media hora después salí abatido y humillado de aquel nido de sombras. En esa iglesia, ahora tumba vacía, había enterrado definitivamente mi fe en Dios y en su séquito de empresarios.

En todo sentido, aquella tarde de regreso a Medellín en una chatarra de tranvía, me sentí brutalmente condenado a vivir en un mundo de alucinaciones, a padecer una existencia absurda frente a una muerte absurda. Esa noche me sentí reducido a 50 kilos de esqueleto vacío y sin esperanzas. Era peor que la muerte, pues además de mi muerte en el alma, el cadáver de mi fe en Dios se pudría dentro de mí, envenenando mi vida con sus pestilencias.

Pero la vida es más fuerte que la fe, y entre el suicidio y la pena, elegí la pena.

Mientras me abismaba en la soledad, un alba empezó a brillar en el desierto de mis escepticismos, y un potente deseo de vivir empezó a fecundarme de nuevos apetitos, nueva sed, de un esplendoroso florecimiento.

De la nada tenebrosa en que había resbalado, fui ascendiendo en una lenta y penosa resurrección, como si la caricia de Dios hubiera sido reemplazada por la

caricia de la primavera, y mi carne se abrió como una flor a la luz, como un cuerpo al deseo, y una vez más mi corazón empezó a latir en la constelación del milagro.

Esa resurrección tenía el rostro de la poesía, y encontré que el sufrimiento y la muerte habían fertilizado mi carne para la belleza. Una cosa me había reconquistado para la causa de la vida y el mundo. Esa cosa fue, ahora sí, y para siempre, mi pasión por el arte.

En adelante, mi religión, mis dioses, mis ritos, mi sentido de la salvación y del infierno convivirían conmigo en el Reino de la Belleza. Ésta ocupó el trono de Dios, y desde allí ejerce un poder soberano, aterrador y fascinante sobre mi vida, hasta confundirse con mi Destino.

Me apasioné entonces por esta religión de la inmanencia con tal fervor, que ya era nada si no practicaba el culto de la poesía, esa cara luminosa del cielo en que la salvación no era Dios, sino el pleno goce de la Tierra.

En este sentido es verdad aquello que expresaba Lawrence de que para ser artista hay que ser terriblemente religioso. Y yo lo era, oficiante enamorado en el bello altar de la Naturaleza, orgulloso de mi cuerpo que siempre había despreciado en nombre de morales ascéticas y bastardos idealismos, pero ahora giraba como un planeta de carne en la órbita del amor y la verdadera santidad.

En ese instante para mí glorioso en que reconquisté la Tierra como un Paraíso, no sólo me hice artista, sino también amante, y parejo con la poesía escribí mis himnos de amor a la carne. Entonces supe que sería un poeta trágico, y que en el goce encontraría, junto a la locura de los besos, la caricia furtiva de la muerte.

Pertenezco más a la vida que a la literatura, y a la hora del Juicio Final me gustaría encontrarme más con las mujeres que amé, que con los libros que escribí.

Tengo memoria de haber deseado

Tengo memoria de haber deseado con todo el poder de los sueños llegar a Cali, creer en la vida sin razón, sentir que la muerte no existe, que la felicidad no es un cuento de hadas ni se conquista en otro mundo, que es el premio del que busca con humildad en todos los seres, aun ahí donde la niega una imaginación ardiente: en el tedio del sol y los días sin amor.

Mas ese letargo de la carne no es el fin de nada, sino el presagio de nuevos deslumbramientos, la pausa del corazón que se prepara para los goces violentos del despertar.

Pues no ser feliz no implica ser desdichado. Al contrario: habría que desear a menudo, por sus cualidades poéticas, esos estados de alma en que el corazón se sosiega y la luz desvanece la realidad con la nostalgia de un adiós.

No sé si existen pasiones en el Nirvana, pero hay una del budismo-zen que practico en ciudades brumosas de cielo frío: la pasión de la indiferencia.

Nunca en Cali la he sentido. Allí todo me justifica, está hecho a la medida de mi alma solar y soñadora. Porque Cali no encarna solamente la lujuria, el éxtasis sensual, la molicie de su cielo azul.

Por contraste, la naturaleza paga al espíritu sus excesos con ese idioma en que expresa lo irreal, la nube, lo invisible.

Todo lo que nos colma nos vacía y a la vez nos llena de nostalgia. Como los grandes amores, la ciudad colma y despoja. En el acto de darse nos saquea; teje redes sutiles de voluptuosidad para tentarnos al deseo.

En esta manera de ser no existe cálculo perverso: es el fruto de su fecundidad.

No sé, su plenitud abruma.

Yo mismo vivo insaciado de su belleza: esa sed poética y a la vez ardorosa sólo me abandona en el instante de poseerla cuando la gozo de cuerpo entero, es decir, de cara al sol de sus colinas y de noche, entre dos copas y la necesaria oscuridad para uno sentirse feliz y exclamar: ¡Dios mío, te doy gracias por hacer una mujer tan bella!

Evoco los parques, el río susurrando, el rojo ebrio de las rosas en los jardines, los cerros esfumados en el azul lila, las primeras estrellas de una melancolía infinita, la errancia por arrabales sembrados de sombras, puñales y vidrios rotos; la luna alumbrando asaltos del hampa y ensueños de corazones destrozados; imaginaciones eróticas como bejucos trepadores escalando terrazas y ventanas de luz; los rascacielos tentando mi alma a los abismos estrellados, salto mortal hacia Dios; seno rumoroso de la noche, aire embalsamado de aromas y músicas, serenos y pistoleros y policías testigos son de que he amado, de que la muerte no es evidencia para no amar ya...

¿Cómo expresar, en fin, esa sensación de sueño real, amargo y dulce coctel del tiempo en que lo efímero se mezcla con lo eterno, la vida con la muerte, y beber ese cáliz de embriaguez que es el alma de Cali?

La virtud de lo concreto es ser indefinible. Lo fabuloso, en cambio, es descubrir que una flor es la forma más perfecta de lo divino. ¿Será eso, acaso, lo que quiero decir acerca de lo que amo?

Nunca nadie dedicó sus derrotas a la gloria de una ciudad, al amor y la belleza de una mujer.

Pues bien, ese es mi homenaje a las dos.

Los días de nuestra vida

Nunca diré por última vez que me gusta más vivir que escribir, la vida que la literatura. No es mi culpa, estoy hecho de un alma bastante biológica. Recuerdo que hace diez años, recién fundado el nadaísmo, iba con Amilkar U, Jotamario y Elmo Valencia en una gira por todo el país dictando conferencias y recitales. Habíamos actuado en cinco ciudades con el terrorismo que nos caracterizaba entonces. Nos habían metido a la cárcel en Manizales. Por venganza, los pereiranos nos hicieron un recibimiento apoteósico, como de libertadores. En Buenaventura nadie nos entendió, pero nos emborrachamos como grumetes hasta que se acabaron los anfitriones. Finalmente llegamos a Cali para reposar los esqueletos y seguir a Popayán.

Ese reposo duró tres meses porque se me ocurrió la idea genial de enamorarme, y no hubo poder humano ni divino que me arrancara de “La Sultana”. La gira que estaba programada para terminar en una toma triunfal de Bogotá, se disolvió melancólicamente. Se fue al diablo. Mis amigos estaban desolados y alicaídos, sobre todo Amilkar, que vivía en Medellín como yo. Había renunciado un puesto de maestro de escuela para acompañarme. Tenía 18 años y ésta era su primera aventura lejos del hogar. Creo que tenía nostalgia de la familia, porque aunque nadie crea, los nadaístas son los tipos más tiernos del mundo. Eso me apenaba, claro está, pero ¿qué hacer? Ni siquiera teníamos plata para regresar en bus. Se nos habían agotado los doscientos libros de “HK-111” que yo acababa de publicar en Medellín, y de los que habíamos vivido ese tiempo, vendiéndolos a los amigos al precio de “póngale usted el precio”; pero los amigos, menos idealistas que nosotros, casi siempre le ponían precio de quema, y teníamos que vender diariamente 5 libros para pagarnos un cuarto de hotel en los bajos fondos, que generalmente se llamaba “Pensión Estación” y era un burdel de mala muerte, con las pulgas más sanguinarias del nuevo mundo.

En Cali, bendito sea Dios, dormíamos en una estera muy limpia en el ático del poeta X-504, convertido por milagro de su corazón en nuestro paciente anfitrión vitalicio. Como era imposible ser más pobre, la hospitalidad del poeta se reducía al techo, nescafé y una libra de azúcar diaria. El café lo tomaba yo, amargo, para que espantara el hambre, y Amilkar lo pasaba todo el día con agua de azúcar. Creo que no todo fue negativo en esos meses, pues mientras Amilkar esperaba contra toda esperanza que a mí se me ocurriera la brillante idea de desenamorarme, se leyó 50 libros de la biblioteca del poeta, especialmente la sección de místicos y filósofos orientales. A causa de estas disciplinas estoicas y budistas no se murió de hambre, pues a duras penas el agüita azucarada alcanzaba para alimentarle el espíritu.

No, no todo era melodía. Por esos días apareció un ángel extraviado que hacía años buscaba su camino y al fin llegó. Para ese joven el nadaísmo era su tierra prometida, y para nosotros representó una especie de rey mago, porque todas las mañanas venía a despertarnos con un cartuchito de empanadas que su mujer hacía para nosotros. La ternura, solidaridad, esa sonrisa feliz de nuestro apetito saciado, eran la recompensa a su infalible fidelidad matinal.

Se llamaba Alfredo Sánchez, pero nosotros le decíamos “Melchor” como un homenaje al color moreno de su realeza, de su nobleza indecible, que una estrella

mística nos había regalado. No era siquiera un gran escritor, pero era de esos espíritus tenaces, obstinados, serenos, a quien en medio de la tormenta se le podía confiar el timón, con la seguridad de que llevaría el navío a su destino. Más fiel que un juramento. En suma, un raro ejemplar humano, de esos que habrían apagado la linterna de Diógenes y merecido una sonrisa del escéptico filósofo.

Desde mi laberinto interior, miro atrás con gratitud ese rostro colmado en su pobreza, con su cariñosa bolsita de empanadas para los pobres “profetas de la oscuridad”, radiante de dicha en la luminosa primavera caleña, con su invasión de sol que entraba por la ventana al cuartico del monstruo X-504, reino de soledad y ascetismo en que los sueños forjaban la palabra de acero le sus *Poemas de la Ofensa*.

Una de esas mañanas estalló la paciencia de Amilkar U, en un reproche desolado, infeliz:

—Gonzalo, basta: el nadaísmo o el amor...

—El amor —dije—, ustedes pueden seguir la gira, yo me quedo.

—Te doy cinco días para que lo pienses: o me iré solo, estoy harto... Hiciste fracasar todo.

—No hay nada que pensar: el amor es mi manera de ser nadaísta. Compréndeme, no puedo dejarla.

—Está bien, de todos modos parto dentro de cinco días, contigo o sin ti...

La víspera del plazo me sentí desgarrado por una lucha interior entre la felicidad y el destino, la amistad y el amor. Cualquiera fuera mi elección, elegiría contra mí, en un sacrificio que no tenía el coraje de hacer, y cuya indecisión me ponía al borde de la angustia. Busqué por la ventana un signo en el cielo, pero salvo la belleza opresiva de ese crepúsculo, todo estaba vacío. Sentí que la muerte debería ser semejante a esa ausencia y a esa dulzura, más el silencio del cuarto en que Amilkar U, acostado en la estera, miraba con una tristeza aterradora el cielorraso vacío. Mientras yo buscaba un signo, él esperaba una respuesta, la que yo estaba buscando en el cielo, y que solamente estaba dentro de mí.

Oí que entró al baño y lanzó una protesta dirigida a sí mismo porque se había terminado el azúcar. Se maldecía con una especie de autocompasión por la miseria o desgracia a que había llegado su vida. En el fondo era una queja y me sentí culpable. Me preguntó que si tenía plata para comprar azúcar. No tenía. Él dijo: “*Tranquilo, profeta, bendito sea Dios y su Santo Nombre*”. Lo dijo sin ironía, con una resignación tan tierna y desdichada que me empañó el paisaje. Entonces apareció el signo que buscaba, en mi alma: era ese desamparo y esa infelicidad sin odio, sin rencor: la imagen apacible y sufriente de un rostro humano, de la amistad misma...

Tomé mi hermosa chaqueta de pana y salí. Fui al almacén de trapos donde trabajaba “Melchor”, le presté su cédula de identidad y fuimos a dar un paseo por el barrio de los tanguos y los montepíos. Al anochecer regresamos a nuestro cuarto con una libra de azúcar y una botella de aguardiente. Al otro día muy temprano, antes de que saliera el sol sobre las Tres Cruces que abrazan a Cali, el poeta Amilkar U y yo caminábamos en silencio por el andén del ferrocarril, cada uno con su tiquete verde en la mano, que nos acreditaba pasajeros de tercera clase con destino muy lejos... Oh, qué lejos... Me quejé del frío de aquel amanecer. Él se quedó mirándome, extrañado:

—Y tu chaqueta, ¿dónde está?

Abrí la mano y le mostré el cartoncito verde perforado en una estación que se llama Medellín...

Él siempre decía *Bendito sea Dios y Su Santo Nombre*, manía que se le había quedado del seminario...

Nosotros éramos así

Nosotros éramos así. Todo permitido. El amor, la amistad, los cuernos, el placer de una noche, la libertad siempre. Nosotros éramos así, unos bichos raros, muy gozadores y muy puros. Habíamos enterrado en nuestras almas la piojosa moral que nos prohibía vivir y ser felices. A esa moral nosotros oponíamos nuestro pavor a la muerte, y por eso para cada uno contaba el presente, cada instante que se fugaba. Del porvenir nadie tenía la culpa. Lo más seguro para nosotros era que no había porvenir. Que este hilo tenso de la vida iba a romperse una mañana de sol como ésta. Y por eso amábamos hasta el delirio a este gran rey de la creación, que alguna vez, entre sus infinitos ciclos, dejaría de brillar para nosotros. Esta verdad no la perdíamos de vista, y nos confiábamos a esta luz que definía nuestra porción de existencia infinita en el mundo.

Los que vienen de morir

Hoy caminé la Séptima a la hora en que se vacían las oficinas y los almacenes. Había un gentío bárbaro, un ruido atronador. Tuve miedo, no sé por qué, como si esa muchedumbre me fuera a tragar. Recordé afligido una playa de la isla de San Andrés, una palmera. Su verdor me tentó como un faro, pero estaba lejos, tan lejos...

Casi no podía avanzar a causa de la marejada. Me hice a un lado, bajo un alero, para dejar pasar el torrente. Para no perder tiempo me puse a contemplar los rostros, a analizarlos. Qué extraños eran, qué estúpidos, sórdidos, feos, maravillosos. El horror y la pureza mezclados, la bondad y la crueldad, la felicidad y la pena. Los miro y me parecen de otro planeta, de otra fauna. Algunos se dan aires de emperadores, otros de mendigos. Unos aplastados por un peso trágico, otros flotan liberados, como nubes.

De repente me siento mortalmente triste, anonadado por esta multiplicidad de rostros, de destinos. Me pregunto de dónde vienen, quiénes son, para dónde van. Sólo sé que van a morir... a morir... Esta idea me colma de repulsión, y a la vez de piedad. Para huir del pozo de desprecio y conmiseración en que me ha sumido este tumulto, me digo mirando a una bella desconocida que pasa: *Todo esto existe porque un hombre y una mujer no tenían nada mejor qué hacer que destender una cama.*

Gran misterio la vida, hermano. Me da dificultad reconocermé en ellos como un semejante. Es horrible. A fuerza de ser objetivo reconozco que son los hombres, que ésta es la ciudad donde viven, que vienen del trabajo y que van para alguna parte que puede ser un salón de té, un bar, un teatro, un lecho, el paradero del bus. Sí, su existencia es un sencillo misterio, pero a mí me asombra. Un día después del té, de beber su cerveza, de trabajar ocho horas, de abrazar su amor, van a parar al cementerio sobre los hombros afligidos de familiares y amigos. Los pobres difuntos no volverán más a la taberna, a la oficina, al salón de té, ni a caminar por la carrera séptima de Bogotá, a las siete, como esta noche. Se irán antes de tiempo, sin habernos tomado juntos un café, un trago, sin decirnos adiós. Uno se muere antes de tiempo, es un hecho. Los labios de esa bella nunca los besé, deben tener su aroma, el aroma de su cuerpo, de su voz que nunca oí. Morirá sin este recuerdo, sola sin mí, aunque consolada y llorada por otros que la amaron. En su muerte seré el vacío de lo que no sucedió, pero que pudo suceder.

Por lo demás, este transeúnte morirá y nadie notará su ausencia. La vida seguirá sin él, como si nada. Tal vez es un poeta, un notario, el peluquero, el señor nadie. La historia no se va a detener por el hecho de que el pobre bípedo haya estirado la pata y se pudra él solito bajo su lápida. El río seguirá bajando sin detenerse, aguas oscuras de eternidad...

A este tumulto ciego que se agita con movimientos de pulpo fue a lo que Hegel bautizó pomposamente: ¡La Historia! La gelatina humana, ¡qué porquería!

Patricia me debe estar esperando más aburrida que una ostra.

Dejo este alero de filósofo absurdo.

Acelerando la inmovilidad

Esa tarde volvía a la ciudad extenuado por un día feliz en el campo, ebrio de color y luz. Por la ventanita del auto el paisaje se desdibujaba en el crepúsculo. Atrás dejaba el paraíso, la violencia saciada de los besos. De repente me sentí abrumado, triste, como un animal que teme la oscuridad. Todas las palabras habían sido dichas, las dudas despejadas, rendida la muerte en su propio reino: el de la carne.

¿Qué más podía decir en ese atardecer rodando hacia la noche de los rascacielos?

Silencio y murmullo era la tierra. El motor monótono del auto aletargándose, el aire cálido me golpeaba la cara con la violencia de un perfume.

Ella preguntó por qué estaba triste. No hubo respuesta, pues ninguna razón podía definir la naturaleza de ese silencio cuya raíz se perdía en la vejez del mundo, en la aterradora belleza del mundo. Tenía la sensación de rodar en una carretera de la eternidad.

Realmente ese auto no volvía a la ciudad, no iba a ninguna parte. Todo era ilusión: ella, yo, el paisaje... Entonces supe que uno de los dos iba a morir, que nos alejábamos en un tiempo sin duración, que miraba por última vez ese astromelio rojo, que nunca más volvería a cruzar ese puente sobre el río, y que este crepúsculo amortajaba nuestros cuerpos definitivamente.

En ese cielo melancólico desertado de luz, la noche empezaba a estrellarse como en el sueño de un loco.

Ella dijo amorosamente: ¿Qué puedo hacer por ti?

La miré: era terriblemente hermosa. Su impotencia, el miedo, pulían ese rostro con un aire de perfección y leyenda. Ese cuerpo por el que consentía el mundo, que amaba más que mi vida, empezaba a estar muerto a los ojos de Dios.

En el horizonte asomó la luna de agosto ¡nuestra última luna!

Sólo yo sabía que nunca llegaríamos a la ciudad...

Si tal era el designio, valió la pena vivir este día en que un astro nos guiaba silenciosamente al olvido, al fin de una trágica y gozosa lujuria en que revolcamos nuestros cuerpos para borrar los signos, los enigmas, y olvidar en sus ojos aquel presagio de muerte.

Pic-nic al más allá

Esa noche me invitaron a un pic-nic a la orilla del mar.

Recostado en un tronco con el cerebro lleno de humo, la lógica se hizo ceniza en la hoguera sagrada.

De repente sentí que la piel me abandonaba con una dulzura zozobrante y se incendiaba en una estrella, allá lejos.

Estaba fascinado con el prodigio.

Por mis venas no corría sangre, sino un éter seráfico que me aliviaba de la pesadumbre del cuerpo.

Cerrados los circuitos del pensamiento, volaba al infinito dentro de mí mismo, hacia Dios.

En algún momento me asaltó cierto terror relacionado con mi vida. Sentí que emigraba...

Un turbio sentimiento de culpa embargó mi alma por atreverme en los Enigmas.

Presentí, aterrorizado, que iba a suceder lo mismo con mi piel: una fuerza brusca, sobrenatural, me arrancaría de mí mismo para arrojarme al vacío.

Con un miedo impotente me aferré al tronco para evitar la caída, pero la madera empezó a crujir desintegrada, en un divorcio con mi cuerpo, como si la materia me hubiera desterrado de su realidad.

En el absoluto desamparo evoqué lo que más amaba, lo más bello, que me retuviera de este lado del mundo: esa mujer, la turbadora promesa de su ternura sexual.

Fue inútil.

Nada podía alcanzarme en el vértigo de aquel abismo en que giraba lejos de la posibilidad humana.

Náufrago del cielo, perdido en el torbellino de las constelaciones, brizna de nada en la eternidad, era arrastrado por aquella marea de terror a un reino de luz espectral, en las ilimitadas orillas del no-ser...

Si mal no recuerdo, esa amarillez mística imitaba un cielo religioso en que la luz era beatitud.

Sin duda había muerto en la tierra. Esta evidencia se impuso con tal claridad que no tenía objeto rebelarme. Consentí mi muerte y ni siquiera podía recordarme como cuerpo.

Heme aquí despojado de materia, vago sin memoria en cielos vacíos.

¡Mi Dios, qué desiertos! Soledades puras... esa luz sin límites... sin distancias... en que me siento perdido.

No veo a Dios ni tengo esperanzas de encontrarlo.

Me pongo a buscar desesperadamente aquella mujer que amé en la tierra, de quien una vez más me vendría la salvación.

Esta ilusión gravita en mí como un destino.

Recorro todos los estadios de la eternidad: nada, ninguna presencia, ningún signo. Lo humano está ausente de este mundo.

Oh dioses, ¿dónde ocultáis a los mortales?

La idea de que tendré que vivir toda la eternidad en esta ausencia, abrume mi alma con el peso de un exilio.

Siento la tierna y terrible nostalgia de la tierra, la sed de sus jugos, el júbilo del ron alrededor de la hoguera, una cascada en el monte chorreando sobre una mujer desnuda, mi mujer en un campo de girasoles, una hamaca bajo las estrellas de Tolú, olor de campos arados, ríos de miel, de rocío, ¡oh, sí, la tierra, reino transparente de luz, de plenitud!

Cuando volví del más allá los alcatraces jugaban en las olas del inmenso loto, burbujas de sol en el aire.

La tierra era un sueño que despertaba de la pesadilla de Dios, y era verde. La bendije.

Punta Arenas

Dios nace en el resto del mundo, menos en Punta Arenas. Los pescadores fueron al mar como siempre. Los areneros a la playa. Al mediodía los negros están en sus ranchos hamacando tiernamente una pereza de siglos. De las callecitas brota humo hacia el cielo de un azul canallesco. Parece un pueblo apestado, abandonado.

En el aire zumba el aburrimiento como un presagio de muerte: son los zancudos que encendieron sus motores sedientos de la sangre del cordero. Si al menos un vientecito agitara los cocoteros. Pero no: inmovilidad de tumba, ausencia de Dios hasta en el cielo. Si algo existe al fondo de esta azulidad difunta, es la nada.

Jacobo es el peluquero de Punta Arenas. Realmente no hay mucho de qué cortar en este pueblo de cabezas africanas. La barbería, por sustracción de materia, no es oficio lucrativo. Más bien un arte de perder el tiempo. Por eso Jacobo atiende su clientela las mañanas de domingo.

Aunque no es domingo sino Navidad, afila las tijeras para distraer el tedio que azota los ranchos y abreviar este día sin porvenir. Cuando su instrumento cortaría en dos un suspiro, agarra a su hijo Feliciano y lo ata a una banqueta, donde el mocoso resiste y patalea como un sábalito atontado por la dinamita, hasta que el peluquero lo deja como un cepillo. Para no perder la afilada, levanta de la cama a Dimas, el abuelo, que se acostó a morir desde que un taco lo cegó. Dimas no habla, pero reconoce todas las voces del pueblo, aun esas que vinieron después de su desgracia. Se dice, además, que la explosión le desbarató los sesos y que el viejo está loco. De noche, cuando todos duermen en Punta Arenas, Dimas saca su flauta que le trajeron de Cereté y se va por las callecitas entonando melodías a la soledad de sus tinieblas.

Jacobo le corta de la barbilla cuatro pelos de chivo, canosos, y él se deja hacer con la indiferencia de un muerto.

El peluquero me señala con su arma blanca, cortando el aire entre sus dedos ágiles como una tijereta:

—Venga le abajo esas ramas del coco.

—Gracias, Jacobo, es para taparme del sol.

Como todos los de la casa están reunidos pregunto si no piensan hacer una fiestecita para celebrar la Navidad.

—Oye, Jacobo, ¿ustedes qué hacen el 24?

—Toitas de pueico.

—Tortas de puerco, muy sabrosas. ¿Y después?

—Depué' na, a domí...

Tortas de puerco, ¡qué desgracia! Lo que soy yo me voy a tirar al mar. Por lo visto, Cristo perdió su venida al mundo, y yo a Punta Arenas.

Nunca había sentido la soledad de la belleza como en esta naturaleza sin alma, en que los hombres no se distinguen de los cangrejos más que por la paja de sus grutas y la nostalgia de la flauta de Dimas bajo la eterna noche de los hastíos.

Salgo del rancho y me tiro al mar, con la ilusión de que pase un tiburón buscando carne de cristiano para su cena de Navidad.

La monja y el río

Nunca pude escribir la historia de esa monjita de Pereira que me contó el doctor Uribe. Era sobre una niña que había quedado huérfana a los dos años, y desde entonces vivía enclaustrada en el convento, sin ver el mundo. Ahora tenía veinte, y estaba enferma, y quizá iba a morir. Al convento sólo podía entrar un hombre, y eso en casos desesperados. Ese hombre era mi amigo -el médico, una especie de patriarca, el único mortal con licencia para penetrar en aquellos muros inexpugnables. Cuando examinó a la monjita en su lecho ella tenía el rostro oculto tras un velo negro como usan las mujeres en Oriente. A través del velo se podía adivinar una belleza lánguida que lentamente se extinguía en la fiebre. El médico que sólo hacía preguntas profesionales, se atrevió a preguntar a la monjita algo que lindaba en los terrenos de la poesía, y que podía quedar como la expresión de su última voluntad. Era esto:

—Monjita, ¿qué es lo que más le gustaría conocer del mundo de afuera?

Y ella contestó dulcemente: “Un río”.

Esta historia, en su pureza aterradora, me reveló su mundo mágico poblado de fantasmas y sueños, de palabras que adivinaban una realidad misteriosa. El nacimiento mismo de la poesía.

Prometí que algún día escribiría ese relato y hasta lo titulé “La monja y el río”. Pero nunca lo hice por alguna de estas razones: o porque me faltaba pureza para comunicar el universo inocente de la monjita, o porque me faltó coraje para emprender esa peligrosa expedición al reino puro de la poesía. Ambas razones valederas, y preferí olvidar el asunto hasta esta noche en que el río de la monjita vuelve a agitarse en mi memoria. Me pregunto si habrá muerto. Y en ese caso prefiero que la hayan enterrado con su sueño bajo las rosas del convento, a que hubiera conocido el río Otún con sus aguas negras, la basura que se amontona en sus márgenes, las chozas miserables donde se refugian entre cuatro latas mohosas los fugitivos de la violencia. Qué dolorosa es la realidad en este caso: el hombre arruina el paisaje como un excremento. Así es la cosa. Pero ya van a cerrar este bar y me tengo que ir. Lo malo es que apenas son las tres y no tengo ni tris de sueño. Además, no sé en qué dirección está el apartamento del poeta, ni me importa. Me dirijo hacia el mar. Pienso que me gustaría ver salir el sol desde la Calle del Crimen. ¿Por qué no?

La última isla

Pasado un tiempo reconozco el origen de este latido, el ardor de cierta sed que no se sacia sino viajando a las islas del sueño. San Andrés es la otra orilla de la noche racional. La nostalgia me llama allá con su voz ebria. El llamado me viene de las constelaciones y las mareas, apremiante como la libertad. Pescador de celestes signos, emigro a esas islas de luz a confirmar mi vocación poética en las aguas saladas del Paraíso.

San Andrés es un abandono en cuerpo y alma a las orgías de la eternidad: no pensar, no recordar, no tener esperanzas. He ahí la felicidad más rica, la más humilde, entre el océano del agua y el aire, las soledades y los fastos del sol. Ser todo es despojarse de todo.

Se va a las islas para un encuentro con los valores eternos que la ciudad desterró: el amor al universo; el gozo de la lentitud; el sentimiento de la inmensidad y lo infinito; la embriaguez yodada de la brisa y la caricia áspera de las arenas; el éxtasis en la noche millonaria de estrellas y las lejanas mareas acunando los sueños; el júbilo de las tormentas y el esplendor decadente del crepúsculo marino; el placer agrio de vinos remotos que despiertan antiguas alegrías; las bodas del alma con su cuerpo que la ciudad divorció con sus locos afanes y celosos antagonismos.

Sí, se va a San Andrés para ser feliz. Para rescatar al hombre perdido en el laberinto de sus deudas con la vida. La felicidad, ese milagro en que los hombres no creen porque su furia conquistadora los alejó del mar, pero al mar volverán en busca del último salvavidas, como volvieron el Profeta-Pez y Caperuza-Estrella de la Noche.

Recuerdo haber leído el mayor homenaje lírico que un poeta vagabundo rindió a la isla, de paso por la discoteca "La Cosa". Decía simplemente:

*Ésta es la última Isla
pero hay otra —que es perenne
y es el camino...*

Lo descubrí, anónimo, entre arreboles delirantes y cegadoras luces sicológicas. Le bastó al poeta confiar al muro la gratitud de un corazón enamorado del mundo, que en San Andrés agota los dolores de lo sublime y lo fantástico.

Una mano negra de cal borró la perdurable inscripción que consagraba para la gloria un instante de inspiración irreplicable. Mala memoria tienen los hombres que se lo confían todo al tiempo y al bronce. Será mejor, en el futuro, que los viajeros felices escriban el poema en las arenas para una fugaz eternidad entre la ola que nace y la que muere, porque el mar es como la vida, un incesante poema al devenir: pasa y permanece.

¿La claridad sería para mí, hermana de la muerte?, se interrogaba en sus adioses el poeta emperador del infierno, Arthur Rimbaud. Así, en el lugar que más amo quisiera morir. (Es un querer de la imaginación, no del deseo.) Afortunadamente en esta isla no existe la muerte, y los carpinteros olvidaron fabricar ataúdes. Los tétricos enseres funerarios les importan de ciudades donde la muerte

es ruin como la vida. Los negocios de ultratumba son indignos en estas islas solares. Para ingresar a la Eternidad basta la arena.

Te invoco, cementerio estrellado de Sound Bay, con tus mausoleos de arena salada y calcinada; tus huracanes de viento que barren y renuevan las tumbas; tus lentos y gordos cangrejos metafísicos que pulen los huesos hasta la perfección del olvido. Cementerio feliz donde la vida se ofrenda sin miedo al más allá. Lecho para los sueños de una noche de verano junto a la shakesperiana dulzura de Angelita.

En Bahía Sonora la muerte es una eterna serenata, allá quisiera ser inmortal. ¡Les encomiendo mi esqueleto, Fanucha y Samuelito!

PRENSA Y SENSACIÓN

Nosotros nadaístas, ante todo poetas de la vida que literatos, estamos con Cuba contra la mafia de los intelectuales, y nos situamos al lado de la Revolución contra el Boom. . . Puestos a escoger entre la libertad burguesa y la literatura, ¡elegimos la Revolución!

(Boom contra pum pum)

Medianoche

Allá lejos, los anarquistas acaban de estallar una bomba. Hasta mi ventana llegó la sacudida. Envidio a estos conspiradores que luchan en la noche solitaria por algún extraño ideal de vida, por el que serían capaces de morir.

Yo los envidio, fugitivos y errantes, desde mi corazón vacío, desde mi alma escéptica que no tiene un ideal para ir al sacrificio. Quizás la grandeza no está en el pensamiento, sino en la acción. Y la belleza, esta diosa cruel y soberana a cuyas leyes me someto, no sea en el fondo sino el renunciamiento a la vida heroica.

Esta noche me gustaría ser uno de ellos: loco, consumido de una pasión — verdad o mentira, pero real— que sólo se corona en la violencia, en la rotunda destrucción del mundo, y se paga con la muerte.

¡Qué montón de voluptuosidad debe latir en sus almas proscritas consagradas a la insurrección! Cambiaría mi destino por esta acción ciega, despiadada, sin ética ni porvenir, para liberarme de esta angustia mental, de esta conciencia viscosa, laberinto de sombras donde vagan fantasmas metafísicos, espectros, seres que no existen.

Esta noche me gustaría huir, sobre todo de mí mismo. Ser el alma fugitiva del terror, la carne asesinada o asesina. Todo, menos esta conciencia culpable, y a la vez inocente. Cualquier cosa, menos este pensar frígido y blanco, que teme comprometerse en las rojas llamaradas de una pasión mortal.

Que el pensamiento se haga fuego en la conciencia, dignidad y drama. Pues no hay valor ni riesgo en pensar para nada, para la eterna quietud. Sólo hay belleza en el pensar para la vida, que es la carne de la libertad.

La locura del poder

Esta mañana, sin razón alguna, me sentí candidato a la presidencia de la República.

El día era bello, soleado, y las flores henchían el aire con un tumulto de perfumes.

El color de los cerros espejeaba sobre la ciudad, verde-luz-de-esperanza.

Era, para decirlo simplemente, uno de esos días amables en que todo puede suceder: desde ganarse una lotería sin comprarla, hasta ser candidato presidencial.

Los astros me eran propicios.

Aunque me sentía feliz no pude soportar el tremendo peso que la vida descarga sobre la espalda de los elegidos: ¡la responsabilidad del Poder!

Fui al baño con el fin de mirarme al espejo a ver qué tal me sentaba la gloria.

Debo reconocer, humildemente, que me luce.

Pasé una hora, o tal vez dos, ensayando gestos frente al espejo, actitudes trascendentales de esas que llaman “históricas”.

Pasaba con enorme elasticidad de la depresión al éxtasis, del júbilo al abatimiento, de la pose despreocupada a la de pensador profundo.

Tomé la cosa tan en serio que olvidé completamente el espejo, el baño, y quién era yo.

Entonces asumí mi papel de candidato ante los ejércitos de partidarios que en ese momento desfilaban ante la tribuna jurando fidelidad hasta la victoria o hasta la muerte, ¡oh embriaguez del Poder!

Aquello fabuloso evocaba el heroísmo homérico, la apoteosis de un Dios, el tributo que rinden los pueblos a sus inmortales.

Transportado a las alturas del hombre endiosado por el mito, levanté la mano como hacen las reinas de belleza, y formando con dos dedos una invencible V de victoria, juré ante las masas pan y paraíso, glorioso emblema del partido.

El júbilo de corazones hambrientos estalló atronador y ascendió al cielo eclipsando el azul.

Faltaron nubes al infinito para cabalgar sobre los ecos de la Revolución, plegarias del pueblo a los dioses crueles del Poder.

Pero el poder es un honor que cuesta, y sobre todo fatiga. Me sentía al borde de mis fuerzas.

Para cerrar con broche de bronce la epopeya de mi ascenso al solio, cerré el puño en furioso ademán de líder y lo agité violentamente en el aire electrizado de protestas...

Entonces sucedió algo extraordinario, sublime: Mi rostro presidencial, completamente ensangrentado, se hizo astillas en el espejo.

Mis compatriotas aterrorizados ante el drama histórico que se desarrollaba en ese momento me metieron apresuradamente en una ambulancia y me llevaron al manicomio, donde escribo esta fábula.

Toque de queda

¿Por quién doblan las campanas del toque de queda? Doblan por la muerte del Frente Nacional, por la derrota de los dos partidos, por sus clases dirigentes, por los privilegios abusivos de la oligarquía. Y doblan también por el despenar violento de la lucha de clases.

Se extraña la oligarquía de que el general Rojas ponga un millón y medio de votos de protesta contra el sistema. Lo acusa de instigar el odio y la lucha de clases en su chusma de adeptos, reclutados en los bajos fondos, en los extramuros, los barrios piratas, entre la turba innumerable de desocupados, mendigos, analfabetas, obreros y campesinos explotados. En suma, la resaca antisocial frente a la cual el sistema sufrió el más ruidoso descalabro político.

Pero hay otra lucha de clases ejercida por la oligarquía contra el pueblo. Es una lucha sutil pero despiadada que se cumple inexorablemente a través de factores de poder, del poder político y financiero que domina al país, cuyo fin es explotarlo en beneficio de una minoría. Esa casta se enriquece escandalosamente, fortalece su poder, retiene contra toda justicia un dominio casi soberano, mediante el cual ejerce coacción moral y explotación económica, formas indisimulables del gobierno clasista.

Enfrentado a las clases dominantes está el pueblo, la millonada plebe de desposeídos, la chusma miserable. Aunque desarmados y oprimidos, resisten, se defienden a piedra de la agresiva lucha de clases no declarada por la oligarquía, pero evidente en su opulencia, y reflejada en la miseria criminal del pueblo.

Un pueblo oprimido y degradado por el hambre no razona, reacciona. La razón parece ser un privilegio de los ricos, que pueden darse también ese lujo espiritual. Las razones del pobre salen del intestino, no del cerebro; por eso no son razones inteligentes, pero tienen el poder brutal de las pasiones, los cataclismos irracionales, del dolor reprimido. Cuando estalla esa cólera la sociedad tiembla, el gobierno amenazado perece o capitula ante la violencia ciega de la biología. Hace poco el país estuvo al borde de precipitarse en el caos o capitular ante el terror desbordado de las multitudes, que casi *nueve-abrilean* por segunda vez a Bogotá.

El orden y la paz se salvaron por un pelo, exactamente por un toque de queda. Cuando sonó la sirena de la ley, sólo pobres fueron sorprendidos en mitad de la calle, en mitad de la noche. Todos los ricos estaban ya dormidos o escondidos. El ejército vela por ellos.

Bajo la noche fría y constelada de la capital, se oye rodar un tanque de guerra. ¡Viva Colombia!

Poesía en estado de sitio

Mientras terminan de enterrar los cadáveres del 26 de febrero.

Mientras centenares de estudiantes y revolucionarios están presos en las cárceles del Frente Social.

Mientras la democracia farsea, tiembla, se pone la máscara legal de la dictadura y un rígido estado de sitio aporrea las libertades con bolillos y bayonetas.

Mientras el coro de alabanzas de la reacción rodea de tanques al gobierno para defender el orden establecido de los privilegios.

Mientras el ejército compra aviones de guerra con el salario de los maestros de escuela.

Mientras se inventa una guerra artificial en las fronteras para distraer la rebelión de los oprimidos con sofismas patrióticos.

Mientras la clase obrera se lanza a un paro de protesta simbólico por los bajos salarios y el alto costo de la vida, y la oligarquía responde congelando los fondos sindicales y la coerción de sus derechos.

Mientras el estado latifundista tumba al director de la reforma agraria por decir la verdad, es decir, por devolver la tierra robada a sus legítimos dueños: los campesinos.

Mientras los regimientos del régimen masacraron la universidad y los espías de la Inteligencia Secreta requisaron su alma.

Mientras sucede todo esto y la única forma de protesta es el silencio, resulta indigno que un grupo de poetas nadaístas venga a leer sus versos y disfrutar sin peligro el privilegio de la libertad, cuando los compañeros que murieron por ella se pudren en sus prematuras tumbas, y nubes de cuervos presagian el comienzo doloroso de su calvario.

En tales circunstancias, nos sentimos abusando de un derecho que los amigos nos dispensan al invitarnos a leer poesía en una sala de cultura.

Si aceptamos el honor, fue menos por el honor y más por la convicción de que allí donde se escucha la voz del poeta hay una tabla de salvación para los pueblos, la dignidad de los hombres, el destino de la libertad.

Permítasenos entonces, dedicar este acto a quienes han muerto por ella, combaten por ella, y seguirán muriendo por ella.

Revolución

una mano
más una mano
no son dos manos
son manos unidas
une tu mano
a nuestras manos
para que la patria no esté
en pocas manos
sino en todas las manos

La oración por todos

Un minuto de silencio
luego os diré por quién.
¿O sería mejor pedir un minuto de protesta?
no es por los muertos
ni por la inocencia asesinada.
Es por los vivos
que siguen muriendo para nada.
Por los que sufren y su dolor no tiene porvenir.
Por los que trabajan y sin embargo tienen hambre.
Por los que suspiran en las prisiones
y en las fábricas
por un rayo de luz y de libertad.
Por el solitario que busca en el tumulto un corazón amigo.
Por los exiliados,
por los miserables
por los desposeídos
que buscan una patria en su propia patria.
Por los que no tienen techo
y en el temblor de cada día
esperan que al fin brillará la luz
para todos.
Por los que no tienen nada
ni un metro de tierra en que caer muertos
y de ellos dice la piedad que son inmortales.
Por los que sueñan con el rostro amado
y al despertar los espera el odio, la avaricia
y el mercado negro de las almas.
Por los que tienen miedo de vivir
y esto los hace cobardes
matando en su corazón lo que hay de coraje
pureza
y esperanza.
Por los que odian y matan sin saber por qué
y en su feroz ademán
tiembla una débil nostalgia
de solidaridad humana.
Por la pobre ramera sacrificada otra vez
en el pozo de las lapidaciones
de una moral hipócrita y farisea.
Por los humillados
cuya única chispa de dignidad
está en la hoja fría de sus puñales.
Por los sabios atómicos
que descubren las ecuaciones de la muerte

en una probeta de laboratorio
y celebran con júbilo
el triunfo de la razón
y de esta lógica infame.
En fin... por todos: por ti, por mí,
para que cese el dominio tiránico
de la cruz y el patíbulo
y se nos dé para esta vida
la salvación que se nos promete
en el más allá.

La mira del Señor

SEÑOR

libra a mi patria
de la riqueza y el abuso
del poder

No nos des más de lo necesario
para vivir
pero danos el sentido
de vivir
¡Haznos un pueblo digno!

Que no falte a nuestra mesa
al lado del pan
un rayo de sol
y un olivo de paz que florezca
en el corazón del pueblo

Danos también manos limpias
para recoger las cosechas
y bendecir el Universo

Señor
danos la riqueza en conciencia
haznos invencibles con el poder
del amor

Y para defender todo eso
la libertad
el pan
la justicia
danos coraje
un rifle
¡y buena puntería!

Humanismo y caballo

El hombre no progresa en la medida en que se ha vuelto más civilizado, ni es más hombre por vivir entre los inventos que abrevian su lucha y prolongan su desdicha.

Confort no es felicidad.

La ciencia puede cometer el prodigio de trasplantar un corazón y prolongar la vida.

Admiro sin reserva esta hazaña, pero no puedo evitar cierta sensación de absurdo si ese corazón va a prolongar, al mismo tiempo, el alma de una babosa.

La vida en sí misma carece de importancia si es un accidente y no un destino; si no se da en relación con la conciencia de ser, que es lo que glorifica la existencia.

La mezquina y petulante idea de progreso está degradando al hombre como ser espiritual. Un huracán de civilización ha abatido nuestro orgullo viviente.

Alguna vez, refiriéndose a esta crisis de la modernidad. Lawrence expresó que Londres era una ciudad viva en tanto los caballos erraban desbocados levantando de sus empedrados nubes de chispas.

Esta imagen que encierra un esplendor de vitalidad radiante, nos hace evocar un pasado de palpitante belleza en que el caballo encarnaba un símbolo de heroísmo conquistador, de potencia creadora; en que jinete y caballo eran cómplices de la misma aventura: Cristo y la Redención, Bolívar y la Libertad, Don Quijote y el Espíritu.

Pero ese símbolo ya no tiene vigencia. El mundo natural se extinguió, desapareció con esa ráfaga apocalíptica de la perforadora eléctrica que arrancó, parejo con la piedra, las raíces de una tradición viviente, y en su lugar derramó la brea sin alma del progreso.

Los pueblos invadidos por la peste civilizada lucen artificiales con sus arterias de cemento, como dentaduras postizas. Las calles ya no sonríen al paisaje como en la era de la piedra y el polvo. En estos elementos latían historias de generaciones, sueños de eternidad. Eran caminos, no autopistas. Los caminos fueron siempre de hombres, para hombres que al vivir dejaban al pasar una huella imborrable, un destino.

Pero los hombres ya no caminan, ruedan.

Y sus viejos caminos desertados, que eran rutas del corazón, no sonríen al paisaje porque los hombres perdieron la virtud del diálogo, de mirar el horizonte, de caminar bajo los cielos.

Esas vías embreadas, laberintos de púas y espejismos centelleantes, conducen a la soledad, al exilio, y algunas veces a la muerte. Los hombres no van sino que huyen, como arrojados del paraíso, perseguidos por los espectros de la gran ciudad, enloquecidos de pavor y culpa. Huyen de sí mismos por los laberintos del infierno. ¿Hacia dónde?

Hacia un vértigo de locura y delirio, hacia la nada. O tal vez, desesperados, a restituirse al seno purificador de la conciencia cósmica, a la nostalgia de Dios.

Pienso que la velocidad puede ser una protesta profunda y religiosa contra esta civilización cruel, despojada de alma y amor; un acto de liberación de este mundo que ha sacrificado a la demencia del maquinismo y el progreso las dulzuras

del corazón, el éxtasis de una colina al atardecer, los ardores de la sed en los caminos, el júbilo de los caballos encabritados dejando a su paso una cascada roja sobre la piedra limpia.

Oprimido por la soledad del cemento y el rascacielo, siento una entristecida nostalgia del mundo natural. La civilización mató a Dios en el hombre y en el corazón de la naturaleza. Pienso en la fábula del demonio tentando al Señor para que se lanzara de un acantilado a cambio de lo cual le prometía un imperio. Pero el espíritu venció la tentación y prefirió sacrificar el imperio a perder su libertad.

Trasladando esta metáfora a nuestro tiempo, podemos concluir que el hombre, ilusionado con la propuesta del demonio, abdicó su alma a cambio del poder, y quedó aplastado con su peso. Ese poder no lo ha hecho ni más libre, ni más feliz. Al perder su alma, quedó esclavo del poder: fue el triunfo del demonio sobre el espíritu.

Por lo mismo, la era del caballo ha terminado con la era del jet y la autopista. Es el fin de esa raza mitológica que encarnó en otras edades sentimientos heroicos, una veneración religiosa como en los griegos que alaban sus corceles para viajar a las regiones hiperbóreas a conquistar lo desconocido.

No soy hostil al progreso, si en sus formidables conquistas el hombre es dignificado como ser vivo, y no degradado a una ínfima condición de subalterno y esclavo de sus terroríficos engranajes, que es lo que está sucediendo.

Quisiera identificar el significado de la palabra Progreso con evolución de vida consciente en perfecta armonía con los inventos de la técnica. Pues no se trata de conquistar los astros por ostentación de poder, sino de dominar al monstruo apocalíptico que nuestra civilización ha despertado en el hombre y en los cielos, como un presagio de terror para toda la humanidad.

Se trata, sí, para expresarlo con un símbolo de justicia nunca desertado, de que el hombre del siglo xx, como Belerofonte entre los griegos, vuelva a montar sobre Pegaso, el alado caballo mitológico, para abatir al monstruo de la Quimera que asolaba sin compasión las sufridas comarcas de Licia.

El anti-héroe de San Silvestre

Ustedes han oído hablar de mí, pero muy pocos saben quién soy. Para empezar diré que soy un hombre mediocre. Ésa es la verdad. No soy el deportista número uno de Colombia, hay otros mejores que yo. Piensen en Cochise, por ejemplo, él es mejor.

No tengo la culpa de que los periódicos hayan hecho de mí un mito. Nunca he querido dejar de ser cualquiera. No soy un predestinado. Claro que fui campeón de San Silvestre, eso nadie lo puede negar, como nadie negaría que es hijo de su mamá.

Pero ese triunfo no lo conquisté por ser un predestinado, ni gracias a los dioses, sino a mis piernas, a un entrenamiento tenaz. Lo demás son cuentos.

En atletismo no hay milagros. Hay esfuerzo y sacrificio, y ganará el que más pueda correr dentro de las condiciones físicas y técnicas más eficaces.

No creo que la estrella de la buena suerte decida por uno. Personalmente tengo la estrella más negra que pueda alumbrar sobre el destino de un hombre. Nunca me fío de las estrellas.

En la vida y en el deporte no le debo nada a los santos ni a los milagros. No soy supersticioso. Todo lo que soy se lo debo a mi esfuerzo.

Nadie gana una carrera por azar, sino por razones físicas invencibles.

No niego que la voluntad ayuda al triunfo, pero no da el triunfo.

Y nadie que yo sepa ha ganado una carrera por voluntad, o por amor a la gloria.

Como no tengo interés en que piensen que soy un hombre superior, confieso que no esperaba ganar la Maratón de San Silvestre. Pero la gané porque estaba mejor preparado que los otros.

Es una hazaña que se puede repetir, o no. Pero no estoy obligado moral o físicamente a repetirla. No se hagan ilusiones.

En lo que de mí dependa, prometo que haré todo lo posible por ser mejor cada día. No por darles gusto a ustedes, sino porque es un deber ante mí mismo. Mi superación es asunto que me concierne exclusivamente.

Detesto que la fama haga de mí un semi-dios, un mito invencible, óigase bien: no estoy dispuesto a dejarme tiranizar por el mito del papel.

No exijan lo que un hombre no puede dar, eso es inhumano.

Lo humano sería que ustedes comprendieran que yo siempre haré lo posible por ofrecer lo mejor de mí, sin que ustedes se sientan traicionados, y sin que yo me sienta miserable.

No olviden que un atleta nunca corre solo, que los otros también existen y luchan terriblemente por ser los mejores, a veces con mejores estímulos que uno, que corre por amor, por idealismo.

Si yo corriera solo, pues sería el campeón absoluto de mí mismo, pero eso no tendría gracia. Uno se enfrenta a los competidores para vencerlos o ser vencido, es un juego limpio, y cada atleta corre soñando en la gloria.

Pero la gloria como la manzana es un fruto femenino, y no siempre se da cuando uno quiere, sino cuando ella quiere.

Y otra cosa: no se entrega al que más la desea, sino al que la conquista.

Claro que estoy orgulloso, infinitamente orgulloso de mi triunfo en Sao Paulo, y en lo más hondo del corazón se lo dediqué a Colombia. Pero no estoy convencido de poderlo repetir, pues por cada competidor hay una posibilidad menos de triunfo, y para ganar hay que vencer a cada uno y a todos.

Así es el deporte, así es la vida. Pelé es el Rey del Fútbol, pero eso no quiere decir que lo será dentro de un año.

En este momento, en el extramuro de algún barrio proletario, hay un caritriste que se entrena con una pelota de trapo para ser su sucesor y ocupar el trono esmeralda de las canchas del mundo.

Cassius Clay es un tanque, pero un día será abatido por el puño aterrador de otro tanque que pegue más duro que él.

En el deporte nadie tiene segura su corona, ni siquiera al otro día de habérsela ceñido.

Yo fui mejor que muchos una vez, pero no seré mejor que todos siempre. Es absurdo que me exijan eso.

Hay en la gloria deportiva una crueldad inexorable, pues el fin de los campeones es ser ex-campeones. Y para ser ex-campeones no se necesita gran cosa, de eso se encarga la edad, la fatiga, la decadencia. No sucede lo mismo en otros campos, digamos en la literatura, la astronomía, el psicoanálisis, ellos trabajan con la mente, en la soledad, y su experiencia los hará cada vez más sabios, más artistas. Para ellos el porvenir está en su favor, el tiempo es aliado de su gloria.

En cambio para un deportista el tiempo es su enemigo, su ocaso. Y lo que llaman el porvenir, ¡qué paradoja!, no es más que la ruina de su gloria.

Entiendan eso, por Dios: que en el deporte cuenta menos la inteligencia que la fuerza, menos la voluntad que el poder físico.

Entonces, no estoy dispuesto a dejarme enterrar vivo por la fama.

No estoy dispuesto a ser una brizna de vanidad que trae y lleva la tormenta de la publicidad, para ser alabado o abatido por la furia y el fanatismo ciego de las muchedumbres.

Por eso me he negado sinceramente a aceptar esos homenajes epilépticos y delirantes en que se me adora como a los héroes antiguos.

Odio eso por una razón: porque no soy un héroe. Al contrario, soy un hombre mediocre, es decir, un anti-héroe.

Es peligroso jugar al heroísmo porque si uno falla, nadie le perdona; los fanáticos quieren cobrar el precio de su adoración “traicionada”, lapidándonos y enterrándonos vivos.

Yo quiero ser, y seguir siendo, Álvaro Mejía, nada más. El mismo que era antes de ser campeón. El mismo de quien la gente se mofaba en las carreteras gritándole “loca” o “coja oficio”. Lo prefiero mil veces a que ahora los choferes al reconocerme como “Héroe de San Silvestre”, en vez de insultarme como antes, me digan “móntese, campeón”.

Si así me quieren admirar, no como un mito, sino como un deportista, me sentiré muy honrado de su admiración. Pero si no, reserven sus homenajes para otro que ame la bulla y el tumulto. Yo me sentiré mejor en el silencio, corriendo solo entre los campos de trigo.

La patria en exilio

Ávidas aves de rapiña oscurecieron el cielo de mi juventud.
El aire era una mezcla repugnante de incienso y pólvora: el humo del Poder.
Los genocidas cantaban alabanzas a los dioses crueles, borrachos de odio y aguardiente.
Todos los caminos amenazados de sombras cobardes, llevaban a la muerte.
Los arados murieron de infertilidad, los campesinos de asesinato, Dios de vergüenza.
La noche enrojeció del fuego de la venganza.
El cielo, un enorme cráter sin estrellas ni ángeles.
La tierra se llenó de locura, soledad, y lamento.
La patria dividida en víctimas y verdugos abdicó su destino y se precipitó en el infierno.
Atila cabalgaba en el lomo de los Andes y los Llanos con un revólver a diestra y un Cristo en banderola. Lucía el uniforme de los mercenarios y era socio de los que bendicen el crimen.
Sembró de cruces los campos de arroz, pero primero arruinó la cosecha de espigas.
Desbordó los ríos de sangre, los mares de lágrimas, pero antes secó las fuentes de la vida y de toda esperanza.
El sol huyó a su paso, mensajero de fatalidad.
Decapitó el águila del escudo soberano y en su lugar instaló un cuervo horrendo, tenebroso, símbolo del poder que alimentaba sus abismales delirios.
Ahogó la amistad con el escapulario del fanatismo.
En su epopeya de iniquidades ostentaba una bandera política y otra religiosa que no representaban la dignidad de la Patria ni los mandamientos de Cristo: trapos piratas, sucios de sectarismo.
Los colores falsificados: amarillo, el cobre de la abyección. Azul, la bastarda complicidad del cielo. Rojo, la llamarada crujiente del infierno.
¡La Patria en exilio!
El poder sin moral es ciego y enemigo del espíritu.
A falta de razones inventa la violencia para justificar su locura y regir a los hombres con leyes de muerte.
Entonces el crimen sustituye a la justicia para salvar el principio de autoridad y restablecer el orden con la paz de los sepulcros.
No fue fácil empresa para los virtuosos del genocidio, pero hicieron lo posible y también lo increíble.
Por desgracia, los únicos testigos que sobrevivieron al drama, fueron los verdugos. Mas, en homenaje a las víctimas, nunca olvidaremos.

El señor Burundún Burundanga no ha muerto, pero apesta

Me dirijo a usted, Jorge Zalamea, para acabar de perder el resto de decencia que me queda, después de su abyecta calumnia al afirmar que soy “un indecente soplón de los servicios de inteligencia norteamericanos, y oficiante del DAS”. (Gracias por el empleo, vieja carroña.)

Me enteré de su mentira por unos estudiantes de la Universidad del Atlántico, media hora antes de dictar una conferencia ante mil universitarios. Su calumnia es tan canalla, que no me fue posible intentar una defensa razonable. Mi estupor fue grande, señor, se lo confieso. Sólo deseaba, ¡y Dios sabe cuánto!, tenerlo frente a mí para echarle un escupitajo en la cara. Usted no merece más.

Sin embargo, en el camino del hotel a la Universidad, me tropecé con la respuesta a su abyección. Esa respuesta fue: una piedra. ¿Sabe por qué? Porque antes de mi conferencia, yo mismo le informé a la juventud lo que usted proclamaba de mí, o sea, que ellos se habían equivocado de tipo al invitar a su paraninfo al poeta Gonzalo Arango, y en cambio tenían ante sí nada menos que un espía del DAS y a un agente secreto del imperialismo yanqui. Era tan ridículo, señor, que todo el mundo se murió de risa. Pero yo les advertí que usted era un maestro de la juventud, un escritor serio, y menos me creyeron. Entonces les leí, para convencerlos, la infamia que usted escribió en Letras Nacionales. Les dije: “Yo no soy un héroe, ni un mártir, pero hagamos una cosa: si alguno de ustedes está de acuerdo con Zalamea, que levante la mano... y me tire la primera piedra...” Y les ofrecí la piedra con la que me tropecé en el camino. ¿Sabe lo que hicieron, señor? Se volvieron a morir de risa, y creo que si usted hubiera estado invisible por ahí, se habría muerto de infarto rabioso por los aplausos que me prodigaron. Era un premio, si no a mi inocencia, por lo menos a mi imaginación. Le recomiendo la imaginación, señor, para que decore sus repugnantes mentiras. Su perversión carece de vuelo, es rastrera, de roedor subterráneo.

Finalmente solidarios con el poeta que soy, dialogamos sobre las cosas de la tierra y el cielo. Y para agradecerles su fe en mí, les ofrecía como “prueba del delito” el texto de mi rebeldía. Ellos me creyeron, señor, porque son puros, de corazón noble. Porque son, simplemente, la juventud, a la que usted hace poco calificó de “onanista”, con un desprecio apenas digno de su egolatría. Porque ¿sabe, maestro? La juventud no cree más en el pomposo mito de su gloria amasada de viento, amargura, azufre y difamación.

Por su calumnia no lo demandaré, ni lo haré meter a la cárcel. Usted no merece la dignidad de las prisiones. Me niego a ser el cómplice de un falso martirio que usted —espíritu utilitario y audaz— aprovecharía en el exterior para hacer subir las acciones de su prestigio de empresario de la revolución.

Se lo digo sinceramente: la izquierda tiene en usted el más abyecto y avaro de sus servidores.

No pretendo tampoco hacerme una legítima defensa del honor burgués, ni de mi dignidad intelectual. No tengo escrúpulos de ese orden. Se trata de otra cosa. De una cierta dignidad animal, o si prefiere, de la dignidad de estar vivo. Pues yo soy, aunque le pese, un poeta. Un hombre que hace lo posible por honrar la vida con su aliento. Se trata, en suma, de ese honor vital por el cual un hombre no puede

ser al mismo tiempo un escritor y un “soplón”; por el cual es imposible ser simultáneamente un poeta y un detective del imperialismo yanqui; por el cual es incompatible ser un nadaísta y un traidor.

No se trata de la literatura que usted tanto babea, sino de algo más entrañable: de la propia razón de existir que consiste en la fidelidad a uno mismo.

Y esta razón de existir, la mía, usted la ha degradado cobardemente. Porque usted es un cobarde, señor, se lo digo sinceramente. Pues si usted creyera en su propia mentira, a mí me sobraría el valor que a usted le falta para meterle una bala en la barriga, en uso legítimo de mi dignidad de “detective”. Pero usted sabe, Zalamea, que yo no disparo balas, yo apenas tengo una máquina de escribir que me regaló mi mujer, y a la que me gusta dedicarle, como ahora, aquel verso de Neruda: “Para sobrevivirme te forjé como un arma”

Usted se eclipsa, señor Z, ante los pequeños soles de nuestra generación, que nunca se acercaron a usted en busca de luz. Porque usted, el astro sesentón de las Viejas Artes, sólo irradia petulancia, egomanía, avaricia, fatuidad y soberbia. Usted, toda su vida, irradió sombras en torno a la juventud: la sombra de su narcisismo enfermizo y de su falsa grandeza. No le debemos nada, señor Burundanga. Nuestra indiferencia por usted y su calcomanía literaria estilo Saint-John Perse es tan grande, como lo es su desprecio por nosotros, que desde siempre nos negamos a engordar el insaciable páncreas de su vanidad. Su rabieta y sus injurias contra mí y nuestra generación, que sólo reconoce un maestro en Fernando González —a quien de paso usted denigra con su mezquindad zalamea—, se debe a que nunca nos sometimos a su cetro de Apolo maquillado de poeta parlante y gramatical. Usted, para sostener su fama (su mala fama) delira, ofende, relincha, calumnia, abomina, se tira de las mechas como un paranoico, y trata de deshonar a sus contemporáneos para hacerse adorar solo en el trono como un usurpador. ¡Qué poca dignidad le merece a usted el arte!, si piensa que otro escritor es el rival de su gloria, y a cualquier precio, con las armas más viles, quiere destruirlo, para que todo el sol alumbre sobre su calva cabeza. Eso tiene otro nombre, señor Zalamea: usted es un mezquino.

Usted pierde los estribos al menor corcoveo de su “Rocinante”. Trepado en el caballito de su vanidad, usted se da unos aires mesiánicos de idealista y quijote de las ideas de izquierda. Pero se marea con su propia altura, y no se da cuenta que su figura sólo es triste por parecerse más a Superman que a Don Quijote. Y su cabalgadura, señor, no es más que un asno de malas pulgas: el trono en que se aplasta para maldecir, babear, repartir coces y centellas contra la democracia, contra Jesucristo, contra el Nadaísmo, por la única razón de que Carlos Lleras, el Espíritu Santo y yo, no nos hemos puesto de acuerdo para nombrar a su Zalamea Excelencia embajador en Roma. Pero usted no solamente es el Vicario de las Viejas Artes, sino el Inquisidor de las nuevas. Su magnanimidad tiene fama de ser espléndida para repartir bendiciones entre aquellos de su clan de aduladores que, aplastados por su tamaño, confunden la admiración con obras de misericordia, y el respeto con la intimidación y el chantaje.

Y es curioso que usted, señor Prometeo Zalamea (¡qué risa!), que tanto abomina de sus reverentes anfitriones en su poesía épica —esos de la alta burguesía que alimentan su delirio de whisky y de gloria—, no los abomine también en su nocturna y turbulenta vida social, ni los haya invitado al banquete de los

leprosos, cuyas llagas usted besa piadosamente, hipócritamente a través de sublimes palabras para conmover a la audiencia. Sí, crece la audiencia que usted convoca en torno a su cotorreo, pero un día de tanto hincharse del odio, la diarrea verbal y la pus de su cerebro, la audiencia le va a estallar en las narices, y usted vomitará también sobre sus pordioseros, a quienes tanto ama de lejitos, desde su trono... desde su tumba. Porque a usted, señor Burundún, se lo comerán los gusanos por el cerebro, -ese órgano por el que usted es más hediondo.

Elogio de la ofensa

Comparo el elogio con esa flor funeraria que luce dignamente en el ojal de los sepulcros, tributo que se rinde a los muertos en su reino: la eternidad.

La ofensa, en cambio, es esa flor punzante, roja, acerada, de agrio aroma y erizada de peligro. Consagra la derrota del guerrero, o su lucha. El enemigo la tributa con un odio mortal, no exento de admiración: reconocimiento tácito a la fuerza y las razones del adversario.

El elogio es sustituto del perdón que los vivos otorgan a los vencidos y a los muertos por hazañas que nunca les reconocieron. Flor póstuma de la justicia humana que reverdece tardía en los jardines del arrepentimiento. Flor morada de envidia que languidece en el crepúsculo y se marchita en la noche.

La ofensa, flor impura que nace en el lodo de las pasiones, se nutre del odio y a veces del crimen con una violencia tan legítima como la verdad. Luce en el pecho del ofendido como un desafío, y su perfume negro excita las voluptuosidades del poder. Ninguna barrera será infranqueable al que padece la embriaguez de la humillación, los delirios de la derrota. Pues la ofensa que no es mortal predestina al poder.

Mi corazón no es árido al estímulo de la ofensa. Las acojo con pasión de coleccionista, y voy formando, una a una, peldaños de una escalera por la que ascenderé al más alto de mis sueños, girasoles de sangre para el florero de mi poesía, oraciones para el culto a los dioses del terror; guijarros como trofeos de una lucha cuyo ideal no es el triunfo, sino la aventura, y cuya meta nace de cada paso hacia descubrimientos de un orden superior, de cima en abismo como se pasean los dioses por el mito.

En baúles polvorientos yacen ajados los laureles de la ofensa, conservados en la sangre de un doble desgarramiento: la herida del ofensor y la del ofendido; inmarchitables en la sinceridad del odio, como en la pureza del dolor.

A veces regreso a ese apacible museo de agresividad, como los avaros a sus ocultas reliquias, con impúdica idolatría, fuente del morboso placer. Mas no es para evocar ningún esplendor, ni fechas que la memoria debe conservar, ningún eco de gloria esfumada; nada que merezca ser inscrito en las monedas de oro del avaro. Sólo un extenso memorial de agravios con mis desventuras, impotencias, sueños abortados, un pasado colmado de ásperas promesas, paradojas, iluminaciones efímeras, imágenes borrosas de lo que ya no soy. Vinagre para una sed que no se sacia en los consuelos, ni en las pilas sacramentales que lavan los remordimientos y cicatrizan las heridas con el bálsamo del olvido.

Sed la mía que se sacia en el propio ardor; herida que sólo anestesia el sufrimiento. Pues a cada ofensa doy el rostro de uno de mis dioses para conquistarme en otra dimensión, un nuevo combate en el que seré derrotado y del que volveré un poco más enriquecido. Para guerreros que padecen esta sed metafísica, hasta la muerte se torna aventura de conocimiento y manantial de resurrecciones.

Quiero decir, en síntesis, que la ofensa es un cántaro sin fondo del que beben ciertos espíritus, no para apagar la sed sino para encenderla. Beber sin tregua de ese cántaro que jamás se agota, ni la sed desaparece, es el destino irrevocable del

poeta, ese socio idealista del demonio que juega su alma a la rebelión y a la belleza,
hasta la locura y el crimen sin esperar recompensa.

Pero de sus desiertos nacerán los oasis para los caminantes perdidos...

Las jeremiadas de Zalamea

Hace ya 15 días estoy esperando su respuesta, señor Jorge Zalamea, para que le explique a los colombianos sus tenebrosos cargos contra mí. Su cobarde silencio hace suponer que usted es de esos que tiran la piedra y esconden la mano. Usted quizás se hizo ilusiones de que todo iba a terminar en una protesta tibia y desolada de mi parte, y que mi generación le iba a ofrecer mi cabeza de “traidor” en bandeja de plata, para apaciguar sus cóleras. Pero se equivocó, Zalamea. Ahora ataco yo. Elija las armas y los caminos, no le temo. Usted es el más gordo y el más gritón, pero usted no vale en plomo lo que pesa. Usted le quedó pequeño a la mentira.

Usted quiso ponerme contra el paredón de la infamia ante mi generación, ante el país y en el exterior. Es un estilo canallesco que usted ha patentado literariamente para liquidar a sus adversarios, y al que debe gran parte de su fama y de su mala fama. Pero usted creyó que yo iba a ser el corderito pascual de la “capilla nadaísta” para ser sacrificado en sus altares, y en su honor. ¿O esperaba, acaso, que me arrastrara de rodillas para acariciar su áspera piel de zorro y serenar sus furias vengativas? Esta vez se equivocó de víctima.

Le confieso que su ignominia me entristeció, pues una cosa así no la esperaba siquiera de una rata. Y usted no sólo se ha vomitado en mí, sino en algo que para mí es sagrado: la poesía. Por eso, usted nunca será un poeta, así publique 80 tomos de elegías. Porque usted como poeta envilece al hombre, y como hombre envilece la poesía.

Reconozco, para gloria de su fama, que usted es un genio de la vileza. Pero ahora no estoy desolado. Ahora soy su enemigo personal y peligroso. No lo dude. Para empezar, usted tendrá que multiplicar por mil su diabólica alma para destruir la mía, diabólica en otro sentido: en el guerrero. Quiero decirle esto: soy un enamorado del terror en todos los campos. En el de las ideas, en el de las batallas. No puedo vivir sin guerrear, ésa es mi gloria. Usted me desafió. Acepté su reto. Pero a sus armas viles opongo la risa. Usted sabe lo poco que a mí me interesan los asuntos “intelectuales”. Mi asunto no es con la literatura sino con la vida. Y usted mi vida no podrá oscurecerla con su infinita capacidad para lo tenebroso. Pero no tema. No lo voy a combatir con las sucias armas que usted usa, diciendo, por ejemplo, que usted es otro “soplón”. No, señor, me bastará la verdad para servirlo aromado en su propia salsa.

Para empezar, diré que usted es un burócrata de las ideologías. Usted es de esos intelectuales que sólo piensan en función de ganar dinero y condecoraciones, según los oportunismos políticos y los humores negros de su inspiración. Eso nos diferencia, señor: el hecho de que yo nunca hice de las ideas un negocio. Yo no como ni bebo de la literatura. Yo VIVO de la literatura. Para mí la literatura es un arte. Para usted un negocio. Usted cobra por ser escritor. Yo valgo.

Usted se queja como Jeremías. Ha hecho de su soledad un martirio. Su caso de profeta sin trono es lamentable. Hasta de la soledad que es esencial a todo artista quiere hacer un don exclusivo para agregar al infinito rosario de sus miserias. Y eso no está bien. Usted nos viene embromando hace años con sus jeremiadas de héroe Palmolive, alegando incompreensión y persecución para su genio. Pero no se queje,

señor. Quejarse es indigno de un hombre de su tamaño. No haga de la soledad un suplicio. ¿Por qué ese afán de conmovemos con sus dolencias económicas y metafísicas? Usted aspira a construir el pedestal de su inmortalidad con chorros de lágrimas que, al secarse, dejan sobre su poesía una mina de sal, verdaderos yacimientos que podrían ser explotados por el Banco de la República. Sus elegías de mártir del Sistema para impresionar a sus fieles son de una tramposidad sublime, pues cada vez que usted escribe sus sueños y sus pesadillas se las veo editadas en los magazines literarios, aquí y en el exterior. También los fabricantes de discos le han prensado miles de ejemplares de *El Sueño de las Escaleras* y todo se vende porque usted es un gran parlador y un publicista soberbio. Usted no economiza ningún medio de publicidad, ni siquiera la infamia, con tal de que lo ponga de moda en el mercado. Hasta en eso de elegir las víctimas de sus atentados siniestros es usted astuto. Usted quiso aplastarme con sus cien kilos para tomarse una foto sobre mi cadáver, y recitarle a sus fieles el monólogo de Jeremías, ése tan trillado de su soledad.

Aquí nadie dio crédito a sus canalladas, maestro, pero he visto su clisé circulando en publicaciones extranjeras, pregonando jubilosamente su infamia contra mí. Allí aparece usted con su mirada de batracio, acusándome de “traidor” a la poesía y a las ideas de vanguardia, pero usted es incapaz de ocultar el odio, sus sombríos ojos de verdugo, su risita venenosa de serpiente cascabel.

No niego que en el exterior usted ha ganado contra mí una picara victoria, porque su palabra siembra la desolación y la ruina. Es el mérito de su cacareo de mártir izquierdoso y solitario con el que usted ha glorificado su imagen en el extranjero. Y también, porque usted ha arrastrado por América y Europa sus zapatos de poeta y embajador, y su fama vuela de boca en boca como el humo de los cigarrillos. En cambio mi gloria termina en “La Boquilla” y en Tumaco, pues al exterior no he podido viajar porque no me da la gana, ni siquiera a posesionarme de espía del Departamento de Estado.

Precisamente alguna vez aspiré a ser Inspector de Policía de la Boquilla — ese poblacho de pescadores negros junto a Cartagena. Pero no me dieron, el empleo porque tipos como usted me acusaron de anarquista, y aunque no tenía de qué vivir, y odiaba apasionadamente la cultura, y ansiaba huir de la hediondez intelectual que ustedes representan me quedé para luchar contra los calumniadores de la vida, de cuyo oficio usted es ahora el arquetipo.

Usted me aventaja, pues, por el eco de su fama que se lleva el viento más allá del Atlántico. Porque usted ha hecho del lamento una filosofía de la piedad, y sus lágrimas han ablandado el corazón de América. Usted, muy tiernamente, ha puesto a lloriquear en coro a su audiencia internacional por la sola razón de que la Democracia no lo ha nombrado su Embajador Cultural en París, lo cual sería el remedio para curar su histerismo revolucionario y consolar sus frustraciones aristocráticas. Porque usted, Zalamea, ha querido imitar a Prometeo en eso de lanzar rayos, y centellas contra la opresión, con la única diferencia de que el señor Prometeo no aspiraba a la diplomacia europea en nombre de la justicia social, ni a cambiar las burbujas de la revolución por las burbujas de la champaña francesa.

Un mundo para dos

En un principio, mi vocación era amar a los hombres, a todos los hombres. De la misma manera me sentía predestinado por naturaleza a amar todo lo viviente. Por entonces, mis ideas y mis afectos florecían en el núcleo impensado del corazón, que da la inexperiencia del mundo.

Avancé un poco más, y hallé rocas y espinas punzantes en el camino, las cuales me torturaban al avanzar. Caía y era lastimado. Entonces me di cuenta que me alejaba del núcleo original de mí mismo, y que penetraba en la dura experiencia del mundo. Mi progreso era una conciencia hacia la muerte. ¡Desdichado y horrible progreso!

Mi caminar se hizo lento, difícil. En la marcha presentía enemigos, fantasmas que me acechaban en la tiniebla vigilando mi paso para perderme: eran el miedo, la cobardía, la traición, el poder, la violencia y el odio. Sobre todo el odio.

El odio fue implacable en mi difícil ascenso hacia mi condición de hombre. Era la soledad, la falta de amistad. Lo encontré en todas partes, en el corazón de mi tiempo y en el corazón de mis semejantes, entre mis padres y en la patria. Se extendía como la mala hierba, inexorable como la maldición.

Si antes fue la amistad, ahora era el odio el que me daba la medida del hombre. Lo comprendí, y mi desilusión fue atroz. Nunca se había descendido tanto ni tan bajo en la escala de la infamia y del infierno.

Ya casi era imposible avanzar otro poco hacia mí mismo, pues en cada impulso hacia la perfección, el odio me abatía. Se había erguido en el cielo apocalíptico como una perpetua amenaza.

Desde entonces, tampoco pude amar según mi vocación, pues me vi forzado a defenderme, a renunciar a mi pureza para odiar, a mi vez, a los impuros. Me empujaron brutalmente en la peste, y de ella me contaminé para seguir viviendo, pues el odio era, en el mundo que me legaron, un requisito de la vida.

A veces, en mis himnos a la vida, doy la impresión de ser maligno y amargo, desesperado y corrosivo. Esa apreciación es injusta. Si me abrazo a la desdicha es porque la torno creadora. Si predico la destrucción del mundo que heredé, es porque quiero fundar sobre la nada la intimidad, no sólo en mí mismo, sino en todos los que merecen ser amados y liberados del odio en que yacen cautivos.

Pues el odio se ha vuelto la religión atea de nuestro tiempo, y también una cárcel. Los más puros y libres espíritus del siglo han elegido el suicidio a la adoración de ese dios, antes que servir a sus fastos de sangre, ni rendirse a sus verdugos.

Ese dios del odio no es abstracto, sino una pasión encarnada en las instituciones de la Civilización moderna: se sienta en el trono sanguinario del Poder; se le reconoce en el rostro fiero del dogma racional y religioso; en la brutalidad despiadada de la técnica y el maquinismo. Aletea y se agita devastador, precipitándose finalmente desde la cúpula más alta del Imperio, como un dragón, predicando el exterminio y la explotación masiva.

Esos símbolos de dominio exigen una sumisión incondicional: ante ellos, el hombre perece o se envilece. El poder en el mundo actual no exhibe ningún símbolo

de redención, ningún símbolo espiritual: ni siquiera un olivo, una estrella, un ave, que simbolicen la resurrección y el espíritu de la vida.

Nunca como hoy, el hombre es su propia incógnita, el ser ajeno a su destino. Antes, había que abonar a nuestros antepasados su inquietud, su zozobra espiritual. Que no hallaran la clave del secreto, no era su culpa, ni quizás su misión tampoco.

Ni la felicidad plena, ni la verdad absoluta son fines de este mundo, pues tal vez son inconquistables o no existen. Pero hay que vivir como si existieran, pues lo que importa en definitiva, es la Vida.

¡Qué nostalgia siento de amistad, de mucha amistad entre los hombres! Si renunciamos a la amistad, en ella renunciamos al porvenir, pues si no somos amigos, el mundo ya no será nuestro común destino, ni el sol brillará para todos, ni la vida será santa ni florecerá más sobre la tierra. Y ésta, toda entera, será un inmenso y desolado campo de concentración alambrado por el odio, en el que tarde o temprano nos condenarán a morir, a morir sin nostalgia y sin esperanza, de una muerte inhumana.

Sí, amigos, seré incansable en repetir que es imposible vivir sin amistad, sin corazón y sin fe. Esas virtudes que fueron naturales, hicieron la vida amable en algún tiempo. Eran la mejor riqueza del corazón, y no costaba nada poseerlas.

Hoy, esos valores han desaparecido en el espíritu del hombre y en nuestra historia miserable. La jerarquía espiritual ya no es una dimensión del alma, sino una progresión matemática de producción, registrada por un cerebro electrónico. ¡Qué desierto!

En esencia, todo el mal del siglo nos viene de que hemos perdido la inocencia y el sentido de la amistad, que ya no somos amigos, que ya nadie se da la mano como entregando una flor en reconocimiento de cierta nobleza de espíritu, de cierta identidad humana.

Nos hemos degradado hasta la bestialidad, hasta el maquinismo, hasta el punto de que casi es imposible reconocer hoy en nuestra naturaleza ningún vestigio de humanidad: somos robots de una Civilización pragmática, deportiva y digestiva, único orgullo del siglo. Ya somos algo menos que monos, robots, máquinas perfeccionadas por la técnica, y desalmadas, que sólo dan señales de vida a través del miedo, la sumisión, la intimidación y el crimen.

Los antagonismos de la Razón y del Poder nos han hecho irreconciliables, odiosos, fanáticos y asesinos. La Historia se ha tornado Omnipotente y especialista en la tiranía del hombre. Lo lamento en el alma, porque todo mi ser es una concentración de fuerzas vivas que reclaman mi fervor hacia los hombres, hacia el mundo y sus maravillosos seres.

Contemplando este planeta, es inútil imaginar un escenario más espléndido y divino para que sucediera aquí la aventura humana: esa aventura para la fe, la amistad y el eterno florecer de la vida. Pero los hombres lo han convertido en un melancólico escenario de escarnio y de muerte. ¡Ingratos y malditos! Se han hecho dignos de su suerte: esa centella que inventaron para su destrucción, y con la que serán extinguidos como cucarachas.

Sí, amigos, hemos perdido el rumbo, ése de la amistad que dio origen a la rebelión de Prometeo, cuya culpa fue abdicar su divinidad en favor de los hombres. De esa leyenda, la más bella y cruel entre las disputas con los dioses, no queda

nada, sólo el eterno gemido del prisionero atado a la roca insensible del corazón humano.

Con la amistad hemos perdido también la vieja identidad que nos hacía dignos ante los dioses, y dioses ante el Universo. Nunca seremos lo bastante conscientes para lamentar esta desgracia. Por eso siento nostalgia de aquella perdida grandeza, esa adorable condición del espíritu sin la cual nos sentimos hoy en el exilio del mundo, extraños entre nosotros.

Un día... en el curso de esta loca y desenfrenada rivalidad, ciegos de odio y fanatismo, vamos a ser abatidos por un infierno de bombas, ésas que quieren apagar los últimos estertores de la amistad agonizante, para tomar su palabra y hablar en su nombre a la Humanidad humillada.

Pero la muerte de la amistad no será una conquista más del Poder, sino una usurpación. Y cuando todos nos estemos revolcando en el estercolero llameante de la suprema ignominia suicida, tal vez el último fulgor de la memoria sea para recordar que, sin la amistad, era imposible vivir. Y esa nostalgia, la de la amistad asesinada, será el eterno castigo y el precio de nuestro crimen.

Un rechazo al odio, y un loco anhelo de salvación, es el sentimiento espiritual de una Obra que me habría gustado consagrar, antes que a la Nada, a la amistad entre los hombres.

¿Pecaré de idealista por predicar la amistad? No. Rechazo en este fervor una complicidad idealista. Todos los ideales que reconozco en mí, son de carne: amigos, la belleza, una mujer amada, y los goces que comparto con ella al acostarnos y al despertarnos cada mañana en el rincón de un monasterio, de cara al cielo.

Ésa es toda la riqueza que poseo en este mundo, y que me posee. Pero para mí, para los dos, ¡es infinita!

Boom contra pum pum

El famoso best-seller de Macondo, García Márquez, se volvió un secreto de Estado. Nadie sabe qué piensa, en qué partido juega el fabuloso fabulista.

Se le veneraba como a un Che de la literatura, era el mito immaculado de la izquierda. El anti-imperialismo tenía en él una potencia moral insobornable.

Ahora el ídolo del Boom hace piruetas en su pedestal, se guiña el ojo derecho con la Esfinge de Manhattan. Sus millones de creyentes dudan. El novelista desciende de las nubes por donde emigró al cielo la picaresca Remedios, empaca su guayabera tropical y se va para USA como si fuera a un pic-nic en Aracataca.

Tenía como invaluable capital el hecho de que la diplomacia de la CIA le negara visa para Norteamérica. Esa negativa era un galardón, un diploma revolucionario. Mientras las puertas del infierno capitalista se le cerraban, los pueblos socialistas le abrían su corazón, un hogar pobre pero limpio. Era el grato huésped de los oprimidos y los que luchan por su liberación.

La Bomba hizo Boom

Todo esto sucede impensadamente cuando la bomba del Boom estalla a raíz del proceso a Heberto Padilla en Cuba. La reacción mundial afila sus colmillos, se sienta al banquete de los intelectuales dispuesta a dar el zarpazo contra la revolución cubana.

Vargas Llosa, en su bufete de Londres, lanza la primera piedra farisea. Denuncia la tortura stalinista contra la “dignidad humana” del contra-revolucionario Padilla. Como buen erudito y estilista retórico, critica la “falta de sintaxis” de una carta en que el arrepentido poeta se declara culpable. Vargas deduce la inautenticidad de esa confesión que, a la luz rigurosa de la lingüística, le fue arrancada con torturas. Como epílogo a sus sospechas rompe con la revolución y retira su solidaridad a Castro.

El erudito y desilusionado catedrático de Oxford declara al mundo libre que “ése no es el socialismo que sueño para mi país”, y condena con destemplados acentos la política cultural cubana. Pero Fidel que no es literato sino Comandante, hace su cátedra en el barro de la dialéctica a filo de machete, y en un arrebatado nada cartesiano aniquila al plumífero play boy y a su secta de revolucionarios honoris caUSA.

Fidel sabe que las revoluciones no se hacen en las Cátedras ni en las Catedrales de Londres y París; y que para la revolución es más importante un miliciano que las dudas palaciegas de Hamlet, y un fusil que las obras completas de Shakespeare.

La Vanguardia Decadente

El staff de la intelligentzia europea y latinoamericana en exilio se adhiere en arrebatada dignidad al memorial de agravios inspirado por Vargas Llosa. Lo suscriben existencialistas, idealistas, librepensadores, izquierdistas, arribistas y alpinistas de la élite intelectual seudorrevolucionaria. Los solitarios sobrevivientes

de la decadencia de occidente están allí en un compacto coro de plañideras liberales. Chillan como viudas violadas en su castidad idealista haciendo eco al solitario dialogante de la Catedral: que la libertad de luto: que la dignidad humana amenazada de muerte por el fantasma descongelado de Stalin; que Fidel traicionó la fe de los intelectuales; que ¡pobre alma mía burguesa! La más masoquista de las plañideras es la becado en U.S.\$ de la Gugenheim, Marta Traba, que hecha un naufragio en un mar de llanto declara: “Es como si me hundieran el mundo: mi obligación es romper con la revolución cubana en su totalidad” (El Tiempo).

¡Pobre Fidel! Los cucarrones del socialismo habanero lo abandonan cuando la revolución puso al rojo sus razones, y en duda sus burgueses pellejos del Boom y sus derechos de autor. Ahora los cucarrones buscarán asilo en Chile para seguir zumbando y devengando.

El Premio Petrolero

Por su lado. Casa de las Américas reveló que Vargas Llosa consultó su aceptación o rechazo al premio Rómulo Gallegos que le fue permitido aceptar con una condición: donar los cien mil bolívares a las guerrillas bolivianas. El exitoso literato del Boom incumplió su palabra de honor revolucionaria y en vez de entregar el dinero a los combatientes herederos del Che, consignó su premio en Libras Esterlinas en un banco de Londres como cualquier rentista capitalista.

Las libertades de la SIP

En el pleito entre el Boom y la Revolución terció en favor de Cuba un grupo de intelectuales y periodistas con León de Greiff y Alberto Zalamea a la cabeza. García Márquez, enclaustrado en el cielo y el mar de Barranquilla, se hace tomar la talla para el birrete de su futura coronación. Se excusa de no prestar su firma al manifiesto de solidaridad. Estima que es más sensato no prender la mecha y esperar a ver quién gana, es decir, neutralizarse entre Fidel y Mario, entre el Boom y la Revolución.

Por esa adhesión de los intelectuales colombianos fueron destituidos mediante un editorial de redacción totalitaria tres periodistas de El Espectador, órgano que administra y monopoliza en Colombia la publicidad de su famoso pupilo y excolaborador García Márquez. El novelista en su ínsula tropical no se mosquea con el infame atropello a la libertad intelectual y a la “dignidad humana” de sus colegas, uno de los cuales, Juan Gossain, era el reportero mimado del solitario escritor.

Desde que Gabo nos honra con su presencia en la patria, no se ha inmutado con la masacre de los estudiantes, el genocidio y tortura de los indios de Planas, la militarización de 20 universidades, la coerción de los derechos sindicales, el despotismo del estado de sitio que impera en Colombia desde su llegada.

El atormentado fabulista de Macondo anda en las nubes especulando sobre el drama de la soledad de los dictadores latinoamericanos. Nada le importa, por lo visto, lo que están haciendo esos dictadores reales en la época actual. Se dirá que la realidad es política y policía, y que el soberbio imaginero de Macondo ha asumido

quijotesca la soledad del Poder, el espectáculo surrealista de las vacas cagando en los salones Victorianos del Palacio de Gobierno. ¡Fabuloso!

La Libertad: un Amuleto

Pero resulta que la libertad en Colombia es un comodín utilitario para defender los intocables privilegios canosos de la oligarquía; el amuleto de los eternos mandarines y malandrines del poder político y financiero; el ábrete sésamo para mí solo de los tesoros espirituales y bancarios de la usurera clase dirigente. ¡Bendita seas, Democracia, aunque así nos mates!, como reza su slogan liberal.

El Imperialismo Cultural

En pleno tejemaneje del izquierdismo en bancarrota, el hosco y aureolado novelista suelta su bomba secreta de efectos paralizantes, se va para USA de turista literario con un simbólico rango de embajador colonizado, a recibir un doctorado honoris causa en filosofía y letras que le otorga el imperialismo por medio de su mano negra académica, Mr. McGill, rector de la Columbia. Que García Márquez se vaya de turista a comprar guayaberas con sus millonarios derechos de autor, está en su derecho. Que USA le niegue sistemáticamente una visa, es un acto de legítima defensa contra el enemigo famoso y acérrimo del capitalismo cuya meca es Washington. Los enemigos estaban en paz haciéndose la guerra de frente, cada cual con sus teclas y sus armas. Pero la aceptación de un tal doctorado es, objetivamente, una desertión ideológica y moral del novelista, un triunfo de la política cultural colonizadora del imperialismo en América Latina. Ese imperialismo cultura que utiliza formas de alienación degradantes como drogarse a la juventud a través de sus espías de paz para metamorfosear revolucionarios castristas en hippies castrados de espíritu. O mediante la monstruosa operación comercial de la USIS con imprentas y editoriales nacionales a las que se les copa su producción anual con reediciones de basura literaria norteamericana —contratos hasta por diez o veinte libros al año— con lo cual la creación literaria colombiana, potencialmente revolucionaria y anti-imperialista queda sin posibilidad de ser editada y en esa forma subdesarrollan aún más nuestra cultura. Por esa razón la casi totalidad de los escritores colombianos son inéditos, escritores fracasados.

El doctor Gonzalo González, más conocido como GOG, no puede negar las siniestras operaciones culturales de la Embajada Norteamericana cuando fue director de la USIS, de donde salió ascendido a orientar la literatura colombiana desde el suplemento de El Espectador. Ahora sabemos el origen de sus tácticas para desorientar y negar esas páginas a escritores de avanzada que no encajan dentro de su estética reaccionaria. Él, o sus superiores jerárquicos, contrataron centenares de miles de folletines malsanos, biografías de políticos gringos, manuales técnicos y comerciales, toda la abyecta pornografía de la sociedad de consumo para idiotizar, enajenar y prostituir la conciencia de los pueblos latinoamericanos con el corruptor slogan del American Way of Life. Se dirá que era para aprovechar la barata mano de obra y fomentar la industria editorial. ¡Falso! Lo que hacían estos mecenas de la cultura imperialista era pagar los costos materiales de publicación y luego regalaban los libros a los editores para que inundaran el

mercado a “Precios populares” con su inmundicia mercancía. Por eso se dan el lujo de vender biografías y memorias del clan Washington a 5 pesos; todo es ganancia, los únicos perdedores son los lectores y escritores colombianos inéditos, ¡cómo no...!

El Doctor Colombiano

Por todo eso, uno se pregunta si en el fondo del birrete del doctorado de García Márquez no habrá gato encerrado, digamos el gato por liebre de un Sí condicional a la política de convivencia con la Primera Potencia Mundial de la Muerte. Porque lo dramático de esta comedia, o lo risible de este drama, es que el fabulista de Macondo se ha dejado coronar como una reina de Max- factor con las espinas académicas que el imperialismo cultiva con refinada crueldad para crucificar a Latinoamérica y al resto del “mundo libre”. En efecto, Gabo se ha dejado coronar por el verdugo de todos los explotados y oprimidos de la Tierra. ¿O se imaginan a Che, a Debray, a Ernesto Cardenal luciendo un bonete de borlas ridículas en una ceremonia que más parece una piñata de boy-scouts a un acto de la inteligencia revolucionaria?

¿Qué dijo el doctor Gabito en su discurso de gratitud por la coronación?
¿Mencionó sus nativas y masacradas bananeras por la United Fruit Company?

¿Se refirió a los 20 cadáveres impublicables de la reciente rebelión estudiantil en su patria? ¿Aludió a la ocupación militar y clausura de las universidades? ¿Se dolió de las torturas y asesinatos impunes contra las tribus indígenas? ¿Protestó por el stalinismo y los abusos de las santas libertades de prensa del periódico que lo protege y aleluya? ¿O no dijo nada y ya practica la filosofía del silencio es oro? ¡Fabuloso!

Una vela a Dios y otra al Diablo

El decano del Boom puede darse el lujo literario de no comprometerse con las aflicciones y conflictos de su país, y así prenderle una vela a Dios y otra al Diablo. Incluso, para no perder su aureola revolucionaria, echarle un gargajito de despedida al sistema en el Aeropuerto Soledad de Barranquilla antes de subir al jet que habrá de transportarlo a su dorado y dolarado exilio en Barcelona donde el genial novelista podrá meditar a fondo y sin sobresaltos en la soledad de su dictador agropecuario. Pero otro cuento es vivir en el degolladero, respirar las inmundicias del Palacio del Poder, oír los gritos impotentes de los torturados, el silencio de los inocentes asesinados, cuyos verdugos nunca estarán solos mientras puedan consolarse con la agonía de sus víctimas. Porque la soledad, Gabo, no es un privilegio del Poder, sino la fatalidad de esa masa anónima que la padece en carne propia al no poderse siquiera despreciar, porque aunque les gustaría ser como vacas para comer, rumiar y sobrevivir, desgraciadamente son hombres y deben resignarse a su maldita condición. La soledad no es el privilegio aristocrático de los dictadores que siempre tendrán a mano la posibilidad de un crimen perfecto, la ilusión de una víctima, la venganza delirante contra sus enemigos, y hasta el consuelo piadoso de una catástrofe que hunda al pueblo en los abismos de la desolación y la locura. La desgracia y humillación de los hombres le darán su máximo contento, su más exquisita compañía, y los remordimientos —si los sienten— poblarán sus sueños y

colmarán sus ocios con una extraña plenitud. Y cuando esté harto de la sangre de sacrificios humanos, aún podrá sacrificar las vacas de su palacio en horrendas orgías en honor a las crueles deidades del Poder. Eso no es estar solo. Estar solo, camarada, es comer mierda en el estercolero de la inhumanidad del mundo. Es nacer para nada o para vivir en el ocaso, la humillación y el terror bajo el imperio absoluto del "Patriarca". Así, la más alta soledad no es la del Dictador sino la de sus víctimas que en el colmo de su abyección llegan a respetar y adorar al verdugo, renunciando a la última posibilidad de ser hombres.

El Exilio es un Reino

Es que honrar la libertad en el reino puro de lo imaginario y exaltar la revolución en los sueños y las nostalgias del exilio, son lujos idealistas de las conciencias que flotan en los cielos capitalistas de la gloria y el dinero. Pero es un poco más teso asumir los riesgos de la libertad y el socialismo en las contingencias vulgarmente heroicas de la lucha de clases, la opresión real, la conspiración de palabra y obra, la supervivencia azarosa en una sociedad regimentada por el dinero, la explotación y las armas, donde la lucha por la vida es un oficio que a menudo se paga con el hambre, la prisión y el pellejo: lucha atroz en estos países "subdesarrollados" a los que se les quiere imponer con sistemas represivos y coercitivos el American Way of Life para la prosperidad del imperialismo, y el American Way of Death para la ruina de sus colonias. Lucha a muerte donde el silencio y la soledad no son virtudes literarias ni posibles para un escritor, sino al precio de que se haga cómplice de la élite dominante, y su obra artículo de lujo de la sociedad de consumo.

El Realismo Rosa

Para García Márquez es muy chévere ser el Cervantes y el Amadís de América como lo elogian en 20 idiomas, y yo me uno fervorosamente a la admiración internacional.

Pero no sólo de Soledad vive el escritor si quien lanza la piedra no acepta ser lapidado por ella.

Ya es hora, entonces, de que la masonería literaria del Boom saque el cuerpo por las ideas que pregonan en los sanhedrines, las cátedras y las catedrales europeas, para que la revolución latinoamericana en que se escudan no sea mero material de inspiración para un grupo de privilegiados mandarines, el *modus vivendi* de plumíferos burgueses que protestan en dólares y libras esterlinas: los novelistas rosas de la revolución.

La impugnación de Fidel nunca fue más legítima que en el caso de estos genios autodesterrados que abandonaron sus patrias al Patriarca imperialista amancebado con la celestina de la casta oligárquica-militar, que asolan las riquezas naturales y culturales con las mil pestes contagiosas del capitalismo, matándonos con un nivel de vida mendicante, inferior a las vacas palaciegas de García Márquez y a los perros de la ciudad de Vargas Llosa, y que desgraciadamente prefieren un chorizo a Cien Años de Soledad, y la palabra pan y pum al silencio de las Catedrales vacías.

Nosotros nadaístas, ante todo poetas de la vida que literatos, estamos con Cuba contra la mafia de los intelectuales, y nos situamos al lado de la Revolución contra el Boom. La literatura puede esperar o hacer silencio mientras los pueblos de América luchan cuerpo a cuerpo por su dignidad y empiezan a ser libres. La vida no necesita de novelas para matar el tiempo. En estos tiempos de penuria y terror, la literatura de consumo añade un eslabón más a la sofocante cadena de alienaciones de los pueblos oprimidos del mundo. Esa literatura negra y rosa es el ocio del capitalismo y el opio de la Revolución.

Puestos a escoger entre la libertad burguesa y la literatura, ¡elegimos la Revolución!

Pena capital

El sueño de mi vida nunca fue la belleza sino el poder.

Y no un poder cualquiera. ¡El Poder absoluto!

No rendir cuentas a nadie, a nada, más que a la grandeza misma.

Porque soy débil aborrecí la debilidad en los hombres y en la historia, y sólo me rendí reverente ante las fuerzas cósmicas de la naturaleza.

Sé que no alcanzaré el éxtasis ni llegaré a coronarme en el trono de los despotismos por culpa del santo temor que me inculcaron y que me convirtió en sacristán de Dios, mendigo de los fantásticos festines de la gloria.

No viviré bastante para la nostalgia del poder y las lamentaciones del infortunio de crearme un destino a base de amontonar palabras.

Soy cada día este cadáver que desaparece bajo un torrente de babas, ruidos agónicos y destilaciones de una enfermedad que sofoca al Monstruo en mi alma.

Perdido para este mundo y para Dios.

Mi vida es hoy una fortaleza saqueada, la sustancia viscosa, hediente, que emana del cadáver de mi gran sueño del Poder.

Me sobrevivo como una babosa en su repugnante humedad, y todo se precipita para cubrirme de irrisión, para que no aspire más a esas ígneas fulguraciones donde los elegidos han forjado su grandeza exterminadora, el estremecimiento de los cielos.

Para vengarme de esta migaja de ignominia a la que he sido condenado, ejerceré el terror, contagiaré la peste, irradiaré mi enfermedad a todos los vientos desde el falso trono de la poesía.

Aún más, disfrazaré mi piedad con la horrible máscara del tirano y dictaré un decreto:

Yo
Gonzalo Arango
tirano del mundo
me sentencio a la
PENA CAPITAL
de pasar la vida
frente a una máquina de escribir
escribiendo
la palabra MIERDA
por los siglos de los siglos de los siglos

ADIÓS AL NADAÍSMO

Ser nadaísta es también negar el Nadaísmo si ya no sirve a los poderes de la vida y el arte.

Caído en el limbo espiritual suspiro por nuevos suplicios

Caído en el limbo espiritual suspiro por nuevos suplicios.
Reclútame Señor para la salvación o el terror.
Los ideales que no cambian la vida corrompen el alma.
Esta pureza que cultivo en la soledad me da asco.
El espejo ya no me refleja: me culpa.
Dios mío, sálvame de esta paz difunta.
Devuélveme la esperanza y el sufrimiento.
Dame fe en una causa aunque sea perdida.
Dame todo el fuego que sobró de Sodoma, la sed que incendió tus delirios.
Quiero arder, ¡arder!
¡Dame, Señor, la desesperación de creer y la felicidad de destruirme!

Nunca aspiré al poder de hacer felices

Nunca aspiré al poder de hacer felices a los hombres, ni confortable la vida. Desprecié la meta de los humanismos digestivos y los idealismos teológicos. La tragedia era mi quimera de oro, la libertad en la ruptura, la cita con Dios en el Abismo, la belleza con aire de Ángel Exterminador.

¿Era errado el Camino? O el Camino, una vez caminado, ¿no conducía a ninguna parte como lo presentí en pleno delirio? ¿Acaso sigo buscando revelaciones salvadoras en un área desconocida de conciencia, en las entrañas del monstruo que devoró a Rimbaud en el laberinto de sus iluminaciones?

Nunca dije la última palabra; siempre tuve mis dudas aflorando en silencio. He dejado de ser mudo a duras penas para maldecir esas dudas, cuando lo que me quemaba interiormente era el ansia de claridad, el terror de la verdad, despejar la tiniebla hasta encontrar la clave de los sésamos que nos abrirían los mundos luminosos de salvación.

Mi paso no es la meta de mi generación; mi camino no es su camino. Somos caminantes juntos cada cual perdido o salvado en su camino. Libertades unánimes y esencialmente solitarias, eso es lo bello de la aventura. El Nadaísmo no era el fin, sino el medio de realizar cada uno su infierno o su paraíso a la medida de sus sueños, de sus furias, para gastar su sombra bajo el sol y beberse su sed.

En mi caso, hice de él mi trinchera, mi fortaleza, no para conquistar la gloria ni el poder, sino para no dejarme conquistar de la Muerte, la hambrienta zorra de los desiertos de Dios.

En un sentido esencial de mi verdadera vocación, he buscado en el arte el Olvido Salvador, o sea, el ocio de los sueños creadores y la rebelión del espíritu. El Nadaísmo significó todo eso: gota amarga de mi cáliz, sobrado de pan que nunca sobra, arma poderosa de mis fuerzas desarmadas, olivo de fe en la aventura humana.

Maravillosa aventura la Tierra cuando se ama y se odia con pasión creadora, religiosa. La belleza convierte el exilio en reino, y el sabor oscuro de la manzana del conocimiento en alegría de vivir. No usuré nada a nadie, sólo defendí estos dones para nosotros, y para muchos, aunque sé que nos sobra todo lo que nos falta.

No vivir atado a la cruz irredimible del Nadaísmo, ni crucificado como Héroe o Mártir, ni colgado irrisoriamente del Mito, muerto de risa.

La cruz que no promete redención, es fatalidad.

Y ser nadaísta es también negar el Nadaísmo si ya no sirve a los poderes de la vida y el arte.

Mi vida pública expiró

Mi vida pública expiró.

Mi vanidad es sombra de fantasma, carece de importancia nacional. La fortuna que dejó la larga lucha a muerte con la nada es el silencio, la humildad; mi bolsa de valores llena de vacío, pero también de amor a los valores de la vida.

A los 13 años abandonar la guerra habiéndola ganado y no tener en qué caer muerto, no es fracaso literario, es victoria del ser sobre el tener, de la vida sobre la razón social.

Oh sí todo está bien, y sobre todo el corazón a salvo. Que en el pan de cada día no nos falte el sueño, y un granito de incienso para adorar lo eterno.

Hice una gran hoguera de purificación con mi pasado

Hice una gran hoguera de purificación con mi pasado. Mis secretas historias de ego terminaron en un puñado de ceniza ardiente.

Los tiernos y atormentados amores de juventud; mis aventuras al servicio de lo maravilloso; mis soledades y júbilos infames; mi imagen íntima y pública en mil ofertas diabólicas expresada; todo lo que no era yo: lo externo, lo irredento, lo perecedero, lo fatuo, lo social, dejó de ser en mí para siempre.

Me había convertido en guardián de mis fantasmas, heraldo de pesimismos funestos, imitador de ruidos fabulosos, egomaniaco hasta los abismos del tedio, patán de las mil maravillas, mistificador de revelaciones, héroe a mil kilómetros del peligro, imaginador de celestes cataclismos, quiromántico de elixires sexuales, embaucador de creyentes, forjador de tesoros femeninos para saquear en noches de festejo y penuria, recitador de sésamos falaces, malhechor de caminos espirituales, desorientador de soles y lunas sin rumbo, artífice desolado de mi propia ruina. ¡Ego puto!

Oh dioses con cuyas doradas majestades de luz osé rivalizar en poderes infernales y lirismos atroces, derrumbando las esferas de la infinita armonía.

Me he dicho sin nostalgia ni pena adiós a mí mismo.

Pirómano del Ave Fénix, ¡soy otro!

El Nadaísmo no ahorró medios sacrílegos

El Nadaísmo no ahorró medios sacrílegos ni lenguas de fuego para ejecutar la justicia de la vida en la tierra,

y erigir el reinado del espíritu luzbélico sobre los misterios de la belleza y lo sagrado,

hasta que nos devoró la manigua del naturalismo y el idealismo nos corrompió.

A las iglesias de la idolatría y el conformismo hay que derrumbarlas ladrillo a ladrillo como un terremoto lógico.

Oh heroísmos hechiceros, oh soledades de calvario, uno tratando de mortificar una metáfora se crucificaba todo.

Es que el Nadaísmo fue un calvario doloroso y bello: tan doloroso como sus clavos, y tan bello como sus cabellos de resurrección.

En el Nadaísmo no mascamos flores sino cabezales. Y por arrebatarnos la luz nos coronamos de espinas de ego, rosas suicidas, y ángeles de génesis.

Evolución, ¡el oro de la vida!

No apegarme por egoísmo a una reliquia que hizo milagros

No apegarme por egoísmo a una reliquia que hizo milagros: el Nadaísmo que nos salvó de la nada.

Me niego a ser santo del pasado, precursor del infierno, símbolo siquiera.

Nada de lo dicho y hecho, amado o muerto, escrito o silencio, me pertenece vanidosamente. He sido instrumento de la vida, vibrador instrumento.

De nada me arrepiento; de mis errores tampoco; me enseñaron la salida del laberinto. Todo fue positivo en el proceso, aun lo negativo; aprendimos a vivir.

El Nadaísmo fue un viaje de aventuras por el conocimiento y la experiencia, azaroso y venturoso; y en los viajes es real el sueño como la pesadilla.

Creo que cumplí la vibración para la que fui destinado en una determinada instancia del suceder histórico con la vida, mi destino personal, mi generación.

Bien o mal, he cumplido. Gracias.

Santo y seña

La que viene es una guerra santa interior contra los ateísmos altaneros del materialismo.

Haremos de los estadios catacumbas, y de los rascacielos hogueras.

Las trincheras y los calvarios serán de amor, acendrado ascetismo y fuego purificador.

Borraremos las fronteras con el aliento amoroso de los caminantes.

Desaparecerán las patrias para que nazcan los edenés.

No hay afán, tenemos paciencia. Cabalgamos conscientes la tortuga de la evolución.

No tememos los sacrificios que demande la Redención, los pagaremos todos. No es cuestión de victoria sino de conciencia.

No habrá vencidos en la batalla; serán triunfantes los que quieran.

Evacuaremos las ciudades en busca de la soledad florida y la caricia de la naturaleza madre.

La libertad es nuestra identidad y nuestra unión; el amor el santo y seña para ingresar a la Fiesta.

Devolveremos la tierra a su único dueño: ¡Dios!

Los hombres serán apenas los honrosos peones de su Redención, que disfrutarán los frutos de su propio trabajo, sin explotar a nadie; sin carencia y sin abundancia.

Terminarán las servidumbres odiosas.

El silencio nos restituirá la palabra que oficiará el sacramento de la comunicación perfecta.

Al fin seremos astronautas de Dios, moradores del astro de la trascendencia.

La naturaleza nos alimentará, madre de los frutos y los vientres fecundos.

La fe derramará sobre nuestra sed el maná del cielo.

Gestaremos entre todos la Nueva Era.

Daremos a luz las auroras de la conciencia.

Festejaremos la resurrección de la vida en la tierra.

Salir de la Sociedad Anónima es hacer imposible la guerra atómica. Ésa es la única salida.

Los generales no podrán arrojar la Bomba sobre un edén de niños que danzan de adoración al Sol.

Todo ciudadano que depende de Sistemas, es militante de guerra: por la razón o la fuerza.

Se acabó de imprimir el día
16 de sept. De 2003
Segunda Edición
Talleres Gráficos Didot S.C.A.
Esteban de Luca 2223 Buenos Aires
Versión Digital
Ediciones Edward
22 de Marzo de 2014

